

NOE CASADO SIN PALABRAS

El
esperado
desenlace de
**SIN
RESERVAS**



Lectulandia

Todo ha vuelto a la normalidad... Al menos eso quiere creer Bea, aunque en la intimidad se permita el lujo de deprimirse o lamentarse. Su nuevo trabajo y su familia llenan parte del vacío que le ha dejado la separación con Max. No hay más remedio que tirar hacia delante, y cuando cree tenerlo todo más o menos controlado, reaparece en su vida el hombre al que amó con locura y que acabó abandonándola a su suerte. ¿Merece la pena seguir odiándolo? ¿Será capaz de aceptar el pasado para poder disfrutar del presente?

Lectulandia

Noe Casado

Sin palabras

Sin reservas - 02

ePub r1.0

Eibisi 20.11.16

Título original: *Sin palabras*
Noe Casado, 2016

Editor digital: Eibisi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Me gustaría dedicarles esta novela a ellos,
a esos lectores discretos que cada vez se animan
más a disfrutar de una buena historia sin ninguna
clase de prejuicios.*

1

Agotada, sí, ésa es la palabra exacta para describir cómo me siento en este momento, aunque también podría añadir satisfecha. Y no es para menos. La inauguración del Cien Fuegos ha sido todo un éxito. Hemos trabajado muy pero que muy duro todos los que nos hemos subido a este «barco». Ha sido un mes de locos. Xavi, el encargado, no ha dejado ni un solo detalle al azar. Hasta lo más nimio, lo más insignificante, lo ha revisado.

Yo no sólo he ayudado a confeccionar la carta, que es el atractivo más evidente de un restaurante, también he colaborado en otros aspectos, incluida la indumentaria de los trabajadores de sala o la selección de vinos, para ofrecer un servicio lo más completo posible. Lo más extraño es que hasta me pidieron consejo sobre la mantelería.

Yo alucinaba, porque al venir de un trabajo donde el jefe era una especie de dictador incapaz de ver más allá de sus narices, cualquier consulta me parecía rara. Aunque luego, durante las conversaciones que hemos mantenido estos pasados días, he llegado a comprender y compartir la filosofía del encargado.

Y es que en el Cien Fuegos no hay un jefe gritón de esos que te echan la bronca por cualquier cosa, hasta por la más ridícula, sólo para hacerse notar y porque creen, de forma errónea, que así afianzan su papel de dueños.

Aquí funciona diferente. Hay una cadena de mando, por supuesto, pero, por ejemplo, el encargado rara vez irrumpe en la cocina. Tiene un despacho, sí, uno de esos con decoración vanguardista y no un cuartucho lleno de papeles, cajas amontonadas y objetos polvorientos publicitarios que no reparte entre los clientes porque es un raposo y quiere quedarse con todo. Aquél era mi anterior jefe, el de ahora no tiene nada que ver.

Xavi es el que coordina todo el equipo. Marca directrices y toma decisiones, procurando escuchar a los interesados. Cuando rechaza alguna de las propuestas, no lo hace de malas maneras, sencillamente expone los motivos por los que no es factible; eso sí, agradeciendo siempre de antemano haber contribuido aportando algo.

Y para alegría del público, femenino y masculino, es atractivo a rabiar. Y me quedo corta...

Sí, hasta yo, que tengo una apatía manifiesta y que no me encuentro en un momento muy proclive a apreciar esos detalles, me he percatado de ello.

Xavi es, por decirlo de alguna manera, el tipo ideal. El hombre perfecto. Ese que, de poder fabricarse a medida, todas encargaríamos sin dudarlo. Si hubiera un catálogo de hombres, desde luego figuraría entre los *top ten*. Reconozco que al principio pensé que era gay. ¿Por qué? No lo sé, fue una suposición estúpida, o bien que mi propia amargura interior hacía de filtro que distorsionaba la realidad, ya que se me antojaba imposible coincidir en tan corto espacio de tiempo con otro hombre perfecto, así que le puse la etiqueta de homosexual.

Y la verdad es que él juega muy bien a la ambigüedad y saca partido de ella. De cara a la galería le va perfectamente, pues le permite relacionarse con todo el mundo de una manera muy abierta, pero luego, a la hora de la verdad, es como la cerveza San Miguel: «donde va, triunfa». Es la comidilla de los camareros, que, por supuesto, se mueren de envidia.

El bando femenino suspira, aunque tienen muy claro que nada de intimar. Por supuesto, Xavi se cuidaría muy mucho, y mis compañeras se limitan a comérselo con los ojos.

Yo sonrío cuando oigo algún que otro comentario subidito de tono, y confieso que me gustaría unirme a ellas, porque de ese modo podría decir que he superado mi historia con...

«¡Para!», me digo a mí misma, porque si algunos recomiendan contar hasta diez para no cometer una estupidez, yo me he impuesto un método más rápido.

Termino de guardar mis cosas y me dirijo al despacho de Xavi, que me ha pedido que me pase por allí. Reconozco que cuando lo conocí me impresionó. Decir que es elegante es quedarse corta. Viste de punta en blanco, a la moda, y como además tiene percha, todo le sienta estupendamente.

Así que cuando llamo a la puerta de su despacho y él me abre para invitarme a entrar, no me sorprende encontrármelo con un sofisticado *look* de esos de portada de revista y, cómo no, con su sonrisa derritemujeres. Menos mal que soy inmune a ella. Al menos de momento, no sé si con el tiempo me causará algún problema; son demasiados vatios de sonrisa como para no darse cuenta.

—Pasa, Bea, te estaba esperando —me dice amable, haciéndome un gesto con la mano para que entre.

—Gracias —murmuro educada.

Siento su mano en la parte baja de mi espalda. No me desagrada, aunque tampoco lo creo necesario. Sé que lo hace como muestra de su exquisita educación, no obstante, cualquier contacto con un hombre me pone nerviosa y hasta siento una especie de rechazo. Una estupidez, desde luego, pero no puedo evitarlo.

Supongo, espero, confío en que se me pasará.

—¿Todo bien? —pregunta, sentándose en la ultramoderna, ergonómica y carísima silla de su escritorio.

—Más o menos —le respondo, porque en una cocina siempre surgen complicaciones de última hora. Aunque aquí, sin un jefe tocapelotas y vocinglero acechando, resulta más fácil buscar soluciones y salir adelante.

—¿Te apetece un café u otra cosa? —me ofrece, siempre tan cortés, y yo niego con la cabeza.

Lo que me apetece es volver a casa cuanto antes.

—¿Qué querías comentarme? —inquiero, para que no se vaya por las ramas.

—Todo va a salir a pedir de boca —dice, acomodándose en su silla ergonómica—. Los comentarios han sido espectaculares. ¡Hemos triunfado!

—Sí, la verdad es que después de todos los nervios de estos días, el trabajo ha dado sus frutos —digo sonriendo, porque es cierto.

—Y me alegro de que tú hayas sabido estar a la altura de las circunstancias —añade.

Noto cierto deje de peloteo y no sé si soy yo que estoy susceptible e imagino cosas o esta reunión es una excusa para tantear el terreno. Xavi me mira con una media sonrisa, creo que está evaluándome, pero de nuevo me digo que son suposiciones. Yo voy con mi ropa de faena blanca, con una coleta hecha deprisa y corriendo y sin maquillaje, y él, por lo que se comenta, sólo sale con mujeres sofisticadas. Y yo no tengo tiempo ni ganas para serlo.

—Bien, por hoy vale de autobombo. —Sonríe seductor.

«Qué pena», pienso, porque si me encontrara en otra situación, hasta podría dejarme llevar. Incluso he llegado a pensar que ése podía ser el camino que seguir... No obstante, soy consciente de que eso no se repetirá. Ya lo hice una vez, sin medir las consecuencias, y mira cómo estoy ahora, en una especie de reciclaje emocional.

Espero en algún momento dejar de martirizarme con ello, pues si me va bien en el trabajo y mi niño está contento, ¿qué más puedo pedir?

—Sí, vale ya de echarse flores —contesto, sonriendo también.

—Verás, Bea, mi intención con el Cien Fuegos es que sea un local de referencia, en cierto modo asequible para un amplio espectro de clientes, y para ello creo que no debemos limitarnos sólo al establecimiento en sí.

—No te sigo —digo, porque para mí la cocina, los fogones son creatividad, nervios, manchas, pruebas... Cuando habla de ese modo tan empresarial, me pierdo.

No soy tan tonta como para obviar el hecho de que el Cien Fuegos, como cualquier otro restaurante, debe ser rentable; sin embargo, en esa faceta yo no entro. Para eso está Xavi con su máster. Bueno, no estoy segura de si tiene uno, pero tiene pinta de que sí, pues sabe mucho de esas cosas.

Vuelve a sonreírme antes de proseguir.

—Uno de nuestros invitados, un amigo al que conozco desde hace tiempo, ha alabado hoy los platos. Y por supuesto me ha dicho que te trasmita las felicitaciones pertinentes.

—Ah, gracias —murmuro algo cohibida, pues no termino de acostumbrarme a estas muestras de agradecimiento.

—No seas modesta, por favor, Bea —me reprende en tono afable—. Gran parte de nuestro éxito se debe a ti.

—Y a mis ayudantes —añado, pensando en Tito y en Magda, mis compañeros de trabajo.

—Por supuesto, por supuesto —admite, sin sentirse ofendido por mi corrección—. Pero no nos desviemos del tema. Ese amigo que te comentaba organiza cenas y eventos privados para grupos reducidos y digamos que especiales.

—¿Especiales? —lo interrumpo, frunciendo el cejo, pues no sé bien a qué se

refiere.

—Sí, personas de un nivel económico muy alto, que no se conforman con lo mejor, quieren además exclusividad —explica Xavi.

—Ah... —es lo único que acierto a decir, porque no sé yo si estoy muy de acuerdo con ese planteamiento.

—El caso es que, tal como te comentaba, ha quedado muy impresionado esta noche y me ha pedido como favor personal que nos ocupemos del catering de su próximo evento.

Respiro tranquila. Eso sí puedo hacerlo. Servirles comida a pijos exigentes.

—Es una buena idea —digo, recurriendo a una frase correcta.

—Te iré informando de los detalles, fechas y demás. Así como del tipo de menú que prefieren, aunque, por supuesto, podemos hacerles sugerencias. Eso es algo que dejo en tus manos.

—Podríamos basarnos en el menú degustación —propongo.

—Como te parezca mejor.

Una nueva tanda de sonrisas de mil vatios. No me extraña que deslumbre a cuanta mujer se le pone por delante. Estoy poco animada, pero no ciega.

—Muy bien —concluyo, levantándome, pues he mirado un par de veces la hora con disimulo y quiero irme ya—. Cuando sepas algo más me lo comentas.

—¿Quieres que te acerque a casa? —pregunta, y yo no tengo muy claro cómo tomarme ese ofrecimiento.

Soy prudente, desconfiada incluso, y creo que es lo mejor. Cuanta menos confianza se establezca fuera del trabajo, mejor.

—Eres muy amable, pero no, gracias. Voy a aprovechar para hacer unos recados de camino y no te quiero hacer perder el tiempo —miento con una sonrisa.

—No es ninguna molestia, Bea —contesta, mirándome fijamente, demasiado para mi gusto, y yo decido despedirme con un escueto «hasta mañana».

Cuando salgo del restaurante me abrigo bien, pues estoy acostumbrada a un clima más amable en invierno. Un cambio más en mi vida. Un brusco cambio más en el último mes.

Camino deprisa hacia mi casa. Se me ha hecho tarde y, a pesar de que Félix está con mi madre, no quiero perder ni un minuto más.

—¡Mamá! —grita mi niño nada más oírme abrir la puerta.

Ni siquiera me ha dado tiempo a quitarme la chaqueta y dejar el bolso cuando Félix se abalanza sobre mí para que lo coja en brazos. Lo hago sin tardanza, pero tras dos besos, mi hijo se revuelve, porque eso de tener una madre besucona no le hace mucha gracia.

—Es que te como a besos —canturreo sin soltarlo, pese a sus protestas.

—¡Mamá, que ya me has besado, jo!

—Y no me canso de hacerlo, Félix —le digo, antes de darle el último y dejar que se escabulla corriendo.

—¿Qué tal ha ido todo? —me pregunta mi madre.

—Todo estupendo, un éxito —respondo, pero no con la efusividad que se esperaría.

Y ella sabe que, pese a que me va muy bien en lo laboral, aún tengo una especie de losa emocional en mi vida, algo que una madre, mi madre, percibe.

—Félix ya ha merendado, así que, si quieres, date una ducha y relájate —me dice con una sonrisa amable.

Mi madre, Manuela, que nada más enterarse de mi decisión de trasladarme a Madrid sola con mi hijo no se lo pensó ni un minuto: hizo la maleta y cogió un autobús.

Tras quedarse viuda, hace seis años, decidió que se volvía al pueblo. Como ella siempre dice: «Soy una chica de provincias y me siento como Paco Martínez Soria en *La ciudad no es para mí*». Porque a pesar de que llevaba más de treinta años viviendo en Barcelona, no terminaba de acostumbrarse al ritmo de una gran ciudad. A los horarios, al anonimato, a los ruidos...

Mi madre llegó allí a finales de los setenta. Aquello debió de ser increíble, novedoso..., y más para ella, una chica joven de pueblo. Pero entonces se echó novio. Un novio, mi padre, que, según nos contaba, la enamoró y conquistó, y luego vino la boda. Nació María y después yo. Y aunque a ella le seguía costando vivir en una gran ciudad, como siempre hace, como siempre hacemos las mujeres, se amoldó a los demás y a las circunstancias.

Así que cuando murió mi padre, urbanita convencido, decidió regresar al pequeño pueblo de la provincia de Zaragoza donde nació. Aparte de sus hijas, nada la retenía en Barcelona, y como había mantenido el contacto con sus amigas del pueblo de toda la vida, pues tanto a María como a mí nos pareció estupendo que acondicionara la vieja casona, donde podría vivir con comodidad, ya que tampoco disponía de una pensión como para tirar cohetes.

Mi madre se sentía vital y allí, donde yo iba de pequeña obligada, porque lo odiaba, es Manuela, no esa señora que vive en el cuarto y a la que como mucho dices hola y adiós al entrar en el ascensor.

—Hija, ¡espabila! —exclama, sacándome de mis pensamientos.

—Lo siento, se me ha ido el santo al cielo —respondo, y le doy un beso en la mejilla antes de irme a mi cuarto a buscar ropa limpia y cómoda y darme esa ducha que tanto necesito.

Con mi chándal de andar por casa en las manos, entro en el cuarto de baño de mi dormitorio, un invento maravilloso, por cierto. Una novedad de mi nuevo apartamento, más espacioso y mejor distribuido, aunque muchas noches, antes de dormir, cuando estoy en silencio acostada sola en mi cama, no puedo evitar pensar que no sólo dejé atrás un sitio y que, a pesar de disponer ahora de más comodidades, volvería allí sin dudarlo si...

Me detengo a medio desnudarme, porque me he propuesto no acabar ni empezar

un pensamiento con ese maldito condicional de lo que pudo ser.

Acabo de quitarme la ropa y la dejo en el suelo, luego la recogeré, y ajusto la temperatura del agua antes de meterme bajo el chorro, a ver si con un poco de suerte la tensión de estar varias horas de pie se reduce un poco y puedo ejercer de madre con Félix esta tarde y jugar con él antes de acostarlo.

No es fácil mirar hacia otro lado. Yo lo hago, pero eso no quita que sea consciente de que la situación es forzada. Finjo lo mejor que puedo, pero la mayor parte del tiempo me siento anestesiada, y mi madre es la primera que se ha dado cuenta.

María, mi entrometida hermana mayor a tiempo completo y consejera sentimental a ratos, también se percató de ello, aunque tuvo que morderse la lengua cuando me presenté en su casa para anunciarle mi brusco cambio de parecer.

Al verme tan decidida, tuvo que cerrar el pico, pero mi decisión partía de la ofuscación, del enfado, y aguanté el tirón hasta que pude llegar aquí e instalarme. Poner unos kilómetros de distancia no es sinónimo de sentirse a salvo. Es más bien una seguridad psicológica, una especie de efecto placebo que funciona sólo a ratos.

Y de ese modo he pasado el último mes, sobreviviendo. Concentrada en el trabajo. Apenas he llorado; sencillamente sigo adelante con la esperanza de que poco a poco todo lo que ahora me aflige termine diluyéndose. La teoría es buena, desde luego, aunque me gustaría saber qué fecha marcar en el calendario y así ir descontando los días que faltan para que empiece a sentirme mejor.

«Por favor, mira que me gusta darle vueltas», me reprendo a mí misma cuando salgo de la ducha, limpia y físicamente agradecida.

Si existiera algún remedio de este tipo para el ánimo...

Me desenredo el pelo despacio, mirándome en el espejo. He adelgazado. Lo que para algunas personas sería un motivo de alegría, para mí no lo es. En mi rostro se reflejan las noches en vela, aunque hay cosméticos estupendos para disimularlo. ¿Debo ponerme también maquillaje en el corazón? ¿Lo venden en alguna perfumería?

Mi hijo me espera, no tengo tiempo para elucubraciones que no me llevan a ninguna parte, o al menos no a buen puerto. Así que me seco el pelo rápidamente, me lo recojo con una pinza, me pongo bragas y sujetador, el chándal y arreando.

Me encuentro a Félix delante del televisor y tuerzo el gesto. No me gusta que se pase tanto tiempo ahí plantado y maldigo por enésima vez al que inventó los canales temáticos para niños; no se imaginan el daño que hacen. Cierto es que ahora hace frío en la calle y no puedo llevarlo al parque a que salte un rato, pero preferiría que se entretuviera haciendo algo.

Así que voy al salón, me pongo delante de la pantalla y espero su...

—Jo, mamáaa, que estaba viendo «Bob Esponjaaaaaaaaaa».

Yo pongo cara de circunstancias. Desearía que alguien dejara a Bob Esponja en el desierto y sin cantimplora, porque mira que es ridículo y cansino.

—¿Por qué no jugamos a algo? —le propongo, porque ahora que mi horario me

va a permitir estar con él no voy a desperdiciarlo delante de la tele.

—¿A qué? —replica enfurruñado.

Yo reconozco el diálogo de la tele, por lo que me vuelvo y resoplo.

—Cariño, este episodio lo has visto ya dos veces por lo menos en la última semana —digo para convencerlo.

—Ya lo sé —refunfuña.

—Anda, vamos a tu cuarto y jugamos a lo que tú quieras.

No muy convencido, se levanta del sofá y juntos nos vamos a su habitación. Todavía está un poco desangelada, ya que sólo hemos traído algunas de sus cosas. El resto está en casa de María, pues tuve que devolverle las llaves al casero cuando me marché y no tuve ganas de recogerlas. Félix saca su juego de bloques gigante y yo me siento en el suelo con él mientras me explica, a su manera, que quiere hacer un puente muy grande. Observo con una sonrisa en los labios cómo dispone las piezas y me reprimo las ganas de corregirlo.

Cuando se le cae, lo ayudo y le digo con cariño, ante la poca estabilidad de su construcción:

—Cielo, lo primero es tener una buena base. Pon las piezas más grandes abajo.

Félix me mira con esa cara de «¿de qué hablas?» tan suya, pero después se da cuenta de que su madre la pesada puede tener razón. Arruga un poco la nariz hasta que llega a la conclusión de que tengo algo más que una pizca de razón.

—Ah, vale —acepta, y se entretiene organizando los bloques.

Yo le voy pasando los de mayor tamaño para que él solo se dé cuenta de cómo colocarlos.

Puede parecer una tontería, pero estar allí con él, sentada en el suelo, con mi ropa más cutre y sin rastro de glamur por ningún lado, me hace sentir muy bien. Son estos pequeños momentos, quizá tontos, los que me proporcionan las fuerzas necesarias para no derrumbarme.

Miro a Félix, estiro la mano y le revuelvo un poco el pelo. Me lo está poniendo fácil. No hace las preguntas que temo escuchar y que no sabría responder sin echarme a llorar. Sé que al vivir mi madre en casa, anda emocionado con ver a su abuela y estar con ella.

Es curioso el poder de adaptación de los críos. Ven el lado positivo, no se comen el coco como los adultos, que le buscamos tres pies al gato, que tomamos una decisión para luego cuestionarla. Nos mortificamos con la parte negativa cuando tenemos muchas otras cosas por las que sonreír.

Tras acostar a mi niño y besuquearlo, obviando sus protestas antes de dormirse, me voy al salón, donde encuentro a mi madre viendo las noticias.

—¿No vas a comer nada? —inquire, en ese tono de madre preocupada por la malnutrición de sus vástagos. Algo que me hace gracia, pues yo estoy cortada por el mismo patrón.

—Más tarde, ahora prefiero descansar un poco —respondo, dejándome caer en el

sofá y poniendo los pies encima de la mesa.

Por supuesto, mi madre me mira torciendo el gesto, porque eso no se hace, pero yo tengo los pies molidos.

—Bea...

—Necesito estirar las piernas —alego, sintiéndome otra vez una niña pequeña ante la regañina de mi madre.

—Pues al menos pon un cojín o algo debajo, para que no se ensucie el cristal —me pide, y decido obedecer.

En esa postura puedo relajarme. Escucho sin prestar demasiada atención las noticias que dan por la tele y llego a la conclusión de que me resbalan. Ya tengo mis propios líos como para gastar neuronas con los del resto.

Mi madre apaga la tele cuando acaban las noticias y, sin decir ni pío, sale del salón y regresa cinco minutos después con una bandeja de comida.

—¡Mamá! —protesto.

—Hablas igual que Félix —se burla—. Anda, come.

—Lo hago por no discutir —farfullo, cogiendo un bocadillo y dándole un buen mordisco.

Tiene guasa que yo, una chef, acabe cenando un simple sándwich. Supongo que es un secreto que mi madre sabrá guardar, pienso, dando otro bocado, y otro y otro hasta que al final lo remato. También se ha acordado de traerme un refresco y doy buena cuenta de él.

—Bea, ¿cuándo vas a dejar de mirar hacia atrás? —me pregunta, dejándome patidifusa, pues ha empleado un tono sereno, casi distraído, aunque yo soy muy consciente de que sufre al verme así.

—Mamá...

—No utilices ese tono conmigo, que no te estoy obligando a hacer los deberes ni a irte temprano a la cama —me dice, igual que cuando era niña.

Sonrío porque hay cosas que nunca cambian.

—Ya hemos hablado de ello. Sigo adelante.

—A rastras, querrás decir —replica—. Porque a mí me da otra impresión... Intentas mirar hacia otro lado y te crees que funciona, pero no es así.

—Dame tiempo —respondo a la defensiva.

—¿Has escuchado alguna vez la canción *Il faut savoir*?^[1]

—No la conozco —digo, porque no sé adónde quiere llegar. Bueno, sí lo sé, pero no me apetece llegar a ese punto y admitir ciertas cosas delante de ella.

—Pues escúchala y piensa —me sugiere.

No sé yo si las recomendaciones musicales de mi madre pueden servir de algo, pero cuando ya me he acostado no puedo resistir la tentación de escuchar la canción. No sé muy bien cómo se escribe el título, pero probando un poco y con la ayuda de san Google termino encontrándola.

El francés no es lo mío, pero voy captando algunas frases demasiado tristes,

demasiado desmoralizadoras. Pesimistas.

¿Qué pretende mi madre, que me hunda del todo?

Vuelvo a escucharla...

Una y otra vez...

Dos alternativas: o me hundo para siempre y no levanto cabeza o empiezo a ponerme las pilas.

2

—Cinco pavos a que, al final de la noche, el gordo se folla a la rubia.

Pongo los ojos en blanco —bueno, llevo hora y cuarto poniéndolos—, al escuchar el último comentario de Tito, mi ayudante, que es quien lleva las bandejas a la sala. No tiene por qué hacerlo, pues no es camarero, pero desde que ha empezado la fiesta está encantado con colaborar, pese a que la organización ya se ha ocupado de buscar empleados.

No ha ocultado en ningún momento su entusiasmo ante la posibilidad de cotillear a gusto, porque da la impresión de que es la primera vez que se ve inmerso en un acto de este tipo. En eso estamos empatados, pero yo ni muerta salgo ahí fuera.

Pienso otra vez en las diferentes formas de vengarme de Xavi y de su definición de «evento privado». «Ya le vale, me lo tenía que haber advertido», me digo con cierto enfado. Yo intuía que tenía amigos especiales, pero no tanto, la verdad. Ahora entiendo lo de «ambiente exclusivo». Y yo, como una ingenua, creí que se trataba de una reunión de alto copete...

Desde luego, a veces soy un poco incauta.

Nada de poco, muy incauta.

Para Xavi esto debe de ser lo más normal del mundo, pues, según me lo iba explicando, no noté nada raro, aparte de su obsesión por que todo saliera perfecto, pero como siempre insiste tanto en ese aspecto no me pareció extraño.

¡Y mira lo que pasa por no preguntar!

—No, lo dudo, lleva tanteando media hora y nada —replica Magda, animada a seguir el juego.

A veces creo que entre ambos ha habido algo, pero no tenemos suficiente confianza como para hacernos confidencias, cosa que agradezco, pues a mí no me haría mucha gracia hablarle a nadie de lo acontecido en mi vida en los últimos meses.

—El pobre —prosigue Magda— no hace más que perseguirla, y ella le da calabazas una y otra vez. Antes, cuando me he asomado, la rubia estaba a puntito de montárselo con otra mujer.

—¡Seguro! —exclama entonces el camarero, decidido—. Pero a ésa la conozco. No le van las tías, sólo lo hace por jugar y caldear el ambiente.

Habla con tanta seguridad que me sorprende, la verdad, y al verlo tan suelto deduzco que no es nuevo en estos menesteres.

—Dejad de cotillear —los riño en tono amistoso, porque son divertidos y me arrancan unas sonrisas y me hacen más fácil mi día a día.

Aunque no sé si esta noche va a ser demasiado fácil. Vaya fiestecita que tienen montada ahí fuera. Vale, no tengo quince años y sé lo que se cuece. Yo nunca he estado en una orgía, pero lo que ocurre tras la mampara que separa la zona de servicio de la sala se le parece mucho.

Cuando hemos llegado, todo parecía normal..., un ambiente sofisticado,

iluminación suave, música sensual, mesas y lo que en un principio he considerado una excentricidad: multitud de divanes.

Ahora entiendo la razón, aunque no deja de sorprenderme. Intento concentrarme en lo que tengo entre manos y no en lo que ocurre fuera. Pero los camareros entran y van describiendo todo lo que ven, y yo no puedo evitar sonrojarme.

—¿Y si abrimos el ventanuco y lo vemos en directo? —propone uno de los camareros, un chaval de veintipocos que se saca un dinero los fines de semana trabajando en estos saraos.

—Pero ¡¿qué dices?! —exclamo riéndome, mientras niego con la cabeza.

—Oye, Bea, no mientas, sientes tanta curiosidad como los demás —dice Magda divertida, haciéndole ojitos al camarero, que se llama Luis y que comenta:

—Yo llevo viniendo ya cuatro veces y, la verdad, me estoy acostumbrando, porque el primer día... —Hace una pausa, silba y prosigue—: El primer día estuve empalmado todo el servicio.

Magda y yo nos echamos a reír.

—Ay, pobre... —dice ella, acercándose, y yo intuyo su verdadera intención.

No la culpo, si al final de la noche tiene suerte, eso que se lleva por delante.

—De pobre nada —contesta él divertido—, aunque reconozco que las pasé putas. No es fácil servir una bandeja de canapés cuando dos tías se están comiendo el coño.

—Qué gráfico —murmuro, porque a mí me cuesta un poco decir esas cosas en voz alta. Sólo me he atrevido con un hombre y...

«¡Para!»

—Ya, bueno, ni te imaginas lo que hacen al final de la noche. No sé para qué se gastan una pasta en aperitivos de lujo, cuando en realidad vienen a follar —concluye, y agarra una nueva bandeja de tartaletas de salmón marinado que acabo de preparar, con bastante arte, todo sea dicho.

—Cuenta, cuenta... —lo anima Magda, y a mí me gustaría tener unos tapones para los oídos.

Como no quiero que con la tontería la comida acabe en el suelo, le quito la bandeja y él me lo agradece con una sonrisa. Es todo un donjuán.

—Cuando me llamaron por segunda vez no me lo podía creer, ya que en la primera fiesta digamos que no estuve muy fino... —Señala con un gesto divertido su entrepierna, y a Magda se le ilumina la mirada—. Me extrañó mucho, pero como me viene bien el dinero, acepté sin dudarlo. Así que me propuse hacerlo mejor, aunque no pude... —Hace una pausa y de ese modo hasta yo, que no quiero saber más detalles, presto atención— porque una de las invitadas se encaprichó de mí.

—No me extraña —susurra Magda a mi lado.

—Me negué, claro, porque este trabajo viene muy bien, sin embargo... ante su insistencia me dije ¡qué cojones, que está bien buena! Y me uní a la fiesta —nos cuenta Luis, animado.

—Qué suerte —tercia Tito, haciéndonos reír con su tono de envidia.

—Típico de tíos —interviene mi compañera, negando con la cabeza, y yo asiento.

—Eso sí, hay que andarse con ojo...

—¿Y eso? —inquire mi ayudante, atento a cualquier información útil.

—Hay que dejar muy claro lo que te va y lo que no —prosigue Luis—. Ya me entendéis...

—Yo no —salta Magda, aunque a mí me da la impresión de que lo hace para seguir hablando con él y así de paso escuchar los detalles más morbosos.

Detalles que, por cierto, contados por Luis tienen su gracia. De acuerdo, me reitero en mis preferencias, y a mí eso del sexo en grupo me espanta, pese al dicho de «Allá donde fueres, haz lo que vieres».

—Verás..., en estos saraos todo está permitido... —Luis nos mira a Magda y a mí, por si debe omitir algún dato, y por último a Tito.

Creo que al estar dos mujeres presentes le da un poco de apuro. Bueno, a mí también, aunque me callo y disimulo.

—¿Todo? —repite Tito, sonriendo de oreja a oreja, incitándolo a continuar.

—Sí —le confirma Luis—. Por eso, y para no llevarte sorpresas... Joder, ya sabes...

—No te sigo...

—Pues que tienes que vigilar un poco tu retaguardia, ¿vale? —dice incómodo, y Tito hace una mueca.

Por supuesto, Magda y yo estallamos en carcajadas.

—Pues yo he oído decir que a muchos tíos les gusta eso —añade ella, ganándose dos miradas masculinas muy peligrosas.

—Será mejor que me lleve esto... —Luis recoge la bandeja y nos deja.

Observo cómo Magda se lo come con los ojos y suspira.

—Se te ve el plumero —canturrea Tito, marchándose también.

Hoy a ése no lo retenemos en la cocina ni con cuerdas.

—Está bien bueno, ¿verdad? —me susurra ella en plan cómplice, y yo asiento—. Es todo un yogurín.

—Y ¿qué vas a hacer? —murmuro, concentrándome en la comida, porque a este paso, con tanta charleta, nos van a llamar la atención.

—No lo sé —responde con carita de pena.

—¿Habéis hablado?

—Sí, hablado sí, y poco más... Espero tener suerte, porque he coincidido con él en varios locales de copas y apenas me mira más allá de lo necesario —se lamenta.

—¿Tiene novia?

—No, creo que no. O al menos no la menciona —añade suspirando.

«Bueno —pienso—, hay muchos que omiten ese dato, así que como no quiero desanimarla, mejor no digo nada.»

—¿Lo invito a salir yo? —me pregunta al cabo de un rato—. ¿Me pongo una camiseta en la que diga «¿Quieres follar conmigo?».

Tuerzo el gesto.

—No hace falta ser tan explícita —contesto, y caigo en la cuenta de que estoy siendo un poco hipócrita.

La chica tiene derecho a hacer lo que le venga en gana, y sólo porque yo esté un pelín susceptible no debo volcarlo en mis comentarios y quitarle la ilusión.

—Pues ya me dirás qué hago...

—Le estás preguntando a la menos indicada —reconozco—. Nunca he sido lo que se dice muy lanzada para estas cosas.

—Ay, mujer, pero algo de experiencia tendrás, digo yo.

—Sí, pero muy poca —admito, y me separo de ella, porque no quiero entrar en detalles.

Tito entra con una bandeja de copas vacías y las empieza a colocar en el lavavajillas sin dejar de sonreír.

—El gordo casi la tiene en el bote —canturrea, y Magda le hace burla—. Y una morena de infarto me ha tirado los tejos.

—¿Nosotras también podemos «intimar» con los invitados? —pregunta Magda, interesada, y yo niego con la cabeza.

No lo sé a ciencia cierta, pero intuyo que el personal no debe mezclarse con los invitados, por mucho que Luis diga lo contrario.

—Ya sabes que sí —nos interrumpe él, sonriendo de oreja a oreja—. Siempre y cuando hayas finalizado tu trabajo y alguno te invite —añade—. Aunque al final de la noche no hay que esforzarse mucho para mezclarse con ellos.

—Habla la voz de la experiencia, supongo —remato divertida, y Luis asiente sonriendo.

—Pues a lo mejor me animo, mira por dónde...

—Magda... —le advierto, porque, no sé, no me parece bien.

—Yo no me lo pensaría dos veces —la secunda Tito, entrando también sonriente y hasta sonrojado.

Lo de la orgía encubierta ya me tiene lo bastante confusa como para encima terminar paseando por delante de esa gente y ver lo que hacen, aunque cada vez me voy haciendo mejor una idea de cómo se lo montan. Las descripciones (algunas me parecen imposibles y arriesgadas para la salud) que mis compañeros van haciendo, junto con algunas conversaciones subidas de tono que nos llegan cada vez que alguien abre la puerta, hacen que en mi cabeza, pese a que lo intento evitar, se formen ciertas ideas.

—Pues hay tipos muy atractivos —dice Magda entusiasmada— y, la verdad, llevo una mala racha...

«Si yo te contara...», pienso.

—Pues ánimo —interviene Luis—. Eso sí, ni se te ocurra pedir un número de teléfono ni hacer preguntas personales.

—¿Y eso?

—Esta gente viene a estos sitios a dejarse llevar, a follar y a pasar el tiempo sin preocupaciones. Tienen mucho dinero y se pueden permitir estos lujos. Detestan a los que quieren pegarse a ellos —asevera convencido, cortándole un poco las alas a una Magda muy animada esta noche a probar eso del sexo en grupo.

Por supuesto, yo ni me lo planteo, y no porque en algún momento, como todo el mundo y aunque suene a justificación, no haya tenido fantasías sexuales, pero para mí éstas se hicieron realidad...

«¡Para!»

Prefiero reflexionar acerca de la explicación o advertencia del camarero. Y sus palabras me parecen ciertas, muy ciertas. Pero como mi intención no es unirme al fin de fiesta, pues tampoco tengo que preocuparme por ello. Miro el reloj, aún me quedan casi dos horas de trabajo y será mejor que me concentre en lo que tengo entre manos, que para eso me pagan, y me olvide de que fuera hay gente rica follando a lo loco.

—Acabo de ver a un tipo montándose con tres tías...

—¿De verdad? —inquire Tito, envidiosillo, y yo miro a Magda.

Ambas sonreímos, pero no echamos leña al fuego.

Con alguien como Luis, que es el reportero más dicharachero y que todo lo radia, es imposible olvidarse de que fuera hay un montón de gente en diferentes grados de desnudez, mezclados a saber cómo, mientras yo sigo preparándoles comida de gourmet llevando guantes de látex.

Bueno, en el tema látex se podría decir que estoy en la onda.

—Pues sí, es mi puto héroe —remata Luis, y todos acabamos riéndonos a carcajadas por cómo lo ha dicho—. Tiene a dos arrodilladas haciéndole..., bueno, que todos somos mayores de edad, una mamada a dos bandas. Y luego una a un lado, tocándolo, frotándose... Y él se limita a besarlas, meterles mano y a morderles las tetas.

—Joder, una mamada a dúo... —suspira Tito con admiración.

Lo cierto es que le agradezco al chico, y mucho, que con todos esos comentarios logre que una situación a priori incómoda se vaya destensando, hasta el punto de que cuando acabo mi trabajo ya no me siento incómoda y hasta termino divirtiéndome.

Ya es imposible sonrojarse más. He escuchado cómo se hace un trío de dos más una. De dos más uno y de tres iguales. «Al final de la noche voy a tener un máster en orgías», pienso con ironía.

—¡Tres iguales para hoy! —canturrea mi ayudante—. Tres tías juntas montándose. Joder, yo pensaba que eso era una leyenda urbana. Me entran sudores...

—Pues no mires —dice Magda, que está pendiente de cada comentario.

—¿Cómo no voy a mirar? —pregunta Tito, observándola como si fuera gilipollas.

Luis, por supuesto, hace un gesto de asentimiento, y ella termina resoplando. Yo por si acaso no digo nada. Son hombres y es lógico que se pongan como una moto al

ver algo así.

Y entre comentarios subidos de tono, otros de admiración, de envidia y hasta divertidos, se nos pasa el tiempo volando y cuando queremos darnos cuenta ya hemos acabado. Por supuesto, también hemos tenido tiempo para el coqueteo, porque Magda no pierde ripio y a la menor oportunidad posible mete ficha al camarero.

—¿Al final quién ha ganado los cinco euros? —pregunto, mientras todos estamos sentados alrededor de la mesa, porque ya hemos terminado y nos hemos ganado esa copa o, en mi caso, un café.

—Pues tendría que ir a comprobarlo —bromea Tito—. ¡Ahora vuelvo!

Todos nos miramos riéndonos y esperamos a que venga con el veredicto. Lo de menos es saber si gana esos cinco euros, con los que no va a ninguna parte.

Tito regresa y tiende la mano hacia el camarero, moviendo los dedos en señal de que quiere cobrar, pero Luis niega con la cabeza.

—Necesito pruebas —le dice sonriente.

—Pues nada, asómate y verás al gordo empujando como un campeón —le contesta Tito con tranquilidad, sin tomarse a mal que haya puesto en duda su palabra.

Luis se levanta sin perder la sonrisa y juntos se acercan a la puerta.

—Yo también quiero verlo —se anima Magda, levantándose para unirse a ellos, y me mira arqueando una ceja—. ¡Venga, Bea!

Niego con la cabeza. Ni loca me asomo yo por esa puerta. Me basta y me sobra con las descripciones que a lo largo de la noche me han llegado del «evento especial». Sin embargo, mi compañera no opina lo mismo y en vez de dejarme tranquila, tira de mí y me arrastra hacia los otros. Me resisto, por supuesto, pero cuando Tito y Luis se percatan de las intenciones de Magda, se unen al complot y acabo en primera fila, presenciando aquello.

—Mira, ahí está el gordo... —dice Luis señalando al interfecto, y a mí no me queda más remedio que cerrar los ojos.

Resulta desagradable, no porque el hombre tenga un problema de sobrepeso, que lo tiene, sino porque la chica, la rubia, tiene cara de borracha, y me da la impresión de que le da igual uno que otro.

Vuelvo abrirlos y observo la sala. Hay de todo, incluso gente charlando animadamente y ¡vestida!, cosa que jamás habría esperado. Sí, parecen personas adineradas que buscan emociones diferentes y, como pueden permitírselo, pues no se privan. Detrás de mí, mis compañeros observan también, y yo, que ya he visto bastante, niego con la cabeza y empiezo a volverme para meterme dentro. Pero entonces, sin querer, mi vista se detiene en un punto muy concreto de la sala.

—No puede ser... —murmuro, respirando hondo, porque tiene que tratarse de una broma o de una alucinación.

—Bea, ¿qué te pasa? —susurra Magda a mi lado, y fija su atención en el mismo punto que yo.

—Tengo que irme de aquí —digo nerviosa. Pero al estar la primera, mis

compañeros tienen que dejarme pasar.

—Mira, ése es el tipo que se lo ha montado con tres tías —dice Luis, señalando el sitio hacia donde yo no quiero mirar.

—Joder... —silba Tito emocionado—. Es un fiero.

El asunto del gordo y la rubia queda relegado a segundo plano porque les resulta más interesante observar a un hombre que yo conozco muy bien.

Me revuelvo nerviosa, intentando apartarlos, y eso llama la atención de él. Su mirada se cruza con la mía. Está tan sorprendido como yo. Nos van a acusar de mirones, y eso llegará a oídos del amigo íntimo de Xavi, por lo que puede perder clientes.

—Dejadme pasar, por favor —ruego, y observo cómo él, con una expresión de sorpresa muy similar a la mía, aparta a las mujeres que tenía alrededor y se abrocha los pantalones.

—¡Coño, que viene hacia aquí! —exclama Magda.

—Mierda, mierda, vaya cagada —masculla Luis nervioso, pues hemos incumplido una norma fundamental.

A mí me da igual. Tengo que escaparme como sea, antes de que ese hombre llegue hasta mí. Sin cambiarme y con los zuecos de trabajo puestos, agarro el bolso y me voy directa hacia la puerta.

—¡Bea! —grita él, pero yo no me detengo.

Era la última persona a la que esperaba encontrarme. Es más, mi idea era no volver a verlo, pero mira por dónde, el maldito destino ha jugado esta noche con mis emociones, con mis recuerdos, y yo no puedo permitirme ese lujo.

—¡Bea, joder, espera un maldito minuto! —vuelve a gritar, y oigo sus pasos tras de mí.

Tengo que llegar al vestíbulo y desde allí a la calle. Camino sin mirar atrás. Pero él me alcanza y me detiene con brusquedad.

Mantengo la mirada al frente.

«No, no y no —me repito, negando con la cabeza—. Ya no puede hacerme daño. Le diré hola, qué tal, y punto.»

—Bea...

Recuerdo a la perfección ese tono tan sugerente como peligroso.

Da igual si cierro los ojos, cuando los abra, él seguirá aquí.

—Hola, Pablo —termino diciendo, aún sin mirarlo a la cara.

Necesito cinco segundos para respirar. Lo hago y, a pesar de que no estoy preparada, me doy la vuelta despacio para encontrarme cara a cara con el padre de Félix.

3

—Hola, Bea —murmura, y continúa mirándome fijamente.

Son tantos los recuerdos dolorosos que doy un paso atrás, porque me doy cuenta de que no soy tan fuerte como pretendía, pues todavía me afecta estar tan cerca de él.

Sigue tan guapo como siempre, y al fijarme en su cara veo la de mi hijo, que cada vez se parece más a él. La única diferencia es que ahora lleva ropa cara, incluso corbata. Eso sí, se nota que se ha vestido de forma apresurada, porque se lo estaba pasando de puta madre con esas mujeres. Espero que no me eche en cara haberle estropeado la fiesta, porque era ya lo que me faltaba para rematar la noche.

Pablo se pasa la mano por su pelo rubio oscuro, que ahora lleva más corto. Más arreglado. No como antes, ahora su corte es impecable.

—No esperaba verte aquí —dice amable, sin rastro de reproche.

—Yo tampoco —replico seca.

Estoy hecha un asco, cansada, y él parece un figurín. Se ha dado mucha prisa en arreglarse, teniendo en cuenta cómo estaba hace tan sólo un rato.

—Apenas has cambiado...

Levanta una mano para acariciarme la mejilla. Uno de sus típicos gestos tiernos que aún recuerdo.

—Tengo que irme. —Doy otro paso más, con la firme intención de huir en cuanto ponga fin a esta conversación que ni me apetece ni me conviene mantener.

Sí, huir, no me avergüenza reconocerlo, porque sé que es lo mejor. Pablo aún puede hacerme daño. Él lo sabe y, si bien se ha mantenido lejos de mí más de cinco años, eso no significa nada.

Todavía me afecta, y me odio a mí misma por ello.

—¿No puedes dedicarme ni siquiera cinco minutos? —me ruega con ese tono suyo tan sugerente, que te hace decir sí a todo, algo que en otro momento de mi vida él lograba sin problemas.

Por desgracia, creo que no ha perdido ni un ápice de su encanto.

—No puedo —murmuro, y me siento de nuevo como aquella gilipollas a la que engatusó y conquistó sin apenas esfuerzo.

—¿Por qué, Bea? —inquire comprensivo, y se acerca a mí.

Me toca y me sonrío. Sigue siendo un niño grande que sabe jugar muy bien sus cartas. Respiro y me aparto. No quiero ningún contacto con él.

—Pablo, por favor...

—Tú y yo tenemos asuntos pendientes —prosigue con un estilo refinado, uno que me sorprende, pues dista mucho del tipo descuidado, incluso pasota, con el que tuve una relación.

—No lo creo —lo contradigo, pero no con la firmeza que debería.

Joder, ¿qué me está pasando?

Pablo me abandonó, me dejó tirada como una colilla cuando supo que estaba

embarazada. No volvió a ponerse en contacto conmigo, y yo, ahora, en vez de escupirle a la cara, me quedo quieta, permitiendo que me acaricie la mejilla.

—¿Pablo?

Una voz grave con un acento que no identifico nos interrumpe, y los dos nos volvemos para ver acercarse a un tipo alto, con cara de pocos amigos y vestido de manera impecable.

—Llevo buscándote un buen rato —dice el recién llegado.

—Lo siento, Vasili, estaba con una vieja amiga —se disculpa Pablo en un tono muy servil.

—Ya veo —comenta el tipo, evaluándome con la mirada.

Imagino lo que está pensando. Yo no soy una de esas mujeres complacientes que pululan por la fiesta y a las que debe de estar acostumbrado. Aunque, la verdad, con el porte que tiene, dudo mucho que tenga que recurrir a artificios para ligar.

—Yo me iba —tercio, agarrando la correa de mi bolso con fuerza.

—Llévala a casa si quieres —dice el tal Vasili sonriéndome y poniéndome nerviosa—. Yo tengo negocios aún aquí. Hasta dentro de al menos un par de horas no te necesito.

Con esas palabras cargadas de doble sentido, porque no sé yo si ahí dentro se pueden hacer negocios, nos deja y se da la vuelta, alejándose de nosotros con ese aire misterioso, caminando despacio, con las manos en los bolsillos.

—Mi jefe —me informa Pablo con respeto cuando el ruso ya no puede oírnos, y sonrío de medio lado, pues sabe muy bien que lo que ha dicho no me cuadra.

El Pablo al que yo recuerdo era poco amigo de someterse a nadie. Trabajaba aquí y allá, lo justo para cubrir sus necesidades, y preferiblemente en locales nocturnos de mejor o peor reputación. No seguía nada que se asemejara a un horario convencional. Y, si podía, se juntaba con alguien que le sacara las castañas del fuego. Por desgracia, yo pertenezco a ese club: Incautas S. A.

—Adiós, Pablo —murmuro, y echo a andar, porque se me está haciendo muy tarde.

Cuando acepté este encargo ya contaba con ello, y, por supuesto, mi madre está al tanto. Lo que más siento es que hoy no he podido pasar la tarde con Félix, que ya estará dormido cuando llegue.

—Bea, por favor, deja que te acerque a casa. A estas horas te va a resultar muy difícil encontrar un taxi —insiste.

En eso tiene razón, maldita sea. Sin embargo, no me detengo. Salgo a la calle y entonces me doy cuenta de que hace un frío que pela y que, por supuesto, no hay ni rastro de taxis. De repente, siento algo cubriéndome los hombros. Lo que faltaba.

Desconfío, pues es lo más lógico. Su actitud preocupada, aunque en apariencia sincera, no es más que una fachada. Pablo algo quiere y sabe muy bien cómo manejar los hilos para lograr sus objetivos.

—Tengo el coche en el parking, no tardo nada —dice en tono suave, y yo termino

asintiendo como una autómata.

¿Tal mal estoy que cualquier gesto de cariño, aunque provenga del mayor hijo de puta que he conocido, me afecta?

Y ¿qué más da?

Es tarde, estoy cansada. Sólo quiero meterme en mi cama y dormir doce horas seguidas. De acuerdo, Pablo es el demonio, pero cuando una se encuentra tan derrotada, hace pactos hasta con el diablo con tal de pasar página.

Me abrigo con su chaqueta y me digo que este gesto suyo no significa nada. Que Pablo se ha estado tirando a tres (o más) ahí dentro (nada que a estas alturas me sorprenda, ya que siempre fue muy dado a esos excesos) y que sólo intenta causarme buena impresión a saber por qué motivo, porque la cabra siempre tira al monte.

Un impresionante deportivo rojo, un porsche, creo, se detiene junto a la acera y de él se baja Pablo, dispuesto a llevar hasta el final su charada de hombre atento. Me abre la puerta del copiloto y, con una sonrisa demasiado amable para mi gusto, espera a que me acomode.

—Es de Vasili —me dice justificándose y abrochándose el cinturón de seguridad.

—No te he pedido explicaciones —contesto. Mi intención es llegar a casa y olvidar esta noche.

Pablo inicia la marcha y conduce despacio, pese a que, a buen seguro, le gustaría pisar el acelerador a fondo. A mí me trae sin cuidado. No quiero que esto se convierta en una de esas escenas típicas de película en las que él conduce por las calles desiertas de madrugada, observando de reojo a la chica, y ella mira distraída por la ventanilla, evitando en todo momento volverse y establecer contacto visual. La única luz es la del cuadro de mandos.

Hay muchos temas pendientes, pero ninguno de los dos se atreve a romper el hielo.

Puede parecer ridículo, sin embargo, es lo que está sucediendo dentro de este coche. No veo el momento de llegar a mi apartamento, acostarme y cerrar los ojos con la vaga esperanza de que todo esto sólo haya sido una pesadilla.

—Dime dónde vives —me pide, con toda lógica, al detenernos en un semáforo.

No me hace mucha gracia que sepa mi dirección, pero ya me he subido en un coche con él, así que, pese a haber cubierto el cupo de estupideces, termino respondiendo.

No sé muy bien qué me está pasando, si estoy anestesiada o qué, pero tengo que ponerme las pilas.

—Gracias por traerme —digo cuando detiene el coche justo delante del portal.

Me desabrocho el cinturón y, cuando me dispongo a abrir la puerta, Pablo me agarra de la muñeca. No es brusco, pero no me gusta.

—De nada, Bea —murmura con una sonrisa triste—. Me resulta tan extraño estar aquí, contigo...

Cuando levanta el brazo para acariciarme, yo me echo hacia atrás. No quiero que

me toque. Él, en vez de molestarse, me mira comprensivo, lo que hace que yo desconfíe aún más.

—Buenas noches —digo en voz baja.

—Espera, por favor... ¿No crees que tú y yo tenemos que hablar?

—Estoy agotada —respondo, y es bien cierto—. Así que no estoy de humor para charlas, y menos contigo. Ya te he dado las gracias por acercarme a casa.

—Bea, yo no esperaba verte, pero reconozco que ha sido toda una agradable sorpresa, porque he pensado muchas veces en ti y en lo que aún tenemos pendiente.

—No insistas —lo interrumpo, y abro la puerta del coche.

—Escucha, entiendo que no es el momento adecuado, pero me gustaría volver a verte. Por favor, Bea.

—Tú y yo no tenemos nada pendiente. Tomaste una decisión y, tranquilo, no te guardo rencor —contesto, y me sorprende a mí misma de lo convincente que ha sonado mi voz.

—Buenas noches, Bea —dice, aceptando que no voy a dedicarle ni un minuto más.

Me bajo del coche y me encamino hacia el portal a toda prisa, antes de que cometa otra estupidez, como por ejemplo decirle que yo también he pensado en él. Y es cierto, pero no por los motivos que Pablo puede creer. He pensado en él porque al principio no quise darme cuenta del tipo de hombre que era, hasta que se impuso la realidad.

Subo a casa y, cuando cierro la puerta, por fin me siento a salvo. Echo la llave y me dirijo a mi habitación, pero antes, por supuesto, le echo un ojo a Félix, que duerme a pierna suelta en la suya, que, por cierto, aún no hemos pintado de otro color, como le prometí al llegar. Me acerco a él, lo peino con los dedos y le doy un par de besos. Me gustaría achucharlo con más ímpetu, pero me contengo para no perturbar su sueño.

Una vez en mi cuarto, me desnudo y me pongo la camiseta de dormir, pero, para mi desesperación, cuando apago la luz no consigo pegar ojo.

—Maldita sea —protesto en la oscuridad, porque Pablo ha tenido que aparecer justo en el peor momento.

Y me temo que esto es sólo el principio...

Hace una semana que me crucé con Pablo y desde entonces no he vuelto a saber de él. Eso es lo que quería y poco a poco voy retomando la normalidad. Tras la fiesta, tuve una especie de enfrentamiento con Xavi, pues, en cuanto tuve oportunidad, le recriminé su falta de información sobre el tipo de evento que era y le pedí que por favor no volviera a enviarme a un sitio así.

Cierto es que hubo momentos muy divertidos. Algo que contarles a mis nietos, o en una de esas reuniones de amigos, y con el paso del tiempo hasta podría reírme de

mí misma por haberme puesto colorada al ver ciertas cosas. No obstante, habría preferido una y mil veces asistir a cinco orgías antes que encontrarme con Pablo.

Mi jefe, que parece estar de vuelta de todo, escuchó mis protestas, aunque por dentro saltaba a la vista que se estaba descojonando y, lo que era peor, a mi costa.

—Bea, por Dios, que eres una mujer hecha y derecha —me dijo finalmente, riéndose.

—Deberías haberme avisado.

—Entonces no habrías aceptado.

—Cierto.

—La próxima vez, te contaré hasta el último detalle —añadió, regocijándose con mi apuro.

Y yo me marché de su despacho sin responderle, porque sí, la verdad es que no estoy preparada para la vida moderna.

Por cómo lo dijo, estaba claro que para él esos saraos son lo mal normal, y entonces me vino a la cabeza la rebuscada idea de que a lo mejor él no sólo organiza el catering, sino que también participa en las fiestas.

Ufff, tengo que borrar esa imagen de mi mente, porque si me lo llevo a encontrar allí, desnudo, haciendo... bueno lo que hace la gente en una orgía, ya no podría trabajar con él.

En el restaurante me siento tranquila, en mi ambiente, y una vez olvidado el asunto de la fiestecilla, van pasando los días, y yo cada vez voy estando un poco mejor. Ni de lejos encantada de la vida, pero sí agradecida con los pequeños detalles positivos.

Mis ayudantes, Magda y Tito, son de lo mejor. Aprenden bien y, aunque a veces me toman el pelo con lo de «jefa», no se lo tengo en cuenta. Ciertamente es que en una cocina existe una jerarquía, pero yo nunca he sido amiga de ella.

Magda es un poco cotilla y Tito es muy bruto, en ocasiones incluso soez, pero conseguimos encajar y que todo vaya según lo previsto.

Sin embargo, esa racha tranquila se rompe un viernes a última hora de la mañana. Cuando estoy metida de lleno en mi tarea, Xavi entra con un enorme ramo de flores y se acerca a mí. Lo miro con el ceño fruncido, porque debe de ser una broma.

Él deja el costoso ramo en la encimera, junto a mí, coge la tarjeta exagerando un poco y me la entrega. Todos me están mirando. Yo me aparto el pelo de la frente con el brazo.

—Por lo visto tienes un nuevo admirador, y uno muy importante —comenta Magda a mi lado.

—No son para mí —digo.

—Pues aquí lo dice bien claro, son para ti —tercia Xavi, igual de ansioso por saber quién es el remitente.

—Será un error...

—Compruébalo tú misma —contesta, entregándome la tarjeta, que por fortuna no

ha abierto, al menos no delante de mí.

Espero que no haya cotilleado mientras hacía labores de repartidor, algo que por cierto me extraña, pues rara vez se encarga de tareas de esta índole, por no decir nunca.

—No es nada, sólo un amigo —murmuro, disimulando mi enfado tras ver quién las manda.

Pablo ha averiguado dónde trabajo y eso significa que va a venir. Lo conozco. Por alguna retorcida razón, no entiende que no quiero verlo. Habrá preguntado a diestro y siniestro hasta obtener la información, de ahí que no haya sabido nada de él en siete días.

—¿Un amigo? —inquire Xavi, y su tono parece ¿celoso?

«No, por favor —me digo—, son imaginaciones mías.»

—Sí, un amigo —asevero, esperando que esto finalice aquí.

—Pues para ser sólo un amigo se toma muchas molestias. —A nadie se le escapa el tono seco que ha empleado Xavi, y luego se marcha sin decir ni pío.

Vale, ahora tengo al encargado molesto por una estupidez, y yo cabreada porque todo esto se complica por momentos.

Tito se desentiende, porque la historia no va con él, sin embargo, Magda sigue revoloteando a mi alrededor, y yo, que no quiero dar detalles, pongo mala cara y vuelvo a mis quehaceres. Ella se da por enterada y también se dedica a lo suyo.

Con el ambiente un poco enrarecido, terminamos el servicio del mediodía, que ha estado flojillo, pero es normal, pues entre semana la cosa anda parada. Me despido de mis compañeros y saco el ramo de flores al contenedor. No quiero verlo ni en pintura.

Por desgracia, Xavi me pilla en plena operación de eliminación de pruebas y eso me obliga a buscar una excusa, una que por supuesto no encuentro.

—¿Te apetece hablar de ello? —se ofrece amable, porque no es de recibo que una chica acabe deshaciéndose de un costoso ramo de flores.

Podría contarle que tengo experiencia en eso de recibir ramos que no son bienvenidos, aunque hacerlo suponga recordar que...

«¡Para!»

—No, mejor no te aburro con mis problemas —contesto evasiva.

—Bea, todos tenemos días malos, y es una buena terapia tener cerca a alguien con quien hablar de ello. Créeme.

—No es nada, de verdad —miento con toda la convicción de la que soy capaz, y termino obligándome a sonreír.

—Eso espero —murmura él—. No me gustaría ver que tus asuntos personales interfieren el trabajo.

—No, tranquilo —respondo, manteniendo una expresión despreocupada.

Salgo del restaurante y miro la hora, como dispongo de algo de tiempo, aprovecho para dar una vuelta. Camino despacio, todo me resulta nuevo y quiero ir descubriendo rincones. De paso compro un par de cosillas para la cena en la tienda

que hay al principio de mi calle y así me relaciono con la gente del barrio.

Con mi pequeña compra, me encamino hacia casa, y no sé si me lo esperaba o ya nada puede sorprenderme, porque no me extraña encontrarme a Pablo esperándome apoyado en el coche, vestido como si viniera de la junta general de accionistas de una multinacional.

—Gracias por las flores —le suelto irónica, y busco las llaves en el bolso.

—De nada —replica, pasando por alto mi tono—. Llevo un rato esperándote... He vuelto hoy de viaje y en todo este tiempo no he podido dejar de pensar en ti.

Resoplo, porque no necesito frases tiernas y tópicas para odiarlo, ya se encargó él de darme motivos.

—¿Algo más? —Me esfuerzo por ser impertinente y creo que lo estoy consiguiendo.

Yo no quiero ser así, una arpía amargada, pero ¿qué espera de mí? ¿Un recibimiento con los brazos abiertos?

—No sabía que iba a encontrarme tanta hostilidad —comenta sonriéndome—. Aunque lo entiendo. No he sido precisamente el hombre que esperabas.

«Tú no tienes ni pajolera idea», pienso.

—Adiós, Pablo —me despido, confiando en que no vuelva a molestarme.

—¡Mamá! —oigo justo cuando meto la llave en la cerradura del portal—. ¡Mamá!

—Mierda —farfullo, y me obligo a esbozar una sonrisa deslumbrante.

Me doy la vuelta y veo a Félix correr por la acera. Se ha soltado de la mano de mi madre y se acerca a mí. Yo, por supuesto, me inclino para abrazarlo y darle los consabidos besos.

—¿Qué tal hoy en el cole? —le pregunto, fingiendo que su padre no nos está mirando.

—Como siempre... —me responde, y se da cuenta de que hay otra persona junto a nosotros que no deja de mirarnos.

Félix se pega a mí. Lo entiendo.

—¿Cómo está, Manuela? —le pregunta Pablo a mi madre, cuando ésta llega a nuestra altura.

—Muy bien. ¿Y tú?

Me sorprende que se comporte con tanta educación, pero así es ella.

—Bien, gracias —responde él.

—Anda, venga, que tienes que merendar...

Mi madre agarra a Félix de la mano y se lo lleva dentro, dejándome otra vez sola con Pablo. No sé por qué lo ha hecho, pues yo esperaba que me echara una mano y me diera una excusa para escaquearme.

—Bea...

¿Se ha emocionado? ¿Ese hijo de su madre se ha emocionado?

—Mira, Pablo, no sé qué pretendes viniendo aquí. Tengo mi vida y es evidente

que en ella no hay sitio para ti. Así que es mejor que no vuelvas...

—¡Cállate, joder! —me interrumpe, y doy un respingo.

Él parece azorado. Se pasa la mano por el pelo, nervioso. Ha abandonado su actitud calmada.

—No vuelvas a mandarme callar —acierto a decir, porque al final vamos a montar un numerito a la puerta de casa y eso me recuerda momentos muy desagradables.

—Lo siento. Maldita sea, Bea... No puedes pretender que no me afecte verlo. Yo, bueno...

—Has tenido cinco años para conocerlo —le espeto, a punto de llorar.

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no me he acordado de ti y del niño? —me pregunta, sabiendo que no tiene ningún derecho a exigirme nada.

—No pretendas ahora hacerte la víctima, Pablo. Por ahí sí que no paso —le advierto seria, antes de que recurra al recurso lacrimógeno.

—Quiero conocerlo —me suelta, dejándome patidifusa.

—No —respondo nerviosa, porque de ninguna manera puedo permitir que se acerque a Félix para después desaparecer.

—Entiendo tus recelos, pero entiéndeme a mí. Soy su padre. ¿Le has hablado de mí?

Me estoy muriendo de frío allí en medio de la calle, y está anocheciendo. No es el lugar idóneo para continuar una conversación.

—No, no le he hablado de ti. De todas formas, ¿qué iba a explicarle?

Pablo me mira, y no sé muy bien cómo interpretar su expresión.

—De acuerdo. Lo tengo merecido. Pero me gustaría estar con él y, si puede ser, contigo...

Parpadeo, porque esto se está saliendo de madre. He de poner coto a este disparate antes de que sea demasiado tarde.

—No.

—He cambiado, Bea. Ahora tengo un buen trabajo —se justifica, y su cantinela no me la creo.

—Tengo que subir...

Pablo se acerca a mí y me coge de la mano.

—Dame al menos la oportunidad de explicarme. Creo que es lo mínimo que puedes hacer —me pide.

Y yo debo de estar muy tonta o con las defensas bajadas, porque en vez de mandarlo a paseo como debería, me lo estoy planteando.

—Déjame pensarlo —respondo, ganando tiempo.

—Ahora, por mi trabajo, viajo muy a menudo, pero esta semana voy a estar en Madrid. Toma. —Me entrega una tarjeta de visita con su número de teléfono—. Me gustaría que me llamaras y quedar a cenar o a lo que prefieras. No tengo nada que ocultar, Bea, nada.

—No me presiones. No es buena idea y lo sabes.

—Ya sé que es difícil para ti creerme, por eso te pido una oportunidad. Hay cosas que tú no sabes y que me gustaría contarte.

En ese instante suena un móvil. No es el mío, y Pablo hace un gesto de disgusto al ver interrumpida su charla.

—Sí, Vasili, enseguida estoy ahí —responde—. No te preocupes, ya me he encargado de organizarlo. —Calla para escuchar a su jefe y añade—: Sí, estoy con ella...

Continúa hablando, pero yo no presto atención. ¿Por qué no se habrá quedado calvo? O ¿por qué no habrá echado barriga? El caso es que no puedo dejar de mirarlo y aun sabiendo que soy una imbécil, no puedo pasar por alto su aspecto elegante. Siempre tuvo percha, y ese traje hace que más de una transeúnte lo mire. Suspiro y él se percata de que llevo demasiado rato observándolo. Me sonrío. Así vamos muy mal.

Termina la conversación, se guarda el ultramoderno móvil, que debe de costar más que el salario mínimo, y me dice afable:

—Llámame, por favor, Bea. Hablemos cenando tranquilamente en vez de aquí en la calle, no quiero que pases frío.

Qué hijo de puta...

No me ha quedado más remedio.

Bueno, eso es lo que me repito una y otra vez para justificar mi incomprensible decisión de aceptar ir a cenar con Pablo.

Ser consciente de mi estupidez no ayuda, más bien todo lo contrario.

Y heme aquí, sentada en un comedor privado de un restaurante de lujo, esperando a que nos sirvan los entrantes, con una copa de verdejo bien frío en la mano.

Mis reiteradas negativas no han hecho mella en su insistencia. Lo único positivo es que ha sido discreto. No ha venido al restaurante a montarme un numerito. No me ha atosigado con llamadas a deshoras ni enviado más ramos de flores, algo que por cierto detesto.

No, Pablo ha optado por un camino más sutil. No sé cómo se las ha arreglado, pero un día, mi día libre, me lo encontré a la salida del colegio de Félix. Eso me sacó de mis casillas, porque era una encerrona en toda regla. Sin embargo, se quedó aparte, observándonos, y no se acercó a hablar conmigo hasta que mi hijo se hubo ido a los columpios.

En otra ocasión me abordó en el supermercado. ¿Un encuentro casual? No me lo creí, por supuesto. No obstante, terminé por hablar con él porque..., aún no sé por qué. Tengo la sensación de que está representando un papel con su aspecto elegante, de triunfador, y que tarde o temprano aparecerá en mi casa de madrugada, diciéndome que está en un apuro y que debo ayudarlo.

Pero después dudo, maldita sea. Dudo, porque Pablo nunca ha sido constante, nunca ha sido disciplinado, así que mantener una farsa de ese calibre no le sería posible. Ya tendría que haberse derrumbado y vuelto a las andadas. Pero no, ha seguido apareciendo con su deportivo y sus trajes hechos a medida.

Insistiendo una y otra vez en que al menos le debo la oportunidad de explicarse. Yo me he estado negando. ¿Cómo iba a dejarle entrar de nuevo en mi vida?

—No pierdes nada —dijo mi madre un día, cuando le conté lo que estaba ocurriendo, aunque ella ya se lo barruntaba, pues no tiene un pelo de tonta.

—Mamá..., ¿sabes lo que estás diciendo? —protesté, y me puse a fregar los cacharros de la cena para estar ocupada y no desesperarme.

—Escucha, Bea, para bien o para mal, es el padre de Félix —adujo ella sin perder la calma.

—No me lo recuerdes... —farfullé, usando con más brío el estropajo.

A pesar de que he intentado olvidar ese hecho, me ha resultado imposible. Mi hijo se parece cada vez más a su padre y, aunque no fuera así, tampoco puedo borrar por completo a alguien que una vez lo fue todo para mí.

—Cada vez que se presenta un obstáculo, no puedes mirar hacia otro lado, huir y esperar que todo se arregle o se olvide.

—Ya lo sé —me quejé una vez más, porque intuía adónde quería ir a parar mi

madre.

—Sabes perfectamente que Pablo no es santo de mi devoción, sin embargo, no puedes pretender hacer como que no existe.

—Llevo más de cinco años haciéndolo —alegué, aunque sabía que no era más que una ilusión, una tregua.

—Mira, hija, a malas tienes mucho que perder. Pablo puede buscarte las cosquillas —prosiguió mi madre con su pragmatismo—. Y si tú te empeñas en mandarle a paseo, él puede perder la paciencia y empecinarse en sus objetivos, y no por caminos agradables.

—No lo había pensado —murmuré, al darme cuenta de ese aspecto.

Acabé de fregar y me senté junto a mi madre, mientras ella me preparaba un café. Tenía mucho que reflexionar, porque yo, obcecada al máximo (obcecada, cabreada, furiosa), era incapaz de ver más allá de mis narices.

—Sé que la mayoría de las veces los consejos sirven de muy poco, pues hay mil variantes, pero es mejor saber de qué pie cojea Pablo, qué intenciones tiene, y, aunque te cueste, vas a tener que hablar con él.

Suspiré, porque si lo pensaba con detenimiento, mi madre tenía más razón que un santo. Aunque yo nunca he sido de andarme con disimulos; si detesto a alguien, se me nota. Por ese motivo soy la peor jugadora de póquer del mundo. Me encantaría poder ocultar mis emociones y ser ladina, cerebral.

—Bea, sé fuerte. Estaré aquí para lo que haga falta —añadió ella dándome un beso de buenas noches, como cuando era pequeña.

¿Podría fingir? ¿Sería capaz de estar frente a frente con Pablo y controlar mi resentimiento?

Sin estar aún segura de ello, aquí sigo. Frente al hombre al que quise, por el que discutí con mi familia y por el que lloré con amargura cuando me vi sola.

Dispuesta a jugar al póquer con la peor mano del mundo.

—Estás muy callada —comenta él con una sonrisa amable.

«Demasiado amable», pienso, aunque desde que me ha recogido en casa, se ha comportado de manera impecable. Ni una palabra fuera de lugar, ni un mal gesto, ni una insinuación. Nada, y eso me tiene aún más desconcertada.

—No tengo mucho que decir, la verdad —murmuro, mirando alrededor.

No me gusta esto de estar solos. Me produce cierta inquietud y habría preferido mil veces estar rodeada de gente.

De fondo suena una melodía de jazz que en otras circunstancias disfrutaría, pero no es el caso. Estoy nerviosa y me bebo de un trago mi copa de vino. No espero al camarero y me la relleno. Pablo arquea una ceja ante mi comportamiento.

—Bea, no tienes por qué estar nerviosa —dice, y de verdad me gustaría que no fuera tan considerado, que se mostrara impertinente. Así podría mandarlo a paseo con una excusa medianamente válida.

—No lo estoy —mascullo, y pienso en las palabras de mi madre.

En ese instante nos sirven la cena, a base de marisco. Tiene una pinta estupenda y el servicio es excelente, lo cual mejora un poco mi agriado humor. Observo a Pablo, que demuestra unos modales impecables, algo que me sorprende, pues nunca había sido lo que podría decirse muy amigo de, como él lo llamaba, chorradas de cuatro ricos.

—Gracias —le digo al camarero, porque bien sé lo mucho que agradecen estos gestos.

—De nada, señora —responde retirándose.

Quizá lo de «señora» me parece excesivo, pero supongo que es lógico, ya que me encuentro en un comedor privado, acompañada por un tipo que habrá dado ciertas instrucciones.

Pablo se muestra relajado y me mira cada dos por tres. No sé qué pretende, aunque ya puedo ir espabilando y enterarme, porque no estoy dispuesta a quedar con él indefinidas veces hasta encontrar el valor para averiguarlo.

—¿Todo bien? —inquire, señalando mi plato, que apenas he tocado.

—Pablo, dejémonos de pamplinas. Todo este despliegue...

Me interrumpe alargando la mano y agarrando la mía. Yo sigo sin confiar y sin entender cómo mantiene esta fachada de calma. El hombre al que yo conocía ya habría estallado ante mi obstinación.

—Relájate, es una simple invitación a cenar —dice afable, y yo hago una mueca.

—¿Seguro? —pregunto con ironía.

—No quiero que pienses cosas raras. Nos hemos reencontrado de una manera... inusual, lo reconozco, y creo que es una especie de señal.

—Muy inusual —mascullo, y él se ríe a carcajadas.

—De acuerdo, muy inusual —dice, y, durante un fugaz segundo, lo veo igual que cuando lo conocí en aquel local donde él trabajaba como camarero, sirviendo copas —. Aunque tú también estabas allí...

Capto el doble sentido de sus palabras, así que me apresuro a aclararle la situación.

—Estaba por trabajo, me ocupaba del catering. —Justificarme es una estupidez, pues él sabe muy bien a qué me dedico, pero no puedo evitar añadir—: Aunque dudo que ninguno de los presentes apreciara la comida.

—No, la verdad es que no —corrobora riéndose, y no aprecio ningún signo de que se sienta abochornado por asistir a fiestas de esa índole.

—Y ¿cuáles son entonces los motivos para acudir a un encuentro de éstos?

—Bea, eres mayor de edad..., adivínalo —me contesta con guasa.

Mejor no respondo. No me apetece entrar en los motivos de cada uno a la hora de elegir a qué eventos acude y, por supuesto, prefiero seguir en la ignorancia respecto a por qué mi ex era el rey de la fiesta.

—Tal como deseabas, ahora eres chef. Me alegro mucho, Bea —dice, cambiando de tema, lo cual es de agradecer.

Parece sincero. ¿Lo es?

—¿Y tú? —contraataco, porque me lo ha puesto en bandeja—. ¿Cómo te ha ido?

Pablo se recuesta en la silla, se limpia con la servilleta y me mira fijamente.

—¿Qué quieres saber? —me pregunta, sonriendo de medio lado y poniendo cara de póquer, algo que se le daba muy bien, si mal no recuerdo—. Vamos, Bea, atrévete, pregunta lo que quieras.

—Muy bien. ¿A qué te dedicas ahora? —disparo la primera cuestión, pues me tiene muy mosca su aspecto y su aparente nivel adquisitivo.

—No te andas por las ramas... —murmura, y me da la impresión de que se muere por contármelo. Sólo está creando expectación.

—Contesta —le exijo, amable pero firme.

Pablo empieza a contarme que fue muy duro tomar la decisión de marcharse, sabiendo que yo estaba embarazada. No lo creo, pues antes de eso ya mostraba signos de irritabilidad porque no podía hacer de su capa un sayo. Porque yo le pedía que viniera a casa en vez de trasnochar, porque a mí se me llevaban los demonios cuando veía que derrochaba un dinero que escaseaba.

Prosigue su relato diciéndome que intentó regresar, aunque no lo hizo porque pensó que yo estaría mejor sin él y porque no se sentía preparado para ser padre.

«Oh, por favor, qué original», pienso sin decir ni pío, porque ese cuento no me asombra.

Y, por supuesto, carga contra mi hermana, a la que no puede ver ni en pintura (es recíproco), alegando que María se encargó de torpedear nuestra relación. Ya, claro, era ella la que aparecía a las tantas, borracha y sin un céntimo en el bolsillo, después de una noche de farra.

Después me explica cómo fue de aquí para allá sin rumbo fijo, hasta que un día, en el club donde servía copas y «otras cosas», se armó un buen jaleo y evitó que a uno de los clientes le asestaran un botellazo. Y ese cliente no era otro que Vasili Orlov, un empresario ruso que, según me cuenta Pablo, es de origen español, ya que su abuela fue uno de los niños de la guerra.

Por lo visto, ese encuentro fortuito le ha cambiado la vida por completo, ya que el ruso, agradecido, lo contrató como ayudante personal, y ahora Pablo trabaja para él haciendo un poco de todo, chófer, organizador, secretario..., lo que se tercié.

Y así lleva el último año y medio. Eso sí, ha tenido que variar por completo sus hábitos. Nada de ponerse hasta las cejas. Si quiere divertirse, para eso están las fiestecitas. Y, según palabras textuales de su jefe, se puede follar lo que uno quiera, pero siempre estando sobrio.

«Curiosa filosofía», pienso.

—Vasili es muy generoso si sabes complacerlo —remata con una sonrisa de orgullo.

—Ya veo —murmuro, porque sé lo que eso significa.

—No, Bea, yo no le organicé esa fiesta subida de tono.

«El eufemismo del siglo», pienso.

—No hace falta que te justifiques —digo, y me bebo otra copa de vino. El verdejo está riquísimo y me ayuda a soportar este suplicio.

Cualquiera podría pensar que ver a Pablo contento, llevando una vida que podría denominarse como envidiable, me sienta como una patada en el estómago. No, no es eso. Sencillamente, mi estado de ánimo mezclado con los malos recuerdos me impide ser objetiva. Por supuesto que tiene derecho a vivir como le plazca, pero lo que no entiendo es por qué insiste en tener ahora contacto conmigo.

—Bea, no deberías beber tanto. Nunca te ha sentado bien —me dice, y tiene bemoles la sugerencia. Él, que se bebía hasta el agua de los floreros.

Resoplo y sé que me estoy comportando de manera absurda; desafiándolo no consigo nada, pero me relleno otra vez la copa y, mirándolo a los ojos, acabo tomándomela casi sin respirar.

—¿Decías?

—Haz lo que quieras —contesta, negando con la cabeza—, no soy tu padre y no te voy a regañar. Y, tranquila, te llevaré a casa sana y salva.

—Gracias —replico irónica.

—De nada —responde, y llama al camarero para que retire el vino y lo sustituya por agua.

La cena está siendo un desastre, ya lo presentía, no obstante, pese al sopor que me produce haber bebido más de la cuenta, me doy cuenta de que de nuevo estoy huyendo. De acuerdo, sigo aquí, pero mi cabeza está en otro lado. Mi comportamiento es el típico de una mujer inmadura que se regodea en el pasado y, recurriendo a un orgullo mal entendido, intenta devolverle la pelota al tipo que la hizo sufrir.

Se acabó, yo no quiero ser esa mujer. Pablo me hizo daño abandonándome, pero ¿y si se hubiera quedado a mi lado? ¿Cómo habríamos acabado? ¿Cuántos sinsabores tendría que haber soportado?

Si lo miro en retrospectiva, estos más de cinco años han sido felices. Mi familia siempre apoyándome. Mi hijo creciendo sano y «él», ese al que no soy capaz de olvidar, con el que he vivido un breve pero intenso período que siempre estará ahí.

Sí, definitivamente no puedo mantener este rencor, a estas alturas malsano y ridículo, contra Pablo. Fue un hombre importante en mi vida, pero ya pasó.

—Te pido disculpas —digo, rompiendo el silencio, y él me mira sin comprender—. Por mi comportamiento.

Por su expresión, deduzco que lo he pillado descolocado, que no se esperaba unas palabras semejantes, porque desde que coincidimos en la... llamémosla fiestecita para adultos, no he dejado de actuar como se supone que lo haría una persona dolida, cuando en realidad no lo estaba.

—No pasa nada. Yo esperaba que me arrojaras el vino a la cara —comenta divertido, y por primera vez sonrío—. Ya era hora. Joder, Bea, lo que me ha costado

hacerte sonreír.

—Pidamos el postre —le digo, para no pasar de ser una antipática a acabar diciendo frases moñas.

—Como quieras —responde, y acto seguido llama al camarero, que por lo visto sabe bien cómo va esto y ya viene con la carta de postres.

Nos decidimos por una tabla variada de quesos para compartir. Algo extraño, teniendo en cuenta que mi intención no es precisamente compartir nada con Pablo, pero si de verdad quiero pasar página, debo ir dando estos pequeños pasos.

El ambiente se ha ido relajando, lo cual agradezco. Estar siempre tensa, a la defensiva, me agota. Él me entretiene contando anécdotas de su trabajo con Vasili, y lo veo contento. Viaja mucho, algo que, según me explica, vuelve complicado mantener una relación. No sé si es una indirecta o una declaración de principios, pero dejo que siga hablando.

Pablo debe de tener algún tipo de influencia con el dueño del establecimiento, pues tras recoger la mesa, nos sirven dos cócteles que no hemos pedido y no nos interrumpen. Me doy cuenta de que a cada minuto que pasa me noto más relajada. Sienta muy bien eso de olvidarse de los rencores.

—Bea..., me gustaría poder ver a Félix —murmura de repente.

No sé si muestra sus cartas demasiado pronto o ya se ha cansado de fingir que es un hombre perfecto.

—No puedes pedirme algo así, es una locura —respondo prudente.

—Lo sé. Mi intención no es presentarme en tu casa y dar la noticia como si nada —añade, y me da la impresión de que ha pensado mucho en ello.

—Y ¿qué sugieres? —inquiero con lógica preocupación.

—Tú lo conoces mejor que yo..., pero supongo que sería apropiado verlo en lugares donde él se sienta cómodo, relajado.

—No sé si es buena idea —contesto, negando con la cabeza.

Me da miedo, no por él, sino por mi hijo. Puede encariñarse o todo lo contrario. Ahora está relativamente bien, tras lo que pasó con... «él». Tengo que respirar, porque hasta su nombre me resulta difícil de pronunciar.

Félix es un niño muy cariñoso y no quiero que se sienta desilusionado. Otra vez.

Cuando Félix me pregunta por «él» yo sonrío, finjo que no me afecta aunque ya se me están acabando las mentiras. Nadie puede pasar tanto tiempo de viaje. Nadie se pone «malito» tantos días. Me siento una traidora con mi propio hijo, pues enmascarando la verdad sólo gano tiempo y tarde o temprano acabará dándose cuenta.

—Félix y yo hemos vivido solos mucho tiempo...

—¿No ha habido ningún hombre en estos cinco años?

Tuerzo el gesto.

—No hablemos de mí —digo, intentando reconducir la conversación.

—Tienes razón, no es asunto mío —recula, y acabo de darme cuenta del error

táctico que acabo de cometer. Pablo ahora sabe que estoy sola y puede hacerse una idea equivocada—. Pero Félix sí lo es.

—Cuidado, Pablo —le advierto antes de que siga—. No puedes pretender venir ahora y encontrar las puertas abiertas.

—No he dicho eso, Bea, no hace falta que te pongas a la defensiva —responde amable—. Quiero ir despacio, que me vaya conociendo.

—Y ¿qué propones? —pregunto, para conocer sus intenciones, porque de ese modo podré estar preparada.

—Nunca habría pensado que fueras tan calculadora... Da igual, supongo que tienes derecho a mostrarte recelosa.

Que se muestre tan humilde me molesta. Si por algo se caracterizaba el Pablo al que yo conocía era por su falta de modestia. Él nunca hacía nada mal, era yo, con mis preguntas, con mis requerimientos, la que estropeaba el buen rollo.

—No hace falta que me dores la píldora, Pablo. Nos conocemos —replico, y me froto las sienes, porque todo esto me supera.

—Escucha, sé que la jodí. No fue sencillo asumirlo, pero hace ya un tiempo que me di cuenta de cómo me comporté. No busco tu comprensión ni tu perdón. Tampoco compensarte. Sé que fui un cabrón y que tú así lo piensas.

—Tú lo has dicho.

—Explicarte cómo he cambiado es absurdo, pues por mucho que me esfuerce, para ti soy el de siempre. No me queda otra alternativa que esperar a que tú misma te des cuenta de cómo soy ahora.

—Nadie cambia de la noche a la mañana.

—No, en eso estoy de acuerdo, pero las personas evolucionan —me corrige, todavía calmado.

—¿Entonces? —inquiero, porque me confunde constantemente con su actitud de buena persona.

—Coincidir contigo después de todos estos años hizo que por fin me decidiera a poner en práctica una idea que me llevaba rondando desde hacía tiempo. Y ahora estoy en disposición de poder ofreceros algo.

—No necesitamos nada, de verdad.

—Lo sé. Soy muy consciente de que has sabido salir adelante. Es algo que valoro no te haces idea de cuánto.

—Sigues halagándome, Pablo —le recuerdo, y él me sonrío.

Se pone en pie y coge uno de los dos cócteles. Lo miro y sigo sin conciliar la imagen que durante tantos años he almacenado en mi cabeza con la de ahora. Continúa desenvolviéndose con habilidad, sin embargo, ya no es el camarero joven y atractivo que se camelaba al público femenino, entre el cual debo incluirme, me guste o no. Ahora es un hombre elegante, serio, con un atractivo diferente, maduro. Está a punto de cumplir los cuarenta.

—No, no son halagos —me contesta, con la misma amabilidad que ha venido

demostrando durante toda la velada—. Hace tiempo tuve una conversación con Vasili sobre mi pasado y le hablé de ti. ¿Sabes qué me dijo?

—No sé si me hace mucha gracia que un desconocido esté al tanto de mi vida — murmuro, haciendo una mueca.

Pablo se acerca y me entrega mi copa.

—Es sin alcohol.

—Gracias.

—Y, tranquila, mi jefe es ante todo un tipo discreto y un buen amigo. Me dijo algo que me hizo pensar... Me hizo pensar en ti, en lo que ocurrió y en mi comportamiento irresponsable. Y te aseguro que me hizo sentir como una mierda — admite, y lo veo ¿afectado?

Se sienta frente a mí con aspecto hundido.

¿De verdad le afecta? ¿De verdad ahora se da cuenta?

Mi lado racional me dice que eso no es posible, que es una actuación, una muy buena, por cierto; sin embargo, mi lado visceral empieza a apreciar una posibilidad de que sus palabras sean ciertas.

Estira la mano, buscando la mía, y me mira a los ojos.

—Dame esa oportunidad, Bea.

Hoy ha sido un día agotador. En la cocina no hemos parado ni un minuto, pues ha habido lleno. El Cien Fuegos ha sido un hervidero, el libro de reservas completo. Según Xavi, se debe a las buenas opiniones de quienes ya han pasado por el restaurante. Y eso se ha traducido en trabajo contrarreloj para poder atender con rapidez cada comanda. Xavi, por supuesto, está exultante y al final del turno de comida ha venido a felicitarnos a la cocina, un detalle que se agradece. No todos los jefes tienen esos gestos.

Es viernes y este fin de semana libre. El primero desde que trabajo aquí, y tengo muchas ganas, la verdad, de hacer vida casera y tranquila con Félix y con mi madre. Desde que me instalé en Madrid no he hecho ni siquiera una visita turística, aunque creo que después de una semana de infarto lo que más apetece es quedarse en casa al calorcito, algo que no va a poder ser.

—Esta noche tengo una cita —me comenta Magda ilusionada.

Hasta pone cara bobalicona, haciéndome reír.

—¿Ah, sí? —pregunto, mientras recojo mis cosas.

Yo también tengo una, aunque guardo silencio, porque ni yo misma tengo muy claro qué clase de cita es la que voy a tener con Pablo. He accedido, pese a que las dudas me asaltan; pero ya que no puedo evitarlo, prefiero controlar yo la situación.

—Pues sí. Ay, Bea, por fin me armé de valor y llamé a Luis. Y, pásmate, parecía encantado con eso de que yo hubiera tomado la iniciativa.

—Me alegro muchísimo, de verdad —digo, y cruzo los dedos para que todo le vaya bien.

—¡Mañana te cuento! —exclama despidiéndose.

—No, mañana no, el lunes —la corrijo.

Magda levanta los pulgares, muy animada.

No sé si quiero escuchar los detalles de su cita. No es que sea una amargada que no desea la felicidad ajena, pero no estoy de humor, la verdad. Aunque, conociéndola, ésta me hace un resumen completo el lunes a primera hora de la mañana.

Al salir de la cocina me encuentro con Xavi. Tan impecable como siempre. Hoy con un excelente traje azul oscuro y chaleco, y, por supuesto, con esa pose tan especial suya. Me mira sin decir nada. No me gusta, pues desde hace unos días se muestra más cauteloso, menos hablador, me observa más.

—Buenas tardes, Bea. Que pases un buen fin de semana —dice.

Me limito a saludarlo con una sonrisa educada. No me detengo a hablar con él, al fin y al cabo no es necesario, pues todo marcha bastante bien. Me joroba un poco que, después de haberme visto con Pablo, con el que por cierto no tengo nada pero Xavi debe de imaginar lo contrario, se muestre como un perro al que van a quitarle el hueso. Entiendo que sea un tipo al que le gusta saber todo lo que ocurre a su alrededor, sin embargo, creo que quedan excluidos los menesteres privados, siempre

y cuando no afecten al trabajo. Y, hasta la fecha, mi rendimiento ha sido igual que al principio.

Pero no quiero darle más vueltas de las necesarias a un asunto que no va a ningún sitio y me encamino a la zona de vestuarios, porque ya tengo ganas de quitarme el uniforme.

Tras cambiarme de ropa, salgo y allí está Pablo. Tal como acordamos, alejado del restaurante, para evitarme problemas. Han pasado más de quince días desde que quedamos para cenar. Él no me ha presionado, como me prometió. Sé que ha estado de viaje de negocios. De nuevo ha venido en su llamativo deportivo. Siento una especie de inquietud, como si estuviera haciendo algo malo, pese a que soy libre, no le debo explicaciones a nadie.

—Hola, Bea —me saluda, y dejo que me dé dos besos.

Todo formal, todo correcto. Nadie puede reprocharme nada, sin embargo, ese runrún interior me impide relajarme.

Me subo al coche y juntos nos dirigimos al colegio de Félix para recogerlo. He acordado con Pablo que pasaremos la tarde en un complejo especial para niños del que me han hablado, donde pueden hacer diversas actividades mientras los padres se relajan tomando algo y dejan a los críos a su aire, cosa que agradezco.

Llegamos en un santiamén al colegio, y Pablo aparca en doble fila, como el resto. Juntos, nos acercamos a la zona de salida de infantil, y no se me escapa que algunas madres miran de reojo a Pablo. Unas pocas ni siquiera disimulan. De acuerdo, hoy está impresionante. No lleva traje, tengo a mi lado una versión menos formal, pero igualmente atractiva. Él también es consciente de que lo observan y sonrío de manera educada, supongo que como gesto de agradecimiento.

Por fin veo a Félix salir, alzo la mano para que me localice, y él viene corriendo hacia mí. No sé para qué me molesto en ponerle la bufanda por la mañana si luego la arrastra y no la usa.

—¡Mamá! ¡Mamá! Mira lo que hemos hecho hoy —me dice cantarín, y me muestra una pequeña cometa que sin duda ha pintado él.

—¡Qué chulada! —exclamo, agachándome para quedar a su altura y poder darle unos cuantos besotes de esos que a él le gustan poco, pero de los que yo no me canso.

—Sí, es muy bonita —interviene Pablo, y Félix lo mira.

Aún se muestra desconfiado, pero ya no se refugia detrás de mí.

—Si quieres te la dejo para jugar un rato —le dice, ofreciéndosela.

—Muchas gracias —responde Pablo, aceptándola.

Los dos se quedan callados, mirándose. No sé si es un silencio incómodo o necesario para que puedan ganar confianza el uno con el otro.

—Tenemos que buscar un sitio donde haya aire, porque en casa no hay —explica mi hijo, orgulloso de sus conocimientos.

—Por supuesto, Félix. —Pablo me mira a mí a la espera de mi aprobación, cosa que agradezco, y continúa—: En cuanto haga bueno, porque con este frío va a ser

difícil.

—Y dentro de casa no se puede —remata mi hijo.

—Venga, vamos a un sitio que te va a encantar —intervengo, agarrándolo de la mano.

Pablo camina a nuestro lado en dirección al coche, y mi hijo no deja de observarlo. A mí se me hace un nudo en la garganta, porque no sé cómo explicarle quién es.

—¡Hala! Qué coche tan chuli, es como el de Max —exclama Félix, y yo disimulo como buenamente puedo. No esperaba que lo mencionara a «él».

—¿Te gusta? —pregunta Pablo.

—Sí, me gusta mucho —responde Félix, mientras se monta.

—Mamá, ¿también va a venir Max con nosotros? Me apetece mucho verlo, porque hace mucho que no lo veo y tengo muchas cosas que contarle. Lo de mi nuevo cole, mi nueva profe...

¿Qué respondo yo a eso?

Niego con la cabeza y fuerzo una sonrisa, que de momento hace que Félix deje el tema.

A Pablo no se le escapa mi reacción. Maldigo en silencio por no ser capaz de ponerme una máscara que oculte mis emociones.

Arrancamos y en menos de cuarenta minutos llegamos al complejo para niños. Nada más entrar, Félix, alucinado, empieza a hacer un montón de preguntas, y es Pablo quien le responde. Al principio se los ve a los dos distantes, pero debo reconocer que Pablo tiene mucha mano, y poco a poco van comunicándose mejor.

Félix se apunta a una de las actividades, y nosotros nos vamos a la zona de restauración.

—Es un crío increíble... —comenta cuando nos sentamos para tomar un café.

No voy a comer ningún dulce. No porque tengan mala pinta, sino porque es bollería industrial y no soy yo muy aficionada a las grasas saturadas.

—Sí, lo es.

No hablamos mucho. Creo que ambos tenemos miedo de lo mismo, de meter la pata. Por mi parte siento que voy a volverme tarumba con tanto debate interno. Sigo pensando en Max. ¿Cómo olvidarlo? Sigo soñando que todo se arregla, que me toca y me abraza antes de dormir. Que me vuelve loca con sus palabras. Sin embargo, todo es una ilusión, una quimera. Y ahora, ¿esto es una nueva oportunidad?

Parezco un disco rayado, dándole vueltas a lo mismo una y mil veces, cuando a lo mejor tengo delante de mí mi futuro.

Negar que en alguna ocasión, en especial al principio, cuando Félix era un bebé, imaginaba que Pablo volvía arrepentido sería mentirme. Cierto es que aquellas ilusiones eran sólo el fruto del cuento de hadas que nos habían vendido y que jamás podrá ser real. No obstante, imaginar que Félix conoce a su padre es algo que me emociona. Es algo a lo que, por mucho que me escueza, tiene derecho.

Félix nos interrumpe para contarnos lo que ha hecho, lo que le queda pendiente... Viene acalorado y habla de manera atropellada.

Yo le sonrío comprensiva y lo peino con los dedos, porque el pobre, con tanto ir de aquí para allá, lleva unos pelos de loco.

—¡Ya verás cuando se lo cuente a Max, seguro que le encanta! —exclama, antes de irse otra vez corriendo. No quiere perder ni un solo minuto.

—¡La merienda! —le grito, pero ni me oye.

—Déjalo —dice Pablo sonriendo, quizá tan emocionado como el niño.

Me fijo en él, no se está perdiendo un detalle. Lo entiendo, ya que todo le resulta una novedad. Aunque está contemplando sólo la versión agradable, la divertida.

—Ya veremos qué opinas cuando te toquen las rabetas, las peleas y los caprichos —comento de manera distendida, tampoco quiero aguarle la fiesta.

—¿Quién es Max? —inquire, cambiando de tema y tocando uno del que no me apetece hablar.

—Nadie —respondo evasiva, y, claro, eso despierta su interés.

—Félix lo ha mencionado varias veces, debe de ser importante.

—Lo fue —murmuro, y le sostengo a duras penas la mirada.

—Escucha, Bea, no soy un ingenuo y mucho menos un imbécil que se va a poner de uñas al saber que has tenido alguna que otra relación —me dice, dando a entender que él no ha perdido el tiempo.

«No quiero tu maldita comprensión —pienso—. Aunque, ¿esperabas acaso que se mostrara celoso?»

Desde luego, eso sí sería una estupidez. De todas formas, el tema me incomoda y mucho. Pablo se ha percatado de ello y de nuevo muestra una actitud serena tan opuesta a la que yo recordaba que me sigue confundiendo.

—Y por cómo habla Félix de ese hombre, entiendo que en efecto ha sido importante —añade para mi más completa consternación.

«No lo sabes tú bien», quiero gritarle al más puro estilo histérica desesperada, sin embargo, me limito a asentir, confiando en que de esa forma entienda que no me apetece seguir ahondando en el asunto.

—¿Y tú? —pregunto en un ridículo intento de desviar la conversación.

—¿Me estás preguntando si he tenido alguna relación seria?

—Sí.

—No, Bea. No la he tenido desde que estuve contigo —responde, y aunque me parece sincero...

Arqueo una ceja, porque me cuesta creer que Pablo, con su forma de ser, su físico y su labia no se haya llevado a más de una de calle.

Yo no definiría mi relación con Pablo como seria, fue intensa, pero no seria. A las pruebas me remito, sólo hay que ver cómo acabamos.

—¿Ninguna? —insisto, y veo que lo incomoda.

—Eso no quiere decir..., joder, ya me entiendes...

—Ah, vale... —murmuro, y entonces me quedo más tranquila, porque en ese aspecto es el de siempre.

—Si te soy sincero, no sé cuál es el motivo por el que soy incapaz de comprometerme con una mujer...

—Siempre te ha gustado la variedad —contesto mordaz, y él me sonríe, porque para Pablo, como para todos, eso es un halago muy grande.

—No lo negaré y sé que ése fue uno de los motivos de que tú y yo...

Levanto la mano, indicándole que no siga por ahí. No quiero perder el tiempo desenterrando momentos amargos. No me interesan, pues ahora, visto con perspectiva, sé que no tuvimos una verdadera relación. No fue ni la décima parte de intensa ni de emocionalmente adictiva que la que mantuve con... Respiro, porque ni siquiera puedo decir su nombre mentalmente.

—Bea —dice Pablo, y, al pillarme despistada, alarga la mano y sujeta la mía—, sé que ya es tarde para pedirte perdón, y que si me perdonas lo harás porque ya no te importa, sin embargo, soy muy consciente del daño que te causé.

—¿Por qué insistes en darle vueltas a eso? —inquiero, y, para mi asombro, no he intentado soltarme de él.

Pablo continúa acariciándome la mano. Un toque mínimo, pero tal como me siento me resulta extraño, pues creía que cualquier contacto con un hombre, y más con él, me haría sentir rechazo.

—Muy sencillo. Porque por una de esas casualidades de la vida he vuelto a coincidir contigo.

Bueno, llamar casualidad a una orgía es ser muy generoso, no obstante, como prefiero no ponerme colorada hasta la raíz del pelo, no digo nada y dejo que continúe:

—Ahora, además, dispongo de estabilidad económica y, aunque resulte un tópico difícil de creer, he madurado y comprendido muchos aspectos que antes despreciaba. No te confundas, no soy un santo, llevo unos cuantos defectos en la maleta, pero quiero estar cerca de mi hijo y de ti.

Me va a dar un algo aquí mismo, delante de tropecientos padres armados con móviles de última generación y de niños espirituosos y con las manos sucias corriendo a mi alrededor.

Mi madre tenía razón. Haber aceptado quedar con él me permite conocer sus intenciones. Y no sé cómo considerarlas.

—¿No dices nada? —pregunta ante mi silencio.

—¿Qué quieres que te diga?

Pablo vuelve a sonreírme y no me suelta la mano.

—Que estás dispuesta a dejarme entrar en tu vida. A darme esa segunda oportunidad que crees que no merezco.

No me caigo de culo aquí mismo por lo anteriormente expuesto, porque la sorpresa no es para menos. Trago saliva. No quiero avanzar acontecimientos, pero esto está tomando un cariz muy peligroso. Entiendo que quiera conocer a Félix.

Puede jorobarme, sin embargo, no puedo impedírselo y, hasta cierto punto, me parece cruel para mi hijo negárselo. De acuerdo, no se portó bien conmigo, fue un auténtico cabrón, para qué callármelo; no obstante, siempre supe que llegaría un momento en que tendría que enfrentarme a la realidad.

Lo que más me jode es que tenga que ser ahora. ¿No podían las parcas del destino elegir otro momento en que mi estado anímico estuviera más fortalecido? Pues no, las muy asquerosas me lo mandan todo al mismo tiempo. No doy abasto. Menos mal que tengo trabajo, porque sólo me faltaba estar desempleada...

—Pablo, no es un buen momento —digo, negando con la cabeza.

—Hablas como si te hubieran roto el corazón. ¿Me equivoco?

Sigue acariciándome la mano y, por mucho que me esfuerce por cabrearme, no lo consigo. Su contacto al parecer tiene un efecto muy diferente al que yo creía. La verdad es que me reconforta. Quizá sea lo que necesito, porque al estar lejos de mis amigos, no tengo nadie a quien abrazar, y a mi madre, la pobre, no quiero aburrirla con tantas quejas.

—No, no te equivocas —admito, pues no tiene sentido ocultarlo.

—¡Mamá! —grita mi hijo, acercándose con dos pegatinas de colores en la camiseta, sudando como un pollo y con una sonrisa que no tiene precio—. ¡Me he subido a un coche de bomberos! Ha sido chuli, chuli de verdad, mamá... —De repente se detiene y nos mira a ambos y ve nuestras manos unidas. Frunce el entrecejo y termina preguntando—: Pero ¿Max no era tu novio? ¿Por qué le das la mano a él? ¿Ya no quieres estar con Max? ¿También éste es tu novio? ¿Se pueden tener dos novios?

La asociación de ideas de un niño de cinco años es muy curiosa, eso está claro. El problema es que tengo que darle una respuesta coherente y acorde con su edad para que lo entienda.

—Cariño... —titubear no ayuda mucho que digamos—, no es mi novio —termino diciendo, y miro a Pablo de reajo para que me eche una mano, aunque no lo veo yo muy decidido a hacerlo, más bien se está regodeando con mi apuro.

—Ah.

—¿Adónde vas a ir ahora? —le pregunto para desviar su atención.

—¿Te vienes conmigo y vemos qué actividades hay? —propone Pablo, antes de que Félix responda.

Mi hijo lo mira con cierto lógico recelo, pero al final termina asintiendo. No sé cómo puede resultar este experimento, aunque sonrío a Félix para que se sienta tranquilo.

Los dos se marchan cogidos de la mano.

¿Debería sentirme nerviosa?

Lo que más me preocupa no es si Pablo está o no capacitado para atender a un crío de cinco años; yo no lo estaba y aprendí sobre la marcha. Quizá la causa de que no termine de sentirme relajada sea la implicación emocional. Pablo puede ser

adorable cuando se lo propone, y de hecho lo está demostrando, y Félix siempre ha sido un niño que, en cuanto ve confianza, se encariña con las personas. Y después de lo ocurrido no quiero que le pase lo mismo. ¿Cuánto tiempo aguantará Pablo con nosotros? ¿Cuándo necesitará dar un nuevo aire a su vida y desaparecerá?

Mis incógnitas siguen sin resolverse cuando, tras pasar toda la tarde juntos, Pablo nos lleva a casa. Félix, agotado por tanto ejercicio pero muy contento, no ha dejado de hablar durante el trayecto. Lo más sorprendente es que ambos empiezan a entenderse, y, pese a mis miedos, me doy cuenta de que no puedo privar a mi hijo de la oportunidad de conocer a su padre.

De acuerdo, voy a supervisarlo todo, no puedo evitarlo, pero acepto la propuesta de Pablo de volver a vernos el próximo fin de semana.

6

—¿Cómo ha ido todo? —me pregunta mi madre cuando, tras la cena y con Félix ya acostado, nos quedamos un rato en la cocina, terminando de recoger los cacharros.

Es algo que se ha convertido en una rutina, lo de charlar de nuestras cosas. Recoger la cocina es una excusa, porque si estuviera sola tardaría la mitad.

—No sabría muy bien cómo calificarlo, la verdad —respondo, pues sigo sin conciliar las dos opiniones que tengo de mi ex.

—Félix ha venido contento —apunta ella, y sé que quiere tirarme de la lengua.

—Ya lo sé. —Opto por hacerme un poco la tonta, pero mi madre es demasiado sagaz como para dar esa contestación por suficiente.

—Dime qué te preocupa en realidad, hija. No puedes guardarlo todo dentro. ¿Son celos?

—¿Celos?

—No te enfades. Pero puede que de repente veas la aparición de Pablo como una amenaza. Al fin y al cabo, siempre has sido tú quien ha tomado todas las decisiones respecto a Félix —explica.

—Mmmmm —murmuro, torciendo el gesto.

—Si él se implica, y por lo que parece quiere hacerlo, puede que tengas que ir empezando a hacerte a la idea.

Me quedo con esa última reflexión, interesante, por cierto, antes de darle las buenas noches e irme a mi dormitorio.

¿Puede ser eso cierto?

Mmm, pues no lo sé, ya que esa cuestión no me la habría planteado nunca. Claro que para eso está mi madre, la Pepito Grillo, dispuesta a hacerme reflexionar. La versión mejorada de mi hermana María, que apunta maneras pero aún tiene camino que andar.

Mientras me cepillo los dientes me observo en el espejo, veo mi moño medio deshecho, reflexiono sobre las palabras de mi madre y llego a la conclusión de que, como siempre, tiene parte de razón. Puede que Pablo vaya acercándose de manera gradual, pero llegará un momento, si antes no desaparece, como ya hizo una vez, en que tomará decisiones sobre Félix que a mí no me gusten, y tendré que asumirlas.

Todo esto me supera, por eso creo que por hoy ya he tenido bastante. Apago la luz del baño y me voy descalza hasta la cama. Una vez dentro, con un buen libro en las manos, miro de reojo la otra parte vacía.

No quiero pensar más por hoy, pues tanto darle vueltas a todo me deja mal sabor de boca y además me deprime. Mejor dedicarme a la lectura. Evadirse con la vida de otros puede ser un buen remedio. Abro el libro y me concentro en las páginas. Por suerte, lo consigo, mi pensamiento está cien por cien implicado en la historia, con lo que mi vida personal, puede que también de novela, deja de acecharme.

Los siguientes días son rutina. Pablo me llama y hablamos un rato por teléfono,

pero poco más. Vuelve a estar de viaje y me sorprende, porque, la verdad, resulta fácil mantener una conversación con él. Las palabras fluyen. El tema principal de nuestras charlas es Félix, pero hemos empezado a tocar también otros asuntos. Él me explica en qué consiste su trabajo para Vasili, que trata principalmente de tenerlo contento, con todo bien organizado a su alrededor. Es una especie de ayudante de máxima confianza. Lo mismo le reserva un vuelo que le busca dos mujeres para pasar la noche. Interesante.

Yo le hablo de mi día a día en el restaurante, o de alguna receta nueva que se me pasa por la cabeza. Temas que podría comentar con cualquiera, pues no me comprometen. Él escucha y a veces intenta entrar en asuntos más privados. Desde que Félix mencionó a Max, noto que tiene la mosca detrás de la oreja. Yo, como no podía ser de otro modo, esquivo con más o menos gracia la cuestión.

No tiene una hora fija para llamar, supongo que se debe a sus ocupaciones. Procura hacerlo cuando Félix puede ponerse y hablar con él. Mi hijo empieza a sentirse cómodo. Eso es buena señal, porque va a llegar el momento en que tenga que decirle la difícil frase «Él es tu padre».

Al menos he conseguido que no le compre infinidad de juguetes, regalos o ropa como modo de ganárselo. Quiero que establezcan una relación diferente, que Félix no lo vea como una tarjeta de crédito con patas, pese a que eso suponga cierto enfado por parte de Pablo. De alguna manera, ahora que dispone de estabilidad económica quiere compensarnos por todos estos años, aunque yo le dejé bien claro que si sólo buscaba dinero, para mí habría sido fácil ponerle una demanda de paternidad y punto.

No lo hice y siempre tuve claro que haría cualquier cosa, ilegal si fuera necesario, para salir adelante. Por suerte no ha sido así, y con mi trabajo y la ayuda de mi familia, hemos salido adelante.

Lo más difícil para mí es comprender por qué el día que no llama lo echo de menos. Muy raro, desde luego. Tengo la terrible sensación de que Pablo no sólo quiere ver a su hijo. La sensación es terrible no porque me parezca mal, sino por miedo a mis propias reacciones.

Debo seguir adelante, no me queda otra. Es por lo que me esfuerzo cada día. Sin embargo, reconozco que me encuentro en un punto muy vulnerable y que la tentación de aplicar el dicho de «Un clavo saca otro clavo» va tomando fuerza.

¿No es lo que algunos hacen para olvidar? ¿No podría ser una forma de cerrar definitivamente un capítulo?

—¿Qué te parece si me llevo a Félix conmigo este fin de semana? —me pregunta mi madre, ya que en el cole tienen un par de días libres por el carnaval.

—No sé... Son muchos días y no te va a dejar hacer nada —contesto, porque sé que Félix puede ser agotador, como cualquier niño de su edad.

—No te preocupes por eso. En el pueblo se lo pasará en grande. Allí, bien abrigado, puede estar todo el día en la calle. Y así yo aprovecho para darle una vuelta a la casa.

Mi madre y su obsesión con tener arreglada su casa, aunque no esté viviendo allí. Es algo que admiro, porque a mí a veces me da mucha pereza, pero a ella no. Es capaz de llegar tras el viaje de tres horas en bus y ponerse a pasar la bayeta.

—Mamá, eres un sol, de verdad. Si quieres ir, ve. Yo me las apañaré con Félix —le digo sonriendo, porque sé que no puede evitar preocuparse por todos.

—No digas bobadas —me contesta, negando con la cabeza—. Estarás liada en el restaurante y no puedes tener la cabeza en dos sitios. Y así te ahorras la canguro.

—Para eso está el dinero —replico.

—Hay que hacer hucha, hija, para cuando vienen las vacas flacas... —me recuerda.

Ella siempre ha sido una hormiguita ahorradora, y ahora también, porque su pensión no es como para tirar cohetes.

—Tengo un buen sueldo, me lo puedo permitir —alego, porque es cierto.

En el Cien Fuegos no tengo el salario mínimo de forma legal y el resto de aquella manera. Allí las cosas se hacen bien desde el primer euro.

—Lo sé y no dejo de dar gracias por que hayas encontrado un empleo así, pero las cosas pueden torcerse. Además, me apetece mucho ir al pueblo, y seguro que a Félix también. Le vendrá estupendamente, porque allí no hay tráfico. Puede jugar con otros críos de su edad y le dará el aire del campo.

Tuerzo el gesto, porque sólo ella sabe dar argumentos tan convincentes. De acuerdo, yo odio ir al pueblo, pero entiendo que a Félix le gustará.

—Bueno, vale, pero con una condición —digo, cruzándome de brazos y mirándola con severidad.

—¿Vas a ponerle condiciones a tu madre? —inquire, perpleja y divertida a la vez—. ¿A tu propia madre?

—Pues sí —confirmo, disimulando una sonrisa.

—A ver cuál...

—Nada de autobús, que tarda una eternidad. Os saco unos billetes de AVE y desde Zaragoza os cogéis un taxi.

—Bea..., ¡eso cuesta un dineral!

—O lo tomas o lo dejas. —Me muestro inflexible.

Sé que va a aceptar, vaya que sí, ya que quiere ir al pueblo. No sólo porque lo eche de menos y porque quiera ver su casa, sino también para presumir de nieto; si lo sabré yo.

Saco mi portátil sin esperar y me pongo a reservar los billetes de tren. Vale, cuestan bastante más que los de autobús, pero merece la pena. Sin el menor remordimiento, cargo el importe en la tarjeta de crédito (algo que hasta no hace mucho me daba pavor) y le sonrío a mi madre satisfecha antes de decirle:

—Ya puedes preparar la bolsa de viaje.

Mi madre me mira de reojo, y yo arqueo una ceja. La conozco y sé que aunque parezca que yo me he salido con la mía, ella se guarda un as en la manga.

Así que el sábado, tras trabajar en un servicio especial de esos que organiza Xavi, con comensales que puede que fueran igual de pijos que los otros, pero al menos nadie se desnudó, regreso a mi casa.

—Más sola que la una —murmuro, cerrando la puerta.

Paso por la habitación de Félix y sonrío. Lo ha recogido todo, tal como me prometió, porque cuando le dije que se iba al pueblo con la abuela, empezó a saltar como un loco, todo emocionado.

Después me voy a la cocina. No tengo mucha hambre, pero saco del frigorífico una ración de canelones caseros que ha preparado mi madre. Puede que ella no tenga el título oficial de chef, pero cocina estupendamente. Y aunque me hubiera dejado dos croquetas roñosas, es el detalle de haberse acordado de mí y de lo hecha polvo que acabo.

Con una copa de vino y la cena me voy al salón, enciendo la tele y disfruto de la soledad. Como tranquila, algo que pocas veces puedo hacer, y después tardo menos de cinco minutos en recoger la cocina. Al meter el plato en el lavavajillas, me acuerdo de «él» y no me hace falta un espejo para saber que mi expresión es triste, algo que no me puedo permitir.

Regreso al salón y busco en la tele algo que me anime. Empiezo a pasar canales.

—Nada de amoríos. Nada bélico. Nada de autor —me digo, arrugando el morro, porque me he puesto muy exigente para la poca oferta que hay.

Sin embargo, la suerte me sonrío cuando pillo una reposición de «Sherlock». Me encanta la versión moderna, cínica y con un sentido del humor tan rebuscado de este clásico. Me acomodo en el salón, dispuesta a no perderme un detalle, pues es una de esas series en las que muchas secuencias no tienen sentido hasta el final, cuando encajas las piezas, siempre y cuando hayas estado atento.

Relleno mi copa de vino y me acomodo en el sofá. Pongo los pies en la mesa de centro, aprovechando que mi madre no está. Esta serie es justo lo que necesitaba... Un tipo egocéntrico e insensible, dando por el culo a todo aquel que se le cruza por delante. No puedo evitar reírme con algunas de sus hirientes réplicas, mientras el vino, ya voy por la segunda copa, empieza a producirme ese efecto entre la satisfacción, la euforia y el sopor.

En ese estado, al oír el telefonillo del portero automático pienso que es en el piso de al lado y ni me inmuto. Yo sigo a lo mío. Pero insisten y me doy cuenta de que llaman a mi puerta. Lo cual me sorprende, ya que, para empezar, no tengo aún mucha relación con mis vecinos, y tampoco amistades como para que un sábado por la noche aparezcan en mi casa.

Arrastrando los pies, porque no me hace mucha gracia eso de que me interrumpan, camino hasta la puerta de entrada y, haciendo el menor ruido posible, miro por la mirilla. Parpadeo, porque el vino se me ha subido a la cabeza.

No puede ser él...

Pero lo es.

Estoy hecha unos zorros, como siempre que estoy en casa, y más aún cuando no espero visita. Sin embargo, ya no tiene sentido pasar por el departamento de chapa y pintura. Además, no creo que se sorprenda al verme de esta guisa.

Desbloqueo la cerradura y entorno la puerta.

—Buenas noches —me dice Pablo con cara de disculpa, y me muestra una botella de vino.

Así, a ojo, diría que es de las que cuestan cincuenta euros por lo menos.

—¿Qué haces aquí? —inquiero, dejándolo entrar, porque prefiero no tener que hablar en el rellano.

No conozco al vecindario, pero siempre es mejor evitar estas cosas.

—Acabo de llegar de viaje. Ya sé que debería haber avisado, pero se me hacía muy cuesta arriba ir a mi apartamento y estar allí solo —dice, pasándose la mano por el pelo.

Sí, se lo ve cansado. Tiene ojeras y arrugas en su carísimo traje. Me dan ganas de acariciarle la mejilla y mostrarme más cariñosa, pero es tanto el miedo que siento...

Miedo a mis propias reacciones.

Nos miramos, porque no sé yo si quiero ser consciente de lo que esas palabras pueden significar. Complicaciones seguro, no obstante, hay mucho más.

Pablo da un paso hacia delante y es él quien establece el contacto. Yo debería apartarme. Pero no lo hago. Quizá porque quiero ponerme a prueba, o porque de verdad veo en él la posibilidad de un futuro, o porque existe un pasado. ¡Yo qué sé!

—Bea...

—¿Has cenado? —lo interrumpo, permitiendo, sin embargo, que me toque.

Sólo una caricia en la cara, una caricia inocente, pese a que ambos sabemos que no es así.

—Sí, he picado algo en el avión. No te preocupes.

Inspiro hondo. Él se da cuenta de que un paso en falso y toda esta extraña relación que hemos iniciado se va al garete. Continúa mirándome. No soy tan ingenua como para no darme cuenta de que me desea. Quiere ir más allá, aunque se contiene.

Una nueva faceta, desde luego, pues el Pablo que yo conocía no se detenía ante ningún obstáculo. Todo lo contrario, sabía muy bien cómo salirse con la suya. Avasallaba, y sé muy bien de qué hablo. Yo fui una de las que no vio la realidad hasta que fue demasiado tarde.

—¿Un café? —propongo, porque de algún modo quiero romper esta tensión.

Sigue mirándome a los ojos con la misma intensidad que un día me cautivó y que ahora está a un paso de lograrlo de nuevo. Cielo santo, ¿cómo puedo estar siquiera planteándomelo?

He perdido unos valiosos segundos pensando, y Pablo ha acertado aún más las distancias. Siento su mano rodeándome las caderas, acercándose a su cuerpo, y su boca casi pegada a la mía. Noto su respiración igual que él nota la mía. Me va a besar, y yo no voy a rechazarlo.

Puede que sólo se trate de una estupidez, de un momento tonto, pero cuando sus labios rozan los míos creo estar cerrando una etapa del pasado. O que, sencillamente, él y yo aún teníamos algo pendiente. No lo sé. Su mano se mueve por debajo de mi zarrapastrosa camiseta de andar por casa y roza mi piel. Me recorre un escalofrío. A pesar de lo que yo imaginaba, no aparece el rechazo.

Pablo se aprieta contra mí, me hace notar lo excitado que está y yo empiezo a mostrarme un poco más atrevida. Y participativa. Lo toco por encima de su carísima camisa y él gime en mi boca. No sólo eso, también se vuelve más agresivo.

—Bea... —murmura, mordisqueándome el cuello, mientras me empuja contra la pared.

En el pasillo de casa sólo se oyen nuestros gemidos y respiraciones, junto con el sonido de la tele procedente del salón. Él agarra el bajo de mi camiseta y me la saca por la cabeza. Se queda con la vista fija en mis pechos, pues no llevo sujetador.

Mi cuerpo ha sufrido cambios, y él se está dando cuenta de ello. Inspiro profundamente cuando con el dorso de la mano me roza un pezón. No está todo lo duro que debería, pero deduzco que Pablo se encargará de ello en breve.

Vuelve a besarme.

¿Estoy metiendo la pata hasta el fondo?

No quiero pensar en eso, sólo en sentir, sentir otra vez que mi cuerpo vibra. Ser incluso egoísta e imaginar que me aprovecho de Pablo, que sólo está aquí a mi disposición, sin ninguna otra consecuencia.

—Vamos a mi dormitorio —musito, cuando sus manos intentan colarse dentro de los pantalones de chándal que llevo, igual de cutres que la camiseta.

—De acuerdo —acepta, y, decidida como nunca, tiro de él.

A él mi versión atrevida le encanta. Se deshace de su ropa sin dejar de mirarme ni de sonreírme. De repente aparecen los remordimientos. Niego con la cabeza. Si esto es un error, mañana por la mañana pensaré que de los errores se aprende y listo.

Se ocupa de quitarme la poca ropa que llevo encima. Mis bragas son horribles, antieróticas, pero eso a todos los tíos les trae sin cuidado cuando están a punto de follar. Mejor, quiero que sea rápido y que me proporcione unos pocos minutos de placer.

Él me reclina sobre el colchón y se acomoda entre mis piernas. Vuelve a besarme, pegándose por completo, mientras deja que su erección se frote contra mi sexo. No estoy muy húmeda, pero sí lo suficiente como para no sentir dolor.

Quiero ser capaz de hacerlo, de romper con el lazo invisible que aún parece atarme a otro...

Sí, mientras su boca endurece cada uno de mis pezones, me doy cuenta de que éste puede ser un buen comienzo. Una forma de dejar atrás todo lo que me aflige, de comprobar cómo mi cuerpo reacciona al toque de otro hombre.

—No te imaginas cuánto he pensado estos días en esto... —murmura Pablo junto a mi ombligo.

Sé que quiere complacerme por completo, no limitarse a un polvo exprés, y de ahí que su boca esté despertando cada punto sensible de mi anatomía. No obstante, yo necesito otra cosa.

Gimo cuando con un dedo separa los labios de mi sexo y presiona sobre el clítoris. Su boca está cerca y, por extraño que parezca, no deseo que lo haga.

Me apoyo en los codos y me las apaño para apartarme. Pablo se da por enterado, pero me mira de una forma extraña, ya que, por lo general, ninguna mujer rechazaría una buena dosis de sexo oral, y yo sé lo bueno que puede llegar a ser él en esos menesteres.

Pero busco algo más impersonal.

Se incorpora y sé que se está haciendo muchas preguntas, aunque las dejará para después; no va a arriesgarse a que se enfríe el ambiente. Se baja de la cama y busca algo en sus pantalones. No me sorprende que lleve condones en la cartera. O es muy previsor o venía confiado. En cualquier caso, se lo agradezco, pues yo hace mucho que no compro uno.

Observo cómo se lo coloca, sin vacilaciones, con destreza. Momentos así rompen un poco un clima ya de por sí extraño, pero yo estoy decidida.

Pablo vuelve a situarse sobre mí. Me besa para volver a conectar. Mi cuerpo responde, mi cabeza, no tanto. Besa de maravilla, no lo puedo negar, sin embargo, no quiero que esto adquiriera un cariz romántico. A él parece sorprenderle mi actitud tan pragmática, pues siempre era la tontorróna enamoradiza e ingenua.

—Bea... —gime cuando se agarra el pene con la mano para colocarlo en posición.

Yo me relajo. No me va a doler, pero no sé si me dará placer. Separo bien las piernas y cierro los ojos cuando me penetra.

Como imaginaba, ni dolor ni placer. Tan sólo una sensación agradable, muy alejada de lo que yo sé que soy capaz de experimentar en los brazos adecuados. Tengo ganas de llorar por ser tan ruin, ya que esto puede intoxicar mi relación con Pablo. Y todo para comprobar lo que en el fondo ya sabía.

«De acuerdo, de los errores se aprende», me repito, mientras él continúa embistiéndome.

No puedo ponerle ni una sola pega a su comportamiento. Me toca..., me besa..., busca diferentes ángulos para que la fricción sea mayor..., pero nada funciona.

Nada.

Pablo tiembla ligeramente. Creo que se ha dado cuenta de que, aparte de poner poco entusiasmo, yo no me he corrido. Él sí, aunque intuyo que esperaba otra cosa. No puedo culparlo. Ha sido competente, y yo me he comportado como nunca habría pensado que lo haría.

Ahora sé que acostarme con otro no funciona para olvidar a quien te ha marcado de por vida. Una pena, porque sería un antídoto fácil de conseguir.

Después de aplicar el método empírico, ya puedo seguir adelante, sabiendo que

hay cosas que no pueden borrarse de un plumazo y que probablemente no se diluirán con el tiempo.

Pablo se deja caer a un lado, se quita el preservativo y, tras hacerle un nudo, lo deja en el suelo. No quiero mirarlo a los ojos. Me avergüenza haberme comportado de este modo con él. Suspira y se pasa la mano por el pelo. Ha sido decepcionante.

—¿En quién estabas pensando, Bea?

Cuando me despierto a primera hora, sé que Pablo continúa durmiendo a mi lado. Anoche, tras nuestro desastroso polvo, no fui capaz de pedirle que se fuera de casa. Tampoco le di explicaciones. Fingí tener sueño y me arrebujé en mi lado de la cama hasta caer dormida. Él me dio un beso en el hombro al tiempo que me deseaba buenas noches y no me tocó más.

Hemos compartido la cama, un espacio físico.

Me levanto y tuerzo el gesto. A pesar de ser domingo y de que puedo dormir hasta tarde, no tengo ni pizca de sueño. Supongo que mi reloj interno no distingue los días laborables de los festivos.

Me preparo un desayuno consistente y me siento en la cocina a pensar en cómo comportarme cuando Pablo se levante. No estoy muy versada en rollos de una noche, y menos utilizando a un ex para ellos, pero digo yo que podremos superarlo.

Me viene a la cabeza una canción, *Ya no me acuerdo*^[2]. Joder, es que resume a la perfección lo que he sentido al acostarme con Pablo. No queda nada de lo que hubo en su día. Nada. No tengo ni la menor idea de lo que él ha podido sentir, pero mis sentimientos están muy claros.

Aquello por lo que suspiré durante mucho tiempo ha desaparecido por completo.

¿Es buena señal?

Seguramente, pues eso explica por qué he sido capaz de seguir viéndolo a pesar de que en teoría lo odiaba por lo que me hizo. Ni para lo bueno ni para lo malo. Ahora puedo pasar página. No le deseo a nadie lo que sufrí cuando me vi sola y con un hijo en camino, sin embargo, ya pasó, ya no le guardo rencor.

Relleno una tortita con la mermelada casera de higos que preparé la semana pasada y gimo al dar el primer mordisco. Está mal que yo lo diga, pero me ha salido de vicio. Cuando estoy a punto de rellenar la segunda, oigo el timbre de la puerta.

—¿Quién puede ser? —me pregunto en voz alta, pues mi madre y Félix no vuelven hasta las seis; he quedado en ir a buscarlos.

Sin darle más vueltas, me acerco a la puerta y abro.

—¡Sorpresa! —exclama una voz para nada desconocida.

Me quedo como un pasmarote, agarrada a la manilla, sin entender por qué en el plazo de veinticuatro horas todo el mundo ha decidido visitarme sin avisar.

—Hola —acierto a decir, con un nudo en la garganta muy complicado de deshacer.

Vaya papeleta...

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? —me pregunta María, negando con la cabeza, mientras entra como Pedro por su casa y me da un abrazo de esos que sólo pueden dar las hermanas mayores.

Se lo devuelvo, pero sé que tengo una bomba de relojería a puntito de estallar

dentro y que ni cable rojo ni azul, esto no hay artificiero que lo desactive.

—No te esperaba...

—Ya lo veo, ya. Qué desaborida, por Dios —se queja.

—Te invito a desayunar —digo de manera atropellada, con tal de sacarla de la casa antes de que se ponga a fisgar por las habitaciones a su antojo, algo que no me molestaría, pero en otras circunstancias muy distintas.

Me escabullo hacia el dormitorio para advertir a Pablo y para buscar un chándal decente; sin embargo, mi hermana me intercepta y dice:

—¿Estás de coña?

—¿Perdón? —murmuro, justo ante la puerta de mi dormitorio.

—No seas boba, estoy segura de que tienes alguna bomba calórica por ahí escondida. Vengo hambrienta y echo de menos tu repostería. Además, no hace falta que me enseñes la casa, ya me ha contado mamá cómo es. Primero saca algo consistente, prepara café y luego vamos a sentarnos, que tenemos mucho de qué hablar.

No me ha gustado nada ese «tenemos mucho de qué hablar», pero confío en que mis bombas calóricas, como dice María, amortigüen el golpe.

Le ofrezco la confitura y ella sonrío complacida.

—¿Por qué no me has avisado de que venías?

—Porque entonces ya no sería una sorpresa —responde, tratándome poco menos que de tonta.

—Y ¿cómo has venido?

—Andando, no te digo. Ay, por favor, Bea. Pues en el AVE. Mamá me llamó hace unos días para invitarme a ir al pueblo, pero ya sabes que yo soy de ciudad, igual que tú. Eso de que te quedaras sola me dio pena, y como me apetecía charlar contigo cara a cara...

Da un buen bocado a la tortita y gime encantada con su sabor. Yo tuerzo el gesto. María sólo está posponiendo el tercer grado. La quiero a rabiar, pero cuando se pone en este plan tan inquisitorial me fastidia. Si a eso se le suma la tensión por evitar que Pablo y ella se encuentren, pues me va a dar un algo, y de los gordos.

—Esto está de muerte —murmura extasiada.

—Si quieres te puedes llevar una buena ración a casa. Por cierto, ¿cuándo vuelves a Barcelona?

—Joder, Bea, que acabo de llegar y ya me estás echando —protesta—. ¿Tú no comes?

—No tengo mucha hambre.

—Así te estás quedando, hija, como el tobillo de un canario —dice, negando con la cabeza.

Yo no soy muy consciente de mi pérdida de peso, porque tengo la cabeza en otro sitio, pero tiene razón.

—Y ¿qué tal Juan? —pregunto, porque a ver si hablando de mi cuñado se me

ocurre algo para sacarla de casa.

—Pues un poco depre. En la empresa están de ERE y no sabe seguro si le va a tocar. En fin, nos amoldaremos, pero es una putada.

—Vaya...

—¿Y a ti cómo te va en el curro?

—¿Mamá no te lo ha contado? —replico con una sonrisa, porque sé que su canal de información es de los mejores.

—Mamá me cuenta una versión, pero quiero saber la tuya.

—Buenos días... ¡Joder!

Las dos nos volvemos al ver entrar a Pablo en la cocina sólo con los bóxers, despeinado y con cara de haber follado; mal, pero eso ahora no importa.

Mira a mi hermana y retrocede como si le hubieran pegado una patada en los huevos, que, como se descuide, se la lleva, y yo no quiero que llegue la sangre al río.

—¿Qué hace aquí esta sabandija?

—No sabía que tenías un pitbull —replica él.

Cierro los ojos un segundo, porque la tormenta ha estallado y no tengo dónde resguardarme.

—Tranquilizaos los dos, por favor —pido, apelando a la cordura.

—¡Y una mierda! —exclama María en plan combativo—. A este hijo de la gran puta se la tengo jurada.

Nunca la había oído decir tantas palabrotas en una misma frase y eso me asusta.

—Loca resentida y envidiosa... —la acusa Pablo en el mismo tono.

—¡Por favor! —insisto, porque no quiero movidas.

—¿Te has acostado con él, Bea? —me pregunta mi hermana, sabiendo de antemano la respuesta.

—No es asunto tuyo, pedazo de cotilla —le espeta Pablo.

—Eres un malnacido y un cabrón. Has vuelto para joderle la vida a mi hermana y no te lo pienso permitir —replica María, sacando la artillería pesada.

Y lo peor es que yo estoy en medio del fuego cruzado.

—Pero ¿quién te crees que eres? —suelta él con desprecio.

—Alguien que no va dejando en la estacada a las personas a las que dice querer —le contesta ella, y no sé si rezar por que al final no le arree con el bolso.

—Tranquilicémonos, por favor —les pido una vez más.

—Lo que eres es una envidiosa de tomo y lomo. No puedes soportar que Bea y yo estemos juntos y que tengamos un hijo, porque tú no vales ni para eso.

—¡Pablo! —exclamo, porque sé lo mucho que María desea tener hijos y que por desgracia no puede conseguirlo.

—Es cierto, Bea, y lo sabes. Desde el momento en que supo la noticia, no paró de revolotear a tu alrededor fingiendo preocuparse por ti, cuando en realidad sólo quería robarte el protagonismo.

—Eso no es cierto —digo alzando la voz.

—¿Es que no lo ves, joder? En cuanto intuye que puedes ser feliz sin necesitarla, aparece para joderlo todo.

—Yo no la abandoné, cabrón —tercia mi hermana, fulminándolo con la mirada.

—Pero hiciste lo indecible por separarme de ella. Todo el puto día dando consejos, metiéndote en nuestra relación —se defiende Pablo, acusándola de lo que yo sé que no es cierto.

—Será mejor que te vayas —le pido suavizando el tono, porque no me parece justo remover ahora aquella mierda.

Ya pasó. Salí adelante. Sufrí, pero aprendí.

—Bea, maldita sea, no permitas otra vez que esa resentida nos estropee las cosas —insiste él.

—Lárgate de aquí, imbécil. Y deja de joderle la vida a mi hermana. Ella está con otro.

Ahora sí que estamos apañados.

Cuando María lo suelta me quiero morir, pero antes tengo que aguantar, pues mi hermana aún no ha acabado.

—Alguien mil millones de veces mejor que tú. Piltrafa, que no eres más que una piltrafa.

—¿Es eso cierto, Bea? ¿Estás con otro?

—Sí —se apresura a responder María por mí.

—Bruja metomentodo —gruñe Pablo antes de volver a preguntar—: ¿Bea?

—No, no estoy con nadie —respondo, pero él no me cree, ya que este circo le confirma sus sospechas de anoche.

—¡Pues claro que estás con otro!

—María...

—Max. Un tipo increíble, que la quiere y la respeta. No como otros mindundis...

Al oír su nombre me estremezco, y Pablo, que no es la primera vez que lo oye, me mira esperando una explicación. No puedo dársela.

—Es mejor que te vayas. Ya hablaremos en otro momento —digo, suplicándole con la mirada que lo deje estar.

—De acuerdo, pero hazme un favor —me pide—. No dejes que ella —señala a mi hermana— te envenene.

—María nunca haría algo así. Es injusto que lo pienses —la defiende.

Mi hermana le señala la puerta, y Pablo, no muy convencido, abandona la cocina. Ella y yo nos miramos. Ninguna de las dos se atreve a decir una sola palabra.

A los pocos minutos aparece Pablo, vestido con su traje y en perfecto estado de revista. Observo cómo María se sorprende al verlo con ese aspecto y murmura:

—El hábito no hace al monje.

—Meticona de las narices... —replica él, fulminándola con la mirada.

—Gilipollas...

Él hace como que no la ha oído y se acerca a mí. Me da un beso rápido en la

mejilla. Un gesto inocuo en apariencia, pero con un gran significado, ya que yo no me he apartado ni he hecho ningún gesto de sentirme molesta.

—Te llamo luego, ¿de acuerdo? —dice, antes de dejarnos solas.

Para tener algo de lo que ocuparme, comienzo a recoger los cacharros del desayuno, bajo la atenta mirada de María.

—Te pido disculpas por lo que Pablo ha insinuado —murmuro—. Sé perfectamente que siempre trataste de ayudarme.

—Pues por cómo te comportas ahora no lo parece —me espeta molesta.

—María...

—Déjalo, ¿de acuerdo? Ese tipejo sólo pretende enemistarnos, y no quiero perder ni un minuto más de mi tiempo con él —sentencia, y yo asiento.

Será lo mejor. El tema de Pablo es complicado, y mi hermana no comprendería mis motivos. Incluso para mí son difusos, por lo que hacer como que no ha pasado nada hasta puede ser buena idea.

María me mira. No dice ni pío y eso no es normal. Sé que las acusaciones de Pablo han sido del todo injustas, pero han hecho mella en su estado de ánimo. Por supuesto, cuando lo vea de nuevo se lo recriminaré. No tenía ningún derecho a decirle algo así.

Pero de toda la discusión ha habido un asunto que me ha escocido. Que mi hermana haya mentido de forma deliberada. No sé a cuento de qué ha recurrido a una falacia tan ridícula.

El silencio me está enervando, así que termino estallando:

—No tenías por qué mentirle. Yo no estoy con nadie.

—Y tú no tenías por qué follar con él —me replica impertinente, antes de darme la puntilla—. Y sí, puede que hayas puesto tierra de por medio, pero sigues con Max.

—No.

—Miente cuanto quieras, pero me vas a escuchar. He venido a verte para, si no entras en razón, darte un buen pescozón.

—Déjame tranquila —le pido abatida, sentándome con la cabeza gacha. Todo esto me supera.

—Porque lo tuyo no tiene nombre... —remata, pasándose por el arco del triunfo mi petición—. Voy a pasar veinticuatro horas aquí. Me he propuesto ponerte las pilas y no me voy sin conseguirlo.

Suspiro. No quiero que María me arregle la vida. En primer lugar porque ya soy mayorcita para eso y en segundo porque sé que, pese a desear lo mejor para mí, ella no está al tanto de muchas cosas.

—No sabes nada —digo, respirando hondo, porque no he sido capaz de contarle la verdad y dudo mucho que en algún momento lo sea.

María se cruza de brazos y sonrío de forma maliciosa. Como si escondiera un as en la manga. No me gusta ni un pelo.

—La semana pasada tuve una cita —dice muy seria.

Tardo unos segundos en comprender lo que quiere decirme.

—¿Una «cita»? —repito, sin saber por dónde me da el aire.

—Con Max —añade, y casi me da un paro cardíaco.

—¿Cómo dices?

—Que ya te vale, Bea. No contármelo a mí, a tu hermana.

Cierro los ojos y agacho la cabeza. No quiero llorar, no voy a llorar. Pero se me escapa el primer sollozo. María entiende que necesito unos minutos para recomponerme y no dice nada. Espera en silencio. Cuando por fin soy capaz de alzar la vista, me encuentro con la mirada comprensiva de ella.

—Max vino a verme —explica en voz baja—. Buscándote.

Algo que ya imaginaba. No sé si estoy preparada para escuchar el resto. Nunca lo estaré; sin embargo, le hago un gesto para que continúe.

—Yo sólo sabía que te habías largado, sin querer dar más explicación que la de tu trabajo. Te conozco y no me tragué esa milonga. Algo mucho más importante había ocurrido y tú te negabas a confiar en mí.

Sus palabras suenan a acusación. Niego con la cabeza.

—No era cuestión de confianza.

—¿Pues entonces? Mira, Bea, yo no entendía qué narices pasaba. Tan pronto estabas eufórica como hecha una mierda y en vez de explicarme la situación vas y te largas —dice enfadada.

—No me quedaba más remedio. No podía ir a tu casa y decirte a qué se dedicaba. ¿Qué habrías hecho al saberlo?

—Comportarme como una persona adulta.

—Eso es fácil de decir cuando no se está en el pellejo del otro —protesto, porque es cierto.

Todo el mundo cree saber lo que hay que hacer a ciencia cierta, porque no se encuentran inmersos en el asunto.

—Huiste sin darle siquiera la oportunidad de explicarse —suelta, dejándome perpleja.

—¿Perdona? —replico, porque eso sí que no me lo esperaba.

—Ni perdona ni leches. ¿Cómo puedes ser tan infantil?

—¿Infantil?

—Sí, infantil. Por Dios, Bea, ¿en qué mundo vives?

—Me he perdido... —murmuro, sin salir de mi asombro. Y para aclarar dudas, añado—: ¿Me estás diciendo que no te parece mal cómo se gana la vida?

—Vaya, por fin te das cuenta.

Me pongo en pie y empiezo a analizar cada palabra, porque esta versión tan moderna de mi hermana me deja alucinada.

—María, que gana dinero acompañando a mujeres —digo en voz alta lo que siempre he tenido que callarme.

—Y mucho además —confirma muy ufana—. Y no me extraña, la verdad.

—Espera, espera. ¿Cómo es que no te extraña? —inquiero, sin salir de mi estado de estupefacción.

—Max vino a verme, como te he dicho. Quería localizarte, y yo me negué en redondo a darle tu nueva dirección. Pero intuí que se trataba de algo gordo, por eso, antes de darle con la puerta en las narices, le pregunté sin ambages qué demonios pasaba entre vosotros.

—¿Y te lo contó?

—Le costó, no creas, y es lógico. No le era fácil reconocerlo, pues temía mi reacción. Pero ¿sabes?, en vez de echarlo de mi casa, le pedí que me lo explicara y al final llegué a la conclusión de que la única manera de entenderlo era tener una cita con él.

—Pero ¡si eso cuesta una barbaridad! —exclamo alarmada.

—No seas cría. No me costó un céntimo.

—¿Entonces?

—Tuvimos una cita, sí. Y vi el contrato también, por si lo quieres saber. Muy curioso, por cierto.

—¿Y Juan?

—Mi marido lo sabía, y aunque no le entusiasmó la idea, aceptó que saliera con Max —explica, poniendo cara de inocente.

«Pobre cuñado», pienso.

—No me lo puedo creer... —suspiro, cada vez más confusa, porque todo esto se está volviendo muy surrealista para mi gusto.

—No te haces una idea de cómo me sentí... —comenta María soñadora, y yo no sé qué cara poner.

Mi hermana teniendo una cita profesional con el hombre que me ha hecho más feliz y más desgraciada al mismo tiempo.

«Ni al novelista más imaginativo se le ocurriría semejante embrollo», pienso, intentando racionalizar todo esto.

—Fuimos a un restaurante de lujo, donde nada más poner un pie, nos trataron como a reyes. Max estuvo pendiente de mí todo el rato, amable, educado, y no veas qué miradas nos echaban... —prosigue con su tonito emocionado—. Me sentí la mujer más envidiada de la noche. Me hizo sentir especial desde el minuto uno.

—Me hago una idea —mascullo.

—No, no te la haces porque no lo has vivido.

—¿Cómo dices?

—No lo sabes porque contigo quien estuvo fue él, Max, el hombre que te adora. A mí me acompañaba un tipo educado y elegante. Profesional. Pero nada más.

—¿Y?

—Fue la mejor manera de entender en qué consistía su trabajo —afirma convencida, y yo me siento cada vez peor.

—Si estás tratando de ayudarme, vas por mal camino —rezongo, a un paso de

cabrearme.

—Lo que estoy tratando de conseguir, pedazo de bruta, es que entiendas de una vez que te has dejado llevar por la hipocresía —me reprende, y yo no salgo de mi asombro.

—¿Perdón?

—Sí, Bea, sí. No me tocó en ningún momento más allá de lo educado. Creo que incluso menos que cuando lo vi por primera vez en tu casa, entonces tuve más contacto.

—Es que no doy crédito a lo que estoy oyendo. ¡Tú, defendiéndolo!

—Imagina que fuera, no sé..., agente inmobiliario —dice, y yo hago una mueca—. Bueno, vale, si fuera eso se moriría de hambre, porque el sector está de capa caída. Yo que sé..., pon que fuera agente financiero, de esos que se dedican a captar a inversores.

Estoy a punto de interrumpirla, porque me parece a mí que está desvariando, y mucho además.

—Deja que termine. Si Max tuviera que reunirse con mujeres ricas que buscan un asesor financiero y comiera con ellas, las saludase con un par de besos y las tratase con cortesía para cerrar una operación, ¿también te sentirías mal por la noche cuando llegase de trabajar?

—No es lo mismo y lo sabes —protesto, porque no quiero dudar.

—Pues mira lo que te digo, casi hasta es mejor que haga ese trabajo. Tiene la seguridad de un contrato donde se especifican los términos, porque si fuera por ahí buscando ricachonas para administrar su dinero, a lo mejor terminaba enrollándose con alguna por ganar una comisión más alta.

—¡Joder! —exclamo, porque todo esto no tiene pies ni cabeza.

—Ni joder ni gaitas, Bea —me recrimina ella—. Max es un hombre que merecía al menos el beneficio de la duda. Fue sincero contigo, y tú, en vez de creerlo, vas y te tragas la patraña de una exclienta rencorosa que, mira por dónde, se ha salido con la suya, porque ya no estáis juntos.

—Deja de echar sal a la herida —le advierto.

—También me contó ese asunto y lo decidido que está a ponerle fin.

—Esa mujer tiene medios para hacerme la vida imposible —alego en mi defensa.

—Pues no los necesita, la verdad, porque con muy poco esfuerzo os ha separado —me suelta con retintín.

—No es fácil... —termino diciendo, antes de venirme abajo.

María me abraza y ya no brotan más lágrimas.

Llevo más de una semana dándole vueltas a las palabras de María, a su visión del asunto, y por más que lo pienso, sigo sin ser capaz de aceptarlo. No es tan fácil como ella lo plantea, porque una cosa es la teoría y otra bien distinta la práctica.

La muy bruja... no deja de sorprenderme. Pues no va toda resuelta y tiene una cita con él... Así, por toda la cara, sin pensárselo dos veces. Sin consultar. Y si ya ese hecho es lo bastante insólito de por sí, luego la muy... meticona, no encuentro otro calificativo, me da una lección sobre mi forma de pensar.

Ya, claro, ahora la hipócrita soy yo. Como si fuera tan fácil estar en casa sentada viendo la tele sabiendo que tu chico está por ahí cenando con otra...

De acuerdo, visto de una manera aséptica, en efecto, sólo está en un restaurante comiendo a la vista del resto de los comensales, pero sigue sin ser lo mismo, por mucho que María me lo compare con un agente inmobiliario o con lo que sea.

Los inversores no tienen acosadoras obsesionadas dispuestas a hacer cualquier cosa con tal de salirse con la suya. María sólo ve lo que quiere ver, la parte elegante, glamurosa del asunto, pero la trastienda ni la ha pisado.

Ya lo intenté, pero no soy capaz de hacer la vista gorda.

Confío en que su experimento haya quedado ahí y no vaya contando las bondades de tener una cita con él, porque, a buen seguro, mi madre no será tan comprensiva con las comparaciones, y tampoco yo quiero verme obligada a justificar mis actos.

Hoy ha sido un día extraño en el restaurante. Extraño porque todo se ha desarrollado con una calma inusual. Magda estaba un poco alicaída porque no le ha ido nada bien con Luis. Tito ha intentado animarla sin éxito, aunque no me extraña, mi ayudante no tiene ni pizca de tacto a la hora de dar su opinión. Para él las cuestiones relativas a eso de las citas son una estupidez. Él prefiere echar un buen polvo a tener novia. Puede que tenga un punto de razón, desde luego, te ahorras el disgusto, pero como ya he comprobado, en mi caso, como en el de muchos, no funciona.

Mi relación con Xavi ni mejora ni empeora. Me doy cuenta de que a veces intenta quedarse a solas conmigo en el despacho con algún pretexto del restaurante, sin embargo, finjo no darme cuenta de las señales. Sospecho que a mi jefe pocas veces le dan calabazas, por muy sutiles que éstas sean, algo que, por lo que se ve, no lo desanima, al contrario, despierta su lado más conquistador.

Pero en algún momento tendrá que rendirse, digo yo.

He quedado para comer mañana con Pablo, en mi día libre. En esta ocasión ha caído en miércoles.

Sólo pretendo ser franca con él. Me pedirá explicaciones y yo se las daré en la medida de lo posible, pero una cosa es bien cierta, no volveremos a acostarnos. ¿Para qué? Sería decepcionante para los dos, de eso ya se habrá dado cuenta por sí mismo.

Ha sido él quien me ha invitado. Yo me habría conformado con tomar un café en

un bar cerca de mi casa, pero me dijo que tenía una comida de negocios a la que no podía faltar y me pidió que lo acompañase. Como un favor personal. Dudé, por supuesto, pero por lo visto afloró mi sentimiento de culpabilidad y terminé aceptando. También es cierto que siento curiosidad por ver cómo se desenvuelve en su faceta de hombre de negocios.

Cuando llego a casa, tras mi jornada laboral, me encuentro a Félix metido en la bañera, rodeado de una sospechosa cantidad de espuma a su alrededor, y mi madre sentada en la taza riéndose con él.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunto desde la puerta, y mi hijo sonrío pícaro, porque sabe que la ha liado parda con el jabón.

—Os dejo solos para que habléis —dice mi madre antes de desaparecer.

Intento mantenerme serio, pero ante la escena que tengo delante me es muy difícil. Félix está para comérselo, y él sabe cómo conquistarme. Mi niño apunta ya maneras de seductor.

—Es que, bueno... —comienza titubeando—. La abuela había echado un poco y no me lo había dicho y, claro, yo quería hacer pompas y... pues... eso, que he echado más.

—Ya lo veo, ya —murmuro, aguantándome la risa, porque su peregrina justificación ya me la conozco. Le encanta vaciar el gel en el agua y por mucho que intento explicarle que no debe hacerlo, no hay manera.

—Si quieres puedes jugar tú también —me dice muy ufano, y termino sonriendo. Me tiene en sus manos, y cada vez es más consciente de ello.

—Anda, que te ayudo a terminar de bañarte, que enseguida está la cena, ¿vale?

—Valeeeeeee —acepta gruñón, y de nuevo empieza a enredar con la espuma. El cuarto de baño va a acabar hecho un desastre, pero no importa—. Oye, mamá... —me dice de pronto.

—Dime, cielo.

—¿Por qué Max no ha venido a ver la nueva casa? Seguro que le gusta...

Esto es muy difícil; sin embargo, consigo mantener la sonrisa y recurrir de nuevo a una mentira para salir del paso.

—Está muy liado con su trabajo, ya te lo he dicho.

—Pues luego lo voy a llamar y le voy a decir que no trabaje tanto y que venga —afirma convencido—. Tengo que contarle muchas cosas.

—Bueno, pero ahora termina, sal ya de la bañera, que tienes que cenar y mañana es día de escuela —digo, en un intento de desviar su atención.

—Y si está malito pues le damos de mi medicina y ya está.

Me acerco a él, le limpio la espuma que tiene en la cara y le acaricio la mejilla. «Bendita inocencia», pienso al dejarlo en el cuarto de baño mientras acaba de ponerse el pijama

Mi madre me está esperando en la cocina, poniendo los platos en la mesa. Ha oído la conversación y se muere de ganas de preguntar. Además, sé que ha hablado

con María y, aunque ésta habrá sido prudente y sólo le habrá contado lo menos comprometedor, estoy segura de que entre ambas ya habrán urdido algún complot.

—Tarde o temprano tendrás que decirle la verdad —murmura, mirándome de reojo, y con ese tono de madre sabelotodo.

—Lo sé, lo sé... —suspiro, dejándome caer en la silla y peinándome con la mano, porque si para mí todo es complicado, no digamos ya para un niño de cinco años.

Pablo ha reaparecido y a no mucho tardar querrá que Félix se entere de su parentesco. A mi hijo le va a costar asumirlo, ya que yo nunca le he mencionado nada y sólo he permitido que un hombre se acerque a él. El único que a mí me ha marcado de por vida y, por cómo habla mi niño, también a él.

Max...

Así es imposible pasar página, y mira que lo intento.

—Cariño, tu hermana piensa que estás confusa y que deberías recapacitar —comenta mi madre—. Félix no es tonto y al final, cuando descubra que le has estado mintiendo, se sentirá defraudado. Porque si tu estrategia es esperar que se olvide... ya te digo yo que no vas por buen camino.

—A tu hija le gusta mucho meterse donde no la llaman —refunfuño, ya que, después de todo lo que María me contó, sigo trastornada.

Menos mal que a mi madre sólo le ha contado una versión para todos los públicos.

La conversación queda aplazada cuando mi hijo aparece en la cocina.

Otro día más. La misma rutina. Tras ocuparme de mis obligaciones, de nuevo en mi cama, acompañada, como no podía ser de otro modo, de las malditas dudas y de mis neuras. Voy bien servida, no me puedo quejar.

Acabo durmiéndome de puro agotamiento, algo que se agradece, porque si encima tengo que andar por ahí medio sonámbula, estoy lista.

Tal como habíamos acordado, Pablo me espera en una cafetería cercana a mi casa. Me sonrío al verme entrar, aunque me da la impresión de que es una sonrisa algo forzada. Apenas hemos hablado desde el día del encontronazo con María. Nunca pensé que él pudiera decir algo así de mi hermana. Lo vi tan resentido que me asustó, pero como luego ella soltó una bomba, las acusaciones que él vertió pasaron a segundo plano.

Pienso decirle que fue muy injusto al atacar a María utilizando una desgracia. Yo sé muy bien lo mucho que mi hermana ha llorado por no poder ser madre, y Pablo no tenía ningún derecho a echar sal en una herida que continúa abierta.

—Hola, Bea —me saluda, acercándose.

Me coloca una mano en la espalda y se inclina para besarme en los labios. Un saludo de lo más convencional.

No lo rechazo, aunque tampoco me muestro muy entusiasta.

—Hola —murmuro en respuesta.

—Si quieres podemos irnos ya. ¿O te apetece tomar algo antes?

—No, mejor vamos directamente al restaurante.

—Perfecto —contesta, haciéndome un gesto en dirección a la puerta.

Hoy también viene hecho un figurín. De punta en blanco, con traje gris, camisa azul y corbata. Como un perfecto ejecutivo. Siempre ha sido guapo, pero ahora, con este aspecto, levanta aún más admiración. Un par de chicas de la cafetería se lo han comido con los ojos. Sonrío.

Me abstengo de decir que es todo vuestro, chicas, porque a él no le gustaría.

—¿De qué te ríes? —me pregunta al salir.

No es un día muy propicio para pasear. Hace un tiempo de lo más desapacible. Terminará lloviendo y, como cualquier día gris, invita a quedarse en casa. Y sin embargo yo sonrío.

—Sigues siendo un hombre que levanta pasiones —comento de buen humor, y Pablo frunce el cejo ante mi halago. Uno bastante inesperado por él, a juzgar por cómo me mira.

—Bea, por favor...

—Esas dos —le señalo la cafetería de donde acabamos de salir— se han llevado una buena desilusión cuando he aparecido.

A pesar del tono distendido, a él mi comentario no le hace mucha gracia. Y sé el motivo, ya que en el pasado, cuando alguna se le ponía a tiro, no hacía tantos remilgos. Incluso podía ligársela delante de mis narices sin yo enterarme.

—Bea, ya deberías saber que me gustan las mujeres hechas y derechas, no dos pavas que no saben ni hacer la o con un canuto.

Me deja sin palabras ante tal contundencia. Por lo visto también ha madurado en ese aspecto. Lo de mujeres «hechas y derechas» me ha llegado al alma. Por lo visto ya no va detrás de cualquier cosa que lleve faldas. «Bueno, tampoco lo hacía antes, porque no tenía necesidad de eso», pienso mientras camino a su lado en dirección a su coche.

¿Estará molesto porque no me he puesto celosa?

No tengo edad para ponerme de morros por algo así, la verdad. Me parece lógico que esas dos «pavas», como las ha llamado él, se recreen la vista mirándolo. No hacen daño a nadie. Yo soy la primera que cuando ve a un tipo atractivo se fija. Como diría mi madre: «Que seas diabético no significa que no puedas mirar el escaparate de una confitería».

Pablo conduce en silencio. Mi comentario no le ha gustado, y si a eso le sumas el mosqueo por lo que ocurrió en mi casa, es normal que no diga ni pío. Ni siquiera me ha dicho adónde vamos. Es una comida de negocios, pero no tengo ni idea de cuánta gente asistirá, lo que sí es seguro es que estará su jefe.

Desconfío de Vasili. No sé por qué, no me gusta. Una estupidez, pues no lo conozco más que de vista, pero aun así...

—¿Te gusta? —pregunta Pablo cuando accedemos al comedor.

—Interesante —respondo, observándolo todo a mi alrededor.

No sé qué idea tiene Pablo de lo que va a suceder, porque llevarme a un restaurante ubicado dentro de un hotel me parece un pelín presuntuoso. Se va a llevar un chasco, porque no voy a volver a acostarme con él.

—Es uno de los hoteles de Vasili —me explica, cuando nos conducen a un comedor privado—. Está pensado para reuniones de negocios. De ahí que esté a las afueras —continúa amable—. No creas que te he traído aquí para seguir luego la fiesta en privado.

—No soy tan mal pensada —alego en mi defensa—. Además, no vamos a estar solos, ¿verdad?

Pablo se limita a sonreírme. Yo permanezco allí de pie, a su lado, con mi elegante pero sencillo vestido de punto, cuando aparece Vasili. Nos mira y ni se inmuta. Camina decidido hasta nosotros con una rubia impresionante colgada del brazo a modo de llavero, o ésa es la impresión que yo tengo. La mujer viste como una auténtica *top model*. Entre que es alta y que lleva unos taconazos de infarto, me saca casi una cabeza.

Ella es la primera en sonreír y se acerca a Pablo para darle dos besos de lo más efusivos con gran familiaridad. Vasili, en cambio, se comporta con más cautela y me saluda formal. Me estrecha la mano y listo.

Le devuelvo el gesto. Retiene mi mano unos segundos más de lo normal y me mira fijamente a los ojos. ¿Trata de intimidarme? ¿De advertirme con la mirada que no permitirá ningún tipo de intromisión?

Sin embargo, en realidad me da la impresión de que el jefe de Pablo cree que yo puedo ser una distracción para su empleado. Que una relación le cortaría mucho las alas al que parece ser su chico para todo.

—Bienvenida —me dice en tono desapasionado, soltándome al fin la mano.

Mejor, prefiero mantener las distancias.

Después aparecen dos tipos más, igual de trajeados y de serios. Pablo no se aparta de mí y me presenta como una amiga. Ni me molesto en recordar sus nombres, porque yo no vuelvo a una reunión de éstas ni muerta.

Nunca he sido lo que se dice muy aficionada a estos encuentros sociales. De lo que no tenía ni idea es de que Pablo se comportara con tanta profesionalidad. Se desenvuelve bien, y eso me lleva a pensar que Vasili da órdenes muy claras que todos los que tiene en nómina acatan a la perfección.

Cuando empiezan a hablar, mantengo como puedo una expresión levemente interesada, aunque lo que me gustaría es bostezar. De la poca atención que presto, deduzco que están iniciando los trámites para la construcción de un nuevo complejo residencial. Los dos tipos serios son los representantes de la sociedad inversora y parece que sólo se ocupan de los asuntos financieros. La mujer no se separa de Vasili, no lo toca ni se pone cariñosa, pero salta a la vista que al ruso le encanta tenerla

merodeando a su alrededor.

«Para eso la mantiene», pienso y después llego a la conclusión de que allá cada cual con su vida, pero que Vasili no se haga una idea de que yo soy igual. He acompañado a Pablo por una especie de compromiso, no para que presuma de llavero.

No sé cuál es exactamente el cometido de Pablo en esta reunión, aparte de hacer de recadero. Se ocupa de ordenarle los papeles a Vasili (hasta ahí normal), de elegir el vino (de acuerdo, ha sido camarero y conoce el producto) y, lo más curioso, de atender a la mujer, que, por cierto, si pudiera se le echaba encima.

He perdido la cuenta de las veces que ha susurrado «Pablo, esto, Pablo, lo otro», con un acento ronco, insinuante. Y me ha parecido que ni Vasili ni el propio Pablo se han sentido incómodos, lo que me lleva a una interesante asociación de ideas: esos tres han dormido juntos y revueltos. Disimulo una sonrisita, porque me viene a la cabeza el día de la orgía.

Lo más relevante de toda la situación es que no me molesta nada en absoluto, y ése debería ser un indicio más de que una relación con el padre de Félix no es posible. No funcionaría.

Ya no necesito más pruebas de ello. Podríamos ser amigos y llevarnos bien, en especial ahora que él tiene una vida más ordenada, pero el tema sentimental queda descartado del todo. Algo que tendré que explicarle con claridad en cuanto tenga oportunidad, pues, al ritmo que avanza la reunión, me parece a mí que aquí nos dan las uvas.

La reunión continúa y me doy cuenta de que no soy la única que disimula un bostezo. Todo resulta muy tedioso, ya que tantas cifras marean a cualquiera. Pablo está pendiente de las necesidades de su jefe y de sus invitados, dejándome un poco al margen. No me importa, pues eso me permite observarlo. Sin embargo, tras dos horas de hacerlo, ya no puedo más. La comida ha estado muy bien, el servicio, perfecto, pero la compañía es una mierda. Me da a mí que al final soy otro florero, como la rubia. Así que como no estoy obligada a escuchar nada ni a hacerle la pelota a nadie, me disculpo con Pablo diciéndole que voy a salir a llamar por teléfono.

Él me pone cara de circunstancias y me pide perdón, ya que no pensaba que la reunión se fuera a alargar tanto. Lo tranquilizo diciéndole que no pasa nada, pero que hablaré fuera para no molestar a nadie.

—En cuanto pueda me reuniré contigo —murmura con tono de disculpa.

Me doy cuenta de que esa mujer está mejor amaestrada que yo, pues soporta las reuniones aburridas con estoicismo admirable, aunque deduzco que después la cartera de Vasili compensará sus esfuerzos.

—No te preocupes por mí.

Vasili se ha dado cuenta de nuestra conversación en voz baja y no parece gustarle. Da igual, yo me largo.

Salgo del comedor privado. No tengo ninguna intención de llamar por teléfono,

sólo quiero tomar un poco el aire, pues no han dejado de fumar a mi alrededor. En el vestíbulo del hotel hay cierta actividad, pero cada uno va a lo suyo. Como Pablo me ha explicado, quienes se hospedan aquí en su mayoría son hombres de negocios. Demasiadas corbatas por metro cuadrado. Me acerco al bar con la intención de tomarme algo yo sola, sentada en uno de los sillones. Una sobremesa tranquila, a la espera de que Pablo acabe sus tareas. Por lo menos aquí estoy entretenida observando a la gente.

El camarero me trae la consumición y, cuando voy a pagar, niega amablemente con la cabeza, diciéndome que no es necesario.

—Muchas gracias —contesto un poco cohibida, y tampoco acepta una propina.

Por lo visto, Pablo ha dado instrucciones de cómo deben atenderme. ¿Debería sentirme especial por ello? Pues, la verdad, no lo sé, y tampoco quiero pensar en ello. Me limitaré a disfrutar de mi café y de mi licor de avellanas.

Dos copas más tarde, me aburro. Y mucho. Miro el reloj. Son más de las seis de la tarde y yo tengo cosas más importantes que hacer. Es mi día libre y podría haber ido a recoger a Félix y estar con él en vez de permanecer aquí aparcada. Como me descuide, me mimetizo con la tapicería del sillón.

Saco mi móvil, decidida a llamar a Pablo para decirle que me marcho a casa en taxi. Pero me doy cuenta de que a lo mejor interrumpo algo y cambio de idea. Opto por enviarle un WhatsApp y, para que no intente convencerme de que me quede, voy caminando mientras tecleo. No soy muy rápida que digamos tecleando, pero me las apaño.

Tan absorta estoy en esto de escribir en el móvil, que no me percató de que he llegado a la puerta de cristal de la entrada y, como una tonta, termino dándome de morros contra él.

El móvil se me cae al suelo y me agacho para recogerlo, con tan mala suerte que, debido al golpe y al licor que he tomado, me tambaleo un poco. Me froto la frente, quizá más dolorida en mi dignidad que en otra parte. Me incorporo apoyándome en el cristal, hago una mueca y enfoco la vista al frente.

Él está mirándome fijamente mientras sujeta la puerta de un taxi del que baja una mujer impresionante que le sonríe mientras entrega el dinero al conductor.

—¿Está usted bien? — pregunta alguien a mi espalda, pero no soy capaz de contestar.

Mi dignidad ha sufrido un duro golpe, aunque que me salga un buen chichón en la frente es lo de menos. Tengo que salir de aquí escopetada, pero un amable empleado está esperando a mi espalda a que le responda.

—No se preocupe, estoy bien, gracias —acierto a decir para quitármelo de encima.

Bien, uno menos, ahora viene la parte más peliaguda: abandonar el hotel.

—¿Está segura? —insiste el empleado, y a veces joroba tanta preocupación.

—Segura —mascullo.

Pero esos valiosos segundos perdidos por la amabilidad del hombre hacen que Max esté ya delante de mí, con una mujer a su lado, mirándome.

—Hola, Bea —saluda, y yo, que pensaba que ya era inmune a su tono de voz, me doy cuenta de que ni de coña.

—Hola —consigo decir.

Puede que tenga la excusa de que no estoy muy locuaz debido al porrazo que me acabo de dar. Espero que cuele, aunque yo sé muy bien cuál es la verdadera razón.

Nos quedamos allí como dos pasmarotes y una testigo, taponando la entrada. Cierro los ojos un segundo y hago una mueca de dolor. Creo que me he dado más fuerte de lo que pensaba en un principio. Antes de que pueda reaccionar, siento sus manos sosteniéndome y llevándome hasta una zona de sofás, donde me ayuda a sentarme con cuidado.

Me aparta el pelo de la cara y me acaricia la frente.

Joder, vaya momento para reencontrarme con él...

Me quiero morir aquí mismo.

La mujer que lo acompañaba permanece en silencio. De repente siento una especie de ardor de estómago, porque salta a la vista que es una de sus citas. Al menos tiene toda la pinta. Sofisticada, guapa, con un maletín en la mano, un bolso de marca. Tacones de no más de ocho centímetros. Joyas elegantes y discretas. Peinado refinado...

—Max, si quieres voy acercándome a la recepción mientras tú te ocupas de tu amiga —dice ella, y hasta hablando es elegante.

—Gracias, Paula —responde él sin apenas mirarla.

Está pendiente de mí, lo cual no sé si es bueno. Me siento una gilipollas integral, incluso, ya puestos, una torpe de manual. Los de seguridad del hotel se están partiendo el culo a mi costa.

No puedo evitar frotarme la frente justo en el lado donde, a buen seguro, ya debo de tener una marca.

—Vaya porrazo... —musito, negando con la cabeza y cubriéndome la cara con las manos.

No sé si mañana tendré un chichón, pero fijo que ahora estoy colorada de

vergüenza.

Max se ha sentado a mi lado y se limita a mirarme. Yo lo hago de reojo y veo que está preocupado.

—Voy a traerte algo de beber —me dice decidido, poniéndose en pie, pero yo estiro el brazo y lo agarro de la muñeca, deteniéndolo.

—No hace falta..., de verdad —balbuceo como una idiota, al darme cuenta de que lo estoy tocando.

Soy gilipollas, torpe y a saber cuántas cosas más, porque lo tengo aquí, frente a mí, y no soy capaz de decir algo coherente.

—Bea, te has dado un buen golpe —contesta en tono amable, y vuelve a sentarse a mi lado.

No me suelta la mano, todo lo contrario, y yo me pongo nerviosa, porque estamos haciendo manitas ahí mismo, en la recepción del hotel propiedad del jefe de mi ex.

No puede haber una situación más enrevesada.

—Lo sé, pero no es nada —me disculpo.

Oigo unos tacones acercándose a nosotros y unas piernas fabulosas entran en mi campo de visión: la acompañante de Max ha vuelto.

—Aquí tienes la tarjeta de tu habitación. La quinientos doce —le informa, sin mostrar ningún tipo de molestia por haber tenido que ocuparse de tales menesteres, cuando se supone que paga un dineral para ser atendida con mimo.

—Gracias —responde él, y entonces se da cuenta de un detalle—. Paula, te presento a Beatriz.

Mi nombre completo pronunciado por él suena demasiado excitante como para pasarlo por alto. Joder, qué difícil me va a resultar todo esto.

—No, tranquila, no hace falta que te levantes —me dice Paula cuando yo hago amago de incorporarme—. Descansa. Max, quédate con ella. Después hablamos. ¿De acuerdo?

—Gracias de nuevo.

Paula se marcha con la misma elegancia con la que había llegado, dejándonos solos. Me siento rara, nerviosa y estúpida. Vaya combinación...

Aparece un camarero con un botellín de agua mineral, que sirve en silencio delante de mis narices. Max me acerca el vaso, y yo bebo a pequeños sorbos.

Me toca en la frente justo donde me he dado el golpe, pero lo hace con delicadeza. Sé que se está conteniendo. Noto su respiración y siento un escalofrío.

—¡Bea! —alguien grita mi nombre, y yo suspiro resignada.

Con el rabillo del ojo veo a Pablo acercándose.

«Ya estaban tardando mucho los competentes empleados en irle con el cuento.»

Max no me suelta la mano. Y yo no quiero que lo haga. Tampoco se aparta.

—Me acaban de decir que has tenido un accidente —dice Pablo, nada más llegar a mi lado.

—Qué exagerados son algunos —mascullo, poniendo los ojos en blanco, porque

es cierto.

Pablo se percata del hecho de que estoy acompañada. Hasta ahora podía pensar que un amable huésped se había preocupado por mí, pero lo de las manos unidas no creo que le parezca muy normal.

—¿Qué ha pasado? —insiste.

—Se ha dado un golpe con la puerta de cristal —contesta Max.

«Uy, uy, uy, que la vamos a tener.»

—Y ¿adónde ibas? —vuelve a preguntar Pablo, pasando de la preocupación al mosqueo.

—A tomar el aire —respondo, cansada del interrogatorio.

—Venga, te llevo a casa. Así puedo pasar un rato con Félix.

Noto cómo Max, que no me suelta ni a tiros, se tensa al oír el nombre de mi hijo. No sé qué conclusiones estará sacando, porque nunca le llegué a hablar de Pablo. Siempre evité mencionar o hacer cualquier referencia sobre quién era el padre de Félix.

Max se pone en pie y entonces me doy cuenta de que de nuevo viene uno de esos momentos incómodos, el de las presentaciones. No me queda otra que asumirlo. Ya ni siquiera siento el castañazo que me he dado, porque la tensión que se respira hace que lo olvide.

Situarme junto a uno u otro supondría tomar partido, por lo que evito moverme y me quedo entre ambos. ¿Los presento o no los presento? Vaya dilema. Son dos partes muy importantes de mi vida que no deberían cruzarse.

Max se da cuenta de que sobra y, con su habitual discreción, se retira a un segundo plano. Me duele tras haberlo sentido cerca, aunque haya sido de manera tan breve.

Como situación incómoda y tensa ésta se lleva la palma. No me queda más remedio que acabar con ella.

—¿Nos vamos? —pregunto, mirando a Pablo.

—Sí, desde luego. Deja que me despida de Vasili y te llevo a casa.

Se marcha a regañadientes, pues quizá esperara que lo acompañase. Puede que hubiera sido mejor que quedarme junto a Max.

Respiro. Mierda. ¿Qué digo yo ahora?

—No busques una explicación. No te la voy a pedir —me dice él con una media sonrisa triste, comprensiva.

—Gracias —balbuceo, ligeramente aliviada.

Es mejor así, pues de este modo me ahorro escuchar la suya acerca de Paula, la mujer que lo acompaña.

Él se afloja la corbata, me mira y dice:

—Me alegro mucho de haberte visto, Bea. Y de que estés bien.

Joder, vaya nudo que se me ha formado en la garganta. Nunca pensé que llegaríamos a una situación en la que la educación tomara el mando y nos tratáramos

como dos simples conocidos.

—Lo mismo digo —respondo en voz baja, sintiéndome como una imbécil, porque en realidad me gustaría decirle la verdad. Que sigo hecha una mierda y que no puedo más.

Por una vez, quiero que Pablo me saque de este embrollo. Quiero que regrese cuanto antes, aunque me temo que su jefe se encargará de retrasarlo.

—Si te ha molestado que yo...

—No —lo interrumpo, porque haber podido tocarlo, aunque haya sido de forma tan nimia, me ha producido una mezcla de emociones complicadas, pero que me han hecho sentir viva.

—¿Ya no te duele? —pregunta, y veo que hace amago de volver a acariciarme la frente, pero se detiene en el último segundo.

—No, tranquilo. Sólo ha sido un susto —contesto con media sonrisa.

Me doy cuenta de que seguimos manteniendo una conversación al más puro estilo besugo.

Joder...

—Siento haberte hecho esperar —dice Pablo acercándose a nosotros, y, para marcar su territorio, me sujeta de la cintura.

Si llega a levantar la pata y mear en la esquina del sofá, hasta me habría parecido mejor.

El beso en la comisura de los labios sobraba, pero me he contenido para no rechazarlo.

—Adiós, Bea —dice Max.

Sus palabras de despedida me producen desasosiego, han sonado tan huecas...

—Adiós...—musito, y dejo que Pablo me guíe hasta la salida.

Caminamos en silencio hacia el parking. Yo con un número en la cabeza... quinientos doce. No puedo pensar en otra cosa. No sé lo que va a ocurrir en esa habitación, pero me puedo hacer una ligera idea. Nada que vaya a gustarme, eso seguro.

—Es él, ¿no?

Cuando Pablo formula la pregunta, no le estoy prestando mucha atención; ni siquiera me he dado cuenta de que ya estamos yendo en dirección a mi casa.

—¿Perdón?

—El tipo del que habló tu hermana —me recuerda, por si hubiera olvidado aquella odiosa conversación.

No me pasa desapercibido que casi escupe al decir «tu hermana». Yo añadiría la metomentodo de mi hermana, porque por su culpa ahora me encuentro en una situación complicada. Veremos a ver cómo salgo de ella.

—¿A qué te refieres? —pregunto, haciéndome la despistada, pero intuyo que Pablo es demasiado listo como para pasarlo por alto.

—Bea, ¡maldita sea! —exclama furioso.

—Ya conoces a María, exagera siempre que puede.

Perdóname, María, por utilizarte así.

—Ya, claro. Bea, joder, ¡que no me chupo el dedo! —dice molesto, y con razón, ante mi estúpida excusa.

—No estoy con él, si es lo que estás preguntando. Eso ya quedó atrás —explico, y deseo que eso fuera cien por cien cierto.

—¿Y Félix?

—¿A qué te refieres?

—De nuevo me tomas por imbécil. Maldita sea, Félix lo menciona constantemente y eso quiere decir algo. Conociéndote, dudo que permitieras que cualquier tipo se acercase a él.

No sé si tomarme eso como un insulto o como un cumplido. Da por hecho que he sido poco menos que una madre sobreprotectora, incapaz de mantener una relación, o, por el contrario, una mujer responsable.

—No te hagas una idea equivocada —murmuro.

—A mí me lo estás poniendo muy difícil.

—¿El qué?

—Lo de acercarme a Félix. Y eso teniendo en cuenta un hecho irrefutable: ¡soy el padre!

Golpea el volante, cabreado. No tiene razón.

—No me vengas ahora en este plan, porque no te lo voy a consentir —le advierto—. Nunca he negado que lo seas, pero tampoco vas a pretender que te abra la puerta sin antes saber qué quieres.

—Pues bien que te abriste de piernas el otro día —me suelta, y yo aprieto los puños para no darle una buena bofetada.

—Eres un miserable.

En la radio del coche suena una de esas canciones machaconas que ponen a todas horas y que saca de quicio a cualquiera. El silencio o, como mucho, el ronroneo del motor, serían más adecuados para poder aguantar hasta llegar a casa. Pero da igual, en estas situaciones nada ayuda.

—Joder, lo siento —se disculpa, cuando yo ya pensaba que no diría nada como mínimo hasta el momento de dejarme en el portal—. Lo siento... Ese comentario ha estado fuera de lugar. Perdóname, Bea. Por favor.

Lo miro y sigo sin saber qué pensar. Parece sincero al excusarse, sin embargo, lo de abrirme de piernas lo ha dicho con tanta inquina que me ha dolido. Y no debería, pues tampoco yo lo hice por unos motivos muy nobles que digamos.

—Está bien, no pasa nada —termino diciendo con un suspiro, porque estoy demasiado confusa como para ser más original.

No dejo de pensar en la habitación quinientos doce una y otra vez. La misma letanía que la canción del verano. Una y otra vez.

—Sí que pasa. Mi idea de pasar hoy el día juntos se ha ido al traste —admite con

pesar, y siento su mano buscando la mía para darme uno de esos apretones reconfortantes. Sin embargo, aunque no me aparto, no sirve de nada. Pablo ya no me interesa en absoluto.

—Olvídalo —murmuro.

—No puedo, Bea. No soy tonto y me he sentido como un imbécil viéndote allí, junto a ese tío, que, por cierto, no apartaba los ojos de ti.

Inspiro hondo y niego con la cabeza. Ahora viene el temita del que no quiero hablar.

—Sólo es un amigo —miento, porque aun siendo ésa la palabra que definiría nuestra relación actual, desde luego sería un amigo muy diferente al resto.

—Lo dudo —replica, deteniéndose en un semáforo.

Vaya, por lo visto Pablo es más perspicaz de lo que yo pensaba. Aunque tampoco ha tenido que esforzarse mucho, ya que hasta un desconocido se habría percatado de las chispas que saltaban entre Max y yo.

Me mira, no sé si para intimidarme o para qué. No voy a ignorarlo mirando por la ventanilla y haciéndome la despistada, pero tampoco me apetece seguir discutiendo de algo que sólo me incumbe a mí.

—Escucha, no tienes por qué sentirte molesto. Me he encontrado con un amigo por casualidad. Punto. No le des más vueltas, por favor.

—Un amigo... —repite escéptico.

—Exactamente.

—Joder... Puede que creas que los tíos no nos damos cuenta, pero ya tengo la edad suficiente como para notar cuando una mujer piensa en otro. Nunca has sido buena disimulando.

Esto último es una verdad como un templo, de ahí mi total ineptitud para jugar a las cartas o a cualquier otro juego que implique fingir.

—Dejémoslo, por favor —insisto.

Pablo gruñe o algo parecido. Reanuda la marcha y ahora conduce con más agresividad. Me pone nerviosa. Me está provocando porque no he mantenido una actitud muy combativa. Sólo tengo que aguantar un poco más. Ya veré otro día cómo enfocamos el tema.

—¡No, no vamos a dejarlo!

—Pablo...

—Me invitaste a subir a tu casa, eso me hizo pensar que quizá estuvieras interesada en mí. No como amigos, claro.

«No hacía falta que me lo recordase», pienso.

—Es tarde...

—¡Joder! —exclama interrumpiéndome—. Ya sabes que me di cuenta. Estabas conmigo pero no lo estabas, pensabas en otro, y hoy no he tenido que sumar más que dos y dos.

—No sabes de lo que hablas —lo interrumpo de forma absurda, pues disimular es

ridículo.

—De haber podido, ese tipo me habría arreado allí mismo un par de hostias por haber aparecido. No creas que no me he percatado de ello.

—No hace falta que hables como un vulgar matón —replico, y sé que me he excedido recordándole un pasado que ha dejado atrás, pero me indigna su afán dominante.

—Pues admite de una santa vez que estás jugando a dos barajas. A ese hombre lo tenías pendiente de ti, pero te marchas conmigo. Estoy empezando a pensar que lo habías preparado todo.

—¿Perdón? —digo, porque no salgo de mi asombro.

—Bea, es muy desagradable tirarse a una tía que sólo te lo permite para darle celos a otro —me explica en tono moralista.

—Lo que tengo que oír... —mascullo.

—Admítelo, joder...

—Sigo sin dar crédito.

—Mira, no sé qué idea tienes de mí. Puede que creas, erróneamente, por supuesto, que sólo quería follar contigo. Que me dan igual los motivos por los que accediste. Pues estás equivocada. Tanto si lo hiciste por darle celos a alguien como si fue para olvidarlo, me jode igual, porque mis intenciones eran bien distintas. Ya deberías de haberte dado cuenta de ello.

Suspiro. ¿Qué tipo de declaración es ésta?

—No sé qué decir...

—Intenta decir la verdad, no cuesta tanto —sugiere con ironía.

Me callo, porque no estoy preparada para la verdad. Sigo impactada porque de las palabras de Pablo deduzco que realmente quiere tener una relación conmigo en serio.

¿Quiere que seamos pareja?

Noto un pequeño escalofrío, me siento inquieta, porque si bien hubo un momento en que esa posibilidad no me parecía tan descabellada, ahora sé a ciencia cierta que es imposible. Debo encontrar el modo de hacérselo entender, eso sí, sin que se sienta ofendido.

—Lo que tienes que hacer es no dejarte influenciar por tu hermana, que siempre te ha mangoneado a su antojo —dice al cabo de un rato, y veo que tiene enfado para rato y para todas.

—Eso no es cierto y lo sabes —defiendo a María de inmediato—. Es una acusación injusta. No voy a permitir que continúes hablando así de ella.

—Como quieras —admite a regañadientes, porque sabe que por ese camino va muy mal—. Pero al menos aclárate las ideas.

Hemos llegado a mi casa. Pablo detiene su deportivo justo a la puerta. Lo de hacerlo en doble fila y molestar a otros vehículos se la refanfinfla.

—Gracias por traerme —digo al bajarme, a modo de despedida.

He intentado ser amable, pero sin conseguirlo, ya que estoy demasiado tensa

como para mostrarme educada. Deseo llegar a casa y poner fin a esta jornada tan extraña, porque así no se puede vivir, al menos yo no tengo capacidad para soportar esto.

—Mañana no podré verte, ni pasado tampoco, estaré ocupado, pero espero que este fin de semana podamos hablar con tranquilidad —dice, y me doy cuenta de que ha suavizado un poco el tono. Pero muy poco, pues ha sonado a exigencia.

—De acuerdo —acepto, porque me parece justo.

—Y quiero hablar también con Félix —añade tajante.

Disimulo una mueca de desagrado.

—Muy bien, hablaremos...

Mi madre está dando de cenar a Félix, que por cierto protesta, como cualquier niño, cuando no le pones las cuatro cosas que le gustan. Por suerte, mi madre es inflexible y mi hijo se termina el pescado, eso sí, entre quejas y muecas, como si le hubiésemos puesto en el plato comida para perros.

—Venga, campeón, que ya sólo te quedan dos trocitos —lo animo.

—Estás muy guapa, mamá —dice, hablando con la boca llena, y yo sonrío, porque sus dotes zalameras no lo van a eximir de acabarse la cena.

—No me hagas la pelota —le advierto en tono serio, aguantando como puedo las ganas de reírme.

Hay que ver lo listo que es y cómo intenta camelarse a la madre cuando no ha podido con la abuela.

—Venga, Félix, que hoy tienes un yogur de esos que te gustan para beber con pajita —le recuerda mi madre, y eso parece definitivo.

—Voy a cambiarme —digo, saliendo de la cocina.

Una vez en mi dormitorio, dejo el bolso sobre el tocador y cuelgo el abrigo. Me quedo delante del espejo y me observo. Mi hijo y su halago me han hecho sonreír. No estoy lo que se dice espectacular, pero vienen bien estos pequeños empujoncitos para que mi ánimo se mantenga en niveles tolerables y no se venga abajo.

Alguien golpea con los nudillos en la puerta. Sé que es mi madre. No se le escapa nada y nada más verme ha sabido que algo me ronda por la cabeza.

—Pasa —le digo en voz baja.

—¿Por qué aún estás con la ropa de calle? —pregunta, y me encojo de hombros —. Por cierto, Félix tiene razón, hoy estás muy guapa.

No respondo y, como si fuera una niña pequeña, dejo que mi madre me suelte el pelo y me lo peine, antes de ponerme una pinza, como suelo hacer para andar por casa.

—Mamá.

—Dime.

—¿Te parecería muy mal que hoy cometiese una estupidez? —pregunto, justo cuando me estoy bajando la cremallera del vestido.

—Si lo preguntas ya no lo sería tanto, podrían acusarte de premeditación —me responde con sorna.

«Quinientos doce.»

—Tengo que hacerlo —afirmo, y me vuelvo a subir la cremallera del vestido.

Mi chándal de andar por casa sigue doblado en una esquina de la cama. Representa la sensatez.

—Bea, mañana trabajas. ¿Estás segura? —me pregunta ella, preocupada, como es lógico, pues no me estoy comportando con mucha cordura.

Debería quedarme tranquila en casa y no salir corriendo en busca de algo que no

sé si puedo tener.

—No estoy segura de nada, sólo sé que debo hacerlo —murmuro abatida, porque para estas cosas siempre es bueno tener un poco de valor.

Salgo de casa con el abrigo y el bolso y sin que se me vaya de la cabeza la cara de preocupación de mi madre. Voy a cometer una estupidez olímpica. Me siento igual que esos dibujos animados que hasta dejan marcado en el suelo de tanto como se resisten a moverse, mientras una fuerza invisible los empuja sin remedio.

La fuerza invisible que me empuja a mí es la locura, no puede haber otra explicación.

Paro un taxi al poco de salir a la calle y le doy la dirección. Con un poco de suerte, estaré allí en media hora; media hora en la que aún puedo recuperar la sensatez.

El trayecto es rápido. El taxista ha intentado entablar conversación conmigo, pero lo he ignorado por completo. He preferido escuchar la música que sonaba, una canción que no conozco, pero que a partir de ahora asociaré sin remedio a este momento. El locutor dice que es *Y no te olvido*^[3], de Materia Prima a dúo con Café Quijano. Demasiado inoportuna para la situación. Agradecería algo más desenfadado, música sin sentido, incluso chabacana, de esa que hasta da vergüenza ajena y te deja con dolor de cabeza.

El vehículo se detiene justo a la puerta del hotel y, antes de que el taxista me lo diga, ya tengo preparado el importe, que le entrego, y me bajo sin esperar el cambio.

Miro con respeto la misma puerta con la que he tenido el encontronazo hace tan sólo unas horas y la cruzo con cautela. En este momento, casi las once de la noche, hay poca actividad en la recepción y por suerte ya no están los empleados del turno de tarde.

Voy directa a los ascensores, consciente de que mi presencia en el hotel a esas horas de la noche puede llegar a oídos de Pablo. Es más, mi lado perverso quiere que se entere y, a ser posible, cuanto antes. De todas formas, ahora ese detalle es lo que menos me preocupa.

«Quinientos doce.»

La gruesa moqueta típica de los hoteles hace que el sonido de mis tacones se amortigüe hasta pasar desapercibido. Me late el corazón cada vez con más fuerza a medida que me acerco. No sé lo que voy a encontrarme tras la puerta. O mejor dicho, ¿estoy preparada para lo que me voy a encontrar?

Consciente de ser la suicida emocional número uno, me detengo frente a la habitación. No me hace falta comprobar si es la correcta. En mi cabeza he repetido tantas veces el número que no queda margen de error. Contengo la respiración. Si tarda demasiado en abrirse, será una señal de que debo darme la vuelta y echar a correr.

Inspiro de nuevo, alzo el puño y golpeo con suavidad.

No se oyen pasos acercándose, sin embargo, tardo muy poco en oír el clic de la

cerradura. Una pequeñísima alegría que no templa mis nervios.

La puerta se abre despacio. Es lógico, a estas horas nadie espera visita, y menos cuando se está junto a un tipo atractivo al que le has pagado un fortunón por su exclusiva compañía.

—¿Bea?

La mujer, Paula, me mira parpadeando —lógico—, y yo trago saliva.

«¿Qué creías que ibas a encontrar, pedazo de imbécil?»

Yo también la miro a ella. Se ha cambiado. Sigue luciendo su aspecto profesional, proclamando a los cuatro vientos su alto poder adquisitivo, pero ahora lleva una sencilla camisa blanca con una falda recta. Zapatos planos y el pelo recogido. Maquillaje casi invisible.

La discreción en persona.

—Buenas noches —acierto a decir, tras aclararme la garganta.

—¿Quién es? —pregunta Max en tono molesto.

Vale, los he interrumpido, no sé si en el mejor momento o en el peor.

—Pasa, por favor —me dice ella, y yo niego con la cabeza.

Ahora viene la peor parte, cuando suelto una excusa ridícula, me doy la vuelta y regreso a mi casa sin dar un traspie a causa de mi orgullo herido, me compro una botella de vino y después, algo borracha, me doy de cabezazos contra la pared.

Por estúpida, principalmente.

—¿Quién cojones molesta a estas...?

Oigo su voz, oigo sus pasos, y se queda sorprendido cuando llega delante de la puerta. Se detiene tras Paula, que por cierto ni se inmuta, como cabría esperar.

—Max, tienes visita —le dice, justo cuando él se detiene a su espalda.

Podría pensar que el tono empleado es de ironía, aunque no ha sido así.

—¿Bea? —pregunta él, como si yo fuera una aparición fantasmagórica.

Nos quedamos mirándonos como dos pasmarotes, ajenos a la presencia de una tercera persona que observa cada una de nuestras reacciones y que, por poco espabilada que sea, habrá adivinado qué ocurre entre nosotros.

—Será mejor que os deje a solas —comenta, retirándose, al darse cuenta de que aquí no pinta nada, lo cual es muy raro, ya que se supone que ha pagado por el placer de la compañía de Max, entre otras cosas.

Él se queda parado junto a la puerta, sin apartar la vista de mí. Detrás de él, Paula recoge unos papeles y, en menos de dos minutos, se marcha. Nos desea buenas noches y a Max le recuerda que tienen una cita el día siguiente a media mañana.

La palabra «cita» me produce dolor de estómago, pero ahora no tengo antiácidos a mano, así que tendré que enfrentar lo que sea a palo seco. Me arrepiento de no haberme pimplado dos buenos lingotazos en el bar del hotel, para tener un poquito más de valor o para, ya puestos, contar con la excusa de que estaba borracha, en caso de que se complique el asunto.

—Pasa, por favor —me dice Max en un tono que raya la fría cortesía.

Cierra la puerta tras de mí y se queda a mi espalda. Yo observo la habitación. Dos enormes camas, una de ellas arrugada pero no deshecha, como si únicamente se hubieran sentado encima. La otra en perfecto estado. Unos cuantos papeles sobre la mesita junto a la ventana. Un maletín de ejecutivo de pie, en el suelo. Iluminación normal, poco o nada propicia para un ambiente íntimo. La tele encendida en un canal de noticias, pero con el volumen muy bajo. Dos copas de vino, una con marcas de carmín.

Me doy la vuelta. Max no se acerca, continúa apoyado en la puerta. Me mira, pero no sé interpretar su expresión. Me parece extraño que, estando en mitad de una cita, vaya con vaqueros y una camiseta de los Sex Pistols bastante descolorida. Nada que ver con el traje que le he visto a primera hora de la tarde, justo cuando me he dado el porrazo de mi vida.

Avanzo unos pasos hasta llegar junto a la cama y dejo caer mi bolso.

Este silencio es matador. Peligroso.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta Max, y me enerva ese tono tan educado.

—No —murmuro en respuesta. Ahora ya es tarde para recurrir al alcohol como excusa.

«Así no vamos a ninguna parte», me digo, al darme cuenta de que soy yo quien debe llevar las riendas, porque está claro que a él lo he pillado por sorpresa. Que está descolocado incluso.

De acuerdo, vamos allá.

Me quito el abrigo y lo dejo junto al bolso. Max sigue expectante, aunque me da la impresión de que no se fía del todo de mis intenciones. Lo dejé plantado, rechacé sus llamadas y ni siquiera tuve el detalle de darle una explicación. Y ahora estoy aquí, jorobándole una cita y, por ende, sus ingresos.

Pablo me ha dicho que debo aclararme las ideas. Dudo que pueda hacerlo. Con Max delante siempre estoy hecha un lío, y de los gordos, pero creo que prefiero una y mil veces seguir hecha un lío junto a él que lamentarme a solas.

Acorto las distancias. Él tiene las manos metidas en los bolsillos. No hace amago de tocarme. Sólo hay una forma de hacer esto.

No contemplo la posibilidad de un rechazo y me lanzo en plan kamikaze. Lo beso. No soy suave, más bien todo lo contrario. Demasiado agresiva, pero no puedo hacerlo de otra manera. Durante unos segundos, se me viene el mundo encima, pues Max se queda quieto, impassible ante mis avances. Ni siquiera se saca las manos de los bolsillos. Me está rechazando con su indiferencia.

No puedo permitirme el lujo de abandonar ahora.

Insisto. Recorro sus labios y acuno su rostro. Tiene que funcionar.

—Bea... —gime, y entonces me doy cuenta de que vuelve a latirme el corazón.

Su boca se amolda a la mía. Aún no ha movido las manos, pero su respuesta va aumentando en intensidad. Lo tengo aprisionado contra la puerta. Le rodeo el cuello con los brazos y enredo una mano en su pelo para tirar de él ligeramente. Me pongo

de puntillas. Prefiero que se enfade, que me grite, que haga algo, pero que deje de ser tan contenido. Me está besando o, mejor dicho, yo lo estoy besando a él, No me rechaza, me sigue el juego, aunque dista mucho de ser el Max que yo recordaba.

—No puedes hacerme esto —se lamenta.

Y lo entiendo a la perfección.

Al no encontrar las palabras que puedan ayudarme, me limito a tocarlo. Él tiene los brazos colgando a los costados, mientras yo continuo besándolo en los labios, el cuello, la mandíbula..., en cualquier punto al que tengo acceso. No entiendo su contención.

¿Qué quiere demostrarme?

Sé que está herido, enfadado conmigo y con mi actitud. Seguramente confuso al verme aparecer en su habitación después de que no he querido ni responder a ninguno de sus mensajes. Consciente de ello, quiero transmitirle mi decisión.

—Bésame, por favor —suplico, y hasta soy capaz de hacerlo de rodillas.

Pedirle perdón me parece insuficiente.

Gimo cuando por fin me besa como yo recordaba, mientras una de sus manos me agarra del culo para apretármelo y de paso pegarme más a su cuerpo. Se está excitando, lo cual es buena señal, porque yo siento la humedad en mi sexo.

No dudo en contonearme y restregarme contra su cuerpo, logrando que por fin emita algo parecido a un jadeo.

—Bea...

—No hables. Ahora no, por favor —le pido con voz ronca, al tiempo que pongo una mano sobre la bragueta de sus vaqueros y percibo lo duro que está.

Aun así, no puedo cantar victoria. Todavía planea el rechazo entre nosotros. A mí me haría polvo, porque, durante mi locura, en ningún momento he contemplado esa posibilidad.

—Pues entonces bésame, joder —gruñe, y me coge en volandas.

Me aferro a su cuerpo y jadeo, entregada por completo a sus exigencias. Me lleva hasta la mesa y me deja encima, para después separarme las piernas y acomodarse entre ellas. De esa forma se me sube el vestido, mostrando mis muslos. Él se encarga de no dejar nada a la imaginación cuando termina de subirlo para dejar mis bragas a la vista.

Jadeo y respiro como buenamente puedo, cuando sus manos suben por mis pantorrillas hasta el borde de las bragas. Me toca justo por encima. Casi me avergüenzo de lo mojada que estoy. Ese detalle parece encantarle, pues se acerca hasta mis labios y primero, como es habitual en él, me pasa el pulgar por todo el contorno, presionando lo justo para volverme loca. Yo los separo para chupárselo, sin apartar la mirada.

—Eres real... —musita, antes de besarme con brusquedad.

Mientras devora mi boca y yo la suya, aprovecho para meter la mano bajo su camiseta roquera y me doy el gustazo de acariciarle el pecho. Bajo la palma de mis

manos percibo el ritmo acelerado de su corazón, parejo con el mío.

Me doy cuenta de que no es el momento de gestos tiernos ni de arrumacos. Con un poco de suerte, eso vendrá después. Ahora toca dar rienda suelta a la frustración, a la rabia, al deseo contenido de todo este tiempo separados.

No sé lo que sucederá luego, puede incluso que Max aproveche esto para darme una lección y tratarme como a una cualquiera. ¿Podré con ello? No me paro a pensar, pues mis manos actúan llevadas por la impaciencia. Ya estoy bajándole la cremallera de los vaqueros y buscando dentro de su ropa. Max se echa un poco hacia atrás para facilitarme la tarea, sin descuidar, por supuesto, sus avances sobre mi cuerpo.

Vuelve a pegarse a mí y coloca su mano, con los dedos separados, sobre mi sexo aún cubierto. Presiona y yo jadeo.

—Estás empapada —masculla, señalando lo obvio, cuando su dedo recorre sin mucha delicadeza mi sexo por encima de la ropa interior hasta dar con mi clítoris y frotarlo.

—Lo sé —confirmando, intentando bajarle los bóxeres azul marino y liberar su erección, lo consigo tras dos arduos intentos.

—Joder... —jadea junto a mi oído al meter la mano dentro de mis bragas y acariciar por fin mi sexo desnudo—. Tengo que besarte aquí...

Lo dice justo cuando inserta dos dedos de golpe. Es brusco, y me encanta.

—Después —gimoteo, retorciéndome de gusto, porque no se limita a penetrarme con dos dedos, sino que los mueve, los curva, los saca y vuelve a repetir el proceso.

Jadeo, apretando cada músculo interno, y no dejo de culebrear encima de la mesa. Entre vaivén y vaivén me doy cuenta de que he tirado las carpetas que había encima. Hago una mueca y lo miro disculpándome con la mirada.

—Me importan un carajo —dice, no sé si para tranquilizarme—. Entre esos papeles y tú abierta de piernas, no hay punto de comparación.

—Me alegra oír eso —gimo.

Sonrío con un deje de nostalgia, porque cuando tengo delante al Max soez y malhablado me excito mucho más si cabe, e incluso lo imito. Y ya es mucho decir. Hacía tanto que mi cuerpo no reaccionaba de esta manera que había llegado a temer que nunca volvería a experimentar este grado de excitación.

—Max... —gimoteo, porque si bien sus dedos entrando y saliendo de mi sexo me procuran un gran placer, yo deseo más, mucho más, y no me importa reconocerlo.

Sin pizca de vergüenza, termino de bajarle los pantalones hasta dejárselos por debajo del culo, lo que le permitirá follarme sin demasiados estorbos.

Me mira y no sé cómo interpretar su expresión. Está duro, pero que muy duro, y yo estoy esperando que me penetre de un momento a otro. En cambio, él no parece opinar lo mismo.

Me besa con la agresividad justa y entonces, desconcertándome, me baja de la mesa. Sin mediar palabra, me da media vuelta y en medio minuto me quita el vestido sin contemplaciones, dejándome sólo con la ropa interior y los zapatos.

—¿Max?

—Calla y apoya los brazos en la mesa —ordena.

Yo obedezco. No sé si encantada define mi estado de ánimo, pero se acerca bastante. Impaciente también podría servir. Y, por supuesto, cachonda.

Lo miro por encima del hombro. Se está comportando de un modo muy raro. Puede que en mi grado de excitación apruebe cualquier cosa, pero el uno por ciento de sensatez que aún me funciona percibe algo extraño.

—Y levanta el culo —añade, sin abandonar su tono marcial.

Como no termino de entender qué pretende exactamente, él se encarga de agarrarme de las caderas y de colocarme a su gusto. Acaricia la separación de mis nalgas con un dedo por encima de la tela, presionando justo a la altura de mi ano, lo cual me inquieta. Nunca lo he hecho de ese modo y no sé si es el momento adecuado para planteármelo.

Insiste en ese punto y cuando me baja las bragas de manera expeditiva, dejándomelas en los tobillos, no sé si respirar aliviada o no.

Qué narices, es parte de lo que he venido a buscar.

Lo miro una vez más por encima del hombro, algo que me resulta complicado, ya que en esta postura debo estar pendiente de no desequilibrarme. Max se ha agarrado el pene y se acaricia. Tiene los ojos entrecerrados y la mano libre sobre mi trasero.

—¿Vas a azotarme? —pregunto, mitad temerosa, mitad excitada de que pueda hacerlo.

Es algo que nunca me ha atraído, pero en lo concerniente al sexo con Max, estoy ansiosa de probar cosas nuevas.

—¿Deseas que lo haga? —responde, adelantando las caderas.

Por lo visto considera que no todo está perfecto, porque, con un pie, me insta a que separe más las piernas.

—No lo sé —respondo con sinceridad.

Otro factor a tener en cuenta más adelante. En realidad no sé por qué pienso ahora en todas esas cosas, cuando nunca antes me lo había planteado.

—Ya lo averiguaremos...

¿Eso es una promesa?

No tengo tiempo ni de respirar, así que mucho menos de analizar sus palabras, porque me penetra de una sola arremetida, empujando en mi interior con la fuerza precisa para que no me dé con la cabeza en la pared. Noto sus dedos clavados en mis caderas. La aspereza de la tela vaquera rozando la parte trasera de mis piernas y sus jadeos entremezclándose con los míos.

Ha sido brusco al principio, pero luego ha impuesto un ritmo quizá demasiado lento para mi gusto.

—Bea... —gime mi nombre como sólo él puede hacerlo.

Hay tantas cosas que quisiera decirle justo en este preciso momento..., pero no soy capaz. Se me amontonan las sensaciones. Y no lo digo sólo por el placer que me

está procurando, sino por todo lo que despierta en mí.

—Sigue...

—Quiero escuchar mi nombre cuando te corras, ¿harás eso por mí?

Asiento, es una petición fácil y placentera de cumplir.

Max empieza a penetrarme más deprisa. Lo agradezco y no dejo de inspirar profundamente, al tiempo que mis gemidos van subiendo de volumen. Siento un ligero dolor justo donde me está clavando los dedos, pero es un dolor bienvenido.

Me aferro al borde de la mesa y, con cada empujón, ésta se mueve, chocando contra la pared. Me encanta oír cada golpe al compás de sus arremetidas. Los párpados me pesan, aunque me esfuerzo por mantener los ojos abiertos.

Se retira, siento el vacío y arqueo mi cuerpo, ansiosa de tenerlo de nuevo en mi interior. Max juega, me provoca. Con su erección acaricia mis labios vaginales y, cuando más desesperada estoy, entra de nuevo con un golpe de cadera alucinante.

—¿Esto es lo que necesitas? —inquire con su voz más sensual.

—Sí, Max —admito, y no me importa reconocer que he sonado sumisa y desesperada.

—No puedes hacerte una idea de lo tentador que resulta tu culo en esta postura —murmura, pasando un dedo por la separación de mis nalgas, hasta llegar a mi ano y presionar—. ¿Aquí también me deseas?

—No lo sé...

Presiona un poco más, haciéndome jadear y de paso ansiarlo. Algo que me descoloca por completo. Max juega en ese punto durante un par de minutos, sin dejar de penetrarme. Aparta el dedo cuando lo considera oportuno, dejándome, para mi estupefacción, con ganas de más.

No entiendo por qué hoy se muestra tan obsesionado con mi trasero, ya es la segunda vez que lo menciona. No sé si se trata de una estrategia para que al final sea yo quien termine pidiéndoselo. No sé si gritaré «Fóllame por el culo», pero no creo que, de seguir por estos derroteros, tenga que esforzarse mucho más.

Respiro algo más aliviada cuando volvemos a la forma «convencional». Nos hemos acoplado a la perfección. Max mueve una mano por mi espalda hasta llegar al cierre del sujetador, que desabrocha con habilidad, dejando así que mis pechos, ahora libres, cuelguen y se balanceen al ritmo que sus envites marcan.

Su mano recorre toda mi columna vertebral hasta llegar al cuello, donde ejerce cierta fuerza para que yo agache la cabeza y termine pegando la frente a la mesa. No sé por qué quiere que adopte una postura tan cercana a la sumisión. Quizá intente decirme algo. Me da igual. Lo único importante es que lo siento dentro de mí.

—Max... —jadeo cerca de correrme—. Max...

Su nombre pronunciado como un lamento le sirve al parecer de combustible. Aprieta la mano con la que me sujeta el cuello. Giro la cabeza y apoyo la mejilla en la madera mientras me mantiene inmovilizada.

—Estás a punto, lo noto —gruñe entre empujón y empujón.

Todo se ha vuelto violento, imprevisible.

Nunca me han gustado estos juegos de poder. Cierro los ojos y me doy cuenta de que voy a correrme como sólo él puede lograr que lo haga. Esa verdad puede resultar peligrosa, pero no la puedo obviar. Ningún otro ha sabido follarme como Max lo hace, y temo que el dicho de que a veces en el pecado se lleva la penitencia sea bien cierto.

De repente, sale de mí, y yo me tenso. Entonces cumple su promesa de antes que yo ya tenía olvidada. Me azota con la palma de la mano sin soltarme el cuello. Repite el gesto y, cuando estoy a punto de sollozar, siento de nuevo su polla en mi interior, dilatándose.

Soy incapaz de racionalizar esto. Aprieta la mano con la que me mantiene inmovilizada. Me trata como a una cualquiera, a una desconocida. No percibo ni un solo gesto de cariño. Pero mi cuerpo va por libre y explota.

Me corro, gritando su nombre.

Yo también cumplo mis promesas.

Me quedo quieta, saboreando el increíble orgasmo que acabo de experimentar, y dejo que continúe embistiéndome. Me limito a contraer los músculos internos, lo cual alarga mi placer y le proporciona también a él un estímulo extra.

De repente, cuando creo que está a punto de correrse, se aparta de mí, dejándome contrariada. Pero no contento con eso, vuelve a azotarme, creo que con más saña, haciéndome sollozar por la mezcla de sorpresa y renovada excitación que la palma de su mano me produce. Siento parte de su rabia, pero no puedo hacer nada al respecto.

Vuelve a dejarme patidifusa cuando tira de mí, me obliga a incorporarme y me hace darme la vuelta, como poseído, para quedar cara a cara y besarme. Pasa el pulgar por mi labio inferior y me hace daño cuando me insta a abrir la boca para que chupe sus dedos, los mismos con los que me ha excitado, después me besa de nuevo. Gime en mi boca y yo me pierdo del todo.

¿Qué pretende con esta mezcla de ternura y agresividad?

Noto sus manos en mi culo y después me levanta para sentarme sobre la mesa. Tengo las bragas en los tobillos y, para abrimme del todo las piernas, me las quita y las deja caer sobre la moqueta. Después hace lo mismo con mi sujetador, que ya me había desabrochado, por lo que le cuesta muy poco quitármelo.

No puedo evitar mirar hacia abajo y ver su erección impregnada de mis fluidos, apuntándome.

—No te has corrido —digo, mencionando lo obvio.

—Estoy en ello.

Al más puro estilo *macho man*, de esos que abundan tanto últimamente, me agarra de la cintura para situarme en el borde de la mesa e, inclinándome un poco hacia atrás, avanza sus caderas y, al mismo tiempo que me besa, me penetra con la misma intensidad que antes.

Aparto los labios, para gemir con la fuerza que sus arremetidas me provocan, pero a Max parece traerle sin cuidado que yo me quede sin aire, pues busca mi boca sin descanso y me muerde el labio a la menor oportunidad. Vuelve a hacerme daño y no me importa.

En esta postura no puedo tocarlo, pues mis brazos son un punto de apoyo fundamental. Ese detalle juega a su favor, pues no contento con embestirme a lo bruto, mientras la mesa golpea contra la pared de tal forma que dejará marcas y además alertará al huésped de la habitación de al lado, agacha la cabeza y consigue atrapar un pezón entre sus dientes.

Tira de él y yo grito. Es todo tan raro... Parece un castigo en lugar de un polvo, y yo, en vez de apartarlo de un empujón, sólo espero ansiosa la nueva dosis de dolor. Ésta no se hace de rogar, pues Max cambia de pezón, pero no de táctica.

—¡Max! —acabo gritando, y para mi más absoluta sorpresa, él arremete con mayor agresividad justo antes de gruñir y, por cómo se tensa, correrse.

Ahora que ya no necesito sostenerme con los brazos, los alzo y le rodeo el cuello con ellos, atrayéndolo hacia mí.

Le paso una mano por la espalda y noto su camiseta empapada de sudor. Inspiro y su olor me hace esbozar una sonrisa. Aún permanece en mi interior, y me encanta.

Poco a poco, su respiración, igual que la mía, va adquiriendo un ritmo más pausado. Da igual, al parecer ninguno quiere separarse del otro. Continúo acariciándolo, despacio, y él empieza a besarme el cuello.

Se supone que su pene ha de ir relajándose hasta salir de mí. Pero no, se mantiene erecto, y, con la hipersensibilidad de mi sexo, me produce una extraña sensación. Siseo cuando Max se mueve un poco, retirándose apenas para volver a arremeter. Muy despacio, como si sólo estuviera tanteando el terreno.

No me importa, que haga lo que quiera.

Él alza la cabeza y me mira. Yo sonrío débilmente, pues aún no sé cómo va a acabar esto. Puede que termine dándome con la puerta en las narices tras el polvo. O puede que empiece a pedirme explicaciones.

—Bea..., no debería haberte tocado. —Suspira, y de repente me siento una mierda, porque está planeando la sombra del arrepentimiento; al menos por su parte.

Intento besarlo, pero se echa hacia atrás. Veo cómo se sube los pantalones y recoge mi ropa del suelo. No me la entrega, la deja sobre la cama y me da la espalda cuando se sienta en la parte más alejada de mí.

Me duele, pero no puedo reprochárselo, porque si me pongo en su lugar, yo no sé cómo habría actuado. Tiene derecho a estar así, y me quedo en silencio, desnuda, sin atreverme a interrumpir su silencio.

—¿Vas a marcharte? —pregunta con tono acusatorio.

Me da la impresión de que cree que sólo he venido para follar con él; una especie de recuerdo rápido antes de volver a largarme, porque no quiero verlo más.

—No.

—¿Y eso? —inquire con sarcasmo.

—A menos que me lo pidas —le aclaro en voz baja.

Gira la cabeza y me mira un instante. Sigue mostrándose desconfiado ante lo que yo pueda hacer. Camino despacio y me acerco. Luego me siento a horcajadas sobre él y le acuno la cara. Le doy un beso suave y rápido en los labios. Quizá el más tierno que nunca haya tenido la oportunidad de dar.

—Bea... —musita, y me abraza.

Me abraza con tanta fuerza que me corta la respiración.

—Max... —respondo, casi sollozando por haberme comportado como una necia, por creer que poniendo distancia entre nosotros lo olvidaría, por ser tan gilipollas de no confiar en él y causarle un dolor irreparable.

—Quédate esta noche —me pide con la voz amortiguada, al tener los labios pegados a la piel de mi cuello.

—Sí —contesto.

Mi respuesta hace que por fin lo vea sonreír. Estoy encima de él y me recreo en su rostro. No puedo evitar ponerme maternal y lo peino con los dedos. A él siempre le ha gustado que lo trate de esa forma. Nos quedamos así, como dos tortolitos, tocándonos de manera aparentemente superficial, pero muy conscientes de que necesitamos hacerlo.

Tan atontada estoy disfrutando del simple pacer de sentirlo junto a mí, que de repente, cuando se levanta conmigo en brazos, no me caigo por los pelos. Eso lo hace sonreír, porque no me he quedado en una postura muy armoniosa. Me besa en la frente, justo en el punto donde me he dado el golpe con la puerta de cristal, y me agarra bien para llevarme en brazos hasta el cuarto de baño.

Se agacha a mis pies para ocuparse del calzado y de las medias, y después se quita la camiseta de los Sex Pistols (en cuanto tenga oportunidad se la birlo para dormir con ella) de la manera en que sólo los hombres como él saben hacerlo: por la cabeza, levantando los brazos y descubriendo poco a poco un torso espectacular, sobre el que pasar la lengua hasta desgastarlo.

—Has puesto una cara muy rara —me dice, cuando se quita las deportivas de un puntapié para poder deshacerse de los vaqueros.

—Me gusta tu camiseta —le digo en voz muy baja.

Él arquea una ceja y, con toda su chulería innata, hace una bola con ella y me la tira.

—Toda tuya —dice—. Pero estás mintiendo, no pensabas en mi camiseta.

Fuera pantalones, fuera bóxeres, fuera todo...

Tras aclararme la garganta, acierto a balbucear:

—Es cierto. Aunque no te voy a decir en qué pensaba.

—Una pena —comenta, dándome la espalda e inclinándose para abrir los grifos de la ducha—, porque tu expresión prometía.

Que hable con ese tono tan distendido hace que me sienta más tranquila. De acuerdo, me puedo estar precipitando y que sólo sea una pequeña tregua, sin embargo, me invade el optimismo, y cuando él me tiende la mano para que lo acompañe bajo el agua, avanzo esbozando una sonrisa.

Una vez en la ducha, llega el momento de los mimitos, de las caricias tiernas y de todo ese catálogo de arrumacos que sólo dos amantes que ya se han desfogado pueden dedicarse. Manos aquí y allá sobre la piel húmeda, repasando esos lugares que, debido a las prisas, no han sido tocados con la precisión que se merecen. Y la verdad es que me lo estoy pasando en grande.

Max se ha quedado quieto mientras yo lo acaricio a mi antojo. No sé por qué se muestra tan sumiso, ya que nunca ha sido así, pero es una delicia que, teniendo en cuenta las circunstancias, me permita estar con él en vez de echarme de la habitación a patadas.

Pasar las manos enjabonadas por su espalda puede parecer una estupidez, pero me produce un gran placer. Lo mismo que si lo hago por sus brazos o su apetecible

trasero, aunque en ese punto me contengo un poquito para no abusar demasiado.

—Creo que ya me has echado suficiente gel —comenta, apartándose el pelo de la frente de manera brusca, para después mirarme como si yo fuera un manjar muy pero que muy apetecible.

—Puede.

Toma el mando y me agarra de las muñecas. Aprieta más de lo que yo considero necesario, pero lejos de enfadarme, eso me excita. Demostrando una fuerza de la que yo ya soy muy consciente, me levanta los brazos por encima de la cabeza y me empuja hasta que mi espalda choca de manera violenta contra la pared.

Con una sola mano puede permitirse el lujo de mantenerme inmobilizada, mientras con la otra me acaricia, o mejor dicho, me magulla los labios con el pulgar. Me mira y me da la impresión de que de nuevo ha hecho acto de presencia el rencor, pues ha dejado que los malos recuerdos se unan a nosotros en la ducha.

—Bea... —gruñe, antes de morderme el labio y tirar de él.

Jadeo y arqueo mi cuerpo para entrar en contacto con el suyo.

—Haz lo que tengas que hacer —musito durante los breves segundos que me deja respirar.

—No puedes decirme algo así después de lo que ha pasado —me responde.

—Eso ya da igual...

Vuelve a besarme, a robarme el aliento, y libera uno de mis brazos, lo que me permite rodearle el cuello y, de paso, hacer que mis pezones endurecidos entren en contacto con su torso, logrando una fricción increíble.

—No, no da igual —dice en voz muy baja, mirándome a los ojos—. Pero esto es demasiado bueno como para echarlo a perder.

—Max...

—Me dan igual los motivos por los que has venido, Bea. No voy a cuestionarlos —añade serio, sin apartar sus ojos de los míos.

Demasiada intensidad.

—Yo... —Un nudo en la garganta me impide continuar.

—No hace falta que digas nada.

—Pero...

—Aunque sólo sea esta noche —me corta—. Déjame disfrutar y olvidarme de la realidad.

Me gustaría ser más locuaz, pero al no encontrar las palabras precisas, prefiero besarlo. Es lo que hago. No es fácil, dada la postura en la que estoy, pero lo consigo. Max me responde y su mano se desliza por las curvas de mi costado hasta la parte trasera de mi muslo, de tal forma que me fuerza a levantarlo para así hacer más sencillo penetrarme.

O alguien pone coto a este desenfreno o esta noche terminamos batiendo el récord. Por favor, que mañana no voy a poder caminar.

Max jadea cuando me penetra hasta el fondo y yo le clavo las uñas en el hombro,

al tiempo que grito, porque no se queda ahí la cosa; se retira para volver a arremeter con más agresividad si cabe. Mi espalda sufrirá las consecuencias, pues con cada envite me golpeo contra los azulejos.

—¡Más fuerte! —ordeno contra cualquier lógica.

—Por supuesto —responde tenso debido al esfuerzo.

Max se lo toma al pie de la letra. Se retira, haciéndome protestar con gemidos más lastimeros que otra cosa, y, no contento con ello, empieza a restregar su pene contra mi sexo, ya muy sensibilizado y más resbaladizo que nunca entre el agua, el gel y mi propia lubricación.

Esto es de locos. Me agarro como puedo a él, porque siento que con este ritmo voy a acabar cayéndome de culo. No sé cómo Max puede aguantar de pie sin resbalarse y además soportar mi peso, ya que yo me limito a jadear.

Cierro los ojos, sólo oigo su respiración irregular, tan igual a la mía, distorsionada por el sonido del agua cayendo sobre nuestros cuerpos. Max vuelve a besarme. Lo hace con la misma pasión de siempre, como si nada hubiera ocurrido. Y esa pequeña ilusión hace que yo tense todo mi cuerpo, en especial mis músculos vaginales.

—Haz eso otra vez —exige—. Me encanta sentir esa presión sobre mi polla.

Él sabe muy bien cómo me pone ese lenguaje tan soez, que va directo a mi libido. Por supuesto, obedezco y aprieto con toda la fuerza de la que soy capaz, aumentando la intensidad con la que lo siento en mi interior. Y como no podía ser de otro modo, esto desemboca en un orgasmo que me deja laxa y maleable en sus brazos.

Max, que va a acabar con agujetas, el pobre, no ceja y demuestra que aún es capaz de embestir a lo salvaje. Se retira un par de veces, gruñe, me penetra y acaba corriéndose entre gemidos que yo amortiguo besándolo.

Como si no hubiera pasado el tiempo, experimento la misma sensación acrecentada de siempre al estar rodeada por sus brazos. Él no me suelta y la conexión es tan fuerte que termino sollozando.

Max estira la mano y cierra el grifo. Continúa sin soltarme y, como no quiero que me vea toda llorosa, soy yo quien rompe el contacto.

—Mi... pierna —musito, y él cree que me ha dado un calambre o algo así, por lo que se echa hacia atrás.

Eso me permite limpiarme los ojos, pues él me da la espalda al salir de mí, aunque mi alivio dura lo que el agua en un cesto, porque va en busca de una toalla y me la ofrece. No sonrío, pero tampoco da la impresión de que esté enfadado. Bueno, deduzco que, como a todos los hombres, después de un polvo le cuesta más cabrearse.

—Gracias —digo, cogiendo la toalla, y me doy la vuelta. Mis ojos me delatarían y aprovecho su siempre esmerada educación para dejar que me seque dándole la espalda. Momento tonto para recuperarme.

Se aparta para ocuparse de sí mismo. Como hacen todos los hombres, coge otra toalla y, con gestos enérgicos, se seca primero el pelo y después, por encima, el

cuerpo. Tira la toalla usada al suelo y me mira.

—No disimules conmigo —dice con sequedad—. No hace falta.

Y sale del cuarto de baño. Así, de repente, se ha enfadado. Ha malinterpretado mis lágrimas. Por lo visto, cree que me arrepiento, o algo peor.

—Mierda, mierda, mierda... —farfullo.

Si he llegado hasta aquí, no puedo dejar que ahora se vaya todo al carajo. De acuerdo, ambos estamos en una montaña rusa emocional que no hace sino unirnos para después distanciarnos, y todo por no hablar con claridad desde el principio.

Salgo decidida del cuarto de baño, envuelta en la toalla. Me lo encuentro sentado en la cama, con aire abatido, cambiando canales casi sin darse cuenta.

—Max...

—¿Sí? —murmura sin siquiera mirarme.

—Sé que todo esto carece de lógica...

—Ajá.

Su desdén no debe hacer mella en mi determinación. Respiro.

Camino hasta situarme ante él. Le quito el mando a distancia, apago el televisor y lo tiro sobre la cama, al más puro estilo maruja cabreada. Estiro el brazo y le levanto la barbilla para que me mire. Hay cosas que no se pueden decir de otro modo.

—En estos momentos estoy sintiendo algo que difícilmente podré experimentar de nuevo. Sé que llorar es una forma confusa de expresar mis emociones, pero créeme, no es culpa tuya, o no al menos de la forma que imaginas.

Max parpadea, porque le estoy soltando una parrafada que al pobre va a terminar confundiendo más.

—Resumiendo —prosigo, y esbozo una sonrisa, porque eso siempre ayuda y porque sonreírle siempre me ha gustado, y porque, qué carajo, quiero hacerlo—, que ha sido tan impresionante, y no me refiero al polvo, que sí que lo ha sido. —Arquea una ceja, porque mi descripción es un poco pobre—. Lo importante, Max, es que yo he sido incapaz de controlarme...

—Y ¿por qué has intentado ocultármelo? —pregunta con toda lógica.

—Porque soy estúpida —respondo con sinceridad—. Y porque no encuentro las palabras para expresarme y porque... —Inspiro por la nariz, pues no quiero terminar llorando a moco tendido y me falta el canto de un duro para ello—. Maldita sea, Max, ¡di algo! —termino gritando, producto de la frustración más absoluta, ya que estoy hablando como un loro.

Él levanta las manos despacio, sin apartar la vista de mis ojos. Tira de mi toalla y ésta cae al suelo. Después me sujeta de las caderas y da un pequeño empujón para acercarme más a él.

—Bea.

—Dime.

—Si no encuentras las palabras, mejor no digas nada.

Si no fuera por cómo me está tocando, pensaría que me va a mandar a paseo.

—De acuerdo.

—No espero nada de ti. —Joder, vaya cubo de agua fría que me ha echado—. Sólo sé que esta noche estás aquí, desnuda, en mi habitación. No tengo la menor idea de tus motivaciones, pero he aprendido a sobrevivir sin ellas.

Sus manos acunan mis pechos y comienza a acariciarme los pezones. No tiene que esforzarse mucho para que se endurezcan.

—Así que sólo quiero que me respondas una pregunta.

—Muy bien —musito tragando saliva, porque me está hablando y tratando con un aire de desprecio.

—¿Vas a quedarte toda la noche o voy llamando un taxi?

Tiene derecho a estar enfadado, a desquitarse. Pero no es el momento de aclarar las cosas, pues todo lo que le diga, debido a su poca o nula predisposición a escuchar, será perder el tiempo. Tendré que buscar un momento más propicio.

—Me quedo, por supuesto —respondo, y me inclino hacia delante para lamerle los labios antes de besarlos con lengua, con mucha lengua.

Max me supera en fuerza física, eso salta a la vista. Aun así, he conseguido hacer que se recueste boca arriba y yo encima, empujándolo con el peso de mi cuerpo; y todo sin apenas separar nuestros labios. En teoría, es hora de apagar la luz y dormir. En teoría, porque yo mañana trabajo y él..., bueno, él también.

Se supone que está acompañando a esa mujer, Paula, y por eso no me cuadra que, uno, ella se haya marchado sin montar un número ni pedir explicaciones. Dos, que Max no se haya excusado. Y tres, que ella, como cabría suponer, no haya llamado por teléfono, porque una cosa es darle unos minutos y otra muy distinta desaparecer.

Sea como sea, ahora soy yo quien puede hincarle el diente. Otra vez y las que hagan falta.

No me canso de ponerle las manos encima, debajo o donde se me antoje. De devorarlo con la mirada, de repasar una y otra vez con mis dedos cada centímetro de su piel. Como si no lo hubiera manoseado lo suficiente durante la ducha.

Al tenerlo así, a mi merced, puedo posar mis labios donde se me antoja y, tras besarlo a conciencia en la boca, voy descendiendo de tal forma que ahora estoy sobre su pecho, aún húmedo de la ducha, mordisqueándolo a placer. Sus gemidos así me lo indican.

—Bea.

—¿Sí?

—Deberíamos descansar un poco —murmura, deteniendo mis avances.

No me lo tomo como un rechazo, sino como una sugerencia, y acabo tumbándome a su lado. De ese modo puedo mantener el contacto sin que parezca un asalto sexual en toda regla. Ni yo misma me lo explico. Él y sólo él despierta a la fiera que llevo dentro. Y si además esa fiera ha pasado un largo tiempo sin salir, las consecuencias pueden ser imprevisibles.

—¿Y esto? —pregunto, agarrándole el pene.

—Tranquila, se me pasará —responde con aire resignado.

Yo continúo masturbándolo, aunque muy lentamente, casi sin mover la mano. Max sigue empalmado, y no entiendo el motivo de que se reprima, ya que, si de mí dependiera, estaríamos enfrascados en un nuevo asalto.

—Como quieras —respondo en voz baja, resistiéndome a dejar de tenerlo en mi mano.

Max estira el brazo y apaga la luz, con lo que nos quedamos en penumbra; sólo la obligatoria luz de emergencia de encima de la puerta nos sirve como punto de referencia. También se ocupa de cubrirnos con una sábana. Todas las señales indican que es la hora de descansar, pero aunque debería dormir, no quiero, prefiero aguantar un minuto y otro y otro despierta a su lado.

Él no me toca. Lo miro un instante y veo que ha cerrado los ojos. Puede que esté cansado o, sencillamente, que se le haya pasado la euforia sexual. Da igual, no pienso

soltarlo mientras esté despierta.

—Te estás cayendo de sueño —musita, y es cierto, pues ya he bostezado un par de veces.

Yo creía que había disimulado mejor.

—A ti no parece ocurrirte lo mismo —le digo, refiriéndome a su estado de excitación, del cual soy muy consciente.

Se pasa la mano por el pelo. Como siempre, tarda en responder, algo que a veces me desconcierta. No parece gustarle mi observación.

—Bueno, teniendo en cuenta que llevo una buena temporada meneándomela pensando en ti, no voy a protestar cuando es tu mano la que se ocupa del asunto, ¿no te parece? —me suelta.

«Vaya revelación...»

—Me lo tomaré como un cumplido —contesto, tratando de ver el lado positivo de sus palabras.

—¿Mañana trabajas? —me pregunta, cambiando de tema de forma tan radical que tardo más de la cuenta en responder.

—Sí.

—Yo también —añade sin ninguna connotación.

Continuamos en silencio. Yo aguanto sin dormirme y él, a juzgar por su respiración, también. Sé que es un insomne crónico, así que no me sorprende.

Tenemos una conversación, con mayúsculas, pendiente, pero me da a mí que ninguno de los dos nos atreveremos a romper el hielo. Vamos con pies de plomo. Una lástima, pues nada sería más reconfortante que sincerarnos.

Puede que hacerlo implique cierta dosis de amargura, de reproches y de lágrimas, sin embargo, mirar hacia otro lado no nos ayuda. Por supuesto, entiendo que no sea el momento más idóneo, pero habrá que encontrarlo.

Sigue duro bajo mis manos, pero no hace ningún gesto, y yo me recreo con la suavidad de su piel. Y sigo excitada. Mucho. Como si no hubiéramos follado. Ha dicho que se la meneaba pensando en mí, pues bien, yo ni siquiera he sido capaz de eso.

Sí, es todo un cumplido por su parte, pues podría haber estado follando a lo loco por ahí, lo cual le habría costado muy poco.

Bueno, también ha podido decirlo para provocarme, aunque no me da la impresión de que quiera hacerme daño de verdad. Podría haberse presentado delante de mis narices con dos bellezones colgadas del brazo.

Y ahora que lo pienso, quizá yo también podría haber hecho tres cuartos de lo mismo. Visto de manera pragmática, podría haber sido una solución provisional, en vez del desastre de acostarme con Pablo.

Qué galimatías me estoy montando yo sola y sin ayuda, por favor, cuando lo que debería hacer es disfrutar del momento, nada más.

—Paula no es una cita —dice de repente, sacándome de mis inquietantes

elucubraciones.

—Max, no hace falta que...

Me hace callar poniéndome un dedo sobre los labios. Dedo que me gustaría lamer, por supuesto.

—Sigue tocándome —murmura, porque me he quedado quieta.

—De acuerdo —acepto.

Retomo mis caricias. Al estar recostada sobre su pecho, noto sus latidos; está relajado. Se está tomando mis trabajos manuales como una simple caricia, no como unos preliminares. Vuelvo a bostezar, pero me resisto con todas mis fuerzas a quedarme dormida. Una estupidez, y mañana pagaré las consecuencias, pues iré a trabajar con unas bonitas ojeras. Sin embargo, merece la pena. Estoy con él, a su lado. Eso es lo único que importa.

—Paula me está ayudando —dice, retomando el tema anterior, y como no quiero tensarme, respiro hondo y no digo nada—. Trabaja en una sociedad de inversiones. Es una buena amiga, aunque apenas nos vemos tres o cuatro veces al año.

Silencio.

¿Qué puedo decir al respecto sin parecer una idiota celosa?

Max me acaricia la mejilla de forma muy tenue e inspira.

—La conocí hace más de cinco años, cuando me contrató —añade, y no sé qué pretende.

Mierda, si ya sabía yo que no podía ser tan sencillo.

Cuando hago amago de soltar su erección, él me agarra la muñeca para que continúe. Maldita sea, qué pocas ganas tengo de repente de tocarlo.

—No me sorprendió. Es una mujer atractiva, culta, con éxito profesional...

Lo dice como si fuera lo más normal de mundo, incluso con aire desapasionado, como si todas las mujeres atractivas, cultas y con éxito fueran (entre las que no me incluyo, porque en algunas de esas cualidades flojeo un poco) contratando a hombres de compañía todos los días.

—Conectamos enseguida. En aquella época yo no tenía reparos en cuanto a la cláusula séptima.

Eso sí que me pone en tensión. Leí el maldito contrato las suficientes veces como para aprendérmelo de memoria. Fue un ejercicio absurdo, pero hube de hacerlo porque me resultaba tan increíble que hasta llegué a pensar que se trataba de una broma.

«Cláusula séptima: Las citas no incluyen sexo. En caso de que el proveedor acepte realizar un servicio sexual, se redactará un contrato adicional.»

—Pero me equivoqué con ella, pues ni siquiera lo insinuó —remata, y se encoge de hombros.

—¿Intentas ponerme celosa? —pregunto, y me doy cuenta de lo ridícula que resulta la cuestión, pues, en primer lugar, no tengo derecho a estar celosa, y en segundo, si se hubiera tratado de una ex, ¿tendría motivos?

Dicen que los celos demuestran inseguridad, inmadurez. Muy cierto, así que procuro no sacar los pies del tiesto y esperar a que Max termine de hablar. Que sacar conclusiones precipitadas es mi especialidad, igual que jorobarlo todo por no saber escuchar.

—No, no seas absurda —replica—. A mi edad, con independencia de a qué me haya dedicado, es lógico suponer que tenga un pasado.

—Ya me imagino... con ese cuerpo... —mascullo, y... ¿se está riendo?

—Si te hablo de Paula es porque, desde que la has visto conmigo, no has parado de hacer suposiciones.

—Suen a acusación —contesto, y me doy cuenta de que se me ha pasado el sueño, así, de golpe y porrazo. Ah, y de que Max sigue empalmado. Qué curioso.

—No, sencillamente prefiero ser claro al respecto —alega serio.

—Gracias —murmuro con sequedad.

—Luego tuvimos otra cita. Por extraño que te parezca, me alegré, pues me había gustado hablar con Paula. A diferencia de con otras mujeres, con ella no existió esa presión invisible de carácter sexual.

Vaya clase teórica que me está dando, así sin querer. Lo que sigo sin entender es adónde pretende llegar, pues si su intención no es ponerme celosa, no veo por qué me habla de otra mujer.

¿Me estará poniendo a prueba?

—Es raro, pero terminé hablándole de mí, un hecho sin precedentes. Seguramente fue porque ella, también a diferencia de muchas otras, se interesó por mi vida, no por lo que representaba.

—Y tuviste una relación con ella la mar de bonita, que después se fue a pique cuando te dejó por otro —lo interrumpo, porque me repatea tener que escuchar esto.

Un enfado sin motivo, pero me resulta difícil controlar mis emociones al respecto.

—No. Estás muy equivocada —me corrige.

—Y ahora está hecha una furia porque yo os he estropeado el plan —apostillo gruñona.

—De nuevo metes la pata, Bea —comenta él.

—Me da la impresión de que todo esto te divierte —mascullo, sin dejar de acariciarlo. Eso sí, de una forma bastante inusual, por no decir pésima. No entiendo cómo no me aparta la mano.

—Si Paula entrara en esta habitación, te aseguro que te miraría mucho más a ti que a mí —añade, y yo frunzo el cejo.

—Ya, claro, me fulminaría con la mirada, por supuesto. Las mujeres como ella no toleran que se les estropee el plan.

—No, Bea. De nuevo te equivocas. Porque quien debería ponerse celoso sería yo. Espera, espera, ¿qué me acaba de decir?

Me incorporo a medias para mirarlo y, como no puedo verle bien la cara, enciendo la luz de la mesilla. Max parpadea y después adopta una expresión divertida

al mirar su entrepierna y luego a mí. Si espera que lo siga acariciando, va listo. Primero tengo que aclarar las cosas.

—No ha parado de preguntarme cosas sobre ti —prosigue—. Ella estaba al tanto de que yo había tenido una relación complicada, pero no sabía que eras tú. Por supuesto, al vernos juntos ha encajado las piezas, aun así, se ha interesado por ti.

—Perdona si te parezco estúpida, pero ¿acaso Paula es...?

—Sí, es lesbiana, Bea —me aclara, y yo me quedo estupefacta.

—Pues no lo entiendo. Si le gustan las mujeres, ¿por qué tiene citas contigo? —inquiero, y, para mi sorpresa, no me atraganto a pronunciar la palabra «cita».

—Porque en su círculo, en su trabajo, todavía queda mal no seguir el guion esperado. De ahí que siempre que tiene un compromiso social y yo estoy disponible, la acompañe —explica paciente, y yo frunzo el cejo de nuevo.

—Ah.

—Gratis —añade.

En el fondo me apena que mujeres como ella tengan que disimular para mantener el respeto.

—Y ¿tú le has hablado de nosotros?

—He tenido que hacerlo, pues, si me descuido, acaba tirándote los tejos delante de mis narices —contesta, y parece que no le hace mucha gracia.

—Vaya... Me siento halagada, la verdad —digo yo, y estoy siendo totalmente sincera.

—¿Te lo estás planteando?

—¿Estás celoso? —replico, atacando y utilizando su misma técnica.

—Un poco sí —admite, fingiendo seriedad.

—Pues tranquilízate, me siento halagada, sí, ¿qué mujer no lo estaría? Aunque si te soy sincera, es la primera vez que me pasa esto... —reflexiono en voz alta.

—¿La primera? No mientas, Bea.

—¡Te lo juro! —exclamo, porque es cierto.

Puede que alguna se haya fijado en mí, pero, la verdad, no me he percatado de ello.

—¿Nunca has tenido una especie tonteo con una amiga? —pregunta, y entrecierro los ojos.

Por lo que se ve, Max busca detalles morbosos.

Debería habérmelo imaginado.

—Pues no, siento decepcionarte.

—¡Qué pena! —exclama, y el muy idiota se lleva la mano al pecho, en un gesto de lo más teatral, como si fuera una gran desilusión.

—Qué tonto que eres...

—Compréndelo, mujer, me pone cachondo.

—Frena esa imaginación tan calenturienta. No me gustan las mujeres.

—Pero tú a ellas sí —me replica, arqueando una ceja.

En represalia, le pellizco una tetilla y él se echa a reír.

¡Cuánto había echado de menos esa risa!

Nos quedamos mirándonos, su risa se va desvaneciendo y yo de nuevo me siento ridícula, pues las ganas de echarme a llorar son cada vez más fuertes. Max está aquí, conmigo, sin echarme nada en cara, como si nada hubiese ocurrido. Se va a asustar si lloro, pero es que son muchas las emociones que se me agolpan y todas juntas hacen imposible que pueda mantener el control.

—Joder, Bea, no llores, por favor...

Se incorpora y me abraza. Yo, como no podía ser de otro modo, me refugio en sus brazos, y como reprimirme ya no tiene sentido, me echo a llorar a moco tendido, mientras él me acaricia la espalda suavemente.

—Déjame llorar a gusto —le pido entre sollozos.

—De acuerdo. Anda, llora hasta que te quedes satisfecha.

Lo hago. Es tardísimo, estamos desnudos, yo con un pelo horrible por no habérmelo peinado tras la ducha, abrazados, hasta que poco a poco mi llantina va remitiendo. Max no ha dejado en ningún momento de acariciarme la espalda, de darme suaves besos en la mejilla y de rodearme con sus brazos.

Un poco avergonzada, me separo de él para ir al baño y sonarme la nariz. Después me lavo la cara con agua bien fría, en un vano intento de que mis ojos se deshinchén, y vuelvo al dormitorio, donde Max me espera, sentado y sonriendo. Me meto en la cama y él apaga la luz y me arropa.

—¿En qué te está ayudando Paula? —pregunto en voz muy baja.

Max inspira profundamente.

—Como te he dicho, trabaja en una sociedad de inversiones, y cuando surgieron ciertas dificultades con mi proyecto del resort...

—¿Dificultades? —lo interrumpo preocupada, porque, en un ejercicio de egoísmo supremo, ni siquiera me he molestado en preguntarle por eso.

—No te alarmes. Han surgido los problemas típicos, podríamos decir. Y por eso me puse en contacto con Paula. Ella ha estudiado el proyecto y buscado los posibles errores, para subsanarlos y que los bancos den luz verde a la financiación.

—Pero... ¿no tenías ya calculados los gastos?

Max no responde de inmediato, lo cual no es buena señal.

—Ya sabes cómo son estas cosas —responde evasivo—. Siempre surgen nuevos criterios o partidas que se incrementan a última hora.

No me gusta la respuesta. No es concreta. Ha recurrido a tópicos. Me da la impresión de que hay algo más, sin embargo, no me voy a poner en plan inquisitorial con él.

—Entonces espero que Paula te ayude a solucionarlo.

—Duérmete. Es tarde.

Un poco reacia, termino por obedecer.

Cuando me despierto, no me siento desorientada ni enfadada, sólo un poco

dolorida, pero como es en los lugares indicados, sonrío aún con los ojos cerrados. Sé a la perfección quién me abraza desde atrás y de quién es la mano que sostiene mi pecho izquierdo.

Pero necesito saber qué hora es, porque entro a trabajar a las doce y antes debo pasar por casa para cambiarme. Así que abro los ojos y, mira por dónde, al intentar apartar el brazo de Max, me topo con su reloj de precio inalcanzable para mí y miro la hora. Vale, las nueve y media. No es tarde, pero sí me tengo que espabilar.

—No quiero —me lamento, porque así se está tan a gusto...

—¿Qué es lo que no quieres? —pregunta una voz somnolienta a mi espalda, mientras la mano que sostenía mi pecho izquierdo se estira hasta llegar a mi mano y entrelazar los dedos.

Y no sólo eso, mientras me aprieta la mano, su cuerpo caliente y duro se pega a mí y unos labios muy tentadores rozan mi hombro.

—Levantarme, vestirme, ir a trabajar... —Suspiro resignada.

Continúa besándome de esa manera perezosa que te empuja a remolonear en la cama indefinidamente. Lástima que las obligaciones vayan a jorobarme uno de esos despertares que siempre imaginas y que parece que nunca se harán realidad. Yo estoy viviendo uno de ellos y no voy a poder exprimirlo como quisiera.

—Bea...

—Hmmm...

—Mañana tengo que volver a Barcelona.

—Me lo imaginaba —digo en voz baja.

Por desgracia, se impone la realidad.

Max no me suelta, lo cual es todo un reto, ya que debo ir levantándome si quiero llegar a tiempo al trabajo. Por nada del mundo quisiera presentarme tarde y tener que darle explicaciones a Xavi.

—Dime si el billete de avión ha de ser sólo de ida o de ida y vuelta —pregunta en un tono muy bajo, con cautela.

Trago saliva, porque, si mis hormonas no me están jugando una mala pasada, me está diciendo mucho más de lo que yo esperaba. De nuevo está tendiendo puentes. A pesar de todo, él es el primero en hacerlo.

Vaya momento.

—De ida y vuelta, por favor.

Increíble pero cierto. He llegado con tiempo de sobra al restaurante. Hecho que no tendría por qué considerarse raro, aunque si te has pasado la noche suspirando, gimiendo y follando como una loca, pues sí, es extraño.

Abandonar la habitación de Max ha sido toda una proeza. Para ambos. Y no sólo por el intenso contacto mantenido, los abrazos y cada uno de los besos.

No puedo olvidar el componente emocional...

Mucho más importante que todo lo demás. Pasar la noche juntos ha significado mucho más que el placer que el sexo proporciona. Max y yo aún tenemos mucho camino que recorrer, soy consciente de ello, sin embargo, puedo sonreír.

Cuando he pasado por casa a cambiarme, mi madre ya había vuelto de llevar a Félix al colegio, lo que me ha hecho sentir un leve amago de culpabilidad. Es la disyuntiva de siempre. Mi vida como mujer o mi vida como madre.

No me ha dicho nada. No hacía falta, pues su mirada interrogativa decía bien a las claras que tarde o temprano íbamos a hablar de ello; sólo me ha concedido un aplazamiento.

Bueno, ya veremos cómo le explico este brusco giro de los acontecimientos, porque, la verdad, no sabría muy bien por dónde empezar. Es tal el vaivén emocional en el que ahora mismo me encuentro inmersa, que debo frenar un poco o de lo contrario acabaré mareándome.

Aunque, ¿quién quiere echar el freno?, me pregunto, con la sonrisa más bobalicona del mundo. Anoche fue un sueño, un sueño que ni en mis fantasías más optimistas habría podido imaginar.

Durante el trayecto hacia el trabajo no he podido evitar acalorarme un par de veces al recordar lo acontecido. Por suerte, el sonrojo de mis mejillas se ha atenuado un poco con el frío de la calle. Menos mal, porque no quería llegar roja como un tomate.

—Vaya ojeras... —canturrea Magda a mi lado, cuando, tras cambiarme, me acerco a ella para ver qué está haciendo.

Sonríó para disimular, porque su tonito provocador no me pasa desapercibido. Ella, por su parte, ya va recuperándose de su fiasco amoroso.

Tito se une a nosotras, y me temo lo peor. Es algo burro con sus comentarios, aunque conmigo se frena un poco, porque soy su jefa, pero cuando llega a mi lado y me observa, sonrío como un tonto y sube y baja las cejas.

—Me parece que aquí, la chef, se ha pasado toda la noche dale que te pego —canturrea.

No anda nada descaminado, aunque no quiero entrar al trapo. Así que cierro el pico e intento adoptar una expresión neutra.

—Mira que eres desagradable —lo reprende Magda.

—Oye, guapa, que tenemos una edad, y que conste que me parece estupendo —

aduce él en su defensa—. No es ilegal pasar la noche foll...

—¡Tito! —le grita Magda—. Ya vale.

Tengo que intervenir, me guste o no.

—Soy vuestra jefa y me parece fuera de lugar que os pongáis a hablar de mis actividades nocturnas —los regaño, aunque por dentro sonrío. No puedo evitarlo al recordar—. Así que, venga, a trabajar.

Tito se marcha negando con la cabeza, y Magda se queda a mi lado.

—No se lo tengas en cuenta... Ya sabes cómo es.

Pues no, no lo sé, porque como ayudante es muy bueno, pero como compañero es demasiado explícito. Miro a Magda y veo que no me quita la vista de encima. Prefiero la sinceridad brusca de él que la corrección de ella. No termino de fiarme. Pero sé muy bien que no me pagan por hacer amigos, sino para cocinar.

De todas formas, no puedo evitar arquear una ceja, primero lo regaña y luego lo defiende. Hmmm, a ver si entre estos dos sigue habiendo algo. Da igual, me tiene sin cuidado, porque yo sólo debo concentrarme en mis quehaceres y procurar no pensar en que después he quedado con Max para cenar. Para cenar y, como suele decirse, lo que surja.

De momento hemos decidido no decírselo a Félix, pese a que me ha preguntado varias veces por él. En ese aspecto me he sentido un poco culpable, pues a pesar de nuestras desavenencias, debería haber permitido que mantuvieran el contacto. No ha sido justo para ninguno de los dos. Algo a lo que le pienso poner remedio en cuanto organice las cosas. Por supuesto, para ello debo contar con Max, pero por cómo se ha interesado por mi hijo, salta a la vista que tiene unas ganas locas de verlo. Sin embargo, tendremos que posponer el reencuentro, porque primero quiero hablarle a Félix de un asunto de lo más delicado: de su padre.

Es algo que no puedo retrasar más, pues si bien ahora Pablo está de viaje, va a regresar, y he de resolver con él todo lo que quedó en el aire. No va a ser fácil, pues Pablo sospechó, y con razón, quién era Max.

En fin, no va a ser sencillo compaginar su relación con Félix con mi decisión de no volver con él.

Ufff, vaya cacao que tengo encima.

Como no puedo seguir pensando en mi caótica vida emocional en vías de recuperación, me concentro en lo que tengo entre manos. Ya veré después cómo voy desenredando la madeja.

Madeja que, por otro lado, yo misma he enredado.

La jornada discurre más o menos tranquila. Ha habido un par de cancelaciones de reservas, lo cual es una faena, y muy grande, para el restaurante, y a Xavi lo pone de mal humor. En fin, no se puede hacer nada, por lo que me despido de Tito, que está guardando sus utensilios. Algún día será un gran chef, siempre y cuando modere sus comentarios.

Magda hoy ha salido antes por asuntos personales que no ha querido contarnos.

Así que yo ya no pinto nada aquí. Me da tiempo a llegar al cole de Félix y recogerlo.

Cuando salgo de la cocina, me encuentro con Xavi en el pasillo.

—Bea, ¿tienes un momento? —me pregunta sonriente.

Bueno, tener, lo que se dice tener, lo tengo; sin embargo, no me dejo engañar por ese tono amable. Cuando un jefe te pregunta si tienes un momento, significa que, te guste o no, debes tenerlo, así que asiento y disimulo mi malestar.

Sólo espero que no se alargue mucho la conversación. Como siempre, me hace un gesto para que lo preceda y me encamino hacia su oficina. No sé si se me nota mucho, pero lo hago de prisa, ya que me muero de impaciencia por pasar la tarde con Félix y después irme a cenar con Max.

—Siéntate, por favor —me pide, como siempre con sus impecables y estudiados modales.

Me pregunto si este hombre se desmelenaba alguna vez.

—Gracias. ¿Ocurre algo? —pregunto, dispuesta a ir al grano.

—No —me responde con su sonrisa más sardónica.

—Me alegro —murmuro, retorciéndome las manos, porque ya empezamos con las frases de cortesía que sólo sirven para perder el tiempo.

—Te he llamado para comentarte un asunto que a mi juicio es muy interesante, Bea.

—Tú dirás.

—Los dueños han recibido una oferta muy buena para abrir un nuevo local, a modo de franquicia del Cien Fuegos, en Sevilla.

—¡Es una noticia estupenda!

—Pues sí —comenta, reclinándose en su silla ultramoderna, ergonómica y que cuesta un dineral—. El principal atractivo del negocio no reside en ser un restaurante de éxito al uso. Nuestro principal reclamo es la calidad en todo lo que respecta al servicio y, por supuesto, nuestra carta. Y ahí es donde entras tú.

—Gracias, de verdad —digo, un poco cansada de tanto halago. Se me hace tarde y aún no sé qué pretende.

—Hay unos amigos... —Tuerzo el gesto, y Xavi se ríe entre dientes; a saber qué clase de amigos van a ser esta vez—. Tranquila, éstos no se quitan la ropa en público —me aclara con aire divertido.

Yo no le veo la gracia, joder, qué mal lo pasé. Qué sofoco de sólo recordarlo. Creo que hasta me he puesto como un tomate murciano.

—Menos mal —resoplo, aunque no termino de fiarme de lo que me haya preparado ahora.

—El caso es que he concertado una reunión con ellos aquí en Madrid. Mi intención es mostrarles el funcionamiento del local y de paso explicarles los detalles que consideren más relevantes.

—¿Quieres que prepare un menú degustación especial para la ocasión? —sugiero, porque sería una forma muy buena de llamar su atención.

—No, eso sería demasiado evidente —me contradice sin perder su sonrisa de mil vatios—. Lo que pretendo es que tú les hables de tus creaciones, de cómo elaboras los platos...

—Yo no soy muy buena relaciones públicas —alego, y es bien cierto.

—Bea... —Xavi se levanta de su silla megaguay y rodea la mesa, tan guay como el resto del mobiliario, para sentarse en la esquina y así parecer más cercano.

Involuntariamente me echo hacia atrás, lo que impide que me toque. De acuerdo, soy un poco exagerada porque a veces veo fantasmas donde no los hay; no obstante, prefiero seguir manteniendo las distancias.

Xavi se percata de mi maniobra y, como buen estratega, no se ofende, al menos no de forma evidente, y recula en su posición. Se mantiene en la esquina de la mesa y prosigue.

—Quiero que estés presente en la reunión y, si bien yo expondré las características del Cien Fuegos, tú podrás aportar la visión más técnica, algo de lo que, como bien sabes, yo no puedo ocuparme.

—No me veo yo muy capaz...

—Bea, por favor, no te lo pediría si no fuera necesario.

Traducido: que no me libro de esa reunión.

—De acuerdo. Ya me dirás cuándo es para estar preparada —acepto, pese a que hacerlo trastoca todos mis planes.

—Esta noche, a las nueve y media. En el comedor privado —me suelta tan tranquilo, y a mí se me cae el alma a los pies, pues, por muy rápido que vaya todo, yo no estoy libre a las nueve y media ni queriendo.

Debo de haber puesto la misma cara que un besugo encima del hielo en un mostrador de pescadería, porque Xavi arquea una ceja y me mira divertido.

—¿Esta noche? —repito como un loro.

La falta de sueño me está jugando malas pasadas y no sé si he oído bien. No puede ser, nadie organiza un sarao de ese calibre con tan poca antelación.

—Me temo que sí. Ya sé lo que me vas a decir...

«No, no tienes ni pajolera idea», pienso, mordiéndome la lengua. Cómo se nota que es soltero y sin compromiso, porque si tuviera una familia otro gallo cantaría.

—Xavi, de verdad, es que precisamente hoy estoy ocupada.

—No te lo pediría si no fuera importante.

Traducido: no me libro.

—Comprendo lo importante que es todo esto, sin embargo, tienes que entender que yo tengo un hijo y...

—Bea, Félix puede quedarse con tu madre —me espeta un pelín insolente, y por el tono deduzco que no se ha tragado la excusa—. Y tu presencia es imprescindible.

Esto último lo ha dicho con aire de jefe supremo que no admite réplica.

Mierda, mierda, mierda, vaya marrón...

—Comprendo que avisarte con tan poca antelación es una faena —prosigue—,

pero la gente interesada ha estado visitando otro local aquí en Madrid y no he querido perder el tiempo.

No me extraña que sea un as en los negocios, aunque a mí me jorobe el plan.

—De acuerdo —acepto finalmente, mientras hago cálculos para organizarme.

—Muchas gracias, de verdad. Valoro mucho este gesto —me dice, y se pone en pie.

Yo hago lo mismo. Bueno, si me doy prisa, puedo ir a recoger a Félix y pasar un buen rato con él. Y a ver cómo le explico yo este imprevisto a Max.

¡Joder!

—Ah, y Bea...

—¿Sí? —Me doy la vuelta justo cuando ya estoy a punto de salir por la puerta. No sé lo que quiere, pero pongo buena cara.

—Procura maquillarte un poco.

—¿Perdón?

—Tienes cara de no haber dormido —dice, y fracasa su intento de que suene amable.

—Muy bien.

Me largo resoplando. Si fuera un dibujo animado, justo encima de mi cabeza aparecerían un montón de rayos y de símbolos que expresasen mi mala leche.

—Grrr —termino gruñendo de pura frustración.

Como no tengo escapatoria, me voy directa a por Félix. Lo último que Xavi me ha dicho me ha dolido. Vale, ya sabemos que no soy una *top model*, pero podría haberse ahorrado el comentario. Además, ya sabía por mí misma que a una cena de ese estilo se va arreglada y maquillada.

Mi madre ya está a la puerta del colegio, la primera, de hecho, y se sorprende al verme llegar. Me mira de arriba abajo, pero no dice nada. Después de lo de anoche tiene la mosca detrás de la oreja. Pues va a durarle un buen rato más, porque esta noche tampoco la voy a pasar en casa. O al menos eso espero.

Félix, nada más verme, echa a correr hacia mí y, cuando lo tengo a mano, lo besuqueo como una posesa.

—¿Y la bufanda? —le pregunto cuando consigue escabullirse de los achuchones de su madre.

—No hay manera, hija —responde mi madre por él—. Todos los días lo saco de casa bien abrigado, pero no sé cómo se las apaña para quitárselo todo.

—¡Mamá, es que con la *gufanda* no puedo saltar!

—¿*Gufanda*? —repito riéndome.

—Venga, cómete el bocadillo —interviene mi madre, sacando uno de su bolso tipo Mary Poppins, donde seguro que lleva hasta un hornillo.

—¿Y el agua? —pregunta Félix, antes de dar el primer mordisco.

—Toma, aquí está —responde mi madre, metiendo la mano en el bolso/supermercado.

Con Félix correteando delante de nosotras y la *gufanda* colgando, llegamos a casa. Él se sienta delante de la tele con lo que aún le queda de merienda y yo me escabullo a mi cuarto, porque tengo que hacer una llamada muy importante.

Saco el móvil y busco el número de Max. En su momento pensé borrarlo, sin embargo, lo conservé a saber por qué. Tampoco habría supuesto ninguna diferencia, pues me lo sé de memoria.

—¡Mierda! —exclamo, al caer en la cuenta de que a lo mejor ha cambiado de número o yo que sé... Cruzo los dedos y espero que me responda.

—¿Bea?

Resoplo aliviada, aunque para lo que me va a servir...

—Sí, soy yo —respondo, y me froto la frente. Menuda papeleta.

—¿Ocurre algo?

—Verás... —hago una pausa, porque su tono desconfiado me duele.

—Di lo que tengas que decir —me apremia con sequedad.

—No puedo cenar contigo esta noche.

—Entiendo —murmura.

Oigo un ruido extraño. Ha colgado. Fijo. Max es tan educado que en vez de mandarme a paseo con un impropio, debe de haber cortado la llamada y listo.

—¿Max? —pregunto por si acaso, sin muchas esperanzas.

—Sigo aquí —contesta distante.

—Es por trabajo. Xavi, mi jefe, el muy..., pues sin avisarme con tiempo, me ha pedido que lo acompañe esta noche a una reunión con unos inversores interesados en abrir un restaurante como el nuestro.

Y como si me hubieran dado cuerda, le cuento cada detalle. Durante toda mi perorata, Max no me interrumpe, algo que no sé si es buena señal, porque a lo mejor cree que me he montado una película para darle plantón.

—¿Bea?

—¿Sí? —mascullo, enfurruñada porque Xavi me ha jorobado el plan.

—Tranquila. ¿De acuerdo? —me dice.

—¿No te importa?

—No me hace mucha gracia, no voy a mentirte, pero si tienes un compromiso de trabajo no puedes hacer otra cosa —concluye, y suena tan lógico que me sorprende.

—Qué comprensivo...

—No me queda otra —dice, ahora más risueño, lo cual me arranca una sonrisa—. De todas formas estaré pendiente de tu llamada.

—¿Me esperarás?

—¿Lo dudas?

Que me responda con otra pregunta no queda bien, pero bueno, su comprensión me ha subido el ánimo, así que no se lo tendré en cuenta.

—No, no lo dudo —respondo, esbozando una sonrisa.

—Estaré en la habitación. Ven cuando quieras. ¿O prefieres que vaya a buscarte?

«Quinientos doce.»

—No, no hace falta. Prefiero ir yo cuando acabe. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo —responde, y me tiembla todo el cuerpo ante ese tono tan sugerente.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ser comprensivo.

—Bea, eres una de los mejores chefs. Aunque nos haya estropeado el plan, es lógico que quieran tenerte en esa reunión.

Vaya, eso sí que es una inyección de moral y lo demás son tonterías. Cualquiera otro de los que yo conozco habría hecho mil preguntas, o desconfiado, pero Max no.

—Uf, que se me suben los colores.

Él se echa a reír. Cuánto había añorado esa risa.

—Espero que no sólo se te suba eso...

Ay, por favor, y también se me pone pícaro. Un dos por uno, qué suerte.

—Max, por Dios, que tengo una reunión de trabajo. No puedo ir...

—¿Cachonda? —me sugiere, y ya mi temperatura interna sube hasta límites peligrosos.

—Sí —admito, abanicándome con la mano.

—Pues entonces deslúmbrales, que se queden con la boca abierta, y luego ven a mi habitación, déjame sin palabras y celebrémoslo a lo grande —va y me suelta.

Nadie mejor para infundir ánimos.

—¡Va... vale! —exclamo, ruborizada por completo.

Y aquí estoy. Rodeada de tipos trajeados, de cuatro en concreto, sin incluir a Xavi, que parece en su salsa. Verlo agasajar a los posibles inversores es toda una demostración de talento y peloteo (sin que se note) a partes iguales. No es el típico adulator pesado, se comporta de manera más sutil. Algo que admiro, aunque no sé para qué ha insistido en que esté presente, cuando él solito es perfectamente capaz de atender a estos sujetos.

Yo estoy entre dos tipos a cuál más raro. A mi izquierda, «el hombre que le susurraba a su iPad», porque no se ha separado de él. Parece querer tomar notas de todo, lo cual es muy profesional, pero cargante. Cuando me ha saludado, apenas me ha mirado a los ojos. Debe de rondar los cuarenta. Más bien flacucho, corriente. Y a mi derecha «don qué bien me conservo, aunque esté a punto de reventar el botón de la camisa con esa prominente barriga». Por lo menos no está calvo, si no, vaya faena el pobre.

Enfrente, otros dos que tal bailan. Uno del estilo de Xavi, el que sin duda después se irá con mi encargado de fiesta por ahí. Sabe que está más bueno que el pan con chocolate y no se corta un pelo. Cuando mi jefe me lo ha presentado, me ha mirado y después me ha sonreído. Sólo le ha faltado darme su número de teléfono. Y el último, uno con gafas, que es quien más habla, porque parece el jefe del cotarro. Éste ronda los cincuenta. Por cómo le hacen la pelota, es el que tiene el dinero, al que hay que convencer. Ésa es tarea de Xavi, que para eso tiene un máster en Dirección y Administración de Empresas, vamos, creo yo.

Yo, por mi parte, continúo en silencio. Nos han servido la cena y me parece curioso, ya que lo que nos traen son los platos que yo he preparado junto con mis ayudantes, que, por cierto, siguen en la cocina, aún sorprendidos de que yo esté presente en la reunión. No quiero que me consideren una especie de arribista pelotillera, aunque tampoco puedo decirles que Xavi me ha obligado a asistir.

Éste me mira y me sonríe. Todo sin dejar de prestar atención al de las gafas. Su discurso es un poco pomposo y don iPad lo anota. Don Barriguita asiente y don Tío Bueno se recoloca la corbata por enésima vez.

Quiero salir de aquí pitando.

«Quinientos doce», me recuerdo para soportar esta tortura.

—Y dígame, Bea, ¿en qué se inspira a la hora de crear sus platos?

La pregunta de Tío Bueno me descoloca, pues me ha pillado pensando en otra cosa. Espero que no se percaten de que esta reunión me importa muy poco y que incluso me aburre. Por no mencionar que la pregunta es tan típica que resulta cansina. Qué poquita imaginación, por favor.

Me aclaro la garganta. Xavi me mira. Me siento igual que si estuviera otra vez en el colegio y el profesor fuera a pillarme en falta.

¿Le contesto la verdad o lo que espera oír?

Hoy no tengo ganas de mentir.

—No se trata de inspiración, es más bien un sentimiento —murmuro, y me doy cuenta de que he hablado en voz muy baja, dando a entender que me avergüenzo. Pues no, nada de eso. Me pongo en pie para que mi discurso cobre mayor fuerza—. Yo no me levanto por la mañana y me digo que ese día voy a crear algo nuevo. No tengo tiempo para eso. —Los miro a todos y a cada uno, porque son hombres y no lo entienden. A ellos lo de conciliar la vida profesional con la familiar les suena a chino—. En cambio, mientras realizo otras tareas o mientras trabajo, me surgen inquietudes y decido experimentar. Probar. No todo lo que se me ocurre es comestible. —Sonrío y, salvo don iPad, los demás imitan el gesto.

—Pero eso supone tener que volver a empezar —dice el Tío Bueno sin perder su sonrisa.

Otro que debe de gastar una barbaridad en electricidad. Por favor, cuántos vatios a la hora de deslumbrar. Eso sí, hay que reconocerlo, lo consigue.

—Pero de los errores se aprende y de ese modo consigo ir dando forma a mis ideas —añado, y me callo lo de que «nadie nace enseñado». Este detalle no les gustaría, pues son hombres de negocios, el fracaso no se contempla y deben de tener ocho másteres por barba.

—Muy interesante —comenta el jefe con gafas.

—Sí, muy interesante —lo secunda don Tío Bueno sin que falte su sonrisa seductora a juego.

Me da a mí que si esta noche Xavi y el buenorro salen de copas, arrasan entre la población femenina heterosexual. Bueno, y puede que hasta alguna lesbiana se lo piense. Me da que Xavi, consciente de eso, ya debe de tener a dos amigas esperándolo. Aunque si no ha tirado de agenda, sólo tienen que entrar en un local y elegir.

Entonces me acuerdo de mi amigo Beto y de su política a la hora de tentar a la suerte. Si estuviera aquí, seguro que ya habría echado la caña de pescar para ver quién picaba.

—Una visión novedosa de los fogones —remata don Dinero.

—¿Novedosa? —repito, y me dan ganas de decirle a ese tío que no tiene ni pajolera idea de qué va esto, pero mi jefe no me quita ojo.

—Gracias, Bea —interviene Xavi, y no sé si son imaginaciones mías o ha mirado a Tío Bueno de forma extraña antes de centrarse de nuevo en mí.

Da igual, allá ellos y sus cosas territoriales. Mientras no levanten la pata para mear en la esquina yo me conformo.

Prosiguen con su reunión, hablando de posibles ubicaciones en primer lugar. Por supuesto, esta gente habla como si alquilar un local en la mejor calle no fuera más que un insignificante detalle. Después pasan al momento «mira cómo me tiro el rollo porque he estudiado marketing». Que si el *target* estimado basándose en no sé qué estudio de mercado, que si el ratio, que si clientes de alto poder adquisitivo... Pierdo

el interés, me agobian y yo sólo tengo una cosa en mente.

Debo apretar los muslos, porque no puedo evitar excitarme pensando en lo que pasará esta noche, una vez que me haya deshecho de estos pelmas.

Quinientos doce.

Un número mágico.

Con disimulo miro el móvil. No espero mensajes, pero nunca se sabe. Lo tengo en modo vibración para no molestar. La verdad es que mi práctico y antiguo *smartphone* destaca entre tanta tecnología ultramoderna como se gasta esta gente. Me sirve para mirar la hora. Las diez, y éstos parecen tener cuerda para rato.

—¿La carta sería similar a la de aquí? —pregunta don Barriguita, arrancándome de mis divagaciones.

Xavi me mira. Joder, me ha pasado el marrón. Qué listo.

—Si pretenden reproducir el éxito del Cien Fuegos, lo más lógico es que no sólo copien la decoración —les suelto, con una sonrisa más falsa que una moneda de tres euros.

—Señorita, ¿ha tenido en cuenta que no siempre es factible encontrar los ingredientes necesarios? —pregunta el jefe.

Don iPad sigue anota que te anota, aún no sé cómo suena su voz.

—Por no mencionar que a veces un tipo de gastronomía determinado puede no gustar en diferentes ciudades.

«Gilipollas...»

Miro a Xavi. Vaya encerrona. Con ésta y la orgía ya van dos. No me extraña que sea un tiburón de los negocios, porque se las apaña estupendamente para buscar carnaza y echársela a otros tiburones.

Como yo estoy deseando largarme, como estos tipejos disfrutan tocando las narices, como la paciencia se me ha agotado nada más sentarme, decido ponerlos en su sitio.

—La gastronomía típica de cada región viene marcada por los recursos naturales disponibles, por su economía y también por el clima —les suelto en plan académico, mirándolos uno a uno. Van listos si piensan que pueden intimidarme—. Pero hoy en día resulta relativamente sencillo disponer de cuanto se necesite.

Hago una pausa porque es algo que siempre crea expectación y porque noto que algo se desliza por mi muslo derecho y eso no es normal.

—Eso es cierto —corroboraba Xavi, sonriente.

«A buenas horas», pienso, devolviéndole la sonrisa para dar la impresión ante estos pedantes de que somos un equipo bien avenido, aunque mi encargado sea un poco cabrón.

—Si la idea es abrir un restaurante de las características del Cien Fuegos, qué menos que seguir unas pautas —añado—. Por supuesto, quien se ocupe de la cocina dará luego el toque personal y se adecuará a la gastronomía del entorno.

—Tal como hemos hecho aquí —apunta mi jefe satisfecho.

Los tipos trajeados me miran y hacen gestos de aceptación más o menos evidentes. Ya no puedo más. Ya sé qué es lo que se me escurre por el muslo: la blonda de las medias.

¿No se supone que se quedan en su sitio?

Pues éstas no, maldita sea.

Me disculpo un segundo y me escabullo al cuarto de baño. Eso me permite dejar de fingir que me encanta estar ahí. Una vez a salvo en los aseos, me ajusto las medias. Miro mis muslos, un poco pálidos en contraste con el negro. Y se me ocurre una idea de chica mala.

Saco mi móvil de hace tres o cuatro generaciones y me hago una foto justo a la altura del elástico. Me muerdo el pulgar..., ¿estaré siendo muy atrevida?

Da igual, abro el WhatsApp y añado la foto, pero como me parece muy poco, escribo:

Las reuniones de negocios son de un aburrido...

Hala, le doy a enviar y espero.

Tengo que volver, pero puedo permitirme unos minutos para ver qué le ha parecido a Max mi mensaje. Por fin mi móvil vibra:

Espero que después tú y yo tengamos otra reunión menos aburrida...

Sonrío.

Así da gusto.

Salgo del cuarto de baño y me doy de morros con Xavi, que, cruzado de brazos, me espera con una sonrisa torcida en la cara.

—¿Todo bien? —inquire, y yo asiento.

—Regresemos —murmuro, antes de que a él le dé por interesarse o por mantener una conversación privada.

Xavi no se mueve, cosa que me extraña, pues lo más lógico es que quiera sentarse de nuevo a dorarles la píldora a esos tipos o quizá llevarlos de copas. Lo que sea con tal de que yo pueda salir de aquí y coger un taxi.

—Espera un momento. Deja que valoren lo que les hemos explicado.

Me mira de arriba abajo. No me siento cómoda. Más que mirarme, me está escaneando. De acuerdo, en nuestro día a día yo voy con el uniforme, chaquetilla y pantalones, así que verme con un vestido negro, de escote mediano, con el pelo recogido en un moño bajo en vez de con una coleta hecha deprisa y corriendo, y maquillada de manera discreta pero efectiva puede que lo sorprenda, pero tampoco soy una de esas mujeres que seguro que a Xavi lo persiguen.

Se acerca a mí más de lo que considero prudente. Desconfío, pero no doy un paso atrás. Eso le daría ventaja. Baja la mirada hacia mis labios. Uy, uy que así vamos mal.

—Bea...

—¿Sí?

—Has estado estupenda.

—Gracias.

Me gusta cómo huele, no se puede pasar por alto ese detalle. En ese instante, mientras Xavi está demasiado cerca, me vibra el móvil. Salvada por la campana.

—¿No vas a responder? —pregunta.

—No será importante —miento, ya que a lo mejor Max ha decidido subir mi ya de por sí temperatura corporal enviándome otro mensaje caliente, pero ni loca lo voy a leer delante de mi jefe.

Me acaricia la mejilla, algo que está fuera de lugar. Joder, este hombre no se rinde. Se aproxima un poco más. Ya ni corre el aire entre nosotros. No puedo retroceder, porque entonces pensará que me intimida y eso reforzará sus instintos de cazador; y me parece que Xavi es de los que siempre va con la escopeta cargada.

—Creo que debería marcharme —digo, alzando la barbilla, aunque termino haciendo una mueca.

La maldita media se me está cayendo otra vez. A ver si me la voy a tener que pegar con cinta americana

—La reunión no ha acabado —responde con voz ronca, inclinándose más.

—Creo que mi presencia ya carece de importancia. Es la hora de las cifras —digo, apretando los muslos para que la maldita media no se me baje más—. Os dejo para que acordéis esos asuntos.

Me he tirado a la piscina sin conocer la profundidad, ya que Xavi es mi superior y puede sentarle mal que yo me largue. Pero ya que él se ha mostrado tan «amistoso», por decirlo de una forma suave, y yo tengo tantas ganas de reunirme con Max, me he arriesgado.

—Hoy estás muy guapa, es una pena que después tengas que irte a casa —va y me dice todo chulo.

Da por hecho que no tengo vida social, o una cita, como es el caso, pero me conviene que se crea eso, que piense que soy una pobre treintañera aburrida.

—Es lo que conlleva tener una familia —contesto, y eso lo frena.

Excelente. Por lo visto esa palabra le da repelús. Algo de lo que tomo nota.

—Bea, a mí no me engañas... No te has arreglado así para la reunión.

Su percepción es correcta. Mierda, cómo me conoce.

Mantengo el tipo. Vale, me ha calado, sin embargo, va listo si piensa que me voy a arredrar. No permitiré que me amargue la noche.

Otro mensaje en el móvil. Seguro que es de Max. No he respondido al primero, y puede que le moleste. Mierda, qué dilema.

—Aun a riesgo de parecer grosera, creo que no es de tu incumbencia —le espeto, agarrando mi móvil con fuerza.

Xavi da un paso atrás y otro y otro. Puede parecer una retirada, pero no lo es. Me sigue mirando de forma especulativa. Estoy segura de que está reconsiderando su

estrategia.

—Buenas noches, Bea.

Se despide de esa manera tan suya, dejándome con la palabra en la boca. Sé que éste ha sido otro asalto y que a buen seguro tendremos otra especie de tanteo. Ya veré cómo me las apaño. Ahora me trae sin cuidado, yo lo interpreto como vía libre y no pierdo el tiempo.

Salgo escopetada del restaurante y camino en busca de un taxi. Debería haber sido más espabilada y llamar a uno antes de abandonar el Cien Fuegos. Son casi las once de la noche. Camino unos diez minutos hasta poder parar uno y, nada más subir, le doy la dirección al taxista y miro los mensajes.

Como yo sospechaba, los dos eran de Max.

Abro el primero:

Estoy seguro de que los has impresionado...

Y el segundo:

... Como espero que me impresiones a mí en breve.

Sudores me entran al leer algo así. Bueno, tranquilicémonos. Creo que más bien será al revés y que la que se va a quedar con la boca abierta de la impresión voy a ser yo. Aunque se agradecen estos mensajes de ánimo.

Otra vez me topo con la puerta de cristal del hotel. En fin, terminaremos siendo buenas amigas. En el fondo debería agradecer haber tropezado con ella, pues gracias al mamporro que me di coincidí con Max. Si hubiera salido directamente a la calle, me habría alejado del hotel y nunca se habría producido el reencuentro.

Inspiro. Camino decidida hasta el ascensor. Inspiro de nuevo. Agradezco subir sola, porque otra vez se me baja la media. Me va a dar la noche.

Voy directa a la puerta. Levanto la mano para llamar, pero me detengo en el último segundo. Qué nervios y qué calores más tontos me están entrando. Consigo llamar. Con suavidad.

No oigo nada, ni un solo sonido en el interior. Ni siquiera unos pasos acercándose. ¿Y si Max se ha cansado de esperar y se ha ido al bar a tomar una copa?

El leve sonido de la cerradura al desbloquearse hace que tiemble. Qué estupidez, por favor.

La puerta se abre despacio, o al menos me lo parece, y Max, ataviado con un pantalón gris de vestir y una entallada camisa negra, aparece ante mis ojos.

—Hola —me susurra, apartándose para dejarme entrar.

Ya sabía yo que me iba a impresionar, y eso que sólo me ha dicho «hola».

Avanzo por la habitación. Veo la chaqueta del traje y la corbata, todo colocado a la perfección sobre el galán de noche. Y una copa de vino sobre la mesa. La misma mesa sobre la que ayer... Necesito un abanico.

—¿Qué tal ha ido todo? —me pregunta él, caminando hacia mí. Más despacio de lo que me gustaría.

Coge su copa de vino y da un sorbo sin apartar la vista de mí.

Yo me deshago del abrigo y lo dejo de cualquier manera sobre la cama. También me gustaría quitarme los zapatos de tacón, pero fastidiaría mi aspecto.

—Bien —murmuro en respuesta.

—No da la impresión, por cómo lo dices —comenta con ironía—. Ahora entiendo la foto...

—Eso ha sido... —me sonrojo, porque ahora me da vergüenza mi atrevimiento.

—... excitante —remata Max, sonriendo de forma pícaro.

—No estoy muy segura.

—Bea.

—¿Sí?

—Créeme, me ha encantado. No te imaginas lo que se me ha pasado por la cabeza cuando he visto el mensaje.

—¿Que soy una pésima ejecutiva? —sugiero, porque es bien cierto.

—Eso lo has dicho tú, no yo —contesta riéndose—. El día que tú y yo tengamos una reunión de negocios, me formaré mi propia opinión al respecto.

—No sé si quiero saberla —musito, acercándome a él.

Max deja la copa casi vacía sobre el minibar. Me mira. Qué mirada, por favor.

—¿Te apetece tomar algo?

—No.

—¿Has cenado?

—Sí.

Me detengo frente a él. Ya no queda espacio para más palabras, al menos no referentes a cómo me ha ido el día. Ya le preguntaré más tarde si ha resuelto sus asuntos. Mañana se marcha y, pese a que sus palabras de ayer sonaron a promesa, aún no sé nada con exactitud.

Le acaricio la mejilla. Me sorprende que siempre vaya tan bien afeitado. Aspiro su aroma. Además de ser agradable, me excita. He aquí la diferencia con Xavi. Max permanece quieto, percibo el cambio en su respiración. Está tan guapo con esa camisa negra entallada... Pero a pesar de que le queda como un guante, yo quiero deshacerme de ella.

Llevo las manos al botón superior. Se lo desabrocho. Paso al siguiente y voy bajando, pero justo cuando voy a sacarle los faldones del pantalón, me agarra de las muñecas, deteniéndome.

—¿Qué ocurre? —pregunto, molesta por su interrupción.

Max me acaricia las muñecas sin soltarme. No sonrío. Se me desvía un instante la vista y veo que sí, en efecto, está excitado, o al menos interesado en que yo continúe, de ahí que no comprenda su actitud.

—Bea..., no quiero tumbarte en esa cama, levantarte la falda y que todo termine

en diez minutos.

—¿Por qué no?! —exclamo parpadeando.

Él hace una mueca ante mi expresión de impaciencia.

—Porque quiero tomármelo con calma —responde, inspirando hondo.

—Pues entonces esfuézzate un poco y que sean quince minutos.

He lanzado el guante, a ver cómo lo recoge Max, o, lo que es mejor, cómo se venga de mi desafío. Espero de pie con media sonrisa a que diga o haga algo.

Adopta una actitud que no me da buena espina.

¿Por qué será?

¿Quizá porque de repente achica la mirada?

¿Porque parece muy relajado?

Silencio. Más silencio. Mirada intensa. No sonrío. No parpadea. A mí me va a dar un ataque como este hombre no haga algo. Por favor, esta incertidumbre puede acabar con cualquiera.

—¿No vas a hacer nada? —pregunto, intentando provocarle alguna reacción.

Max continúa impassible. Aprieto los puños, porque esto no se parece en nada a lo que tenía en mente cuando he salido de la cena. Por sus mensajes creía que, nada más tenerme a tiro, se lanzaría a por mí. Que follaríamos al más puro estilo brutote, contra la pared. Sin mediar palabra.

Levanta la mano y la dirige hacia mi pecho. Bien, ha cedido, pero cuando creo que he ganado, que por fin me va a tocar, me empuja hacia atrás y caigo rebotando en la cama en una postura muy poco seductora.

—¿Me has empujado? —pregunto, mirándolo desde la cama.

—Ajá —responde muy ufano.

—¿Me has empujado? —repito incrédula.

Max se mete las manos en los bolsillos del pantalón y asiente sin dejar de mirarme. Creo que se está aguantando la risa y sé el motivo: no debo de estar lo que se dice muy glamurosa.

Si al menos me hubiera dado tiempo a recolocarme y adoptar una pose más sugerente, igualaríamos el marcador, ya que él, ahí de pie, está tan elegante y sexi que hace que me sienta un poco cohibida.

Frunzo el cejo. Debería darle una respuesta contundente, pero me es imposible viéndolo así. Continúa de pie, con la camisa abierta, excitado y sin apartar los ojos de mí. Intento modificar mi postura y me apoyo sobre los codos, pero justo en ese momento, la media rebelde se me desliza, quedándoseme arrugada a la altura de la rodilla.

Joder..., qué oportuna.

Max dirige de inmediato sus ojos a ese punto y sonrío de medio lado.

—Pero ¿qué tenemos aquí...? —murmura interesado, muy interesado.

Se inclina hacia delante y me sube un poco la falda para así dejar al descubierto mis muslos. No me pasa desapercibido su gesto de apreciación. Noto sus manos justo por encima de la banda elástica, acariciando el borde de la otra media con la yema del dedo.

—Quería sorprenderte —contesto, mientras contengo la respiración—. Aunque,

como ves, me ha salido de pena.

Él no dice nada, lo cual me pone nerviosa y me excita a partes iguales. Se acuclilla delante de mí y me coloca la media díscola en su sitio.

—¿No se supone que debes desnudarme? —lo provoco.

—Se supone... —replica indiferente.

En estos momentos querría agarrarlo del pelo y tirar con fuerza, para que se dejase de tanta tontería y fuera al grano. Que lo conozco, y sus artimañas de seducción pueden demorarse en exceso.

Tras colocar la media en su sitio, se inclina un poco más y posa los labios en el pequeño espacio de piel que queda expuesto entre la blonda y el dobladillo del vestido. Lo hace despacio y de manera tenue, casi imperceptible. Yo, por si acaso, colaboro levantando un poco más la tela. Quiero que vaya ascendiendo y no tengo reparos en marcarle el camino que seguir.

Él levanta la vista y me sonrío. Cuánto me gustaría ponerle las manos encima, aunque en esta postura me resulta difícil.

—Muy bonita —dice al llegar al borde de mi tanga color burdeos.

—Quítamela.

—No —contesta, pasando por alto mi tono exigente—. Todavía no.

—Genial... —mascullo.

Deposita un beso justo en mi pubis, por encima de la tela, y contengo el aliento. Entre la que se avecina y mi impaciencia no puedo controlar mis gemidos. Es lo único que se oye en la habitación.

Max se incorpora y, con movimientos lentos, desesperadamente lentos, se desabrocha los botones de los puños de la camisa. Uno, otro. Y moviendo los hombros de una manera seductora, se quita la prenda, dejándola caer a su espalda.

—Eso debería haberlo hecho yo —protesto, porque cualquier excusa es buena para ponerle la mano encima.

—Haberlo dicho antes —me suelta.

Vaya, así que, aparte de seducirme, me va a obsequiar con un monólogo de «El Club de la Comedia». «Perfecto», pienso con ironía.

Max pone una rodilla sobre el colchón y empieza a inclinarse hacia mí.

—Ya era hora —musito.

Me dejo caer y suspiro, porque por fin voy a poder tocarlo. Levanto los brazos para rodearle el cuello con ellos, pero niega con la cabeza.

—Échalos hacia atrás —me pide. Más bien me ordena.

Siento un escalofrío ante ese tono tan exigente. Él lo sabe, de ahí que lo utilice. No se le escapa un solo detalle.

Obedezco y, al estar atravesada en la cama, las manos me quedan colgando por el borde del colchón. Eso le permite maniobrar a su antojo. Percibo el calor de su cuerpo al acercarse a mí. Está muy cerca y debería besarme. No lo hace. Acaricia mis labios con el pulgar. Es su seña de identidad y su mejor arma para volverme loca. Lo

sabe y recurre a ella de manera magistral.

Estoy húmeda y me retuerzo al sentir el tacto de sus pantalones entre mis muslos.

—Bésame.

—Un segundo.

Gruño de pura frustración. Me cierra los ojos con los dedos y me besa en cada párpado. Muy tierno, desde luego, pero en estos instantes no necesito ternura.

—Max... —gimo su nombre a ver si se apiada de mí.

—¿Sí?

—Me estás matando lentamente, por si no te has dado cuenta —digo, y muevo los hombros en un vano intento de aliviar un poco la tensión.

—Son los preliminares —contesta, mientras con los labios me recorre el cuello. Se ha asegurado de que me quede quieta al sujetarme de las muñecas e inmovilizarme.

—No necesito preliminares —replico muy convencida—. Llevo todo el día deseándote. Créeme, estoy más que preparada.

—Pues ni te imaginas cómo he pasado yo el día, Bea. No daba una. Paula me ha llamado la atención al menos tres veces, porque tenía la cabeza en otro lado.

—¿Ah, sí? —murmuro, complacida porque no he sido la única que ha tenido serios problemas de concentración.

—He estado tentado de encerrarme en el aseo y masturbarme para poder seguir —susurra, y a mi cabeza viene la imagen de Max acariciándose a sí mismo, lo cual revoluciona sin remedio mi ya de por sí acelerado ritmo cardíaco.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—Mmmmmm —ronroneo

—Y no te alegres por ello —me advierte, pasando de los besos a los mordisquitos.

—Y entonces ¿por qué no me follas de una vez?

—*Vendetta*... —replica, imitando la voz del Padrino.

—Max... —jadeo, intentando liberarme.

—Y para rematar me envías esa maldita foto —añade, y sus caderas empujan entre mis piernas.

Inexplicablemente aún estamos vestidos, pero el contacto me quema. Aprieto los muslos a su alrededor para retenerlo e intensificar el momento, sin embargo, Max está decidido a vengarse de mí; y a base de bien, además.

—Creía que apreciarías el detalle —me defiendo, y lanzo un nuevo gemido cuando embiste de nuevo.

Ese bulto promete, vaya que sí.

—Y me ha gustado —corroborra—. ¿No lo notas?

Se frota con descaro contra mi sexo. Cómo me está poniendo este hombre. Lo que peor llevo es no tocarlo. No me hace daño al sujetarme y creo que hasta podría lograr

liberarme; sin embargo, me contengo, porque a pesar de mis ganas de acariciarlo, el componente de indefensión me excita mucho. Aun así, forcejeo un poco, pues resulta un aliciente extra que repercute de forma directa en mi libido.

—Podría notarlo aún más si me lo permitieses —replico jadeante.

De repente se aparta de mí, privándome de su contacto. Mete una mano por el borde de mi recatado escote y sonrío. Con el magreo al que he sido sometida, insuficiente según mi opinión, me ha quedado a la vista el tirante del sujetador. Max se fija en ese detalle (se fija en todos, ya puestos) y toca el tirante con la yema del dedo. Lo resigue entero con una parsimonia desesperante.

¿Hasta cuándo me va a tener así?

—Date la vuelta —ordena, apartándose del todo para que yo pueda hacerlo.

—¿Perdón?

—Date la vuelta, Bea. Ponte boca abajo —repite exigente.

Esta actitud de malo malote me pone mucho, aunque no entiendo qué pretende, pues de repente cambia de delicado a brusco en menos de dos segundos. Se está saliendo de madre. Vengo excitada, muy excitada, para ser sincera, y él con una tienda de campaña impresionante, y seguimos los dos vestidos. O a medio desvestir, que para el caso es lo mismo.

Acato su orden no muy convencida. Se acomoda entre mis piernas y va directo a la cremallera de mi vestido. Menos mal. Después de bajármela, se ocupa de ir deslizándolo el vestido hacia abajo hasta que me quedo ante él en ropa interior, medias y zapatos de tacón. Y mi trasero a su disposición.

Me coloca la mano en la nuca, instándome a pegar la mejilla contra la colcha. Luego va descendiendo, siguiendo mi columna vertebral, saltándose el cierre del sujetador. Emito un sonido de protesta que parece divertirle. Desde mi incómoda posición lo miro y observo su cara de absoluta concentración. Quiere controlar su respiración, pero no lo consigue. Bajo los ojos a su entrepierna y ¡madre del amor hermoso!

—Deja de provocarme —musita, y me pilla fuera de juego.

—¿A qué te refieres? —pregunto con la garganta seca. Quizá sí que debería haber aceptado una copa de vino.

—Estás mirando mi erección.

—¿Y eso te molesta? —inquiero sorprendida.

—Y moviendo el culo todo el tiempo —añade acariciándomelo, pero sólo de forma somera. Ni un triste azote, nada.

Gimo excitada y frustrada al mismo tiempo, lo que alimenta sin duda sus ganas de jugar a ponerme en el disparador.

Se inclina hacia mí y, pegando los labios a mi oreja, susurra:

—Me desconcentra.

«De lo cual me alegro», pienso.

Max vuelve a incorporarse. La mano que mantiene en la parte baja de mi espalda,

justo por debajo del cierre del sostén, prosigue su descenso y llega al borde de mi tanga. Recorre con la punta del dedo la tira superior y después lo mueve hacia abajo, siguiendo la separación entre mis nalgas, presionando justo sobre mi ano. Eso me produce cierta desazón, pues si bien el roce me excita, no estoy muy segura de que termine aceptando que juegue ahí.

Me ha tocado así en otras ocasiones, no más de un dedo, pero por cómo se recrea, me da la impresión de que busca más.

Cuando menos me lo espero, levanta las manos y va directo a abrir el cierre del sujetador. Suspiro al verme libre y vuelvo a suspirar cuando acaricia las marcas que la prenda ha dejado sobre mi piel. Recorre con la yema de los dedos cada línea. De izquierda a derecha, como si mi espalda fuera un papel sobre el que escribir. De igual modo se ocupa de bajarme los tirantes. Yo me incorporo un poco y Max retira por completo la parte de arriba de mi cuidada lencería.

—¿No crees que en este momento vendría bien escuchar un poco de música?

—¿Me tomas el pelo? —replico atónita.

Pero Max se estira hasta llegar a la mesita de noche y coger su iPhone. Busca algo y empiezan a sonar las primeras notas de una canción que ha quedado grabada en mi mente a fuego. *Exogenesis: Redemption*^[4]. Tiemblo al recordar.

—Esto es juego sucio —farfullo, y froto mis desamparados y duros pezones contra el suave cobertor.

—Tranquila —musita, volviendo a colocarse a mi espalda inmovilizándome las piernas—, no hay ninguna ventana lo bastante grande por aquí como para preocuparnos.

—Muy gracioso —respondo, relajándome bajo sus manos.

He decidido no luchar más. Que haga lo que quiera conmigo. De todas formas lo va a hacer...

Como suponía, me masajea la espalda. Me doy cuenta de que también podría ganarse la vida de esta forma. Estiro los brazos y dejo que cuelguen de la cama. Cierro los ojos y ronroneo de placer.

Max prosigue sus atenciones. No sé el tiempo que llevamos así, pero me trae sin cuidado. Cuando llega a mi tanga y me lo desliza por las piernas, ayudo lo imprescindible, lo que me supone un par de sonoros besos, uno en cada nalga. Mientras, la música sigue acompañando mis gemidos.

—No te duermas —me advierte, al tiempo que me acaricia las piernas.

Desde luego, las medias hasta medio muslo han sido todo un acierto. Está fascinado con ellas, y me apuesto cualquier cosa a que no me las quitará hasta que vayamos a dormir.

Su boca sigue acariciando puntos de mi anatomía que en otras ocasiones pasan desapercibidos. Detrás de las rodillas, por ejemplo. ¿Desde cuándo ésa es una zona erógena? Pues al parecer desde ahora.

—Anoche, cuando te di unos azotes, ¿te gustó?

—Yo no diría tanto —respondo, porque aún no sé si me gustó o no. Puede que al estar tan cachonda permitiera cualquier cosa.

—¿Segura?

—Mmm, no sé.

—Decídete.

—Hoy no me apetece que me zures... mucho.

—De acuerdo —dice, pero por su tono intuyo que, en cuanto me descuide, me dará a base de bien. No importa, porque aunque mi cabeza diga que no, mi cuerpo va por libre.

Max se pone de pie y de reojo puedo ver cómo se suelta el cinturón, se desabrocha el pantalón... y se queda sin nada y con una erección impresionante.

Qué pena no poder echarle el guante...

Me separa las piernas. Trago saliva, porque no recuerdo haber estado tan excitada en mi vida, y eso que aún no me ha tocado en los puntos neurálgicos.

—Se te acaba el tiempo —lo provoco, y me restriego contra la colcha, porque digo yo que me merezco un poco de alivio.

Max se sube a la cama y se queda detrás de mí. Tira de mis caderas, poniéndome con el culo en pompa. Jadeo sorprendida y expectante, porque de una maldita vez voy a sentirlo dentro de mí.

—Todo lo contrario —contesta—. Ahora es cuando comienzan mis diez minutos.

Oh, por favor, cuánta arrogancia en una sola frase.

—A ver si es verdad. —Lo tiento moviendo el trasero.

Eso me vale el primer azote. Por suerte no se repite y Max se coloca en posición. Yo sigo con las medias y los zapatos puestos. Podría haber añadido un collar de perlas para completar mi atuendo decadente. La próxima vez que no se me olvide.

—¿Estás húmeda? —formula la pregunta de manera retórica y adelantando las caderas, que entran en contacto con la parte trasera de mis muslos.

—Compruébalo por ti mismo —replico altanera.

—Ahora mismo... —gruñe, y coloca su pene en posición.

Yo sigo con las piernas abiertas y la mejilla pegada a la cama, y él avanza un poco más. Gimo. Me parece insuficiente. Restriega la punta de su erección entre mis labios vaginales.

—Max... —gimoteo impaciente—. Ya no puedo más.

—Tenía que comprobar lo mojada que estabas —alega, y empuja hasta penetrarme por completo.

—Por fin... —suspiro.

—Sí..., estás mojada, suave, resbaladiza... ¡Cómo te he echado de menos!

«Y yo a ti», quiero gritar, pero se me atascan las palabras en la garganta.

Max impone un ritmo infernal. La cama traquetea, y yo ya no sé dónde agarrarme para no caerme. No debería haberme puesto así, atravesada. Mi cabeza ya cuelga fuera, pero ni loca paro esta locura.

Embiste como un poseso, y yo, con tanta estimulación, apenas puedo controlarme. Arqueo todo el cuerpo, tenso cada uno de mis músculos. Grito y me corro apenas unos instantes después de sentirlo dentro.

—¿Ya? —pregunta con cierto retintín, y eso parece echar más leña al fuego.

Entra y sale de mí con tal fiereza que creo que al día siguiente voy a tener agujetas. No me importa, de mil amores caminaré despacio si es necesario.

Max respira agitado, noto su tensión, la presión de su cuerpo y el lastimero quejido final, cuando eyacula en mi interior.

Las piernas no me sostienen y caigo hacia delante con él aplastándome. El sudor de su pecho se mezcla con el de mi espalda.

Algo que me parece delicioso.

Max rueda a un lado, y yo me quedo allí, hecha un trapo, pero un trapo de lo más satisfecho, porque todavía siento un perturbador cosquilleo en mi sexo, que me mantiene con una sonrisilla tonta.

—Me encanta cómo administras el tiempo —le digo, rodando yo también hasta quedar boca arriba.

Max gira la cabeza y me mira. Sonríe pícaro. Estira la mano y entrelaza sus dedos con los míos. Ahora sí quiero mimitos y ternura. A pesar de tener las piernas como la gelatina, consigo moverme hasta quedar recostada sobre su pecho. Él me recibe con los brazos abiertos y no dudo en depositar un beso justo a la altura de su corazón.

—¿Puedes quedarte esta noche? —inquire en voz baja.

Max es consciente de mis obligaciones y es todo un detalle que me haga esa pregunta. Cualquier otro quizá ni se molestaría.

A pesar de que voy a acabar con unas agujetas de campeonato, me encaramo sobre su cuerpo y me inclino hacia delante, colocando las manos a ambos lados de su cabeza.

—Sí, por supuesto que sí —respondo antes de besarlo, porque, entre una cosa y otra, aún no he podido hacerlo y me parece un descuido imperdonable.

Lo beso despacio. Ambos estamos desfallecidos tras el interludio sudoroso y altamente productivo del que hemos disfrutado; sin embargo, al estar en esta posición soy consciente del corto período de recuperación que ha necesitado Max. Entre mis piernas siento su erección pidiendo paso. Continúo besándolo y me balanceo sobre su cuerpo, logrando que él termine de recuperarse.

No tengo por qué perder el tiempo. Él se ha empalmado y yo lo deseo otra vez. Lo más normal del mundo. Así que me las apañó para meter una mano entre nuestros cuerpos y llegar a su pene. Max contiene el aliento cuando lo encierro en mi puño. Dispongo de la oportunidad perfecta para vengarme y aprieto un poco, sólo lo justo para que se inquiete, aunque las ganas de volver a sentirlo dentro acaban con mi deseo de venganza y me dejo caer para que entre en mí.

Su gemido es muy similar al mío. Sus manos van directas a mi trasero, que agarra con frenesí para ayudarme y que mi ritmo sea más preciso.

—Joder, Bea... —gruñe, arqueando las caderas para entrar más adentro.

—Mmm —ronroneo, sin parar mis movimientos.

Me echo un poco más hacia delante de forma que mis senos quedan a la altura de su boca. Max embiste con fuerza y se humedece los labios.

Sabe lo que quiero, pero voy a tener que pedírselo con todas las letras. Sé lo mucho que le gusta (y a mí) que exprese en voz alta mis deseos y, a ser posible, en los términos más vulgares posibles.

Vuelvo a ponerle mis pechos a su disposición, que elija él. No obstante, se hace el sueco y me da un buen azote en el culo. No sé por qué últimamente saca tanto la mano a pasear. Me da igual, el leve escozor en la nalga me hace montarlo con más brío. Aunque si sintiera su atrevida boca o sus hábiles dedos sobre cualquiera de mis pezones, la cosa estaría muchísimo mejor.

—Max... —gimoteo.

—¿Sí?

—Muérdeme —ordenó. No tengo ni idea de dónde me ha salido esta voz de línea erótica, pero la mirada que me dedica es demasiado ardiente como para detenerme ahí—. ¡Ahora!

—¿Dónde? —pregunta, y en consecuencia no me queda más remedio que detenerme.

Max sonrío divertido, porque este juego le encanta, nos encanta. Pero creo llevar ventaja. Me enderezo y lo miro fijamente. Entonces acuno mis pechos y yo misma me encargo de jugar con ellos, de comprobar lo duros que están mis pezones y, en un alarde de atrevimiento sin precedentes, me humedezco los dedos chupándolos como si estuvieran cubiertos de chocolate fundido y después los llevo de nuevo sobre mis pechos de tal forma que sea bien visible el rastro de humedad.

—Trae ahora mismo ese pezón hasta mi boca —gruñe, y, para hacerlo sufrir otro poquito, niego con la cabeza mientras sigo tocándome—. No me hagas repetírtelo.

—Oh, por favor, qué exigente —bromeo.

—Bea...

Ese tono de advertencia remueve cada fibra de mi cuerpo. Me encanta su lado más mandón, aunque yo sé que, si quiero, lo puedo provocar un poco más.

Y lo hago.

Me deslizo la mano por el estómago hasta detenerla justo en el punto donde aún permanecemos unidos. Max abre los ojos como platos y empuja hacia arriba. Yo aprieto los muslos, pero no me muevo y, sin apartar la mirada, alcanzo mi clítoris y lo presiono.

—Mmmmm —murmuro, con él a punto de estallar.

—Maldita sea... —masculla, y me agarra de la muñeca para detenerme—. De eso me encargo yo.

—Como quieras... —concedo, disimulando mi sonrisa de clara vencedora.

—Inclínate, también voy a jugar con ese par de tetas...

No tengo nada que objetar, así que retomo mi balanceo a la par que Max frota el pulgar sobre mi clítoris y yo le pongo mis senos a la altura de su boca.

—Todo tuyo —jadeo, porque ese dedo mágico, con el que me masturba, me lleva al clímax.

Max me araña con los dientes y yo me aferro a él, sintiendo cómo se corre entre jadeos, sin soltar mi pezón.

—Definitivamente, vas a acabar conmigo —murmura, jugueteando con la blonda de mis medias.

—¿Cómo dices? —replico arqueando una ceja, no porque me haya molestado el comentario (ya me gustaría ser capaz de agotarlo), sino por el tono empleado, de lo más sugerente.

Dan ganas de atarlo a la cama y exprimirlo otro poco, pero digo yo que en algún momento deberemos parar.

—Primero me envías una foto de lo más incitante, después me arrastras a una sesión de sexo desenfrenado y por último me aplastas, robándome hasta el aliento —añade, dejándome aún más estupefacta.

Como si yo fuera una *femme fatale* devorahombres.

—Serás... —mascullo cuando se echa a reír a carcajadas.

—¡Ay, Bea, es que me las pones a huevo! —exclama, sin parar de descojonarse a mi costa. Eso sí, hecho todo un amor, porque hasta me peina con los dedos.

Le muerdo el hombro y me aparto.

Se merece un correctivo mayor, pero estoy satisfecha (muy satisfecha para ser exacta) y no me apetece ponerme en plan regañón. Así que me siento en la cama y lo primero que hago es descalzarme.

Tengo los pies molidos, pero qué juego me han dado los tacones. Necesitaría un pequeño masaje, no estoy yo muy acostumbrada a este tipo de calzado, ya que me paso el día con mis zuecos anatómicos. Después me ocupo de las medias. Éstas también han triunfado, aunque me han dado algún que otro disgustillo. Soy muy consciente de que Max observa todos mis movimientos. Parece fascinado, y yo, al tener público, me vengo arriba y alargo un poco más de lo necesario la tarea.

—Dámelas —me pide, tendiendo la mano.

—¿Las medias?

—Sí. Dámelas —insiste.

—¿Te las quieres probar? —lo pincho, balanceándolas delante de sus narices.

En un solo y rápido movimiento se incorpora y me las arrebatata. Se las lleva a la nariz y las huele. Me parece extraño, pero muy erótico. Las examina como si fuera la primera vez que tiene unas a su alcance, y yo espero en silencio, desnuda, a que diga algo y me saque de dudas.

Dejándome atónita, además las estira, probando su resistencia.

—Muy prácticas —comenta ufano.

—¿Para qué? —me arriesgo a preguntar.

—Para amordazarte, atarte... no sé, lo que se me vaya ocurriendo.

—¿Perdón?

—Bea, relájate. Sólo era una idea.

—Una muy perversa, la verdad —contesto.

El muy ladino sabe cómo plantar la semilla de la curiosidad. Yo nunca he tenido esa clase de fantasías, pero ¡quién sabe!

Por si acaso, decido bajarle un poco los humos, porque lo veo tan crecilito que hasta me ha guiñado un ojo. Oh, por favor, que todavía voy a acabar atada a la cama y amordazada.

—De todas formas, creo que volveré a los cómodos y seguros pantis. Más feos, desde luego, pero no veas lo mal que lo he pasado esta noche...

—¿Mal, dices? —pregunta, y sé que cree que me refiero a lo que ha ocurrido en esta habitación. Sin embargo, me hago la tonta.

—Pues sí, no dejaba de caérseme... —suelto como si tal cosa, y la cara que pone me obliga a sonreír.

—Y ¿por qué no te has puesto ligeros? —pregunta, y estira la mano para acariciarme los muslos.

—¿Y pasar todo el santo día notando cómo algo me pellizca el culo? —resoplo como si fuera lo peor del mundo.

—Tienes razón. —Me da un beso rápido y añade—: Si quieres que te pellizquen el culo, me llamas a mí, que yo me ocupo de ello.

De un salto y dejándome pasmada, no sólo por obsequiarme con una panorámica de su trasero, se va hasta el mueble bar y sirve dos copas. Camina con ellas en la mano y me ofrece una. Como si yo pudiera fijar la atención en la bebida y no en él.

La cojo y bebo un sorbo. Es un vino blanco muy suave, está fresco y se agradece el detalle. Max siempre tan atento.

—¿Y ahora? —pregunto, tras beberme gran parte de mi vino.

—Ahora supongo que nos acostaremos, caeremos rendidos y mañana ya hablaremos —responde, apartando la colcha y levantando las sábanas.

No estoy muy convencida de que ése sea el camino que seguir. Me levanto y voy al aseo. No es necesario, pero cierro la puerta. Una forma de distanciarme unos minutos. No para pensar, pues no hay tiempo para ello, aunque sí al menos para mirarme al espejo y preguntarme si de verdad esto es lo que quiero.

A veces soy muy pesada con mis dudas. Desearía ser más lanzada, dejar la prudencia en el fondo de mi armario. Me lavo la cara, porque parezco un miembro de los Kiss, con este maquillaje tan surrealista.

Al volver al dormitorio me encuentro a Max sentado en la cama. Ha suavizado las luces. Otro detalle. Camino sintiendo la textura de la moqueta en la planta de los pies. Da igual, aunque caminara sobre cristales llegaría hasta él. Un pensamiento moñas y exagerado pero cierto.

—¿Todo bien?

—Podrías haberme advertido de que mi maquillaje era un desastre —lo reprendo, y él sonríe.

—¿Y frenar tu prodigiosa actuación de *pornstar*?

—Muy gracioso —farfullo, metiéndome en la cama a su lado.

—Bea...

Me recibe con un beso en los hombros, otro de sus maravillosos detalles, y esbozo una sonrisa. No puedo enfadarme con él.

—Pero sólo actúo en ocasiones especiales.

—Eso espero...

—No te pongas posesivo —digo, arropándome hasta la barbilla.

Max se da la vuelta hacia mí. Está sonriendo y se inclina para darme un casto beso en la frente.

—No lo digo por eso.

—¿Entonces?

—Es que tendrías que practicar un poco más —remata guasón, y apoya la cabeza sobre la almohada. Apaga la luz y me abraza.

—Lo haré —musito, uniéndome al enemigo, porque está claro que no puedo vencerlo.

Nos quedamos en silencio. No es incómodo, aunque tampoco me relajo del todo.

Al estar así, abrazados, soy muy consciente de su respiración, de los latidos de su corazón..., en definitiva, de todo. No se duerme. Yo tampoco, lo cual es síntoma inequívoco de que o bien voy hasta los topes de cafeína o bien son demasiadas cosas las que me rondan por la cabeza. Bueno, para ser sincera, es sólo una la que me ronda.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —inquiero en voz muy baja, como exige el momento.

Nadie nos oye, pero siempre resulta más íntimo hablar casi susurrando. Max inspira y continúa acariciándome la espalda. Sé que la pregunta se las trae y, conociéndolo, intuyo que está buscando una respuesta aceptable.

Pasan los segundos y él continúa en silencio. Me doy cuenta de que a lo mejor he metido la pata hasta el fondo, pues ¿qué derecho tengo a exigirle nada? Máxime cuando fui yo la que rompió la relación, y de manera abrupta, además. Nos hemos reencontrado, de acuerdo, hemos acabado en la cama, vaya si lo hemos hecho. Sin embargo, ¿qué garantiza eso?

Puede que, como mucho, buenas sesiones de sexo cada vez que Max venga a Madrid y nada más. De todas formas, esta mañana, cuando nos hemos despertado, ha sido él quien ha sembrado la semilla de una posible reconciliación en toda regla al mencionar, de una manera un poco retorcida, lo del billete de ida y vuelta.

—¿Tú qué quieres que haga?

Resoplo. Que me responda con otra pregunta no me aclara nada la situación. De nuevo la pelota está en mi tejado. Maldita sea, esto debería ser más sencillo.

—Yo sé que tu vida está en Barcelona —comienzo con cautela—, tu trabajo, tus obligaciones... Estás metido de lleno en el proyecto del resort y...

Max me pone un dedo sobre los labios, obligándome a callar. Vale, mejor, porque si empiezo a parlotear sin ton ni son, yo misma, sin ayuda, termino liándome.

—¿Deseas que esté aquí contigo? —inquire.

Trago saliva. Momento decisivo a la vista y yo no quiero cagarla, de verdad que no.

—Sí, pero...

—Sin peros, Bea —me interrumpe, sonando inflexible.

No puedo dejar esto así, no es justo para Max, por lo que me incorporo en la cama y enciendo la lamparita de la mesilla de noche. Él pone cara de circunstancias y, adivinando mis intenciones, se sienta también en la cama. Qué guapo está el condenado, así, con cara de sueño y todo.

—Max, seamos razonables. ¡No puedes dejarlo todo por mí! —exclamo sin levantar mucho la voz, que no son horas.

Él se encoge de hombros, y eso me enerva.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —gruño—. Vamos a ver, tienes intereses allí. Digo yo que no vas a abandonarlos a su suerte.

Se cruza de brazos y me mira como si fuera una alienígena de lenguaje ininteligible.

—Bea, son negocios. Puedo viajar cuando sea preciso. Ahora no trabajo.

Eso último lo dice remarcando las sílabas todo lo que puede. Vale, mejor no tocar lo concerniente a ese tema. Está (más o menos) superado.

—¿De verdad puedes supervisar todo desde aquí? ¿No te surgirán complicaciones? —insisto, porque no podría soportar que su proyecto se fuera al garete por mi culpa.

—Bea, por favor, lo dices como si aquello estuviera en el culo del mundo —me reprocha, negando con la cabeza—. No te negaré que lo más probable es que deba viajar a menudo. Y que si se presenta cualquier complicación tenga que hacerlo con urgencia. No obstante, puedo arreglármelas.

—¿Seguro? —murmuro dubitativa, porque no me convence del todo.

—Sí, muy seguro —asevera, y esbozo una sonrisa.

—Gracias.

—Aunque... —que se me para el corazón, que se me para— no podrá ser de un día para otro. Lo de mi traslado, quiero decir.

—Ah, bueno, eso es lógico. Pero... ¿y si hablo yo con mi encargado para ver si pueden reubicarme en Barcelona? O, ya puestos, ¿y si busco algo?

—Bea, no seas insensata. Tienes el trabajo que siempre quisiste y que además te mereces. No vas a mandarlo a paseo. No, ni hablar.

No me gusta cómo ha sonado eso, demasiado condescendiente. Yo no quiero sacrificios.

—O sea, ¿tú puedes dejar atrás tus sueños y yo no?

—Lo dices como si lo abandonara todo por ti —se defiende quisquilloso.

Vaya, qué mal estoy manejando la situación. Max empieza a ponerse a la

defensiva y yo también. Así no vamos a ninguna parte.

—Perdona, no quería decirlo de ese modo —me disculpo—. Pero entiéndeme...

—Bea, escucha. Es mucho más sencillo que yo me traslade. Recuerda que yo puedo delegar muchas cosas, tú no. Y además está Félix.

—¿Perdón?

—No puedes tenerlo de aquí para allá, necesita estabilidad y si más o menos se ha ido adaptando aquí, no vamos a cambiarlo otra vez.

Joder, no lo había pensado. Me reprendo en silencio. Hago una mueca de disgusto conmigo misma, porque ¿cómo he podido pasar ese detalle por alto?

—Oye —murmura Max, acercándose para darme un beso en el hombro—, no te martirices, ¿de acuerdo? Mañana me marcho y, con un poco de suerte, en una semana, diez días como mucho, resuelvo los asuntos más relevantes y vuelvo.

—¿Diez días? —repito con un suspiro.

—Intentaré que sean menos —dice, y suena a promesa.

—De acuerdo. Mientras, yo me ocuparé de hacerte un hueco en casa —respondo.

—Respecto a eso...

Otro escollo. Ay, por Dios, que no avanzamos ni a empujones.

—¿Qué ocurre?

—Ahora vives con tu madre, ¿verdad?

—Sí —respondo, y no me hace falta preguntar cómo lo sabe, pues mi hermana, María, la informadora oficial del reino, lo ha puesto al corriente de todo.

—Quizá no le parezca bien que yo...

Qué tierno y qué preocupado se me ha puesto... Está en todo este hombre. No se le escapa una. Le sonrío y le acaricio la cara.

—Escucha, mi madre lo entenderá —musito, y, sin querer, tuerzo el gesto.

Bueno, lo entenderá y no lo entenderá. Que mi pareja (oh, por favor, qué bien suena eso) venga a vivir conmigo lo asumiré, hasta ahí todo perfecto. No se va a rasgar las vestiduras, tengo edad para ello, y hasta se alegrará. El problema viene porque ella sabe que mi relación con Max ha tenido muchos altibajos, de hecho, es una montaña rusa emocional, pues con él he pasado de la euforia más absoluta al bajón sentimental más desquiciante, y de ahí que, como es lógico, mi madre se preocupe por si este nuevo intento de estar juntos se queda en eso, en un intento.

Max me mira fijamente. No he resultado muy convincente. Tendré que jugar con las cartas marcadas para que él se pueda relajar y marcharse mañana sin preocupaciones.

—Y no te digo ya Félix. Cuando te vea... —Se me quiebra la voz al mirarlo a los ojos y ver que le ha llegado muy dentro.

—Ni te imaginas las ganas que tengo de estar con él... —comenta, tan emocionado como yo.

Vaya, parece que la crisis logística se ha solucionado. Yo sé que tengo otro frente abierto, mi ex; sin embargo, nunca he sido partidaria de los tríos, y en la cama de este

hotel sólo hay sitio para dos.

Max se acerca y me da uno de esos besos que deberían ser de buenas noches. Deberían, porque se repite, y otro y otro. Separo los labios para él, dejo que su lengua juegue en las comisuras de mi boca. Despacio, muy despacio. Casi desganados, aunque mi gemido lo desmiente. Y el suyo también.

Me voy deslizado hacia abajo, recostándome, mientras Max se va colocando encima. Lo que ha empezado como un beso sin pretensiones empieza a tornarse excitante, sugerente. Ya no me besa de manera suave, todo lo contrario, se ha vuelto exigente, y a mí me encanta responder con igual entusiasmo.

—Esto es un no parar —musito divertida, y él arquea una ceja.

—¿Algún problema? —pregunta bromista, y ahora soy yo quien guarda silencio y arquea una ceja para que se inquiete, se preocupe o se ponga en plan chulito dominante. También me vale el papel de amante incansable que no se rinde por nada.

Mientras yo me monto la película sola, sus manos ya están en mis costados. No existe ninguna barrera textil y lo agradezco.

—Mmm, ninguno —termino diciendo.

—Mejor —replica con su tono más altanero.

Y a partir de ese instante disfruto de la versión más clásica, pero a la vez más atrevida, del chico malo. Tenerlo encima, entre mis muslos, tanteando, me vuelve loca, y él lo sabe. Pese a mi más que evidente disposición, no me penetra, prefiere establecer un contacto más perverso, y yo me arqueo, porque esto no se le hace a una mujer excitada.

—Max...

—Hmmm —ronronea, lamiéndome el cuello al más puro estilo vampiro, para morderme después.

—¿A qué esperas? —farfullo, porque sabe cuánto odio estas demoras.

—Me gusta tenerte así, expectante, húmeda, caliente, jadeante...

—Deja los adjetivos para otro día —lo interrumpo sujetándole la cara. Lo obligo a mirarme a los ojos antes de añadir—: Y...

Me atraganto. Mira que me cuesta decirlo, aunque lo desee como ninguna otra cosa.

Max sonrío de medio lado. El muy truhan lo sabe y le divierte.

—¿Y...? —me incita con aire de superioridad, y todo sin dejar de provocarme, pues siento la presión de su erección justo en mi sexo, aunque me gustaría sentirla dentro.

—Ya sabes...

—No, no lo sé —continúa, haciéndose el tonto—. Sé valiente, pide por esa boquita. Anda, Bea, pídelo.

—Fo... fóllame —consigo decir, aunque de manera muy atropellada.

—¿Perdón?

—¡Max! —me quejo, porque si bien no deseo otra cosa y en mi cabeza la dichosa

palabreja no suena tan mal, pronunciarla en voz alta me sigue pareciendo extraño.

Para ponerme aún más en el disparador, no duda en restregarse, y yo que ya no estoy para estas cosas, termino gritando a pleno pulmón:

—¡Fóllame! ¿Te ha quedado claro? ¡Fóllame! Y como se te ocurra reírte...

—Joder, Bea, qué fácil es complacerte —me dice, empujando hasta el fondo.

Vuelta a la normalidad, o al menos así quiero fingirlo. De nuevo en mi trabajo, a tiempo, intentando olvidar que hace apenas tres horas me he despertado en los brazos de Max.

Vaya despertar, de lo más peliculero. Con desayuno en la cama, abrazos, besos, risas y asistente personal, pues él se ha encargado de recoger mi ropa —no sé en qué momento exactamente— y enviarla al servicio de lavandería del hotel, por lo que a la hora de vestirme me la he encontrado en perfecto estado.

Ah, y, por supuesto, el chico malo de noche, mimosín de día, a mi entera disposición. A veces tanto detalle me abruma, pero sé que va en su naturaleza y, qué carajo, una se acostumbra a lo bueno. Por supuesto, yo también me ocupo de que esté bien «atendido», faltaría más. Lo que ocurre es que con Max es difícil, pues siempre prefiere ser él quien esté pendiente.

Puede que las risas a la hora de untar una tostada o de servir el café hayan servido para enmascarar una realidad que a ambos nos afectaba. Max debe coger un vuelo, y hasta dentro de diez días no lo veré. No hablar del asunto no significaba que no pensáramos en ello, no obstante, hemos logrado sonreír y pasar el trance sin caras largas.

Ver la botella medio llena, ésa era la idea.

Mientras él se afeitaba, recién duchado, yo me he quedado sentada observándolo, sonriendo todo el tiempo, porque deseaba que se fuera tranquilo a resolver sus asuntos. Ya no «trabaja», pero aun así supongo que le quedan ciertos flecos que atender y he optado por no hacerme mala sangre y seguir el consejo de María. Es sólo una ocupación más.

Después de pasar por el baño —nos hemos duchado por separado, para evitar llegar tarde—, nos hemos arreglado, y yo debería haber pedido un babero, porque al mirar cómo iba cubriendo su cuerpo me daban sudores y ganas de lanzarme encima de él. Max creo que se ha percatado de ello y no ha dejado de sonreír, sin duda complacido por mi admiración. Aunque sabe que juega con ventaja y ha «posado» para mí, no me cabe la menor duda.

Tiene mucho arte, tanto vistiéndose como desnudándose. Lo habría grabado con el móvil para mi uso y disfrute personal, pero tengo un niño pequeño que se lo pasa muy bien trasteando con el teléfono y no puedo arriesgarme. No importa, me ha quedado grabado en la retina.

Todo se ha desarrollado con normalidad, como si fuera lo más habitual. Nada de preguntas incómodas ni de malas caras, ni siquiera al verlo coger su maleta ni al salir de la habitación. Me ha tenido cogida de la mano todo el rato.

No me ha dejado acompañarlo al aeropuerto, y mira que he insistido, incluso he llegado a amenazar con seguirlo en otro taxi, pero se ha negado en redondo. Eso sí, me ha besado a conciencia en el vestíbulo del hotel, delante de todo quisqui, lo que

terminará llegando a oídos de Pablo, pues un par de empleados me han reconocido.

No me extraña, desde el porrazo con la puerta de cristal soy famosa en el establecimiento. Seguro que al revisar las cámaras de seguridad se han puesto la escena unas cuantas veces para partirse de risa a mi costa.

Bueno, veré el lado positivo: así me ahorraré explicárselo.

Cuando ha aparecido Paula, elegante, estilosa a más no poder, Max no me ha soltado ni ha dejado de sonreírme ni de devorarme con la mirada. Ella ha sabido mantenerse en un segundo plano hasta el último momento. Ahora que lo pienso, podría ser la versión femenina de Max, con ese saber estar innato. Y también, en caso de ser necesario, ambos podrían salir a la calle con un saco y estarían igual de atractivos.

A la hora de despedirnos, Paula ha sido cordial conmigo, pero quizá un pelín distante. Puede que sólo hayan sido imaginaciones mías; sin embargo, me da la sensación de que piensa que puedo hacerle daño a Max, pues seguro que está al tanto de nuestras idas y venidas, y como amiga se preocupa por él. Bueno, eso puedo entenderlo, y me habría gustado explicarle que no, que se acabó la tontería. Que volvemos a estar juntos.

Con un último beso antes de subir al taxi, le he dicho «hasta pronto» y susurrado un «Te quiero». Y también me he echado a llorar como una magdalena. Me he sentido incluso ridícula. Después de todo lo que ha pasado, diez días no son nada, me he repetido y al llegar a mi apartamento más o menos tenía la crisis de llanto controlada.

«Piensa en positivo», me he dicho tratando de convencerme a mí misma mientras me cambiaba para ir a trabajar y así volcar esa positividad en la cocina.

En el «centro de operaciones» del Cien Fuegos todo funciona como siempre; nadie sabe lo que estoy sintiendo ni el nudo de nervios que tengo en el estómago. Una estupidez, lo sé, pero no puedo hacer nada para aliviar mi desazón.

Diez días, van a ser diez larguísimos días, en los que debo ocuparme de mis cosas.

Fuera malos rollos, bienvenido señor optimismo y señora creatividad.

—¿Bea? —Magda se acerca con una reducción de Oporto para que yo la examine.

—Tiene buena pinta —comento algo distraída, y entonces me doy cuenta de que la cebolla no está todo lo pochada que debería. Tuerzo el gesto—. Déjala unos minutos más.

—Pues iba a echar ya la nata... —se queja.

—Magda, no pasa nada. Ponla en el fuego y remueve un poco —le indico con suma paciencia.

Esta chica es buena en la cocina, pero un poco impaciente. Yo sigo a lo mío, estoy probando unas nuevas reducciones con vino tinto para acompañar postres en vez de carnes, como es lo más habitual. Para ello estoy utilizando riberas del Duero jóvenes,

para contrarrestar un poco el dulzor del azúcar moreno.

En el refrigerador tengo esperando una tarta de queso: ésa va a ser hoy la combinación novedosa de la carta. Lo bueno de trabajar aquí es que dispongo de libertad a la hora de crear y de proponer cambios en el menú. Que continúen o no a disposición de los comensales depende de los propios clientes, ellos, con su veredicto, son los que deciden.

El servicio del mediodía va bien, está animado, y eso me ayuda a concentrarme en los platos y no en mis cuitas amorosas. Mejor, no quiero rebanarme un dedo con el cuchillo mientras pienso en él y en lo que hemos hecho a primera hora.

Al acabar el turno, me voy al despacho de Xavi. Esta vez voy por propia voluntad, pues debo comentarle un par de aspectos referentes a la despensa. Una cuestión rutinaria. Además, Tito me ha pasado el inventario actualizado, junto con los albaranes de entrega, por lo que casi todo el trabajo ya está hecho.

—Adelante —me indica Xavi cuando llamo con los nudillos.

Me sonrío y me señala una silla. Yo rechazo su invitación y le entrego los datos. Sólo tiene que dar el visto bueno, pues confía en mi criterio a la hora de escoger proveedores.

—Como ves, está todo en orden —le digo, satisfecha por cómo se desarrollan las cosas bajo mi supervisión.

Es una responsabilidad enorme, lo sé, y por eso me esfuerzo a diario. También están Tito y Magda, que colaboran y me facilitan la tarea.

—Ya lo veo —murmura, echando un vistazo rápido. Después deja los papeles a un lado y me mira.

—Pues entonces perfecto. Te dejo con tus cosas —digo.

Es una forma de despedirme, pues estoy loca por llegar a casa. Tengo que hablar con mi madre y preparar el terreno.

—Espera, Bea, antes de que te vayas me gustaría agradecerte tu colaboración en la reunión de anoche.

«Ya estaba tardando», me digo, manteniendo una expresión amable.

—Pero si apenas hablé... —contesto, pues me pasé todo el tiempo disimulando los bostezos y sufriendo porque llegaba tarde a mi cita.

—Fue suficiente. Aún no es oficial, no obstante, está prácticamente cerrado. A finales de año se abrirá el Cien Fuegos de Sevilla.

—¡Es una noticia estupenda! —exclamo sonriente.

A mí no me atañe de forma directa, pero entiendo que el éxito del negocio y su expansión significan que las cosas se están haciendo bien por parte del equipo al que pertenezco.

—Pues sí, lo es —corroborra Xavi, y se pone en pie para acercarse hasta mí—. De ahí que quiera agradecértelo personalmente.

Respiro. Está muy cerca, demasiado. No me gusta. Me da la impresión de que él lo sospecha, y de ahí que a la menor oportunidad posible invada mi espacio. Será una

técnica de intimidación o de seducción, no lo sé, yo estoy desentrenada en estos aspectos.

—No hace falta —respondo con modestia.

Intuyo que de nuevo voy a tener que recurrir a todas mis dotes de diplomacia para escabullirme sin ser grosera con mi jefe. No me gusta hacerlo y sé que el interés de Xavi debería halagarme, pero yo tengo la cabeza, y el resto del cuerpo, en otra parte.

No me siento tentada de ningún modo, pero además prefiero pecar de prudente.

—Cenemos juntos esta noche, en mi casa —propone en ese tono seductor que le debe de funcionar a la perfección cuando va por ahí, porque he de reconocer que es bueno, el condenado. Seguro que millones de mujeres ya estarían babeando ante una invitación similar, pero por desgracia no funciona conmigo, ahora no—. ¿Bea?

Vamos a ver, vamos a ver. Lo de cenar puede pasar. Juntos es obvio, pero lo de en su casa va a ser que no. De ninguna manera. Quien evita la tentación evita el peligro, y yo sólo quiero una clase de tentación en mi vida.

—Me es imposible, de verdad, tengo... —balbuceo, y me siento idiota, pero he de ser firme al respecto.

—Siempre te pillo ocupada —me interrumpe, dando a entender que está hasta la peineta de mis excusas.

Dilema al canto... ¿Sinceridad o diplomacia?

—Soy una mujer ocupada —replico.

—Bea..., deberías dejar de fingir —me dice, y no puedo evitar que me acaricie la cara.

Es agradable, no lo niego, sin embargo, no puedo permitirlo.

—No finjo, Xavi. —También utilizo su nombre para remarcar mis palabras.

—¿Entonces?

—Es más sencillo que todo eso. Estoy enamorada de otro. Muy enamorada.

—¿Y?

Parpadeo. Este hombre no entiende o no quiere entender, por lo visto. O en su mundo ésa no es una variable que tener en cuenta, porque queda muy claro que no es una inocua invitación a cenar. Hasta yo, la desentrenada, lo sé.

—¿Cómo que «y»? —repito, frunciendo un poco el cejo.

Xavi tiene el descaro de sonreír y de mirarme los labios. Mal asunto. Noto cómo su mente de seductor nato elabora una nueva estrategia. Insisto, es bueno. El mejor. Lástima que esté desperdiciando sus balas conmigo.

—Ese tipo que ha venido a buscarte en alguna ocasión no tiene pinta de ser muy fiel. No entiendo por qué vas a privarte de pasar buenos momentos.

Me paso la mano por la cara. O soy yo que estoy muy espesa o Xavi anda dando palos de ciego.

—Si te refieres a Pablo, no, no es mi pareja. Sólo un buen amigo —le informo, aunque a lo mejor debería haber cerrado el pico. Demasiada información.

—Mejor me lo pones... —murmura casi entusiasmado, y se acerca un poco más.

«Qué cosas me pasan», pienso. Parece como si tuviera una colección de pretendientes. Y no entiendo por qué, yo no hago nada para alentarlos.

—Voy a ser sincera. Aparte de que me parezca un error que tú y yo seamos algo más que jefe y empleada, no me siento atraída por ti —le explico, confiando en que lo entienda.

—Entonces es que no he hecho bien los deberes —responde sin abandonar su papel de seductor.

Por favor, es inasequible al desaliento.

—Ya te he dicho que tengo una relación que bajo ningún concepto voy a estropear —afirmo, y me siento bien decirlo en voz alta—. Me siento halagada, de verdad, pero no puedo, Xavi.

Tuerce ligeramente el gesto. Vaya, al parecer va pillando la idea.

—Vaya..., tú sí que sabes rechazar a un tipo sin hacerlo sentir una mierda —replica, dando un paso atrás.

Menos mal.

—Escucha, estoy segura de que, si te lo propones, hay muchas mujeres interesadas en ti. —Nada como estimular el ego en estos casos.

—Ése es precisamente el problema —reconoce—, que hay muchas, demasiadas, pero ninguna que merezca la pena.

—Pues no dejes de intentarlo —lo animo.

—Eso hago —admite guasón, y me hace reír.

Vaya si lo intenta...

Y como parece que se lo ha tomado bien, me acerco y le doy uno de esos abrazos maternos que sientan tan bien, para reconfortarlo. Es un buen tipo, se lo merece.

—Gracias, Bea.

—Gracias a ti.

Satisfecha por haber manejado bien la situación, me marchó a casa, donde tengo otro frente abierto. Encuentro a mi madre preparando la merienda y a Félix pintando unas fichas en la cocina. Por una de esas casualidades de la vida, no tienen la tele encendida.

—¿Qué haces, cariño? —le pregunto, agachándome para darle unos besos.

—Mamá, mira qué bien pinto, ya no me salgo —me dice orgulloso, y me muestra su trabajo.

—Anda, Félix, cómete la fruta —le pide mi madre, acercándole el plato.

—¡Está genial! ¡Choca los cinco!

—Vaaale, pero la fruta me la como más tarde...

Yo niego con la cabeza y su abuela hace lo mismo.

Él hace una mueca típica de un niño que intenta salirse con la suya, pero no lo va a conseguir. Tanto la abuela como yo nos mostramos inflexibles y al final empieza a comer, con desgana, por supuesto. Para que ambas nos sintamos culpables por hacerle algo tan horrible.

Qué tunante está hecho. A este paso, antes de cumplir los diez va a ser él quien imponga las normas, porque sabe muy bien cómo conquistarnos.

—¡Luego quiero patatas fritas! —exclama con la boca llena.

—De acuerdo, te las preparo para cenar —accedo, y le doy otro achuchón antes de ir a mi habitación para cambiarme.

Paso por el cuarto de baño, porque siempre viene bien una ducha tras llevar horas en la cocina, y me pongo cómoda. Mi intención es relajarme en casa. Me siento en una esquina de la cama y observo mi dormitorio. Sencillo, funcional. Nada personal. Los muebles estaban aquí cuando llegué, yo sólo compré las sábanas.

Max llegará aquí dentro de diez días y debería ir pensando en acondicionarlo todo para que se sienta lo más cómodo posible. Suspiro, no será fácil. En esta casa dispongo de más espacio que antes, sin embargo, ésa no es la cuestión. No sé exactamente lo que es, pero algo me preocupa. Puedo hacerle hueco en mi armario, la cama es de matrimonio, y él se adapta con bastante facilidad; al menos lo demostró cuando se trasladó conmigo en Barcelona. No obstante, sigo con una sensación extraña, como que no voy a estar a la altura, o puede que yo misma me esté exigiendo demasiado.

—¿Puedo pasar? —pregunta mi madre, llamando con suavidad a la puerta.

—Sí, por supuesto.

Entra y se cruza de brazos al verme ahí, sentada a lo Forrest Gump (sólo me falta la caja de bombones), abstraída en mi mundo. En vez de preguntarme de forma directa, se pone a recoger la ropa que yo he dejado sobre la silla. Es increíble, pero nunca abandona su papel de madre.

—Deja eso —le digo, intentando arrebatárselo—, ya sabes que no me gusta que trabajes de más. Te lo he dicho muchísimas veces.

—Hija, estoy acostumbrada a estar ocupada todo el día, me aburro mano sobre mano —aduce sin hacerme caso, y hasta alisa la colcha con los dedos.

—Pues aprovecha para descansar —la regaño.

—Venga, termina de cambiarte y dame esa ropa, que así pongo una lavadora.

Lo dicho, no me hace ni caso. Es como volver a ser adolescente y que tu madre entre en la habitación y te ponga las pilas porque la tienes hecha un asco.

—Mamá...

—Dime.

—Tengo que contarte una cosa —murmuro, ligeramente avergonzada, pues esto de hablar de hombres con una madre todavía me cuesta.

—¿Tiene que ver con el hecho de que hayas dormido dos noches seguidas fuera de casa?

—Sí —respondo, tras inspirar un par de veces.

Ella se sienta a mi lado en la cama, dejando a un lado la ropa sucia. Me mira y, como sólo una madre puede hacerlo, me peina con los dedos. No sé qué está pensando ni cómo se tomará todo esto, pero al menos me escuchará.

—No sé muy bien por dónde empezar... —digo, cerrando los ojos.

—Vamos a ver, Bea. Estos últimos días has coincidido con Pablo, pero tengo la impresión de que no es con él con quien has estado —comenta, y no parece sorprendida. No sé si eso es bueno o malo.

—No, no es él...

—¿Entonces?

Me pongo de pie, no porque me moleste estar junto a ella, sino porque prefiero caminar, moverme, antes de seguir hablando.

—Vas a pensar que estoy mal de la cabeza o que soy una inconsciente —empiezo con pesar.

—¿Por qué?

—Es que... ni yo misma comprendo cómo puedo hacer las cosas tan mal —me quejo—. Cuando menos lo esperaba, aparece Pablo y, bueno..., me dejé llevar —recurro a un eufemismo.

Mi madre me mira impertérrita. Mejor. Hay cosas que se entienden a la primera.

—De los errores se aprende —me recuerda, y esbozo una sonrisa.

—Eso pienso yo... Pero en estos últimos dos días han ocurrido cosas que... Es que, joder, no me lo creo ni yo.

—No digas palabrotas —me reprende.

—Perdona —me disculpo—. La cuestión es que yo tenía más o menos las ideas claras.

—¿Más o menos? —pregunta con una sonrisa amable.

—Con Pablo..., no sé, pensaba llegar a un acuerdo, por el bien de Félix.

—Es lo más acertado, aunque sigo sin confiar en que sea un buen padre. Pero no puedes oponerte.

—Lo sé y por eso me dejé llevar... Quizá me pilló en uno de esos momentos de vulnerabilidad, de lo más tonto, la verdad. Aunque ahora tengo muy claro que no puede haber nada más.

—Me alegro —murmura comprensiva—. Pero...

Cómo me conoce...

—Pero he vuelto a ver a Max, mamá, y no sólo me he dejado llevar —admito, y me derrumbo.

Por supuesto, ella me recibe con los brazos abiertos. Me dejo querer, pues si bien estoy segura de que quiero estar con él, son aún muchas las dudas que estropean la euforia de volver a estar juntos.

—Mi niña... Es lo que tienen las cosas del querer.

—Y encima mi jefe me ha tirado los tejos, ¿te lo puedes creer? —digo, y sueño alucinada, porque no es para menos—. De repente paso de estar más sola que la una a tener donde escoger.

—Bea, a mí no me sorprende —contesta convencida.

—Pues a mí sí, la verdad. ¿Qué les pasa a los hombres? Les dices que no estás

libre e insisten —farfullo, pensando en mi jefe y en cuánto le ha costado aceptar una negativa.

—Los hombres son como las compañías telefónicas —dice mi madre.

Me separo de ella, porque no esperaba un comentario como ése.

—¿Como las compañías telefónicas? —repito, con la esperanza de que me lo aclare.

—Pues sí. —Sonríe—. Cuando ya tienes un contrato estupendo, las otras compañías te bombardean con ofertas atractivas; sin embargo, cuando revisas con atención lo que te ofrecen, llegas a la conclusión de que no son tan buenas y te quedas con la que ya sabes que funciona —me explica, y yo asiento, porque tiene mucho sentido—. Y lo hacen porque saben que eres buen cliente, fiel, cumplidor. Y en vez de ir a buscar nuevos y arriesgarse, optan por lo seguro.

—Mamá, ¡eres toda una filósofa! —exclamo, reflexionando sobre su explicación—. Nunca lo había visto así.

—Pues ahora ya sabes —replica, divertida ante mi halago—. Sólo tienes que estudiar las nuevas opciones y ver si de verdad merece la pena hacer cambios.

—No tengo que pensar nada, sé muy bien a quién quiero —declaro, y me siento segura de ello—. Por eso quiero decírtelo... Max va a venir a vivir aquí conmigo.

Las dudas que me rondan no se refieren a la decisión en sí, son más bien respecto a cómo funcionarán las cosas una vez que él esté aquí, conmigo.

Ella me mira. No sonrío, no dice nada. Entiendo que la noticia la haya sorprendido, pues todo ha ido muy deprisa, sin tiempo para nada.

Pablo se levanta nada más verme entrar en la cafetería donde hemos quedado. Me llamó ayer, al regresar de otro de sus frecuentes viajes. No sé cuál es la naturaleza exacta de los negocios de su jefe, Vasili, pero se debe de dejar una pasta en medios de transporte, porque cada dos por tres hace la maleta.

Hoy se ha presentado vestido de manera menos formal. Así me recuerda más al Pablo al que yo conocí. Cuando llego a su altura, no duda en acercarse para besarme, pero yo le ofrezco la mejilla. Él se queda sorprendido, aunque, al estar en público, no dice nada y se comporta.

Nos sentamos en una zona apartada, de esa forma podremos hablar sin que nos molesten. O al menos eso espero. Me mira, y eso me pone nerviosa. Supongo que ya le han informado de mi paso por el hotel propiedad de su jefe.

—¿Qué tomas? —me pregunta, haciendo un gesto para llamar a la camarera.

Pido un café con leche caliente y él otra cerveza, sin alcohol, lo cual es toda una novedad. Nos sirven con rapidez.

Sola ante el peligro.

—¿Cómo está Félix? No he querido llamarlo para no confundirlo, pero mi intención es pasar el mayor tiempo posible con él. Ya te lo he dicho, quiero hacer de padre, no sólo verlo de pascuas a ramos.

—Lo entiendo, Pablo, y no me opongo, aunque prefiero irle explicando la verdad poco a poco.

—No, Bea, ya no espero más —replica.

Ya sabía yo que no iba a ser sencillo...

—Está bien —acepto tras pensarlo—. Buscaré la forma de decírselo.

—Mira, no me tomes por tonto. Esa cantinela me la estás repitiendo desde el primer momento —me interrumpe molesto—. Y, por si fuera poco, me has dejado en ridículo.

Suspiro, tarde o temprano iba a llegar este momento.

—Escucha, no era mi intención... —Me detengo.

¿Por qué me justifico? Los dos somos mayorcitos, así que ni hablar.

—Me has hecho quedar como un gilipollas —añade—. ¿No podrías haber escogido otro hotel?

—Pablo, no te debo ninguna explicación. Sucedió y punto —contesto, porque no estoy dispuesta a dejarme avasallar.

—Entonces ¿debo entender que yo fui una especie de ensayo?

—No te pases —murmuro—. A estas alturas no me vas a hacer creer que te sientes utilizado o algo por el estilo.

—Puede que te sorprenda —replica en tono ácido.

Está enfadado, salta a la vista, y, la verdad, me joroba que se muestre así, ya que él es el menos indicado para ello. Este ejercicio de cinismo termina sacándome de

quicio.

—Seamos sinceros, por favor —digo muy seria—. Que nos hayamos acostado, una vez —recalco lo de «una vez» porque me parece muy relevante—, no significa nada. Fue...

—¿Un error? —sugiere sarcástico.

—No, no fue un error —me apresuro a decir, porque pese a que no me siento orgullosa de ello, al menos fue revelador—. Fue algo imprevisto, lo reconozco, sin embargo, salta a la vista que no congeniamos.

—Claro, estabas pensando en otro..., así es imposible que el asunto funcione —me espeta, picado en su orgullo.

—Estás sacando las cosas de contexto —digo en un intento de apaciguarlo, porque si empezamos a levantar la voz vamos a llamar la atención, y, lo que es peor, a decirnos cosas que pueden hacernos mucho daño.

—Tu hermana tenía razón, ¿no es cierto?—masculla, y supongo que darle la razón a María le escuece tanto o más que el hecho en sí.

—Eso ya da igual —murmuro a la defensiva, porque sí, maldita sea, la sabelotodo de María estaba en lo cierto—. Lo importante ahora es que tú y yo consigamos llevarnos bien, por el bien de Félix.

—Ya veo... —Furioso, se acaba su cerveza y pide otra.

Yo es que no salgo de mi asombro. ¿Pablo celoso? Eso es impensable, pues hasta donde yo sé, nunca lo había demostrado. No entiendo a santo de qué ahora se muestra tan molesto al saber que estoy con otro.

—No, no lo entiendes —le digo, cansada del asunto—. Mi vida personal no te concierne, Pablo. No me vengas ahora rasgándote las vestiduras.

—Pues no haberme engañado.

Abro los ojos como platos. Ésta sí que es buena.

—¿Engañado?

—Así es como me siento, joder. Yo intentando acercarme a ti sin mentiras, siendo muy consciente de que en su día te herí y de que eso siempre estará en mi contra... —comenta en tono duro, dolido.

—Pablo...

—Y tú sólo me has utilizado para jugar a darle celos a ese tipo, ¿me equivoco?

—No ha sido así —respondo ofendida, porque va muy descaminado.

—Nunca pensé que fueras tan infantil. No conozco a ese hombre más que de verlo un momento, pero espero que no haya sido tan idiota como para creerse esta pantomima —añade, y me da la impresión de que sólo quiere hacerme daño.

—No tienes la menor idea —exclamo, porque la conversación se está convirtiendo en una serie de acusaciones sin sentido—. No voy a entrar en detalles, Pablo, porque pertenecen a mi vida privada. Piensa lo que te venga en gana.

Doy por concluido este diálogo de besugos y me levanto. Tengo cosas más importantes que hacer y, ahora que parece que podíamos llegar a un entendimiento,

no quiero terminar odiándolo.

—No piensas dar la cara, por lo que veo —me acusa.

Me detengo frente a él mientras cojo mi bolso y, aunque no debería, termino diciéndole:

—No eres el centro del universo, Pablo. Tengo mi vida, y no vas a jodérmela otra vez.

Dicho esto, me doy media vuelta y salgo a la calle. Por una vez agradecida de que el frío me golpee la cara. Es una forma de saber que sigo viva, que siento y que puedo salir adelante.

Tengo otras cosas que pensar. Quiero tenerlo todo listo para cuando venga Max. Mi madre no ha hablado del asunto, lo que puede ser una buena señal de que acepta mi decisión.

Me voy directa al restaurante. Xavi me recibe con una reverencia burlona que, mira por dónde, me hace sonreír y relegar al baúl de las cosas pendientes mi relación con Pablo y cómo explicarle la situación a Félix para que lo entienda y no le cause ningún problema.

Además de Xavi está Tito, que acaba de llegar, y antes de que Magda y yo nos pongamos el mandil, ya nos ha contado un chiste de lo más verde. Nos reímos de lo lindo y mi ayudante parece que también se ha acalorado. Bueno, pues allá ella con sus sonrojos, que los maneje como quiera. Yo, a lo mío. A ocuparme de la cocina y a pensar en Max en cuanto tenga un ratito libre...

De regreso a casa, recibo una llamada de Beto.

—¿Sigues viva? —me pregunta nada más descolgar.

—Pues sí. ¿Y tú?

—Vivito y coleando —se ríe, y me arranca una sonrisa.

Cómo lo echo de menos. Es un meticón, un cotilla y a veces me pone en el disparador; sin embargo, es un amigo con todas las letras.

—¿Qué tal tu novio?

—Ufff, mejor ni te cuento, porque te da un algo —digo.

—Tranquila, lo superaré —contesta, y me río con él.

—¿Y el resto? —le pregunto.

—He dejado el trabajo, ya no podía más.

—Joder, cómo lo siento, y ¿qué vas a hacer ahora?

—Pues deprimirme no, eso te lo aseguro. Voy a tomarme unos días de asueto y después empezaré a buscar algo.

Entonces caigo en la cuenta de que, como dijo Xavi, a finales de año van a abrir un Cien Fuegos en Sevilla, y eso quiere decir que tendrán que buscar un equipo...

—Escucha, Beto, no quiero darte falsas esperanzas, pero hablaré con mi jefe, ¿de acuerdo?

—¿Y trasladarme a Madrid? No, ni hablar —y añade cantando—: Nací en el Mediterráneo.

—Deja de decir bobadas —lo regaña con cariño—. Están considerando la idea de abrir un local en Sevilla. Todavía no es definitivo, pero a ti siempre te ha gustado el sur.

—Hmmm... —murmura.

—Te iré informando. ¿De acuerdo? —añado.

—Vale, Bea, eres un solete. Y ahora, dime, ¿algún nuevo rollete en la capital del reino?

—¿Es que no puedes pensar en otra cosa? —protesto, pero con poca convicción—. No, ningún rollete nuevo...

—¡No me dejes en ascuas! —me grita, y tengo que apartar el móvil de la oreja, porque me deja sorda con ese chorro de voz.

—Pues ¡no me chilles, que no te veo! —respondo riéndome.

—Desembucha, por favor, Bea —exige.

Sólo puedo decir una palabra:

—Max.

—¿QUÉ? Oh, joder, ¿qué ha pasado? ¿Cómo ha sido? Mierda, mierda, y yo aquí —se lamenta en ese tono teatral tan suyo—. ¿Cuándo? Maldita sea, cuéntamelo todo ahora mismo.

—¿Todo? —bromeo, sabiendo muy bien lo impaciente que es y que su lado cotilla está ahora desatado.

—Sin pelos y con señales, por favor —indica, conteniendo su lado perverso.

—Pues resulta que...

Ni que decir tiene que sólo le cuento la versión edulcorada, ni loca le doy los detalles más íntimos. Ya sé que Beto ni siquiera se sonrojaría, pero hay cosas que prefiero guardar para mí, así que, pese a sus protestas, no cedo.

—Bea...

—Tendrás que conformarte con eso —afirmo inflexible.

—Mala pécora... —refunfuña.

Con una sonrisa en los labios, me despido de él y me voy a casa, donde encuentro a mi hijo recién llegado del cole. Tras el achuchón de rigor, le pregunto si quiere venir conmigo al supermercado, pues tengo que comprar cuatro cosillas.

Por supuesto, Félix se apunta, y nos vamos a hacer los recados y a pasar un rato los dos juntos. Y de paso dejamos que mi madre tenga un rato para ella, porque yo sé que cuidar de Félix puede ser agotador.

—Ponte la *gufanda* —insisto por cuarta vez desde que hemos salido del supermercado.

Félix no hace caso. Para él ir a la compra es como ir al parque temático, se lo pasa en grande. Me retrasa y hace que tarde casi el doble, pero no me importa, es una forma de hacer cosas juntos, después de pasarme el día fuera de casa.

—Si no hace frío —replica, y yo pienso que uno de los dos tiene mal el termostato.

He tenido que chantajearlo para que se ponga el anorak, pero la bufanda es otro cantar, porque siempre la tiene de adorno. En cambio, yo parece que voy en la expedición de Amundsen a la Antártida. Sólo me falta el trineo. Por favor, qué frío hace.

Hoy ha hecho uno de esos días desapacibles, grises y tristonos. Lluvia, viento y una temperatura que invita a quedarse en casa frente a la chimenea. Pero yo tengo obligaciones y además en mi salón no hay ninguna estufa. Ya ha anochecido y deberíamos estar preparando la cena.

—Anda, mira, mamá, un coche igual que el de Max —dice Félix emocionado.

Sonrío. No he querido decirle nada porque aún faltan cinco días. Estamos en el ecuador de nuestra separación y lo estoy llevando más o menos bien. A ratos eufórica, contando las horas como una veinteañera alocada, y a ratos depre, porque hay días que se hacen eternos.

—Venga, no te entretengas —resoplo, porque a pesar de llevar guantes tengo las manos heladas.

No le he dicho nada porque no quiero que se ponga nervioso, bastante tengo yo con mis propias neuras. Mi madre parece ser la que mejor lo lleva, como si tal cosa. Mejor, siempre es bueno que alguien conserve la calma.

—Por fin —jadeo, a escasos cien metros del portal.

En cuanto llegue a casa, me voy a tumbar como un lagarto junto al radiador para entrar en calor.

Miro hacia atrás, Félix camina a paso de tortuga, entreteniéndose con cualquier cosa. Ahora está acariciando a un perro. Le encantan, como a todos los niños, y en cualquier momento me vendrá con la cantinela de que quiere uno.

—¡Félix! —lo llamo tiritando—. ¡Venga!

—Ya voy, mamá —grita en respuesta, pero como quien oye llover, pues sigue a lo suyo.

No quiero enfadarme, pero miro la hora y pongo mala cara. Me apetece cenar pronto para luego poder meterlo en la cama y así tener tiempo y llamar a Max. Hablamos cada noche, hablamos o lo que surja, todo hay que decirlo.

Tenemos conversaciones de lo más íntimas. Creo que nos ha resultado más sencillo hablar de algunos asuntos por teléfono que estando cara a cara. Ha habido momentos muy subidos de tono y hasta otros que jamás hubiese imaginado.

Conciliar el sueño después de una charla en la que un tanto por ciento muy elevado de las palabras empleadas son de carácter sexual es todo un ejercicio de autocontrol y en muchas ocasiones termino rindiéndome a la evidencia. Es decir, tengo que acabar con mis manos lo que él ha empezado con sus palabras. Cuando lo tenga aquí, a mi lado, va a ser alucinante.

—Debería haber comprado vitaminas —murmuro, riéndome como una tonta en mitad de la calle.

Algunas de nuestras conversaciones, además del alto contenido erótico, también

han versado sobre otros aspectos. Por ejemplo, el logístico. Le he explicado a Max cómo es mi vida ahora, detalles incluso tontos, aunque él me lo ha agradecido. El aspecto en el que más ha insistido es en que no quiere trastocar mi rutina. No quiere ser una carga ni molestar. Eso me ha llegado al alma. ¿Cómo puede pensar semejante tontería? Por favor, que en casa vamos a estar estupendamente. Habrá que mantener las formas y contenerse un poco en determinados momentos, pero luego podremos dar rienda suelta a nuestra imaginación.

Estoy de un desatado que hasta me asusto de la clase de pensamientos que se me pasan por la cabeza. Si a éstos les sumas los recientes recuerdos adquiridos en una habitación de hotel y, tengo que reconocerlo, las posibles combinaciones que vi durante mi fugaz paso por una orgía, ando excitada sin remedio.

Hay sólo un asunto del que no he sido capaz de hablarle: Pablo. ¿Cómo lo hago? Y tengo que hacerlo, pues éste pronto reaparecerá. El enfado de esta mañana se le pasará y, aunque me cueste reconocerlo, está realmente interesado en su hijo y voy a tener que hacer encaje de bolillos con este asunto.

Con todas estas divagaciones en la cabeza, he llegado a la puerta de casa. Miro por encima del hombro y veo a Félix arrastrando los pies, porque si de él dependiera nos pasaríamos el día en la calle. Comprensible, pero imposible. Y menos con este tiempo.

—¡Venga! —repito, sintiéndome como un disco rayado.

Como es lógico, Félix no acelera y yo tuerzo el gesto.

—Ya voy —farfulla con carita de pena incluida, pero no le sirve de nada.

Sujeto bien las bolsas y señalo el portal. Abro el bolso para buscar las llaves y justo en ese momento me suena el móvil.

—Qué casualidad... —mascullo, porque con los guantes me es imposible agarrar las cosas a la primera.

Me quito uno con la boca.

—¿Diga? —pregunto sin mirar la pantalla y con tono áspero, porque esta llamada es de lo más inoportuna.

—Hola.

No se me caen las bolsas al suelo de milagro. Esa voz ronca me calienta de repente. Ya no tengo frío. Félix se detiene a mi lado.

—No esperaba que me llamasen tan pronto —le digo, contenta por oír su voz.

—Me ha surgido algo y luego me será imposible llamarte —explica Max, y de verdad no quiero sentir ni un ápice de duda sobre lo que sus palabras pueden significar.

Estoy decidida a no sacar conclusiones precipitadas.

—Ah, vale. Y ¿cómo te ha ido el día? —pregunto, impregnando mi voz de un matiz alegre, porque lo de «Te echo de menos» resulta deprimente. Aunque sea muy real.

—De aquí para allá —contesta—. Cerrando asuntos. Lo normal. Intentando

dejarlo todo organizado, pero ya sabes cómo son estas cosas...

—Lo entiendo, no te preocupes —digo comprensiva.

—Te había prometido estar ahí en diez días, pero no va a ser posible —explica, y se aprecia la tristeza en su voz.

—¿Quién es, mamá? —me pregunta Félix.

—Dile que se ponga, quiero hablar con él —me pide Max al otro lado de la línea.

Yo no estoy muy segura de qué debo hacer, pues no le he dicho nada y soltárselo ahora así de repente no sé cómo se lo va a tomar. Al final accedo.

—Toma, alguien quiere hablar contigo —le digo a Félix.

—¿Quién es, la abuela? —pregunta inocente.

—No, no es la abuela.

—¿Quién es? —pregunta al teléfono, algo cohibido, y de repente grita—: ¡Max, es Max, mamá! ¡Es Max!

Sonrío, porque sé lo mucho que deseaba este momento. Lo observo escuchar atento todo lo que él le dice; me gustaría saber lo que es, pero bueno, supongo que tienen derecho a sus cosillas sin que yo me meta por medio.

—Sí, hace mucho frío, pero yo no lo noto —explica Félix, sonriendo de oreja a oreja—. Ahora voy a otro cole —prosigue—. Y tengo nuevos amigos.

Me siento un poco tonta aquí, en medio de la calle, emocionada escuchando a mi hijo hablar por teléfono y con las bolsas de la compra en la mano. Hace una rasca que te deja sin aliento, pero ya ni lo noto. Bueno, sí lo noto y hasta tiritito de frío, pero merece la pena por ver la carita de mi hijo mientras habla con Max.

—Vaaaaaale, se lo digo —Félix me mira y suelta—: Max dice que deberías abrigarte y no... —Se detiene, sin duda a escuchar la siguiente parte del mensaje—. Ah, sí, que si tienes tanto frío lo mejor es que te pongas una *gufanda*.

—¿Eso dice? —pregunto riéndome; sin embargo, a los cinco segundos me doy cuenta de que él no puede saber si yo llevo...

Miro alrededor, buscándolo. No puede ser, ¿verdad? Pero... ¿de qué otra forma sabe él que yo tengo frío y no llevo bufanda? Tiene que estar por aquí. Maldita sea, no lo veo.

—Mamá —me llama Félix, tirando de mi bolso.

—Dime.

—Max me pregunta qué tenemos de cenar.

Dejo caer las bolsas de cualquier manera en el suelo. Tengo que verlo. Pero no hay manera. Ni rastro de él. Félix me devuelve el teléfono y en vez de quedarse a mi lado, echa a correr calle abajo.

—¡Max! —grita, y entonces lo veo.

Camina despacio, con una pequeña bolsa de viaje en la mano, que deja caer al suelo para coger a Félix en brazos. Mi hijo grita, lo abraza, y yo, como una tonta, me quedo en el sitio incapaz de dar un solo paso.

Él viene hacia mí con Félix en brazos y me mira escondiendo una sonrisa.

—Buenas noches —dice muy ufano.

—Hola —farfullo, e intento mantenerme un poco digna.

—Hace un poco de frío para estar en la calle, ¿no te parece? —pregunta, recurriendo a una conversación de ascensor.

—Sí, la verdad es que sí.

—Mamá, ha venido. Y ya está bueno, ya no está malito como decías —interviene mi hijo, dejándome en evidencia. Max arquea una ceja.

—Bea... —Deja a Félix en el suelo y se acerca a mí.

—Anda, mami, dale un besito. A mí no paras de achucharme —me anima de nuevo Félix.

—Antes me has dicho que no ibas a poder resolver tus cosas en diez días...

—Y tú has pensado que...

No le dejo acabar la frase. Tiene razón, mi lado pesimista ha pensado que los diez días serían muchos más. Da igual, me he lanzado a sus brazos y he comenzado a besarlo como si no hubiera un mañana. Besos de película con frases moñas a juego en plena calle y con un frío que pela.

Lo cursi gana la batalla.

Cuánto lo he echado de menos.

Es Félix quien nos llama la atención, tirando de mi chaqueta para que me aparte de Max. No porque lo esté besando como una posesa, que lo estoy haciendo, sino más bien por monopolizarlo, ya que en cuanto me separo de él, se lanza a sus brazos y, por supuesto, es recibido con idéntico entusiasmo.

Los dos se abrazan con cariño. No se separan ni con agua caliente. No me importa, como si me tengo que quedar unas horas con los pies helados, contemplándolos.

—¿Subimos? —dice Max señalando el portal, con mi hijo en brazos.

Ha llegado la hora de la verdad.

Recojo las bolsas de la compra y abro la puerta mientras mis chicos me siguen. La noche promete.

—Tengo muchas cosas que contarte —dice Félix emocionado.

—Claro que sí, y yo también —responde Max.

O sea, que van a tener una larga, interesante y confidencial charla de chicos de la que me excluirán. Pues muy bien, ya los chantajearé con algunas de mis *delicatessen*. En especial una que he ido perfeccionando, con chocolate negro y helado de naranja, y si eso no surte el efecto deseado, pues los espío y listo.

Max se percata de mi silencio y me mira con expresión curiosa.

—Luego te lo cuento —articulo sin voz, y me regala una sonrisa.

—¿Dónde os habéis metido? —inquire mi madre al verme aparecer. Ha debido de oírnos y se ha adelantado para abrir.

Doy un paso adelante y dejo las bolsas en el suelo. No sé cómo decírselo, así que empiezo a quitarme cosas y colgarlas en el perchero de la entrada.

—¡Hola, abuela! —canturrea Félix, exultante, bajándose de los brazos de Max—. Mira, ha venido Max.

—Ya veo...

Mi hijo me ha ahorrado la tarea.

—Mamá, éste es Max —intervengo, para que todo sea más formal.

—Señora...

—Alto ahí —lo detiene mi madre, dejándome pasmada. No sé cuál es el motivo de esta descortesía, pero espero que rectifique, porque, si no, mal empezamos—. Ni se te ocurra llamarme señora.

Inspiro hondo.

«Esto sí que es entrar por la puerta grande», pienso con ironía.

—¿Perdón? —murmura Max, tan perdido como yo. Sólo está siendo educado y vaya recibimiento le estamos dando.

—Lámame Manuela —remata mi madre, ofreciéndole por fin una sonrisa amable.

Yo respiro, menos mal. Y Max, al que también se le nota el alivio, se acerca a ella

y dice:

—Hola, Manuela. Encantando de conocerla.

Le tiende una mano, pero le debe de parecer muy formal, porque termina dándole dos besos que mi madre recibe encantada.

—El gusto es mío —responde coqueta.

—Acompáñame —intervengo yo, haciéndole un gesto para que me siga hasta el dormitorio.

—Mamá —me detiene Félix.

—Dime, cariño.

—Max no puede dormir en tu cuarto —dice muy serio, dejándome pasmada.

Observo de reojo a mi madre. No sé si está pensando lo mismo que yo, pero la ingenuidad de mi hijo la divierte.

—¿Y eso por qué? —inquiero, preparándome para lo peor, porque con un niño de cinco años y sus procesos deductivos cualquier cosa es posible.

—¡Porque sólo hay una cama! —exclama como si fuera una cuestión evidente.

—Tu hijo tiene razón —tercia mi madre con cierta malicia.

—Mejor se queda en mi habitación, yo tengo dos camas —se ofrece Félix, sonriente.

Max le devuelve la sonrisa, porque se lo está pasando en grande.

Pongo los ojos en blanco. Los niños y sus ocurrencias. En efecto, en el dormitorio de él hay dos camas, pero dudo mucho que un tipo del tamaño de Max pueda sentirse cómodo en una cama infantil, por no mencionar que yo dispongo de una doble y que me muero de ganas de que pasemos la noche juntos. La primera de muchas, por supuesto.

—Cariño, él no cabe en esa cama —le explica mi madre, lo que viene a ser como si me diera su aprobación.

No la necesitaba, pero así me siento muchísimo mejor.

—Escucha, el próximo fin de semana montaremos un campamento en tu habitación para pasar una noche de chicos, ¿qué te parece? —sugiere Max, ganándose toda la atención de Félix y, por supuesto, todo su cariño, eso si no lo tenía ya.

—¡Guay! —chilla mi hijo, encantado—. Pero antes jugamos un rato con los Zomlings, porfaaa.

—¿Eso qué es? —pregunta Max, perdido por completo.

—Unos bichos más feos que Picio —explica mi madre.

—De acuerdo. Pero ahora nos vamos a lavar las manos, cenar todo lo que nos hayan preparado y después acostarnos pronto, que mañana es día de escuela —añade Max, y Félix, cual manso corderito, asiente con una sonrisa y se va corriendo al aseo del pasillo.

—Ver para creer —comenta mi madre, divertida, porque por lo general hay que sobornarlo para que haga las cosas que no le gustan a la primera—. Voy a poner la

mesa —añade.

Acompaño a Max al dormitorio que vamos a compartir. Mis nervios aumentan a cada segundo, pese a que el primer contacto ha sido bastante bueno, mejor incluso de lo que hubiera esperado en mis previsiones más optimistas.

Cierro la puerta tras de mí y me acerco para cogerle la bolsa de viaje y ayudarlo a guardar las cuatro cosas que se ha traído.

—¿Esto es todo? —le pregunto, alzando la bolsa para romper un poco la tensión.

Está siendo un comienzo de convivencia la mar de raro.

—Bea...

—¿Sí?

—El beso que me has dado en la calle...

Ese tonito no me gusta nada. Para mí ha sido muy intenso, muy significativo, no entiendo por qué lo dice como si no fuera nada.

—¿No te ha gustado? —pregunto molesta, dejando caer de mala manera su bolsa.

—Yo no he dicho tal cosa —se defiende, y empieza a quitarse el abrigo.

Lo deja perfectamente colocado sobre una silla y después mete las manos en los bolsillos de los vaqueros y se me queda mirando.

—Pues no lo parece —refunfuño. Le doy la espalda y me acerco al armario. Menos mal que he sido previsor y ya le había hecho hueco—. Aquí puedes guardar tus cosas. No hay mucho sitio, pero nos apañaremos.

De repente siento cómo me agarra desde atrás, pegándome a su cuerpo. Me rodea con los brazos y noto su respiración junto a mi oreja.

—Cuando me has besado en la calle... —hace una maldita pausa que me cripa un poco—, me ha sabido a tan poco... —musita, y, como si yo tuviera un interruptor general, me enciendo de arriba abajo.

En cinco segundos me tiene ardiendo. Qué mala pata, mi madre está sirviendo la cena.

—Max... —gimo, y, pese a que lo más lógico sería apartarme, mi cerebro no da la orden y permanezco inmóvil, por completo en sus manos para lo que tenga a bien hacerme.

—Ha sido un triste aperitivo, Bea —prosigue seductor—, y deberías haber intuido que vengo muerto de hambre.

«Pues yo le he preparado un menú de lo más completo», pienso y consigo darme la vuelta en sus brazos para poder mirarlo a los ojos.

—Escucha, en cuanto todos duerman, tú y yo... —Le doy un repaso y mi mano se detiene justo a la altura de su cinturón; podría bajar un poco más, pero me contengo, lo que hace que él emita un gemido muy indicativo de su estado. Un pequeño toque justo ahí, sobre lo que parece un interesante abultamiento de su bragueta—. Tú y yo hablaremos.

—¿Hablar? ¿De qué? —masculla, y yo me pongo de puntillas para besarlo.

Como era de prever, no se conforma con un beso rápido y me agarra del culo,

amasándolo y elevándome para tenerme lo más pegada posible a él. Yo me aferro a sus hombros y respondo a sus labios con verdaderas ganas, gimiendo de excitación, pero también frustrada, pues de nuevo tenemos que detenernos.

—Max..., por favor —le ruego, y por una vez parece que me funciona el sentido común y me aparto, sólo un poco.

—Lo sé, lo sé, pero me puede la impaciencia. Lo que me dijiste hace dos noches por teléfono me tiene loco.

Me pongo colorada hasta la raíz del pelo, porque no sé aún cómo fui capaz de hablarle de una de mis fantasías más secretas por teléfono. Fantasía agudizada por las turbadoras visiones que tuve en la orgía, algo que por supuesto no he sido capaz de comentarle.

—Eso de que te gustaría bailar, desnudarte para mí, en un sitio público... —gruñe, mientras me acaricia con suma ternura el cuello.

—Todo se andará... —Suspiro, porque antes debería ir a unas clases de baile—. Ahora intentemos cenar. Llevamos mucho tiempo aquí encerrados.

—Ve saliendo tú —me dice, apartándose de mí.

—No hace falta que recojas nada, luego en un santiamén me encargo yo.

Max niega con la cabeza.

—Ése no es el problema. —Señala su entrepierna—. Dame unos minutos y estaré a tu entera disposición.

—¿Te portarás bien? —lo provoco, acercándome a la puerta.

—Como un perfecto caballero —afirma, aunque me da la impresión de que sólo lo hará de cara a la galería.

Y qué carajo, ¿a quién quiero engañar? Esta noche no quiero un caballero en mi dormitorio. Todo lo contrario, prefiero al canalla más canalla de todos los tiempos.

Con media sonrisa, lo dejo en la habitación para que se «recomponga» y me voy a ver cómo les va a mi madre y a mi hijo en la cocina. Cuando entro, me encuentro con la mirada interrogativa de mi madre.

—Ya hablaremos —murmura, señalando a Félix—, que ahora hay ropa tendida...

Me río de ese eufemismo, pero tiene razón, delante del niño no podemos decir ni una palabra, que luego hace preguntas de lo más incómodas.

Hoy no tenía pensado hacer gran cosa para cenar, es lo que tiene ser chef, que cocinar en casa te resulta aburrido. Como si a un humorista le pidieran que contara chistes continuamente. Me gusta desconectar, pero hay que evitar morir de inanición y mi hijo está en edad de crecimiento, así que recorro a mi congelador de emergencia.

Los días que tengo tiempo libre o estoy inspirada, cocino/experimento y da la casualidad de que tengo una lasaña de verduras para chuparse los dedos. Sin perder un segundo, saco la bandeja y preparo el horno; ni loca meto yo esto en un microondas.

—Mamá, tengo hambre —se queja Félix.

—Ya va, impaciente —lo regaña mi madre, terminando de poner la mesa.

Max entra en ese instante y se queda esperando que le indiquemos lo que ha de hacer. Antes de que pueda decirle nada, Félix salta de su silla, va directo hacia él y le agarra la mano para arrastrarlo hasta el que a partir de ahora será su sitio, por supuesto al lado de él.

Sonrío con disimulo y controlo la temperatura del horno. Mi madre no les quita ojo, supongo que la curiosidad por saber qué modales demuestra en la mesa puede con ella. Pues se va a llevar una sorpresa, porque Max podría dar clases de saber estar a cualquiera. A mi madre eso le encanta, es una fiel defensora de las normas de etiqueta, si de ella dependiera, tomaríamos el té al más puro estilo británico. Con toda la porcelana disponible, por supuesto.

Voy sirviendo las raciones y poco a poco me relajo, porque todo transcurre con bastante normalidad. No sé por qué me empeño en ver fantasmas donde no los hay. Los nervios o qué sé yo, el hecho es que así es como comienza la convivencia.

Un día sucede y punto. No tiene por qué ser excepcional ni haber preparativos especiales. Ocurre y lo disfrutas.

Como era de esperar, Max, el elegido, tiene que encargarse de acostar a Félix, de leerle un cuento y de arrojárselo cuando caiga rendido en su habitación. Tarea que asume encantado.

Mientras, yo me quedo en la cocina recogiendo y mi madre, que está al quite, me va pasando los platos para cargar el lavavajillas. Se está conteniendo, sé que tiene unas ganas locas de hablar y de sonsacarme, así que opto por ir directamente al grano.

—¿Y bien? ¿Cuál es el veredicto?

—No seas impertinente —me regaña ella como si nada.

—Mamá, que nos conocemos... Te mueres por decirlo —bromeo.

Sin embargo, no dice nada...

Yo me limito a continuar recogiendo, porque, mira por dónde, hoy tengo unas ganas locas de acostarme temprano. Nada de ver algo en la tele, nada de navegar por internet, hoy prontito a la cama.

—Buenas noches, que duermas bien —salta mi madre, y se marcha a su cuarto como si nada.

Yo, de verdad, hay veces que no sé cómo tratar a esta mujer, porque me deja atónita con sus salidas. Esperaba alguna especie de comentario..., una pregunta... o yo qué sé. Porque, de acuerdo, soy mayor de edad y es mi casa, pero al fin y al cabo estamos ambas bajo el mismo techo y eso siempre impone un poco.

Apago las luces de la cocina y me dirijo a mi habitación. Debería haberme tomado una tila, bueno, un bidón de tila, porque sigo inexplicablemente nerviosa. Algo absurdo, ya que no es la primera vez que Max y yo vamos a estar juntos y revueltos, pero aun así me parece tan extraño...

Puede que al haber esperado tanto, al haber deseado tanto este momento, siento que no sé si voy a estar a la altura. Una paranoia mía y de nadie más, pues a él lo he visto relajado durante la cena.

Antes de entrar en mi cuarto, escucho a escondidas cómo Max charla con Félix. Mi hijo le pregunta en qué hospital ha estado, qué enfermedad tenía. Si le han hecho tomar muchas medicinas. Que si lo han pinchado... Una batería de cuestiones que Max va respondiendo con sentido del humor. Los dejo que continúen con sus cosas y me meto en el dormitorio. Abro el armario y me surge una nueva duda.

¿Lencería agresiva y evidente o camiseta de dormir y bragas limpias?

No puedo perder el tiempo con estas cosas, que luego me pilla el toro o, mejor dicho, me pilla Max con las bragas en los tobillos y el culo en pompa. No, nada de lencería agresiva, quedaría muy evidente. Mejor vamos a normalizar el asunto. Tras pasar por el cuarto de baño, me acuesto en la cama. Podría encender la tele, pero no lo hago.

Oigo los pasos de él acercándose. Son pocos, porque de la habitación de Félix a la mía hay muy poca distancia. Se queda parado junto a la puerta, mirándome, desnudándose con la mirada, aunque se tiene que esforzar muy poco, porque llevo dos prendas muy livianas encima.

—¿«Malito»? ¿Le has dicho que he estado enfermo? —inquieta con un deje de guasa.

—No se me ocurrió otra cosa... —balbuceo, y, para templar un poco los nervios, estiro las sábanas de manera ridícula.

Max se echa a reír, avanza un poco y cierra la puerta a sus espaldas. Se acerca, ya ha puesto una rodilla en la cama, casi puedo besarlo. Se inclina un poco más. Mira mi anodina aunque delatora camiseta, pues los pezones se me marcan a base de bien.

Aspiro, me encanta cómo huele. Levanto una mano para acariciarle la cara, y él, todo chulito, se aparta y me dice:

—Voy a darme una ducha.

—¿Cómo?

—Ahora vuelvo —añade, metiéndose en el cuarto de baño.

—¡Será posible!

Y me deja así, excitada, porque lo estoy, y mucho, para darse ahora una ducha. Maldita sea. Esto debe de ser una broma. Pero no, no se trata de una broma, pues oigo con claridad el sonido del agua. Y encima ha dejado la puerta entreabierta.

¿Invitación?

¿Provocación?

Vale, enfadado no está, aun así opto por quedarme en la cama a la espera de lo que tenga a bien hacer. Se está tomando su tiempo el muy... tonto. Desde luego, nadie como Max para crear expectación. Nada de ir al grano. Eso de que la línea recta es el camino más corto entre dos puntos no debe de saberlo, pues cómo le gusta jugar con los tiempos y tenerme ansiosa.

Yo no sé jugar tan bien como él, pero puedo intentarlo. Cojo esa novela que lleva en mi mesilla desde tiempos inmemoriales. Por dos razones: la primera, siempre que llego a la cama lo hago molida, y lo segundo, por muy bestseller que digan que es, a

mí me parece un tostón y no consigo meterme en la historia.

Hoy voy a intentarlo, así que abro por donde tengo el marcapáginas y empiezo a leer. Página veinte, ¿de qué va esto? Resoplo y, justo cuando estoy a punto de tirar la toalla, aparece Max y, por lo que se ve, sabe darle mejor uso a una toalla. Está monísimo, con una rosa chicle, de esos juegos que te regalan por compromiso pero a los que al final les sacas partido.

—¿Mejor? —le pregunto, no sin cierta ironía, porque el muy cretino se ha quedado ahí quieto, presumiendo de cuerpazo.

—Un poco, sí —responde con desdén.

Uy, uy, uy, cómo hemos venido...

Max camina hacia el armario y lo abre. Entonces veo que ha colgado ya su ropa en la parte que le he señalado. Se inclina y saca unos bóxeres rojos limpios, y sin más se los pone.

Hago una mueca.

Deja la toalla usada en el aseo y apaga las luces. Se acerca a la cama y se mete en el lado libre. Entonces me doy cuenta de que está cansado y de que yo, desde mi egoísmo, no he tenido en cuenta ese detalle. Respiro hondo y me acerco para darle un beso en la mejilla.

—Te veo agotado —comento en voz baja, mirándolo.

Max inspira y me sonrío.

—No tanto como crees —responde juguetón.

Pero yo intuyo que se está haciendo el valiente. Nos podemos permitir una noche sin sexo, por supuesto que sí. Ya vendrán muchas y variadas noches en las que caeremos desfallecidos después de follar como locos.

—Max..., apaga la luz —murmuro, y me recuesto en mi lado.

—No, quiero verte —contesta, inclinándose hacia mí.

Yo levanto la mano y le acaricio el pecho despacio, aunque no con la intención que presupone. Niego con la cabeza, lo que hace que él frunza el cejo.

—Será mejor que durmamos —le digo con voz suave.

—Eso pretendo —replica, metiendo una mano bajo las sábanas y buscando mi cadera. Luego se mueve hacia abajo, siguiendo el contorno de mi muslo, y yo me revuelvo un poco. No porque me moleste, sino porque el tacto de la yema de sus dedos sobre mi piel hace que reaccione de forma evidente.

—Max... —ronroneo—, se supone que ha sido un día muy largo...

—Muy largo —repite, ya muy cerca de mi oído, lo cual me pone caliente.

—Y necesitas descansar...

—Descansar...

Vale, su mano se acerca peligrosamente a mi sexo y de verdad lo deseo, lo deseo con todo mi ser, pero he notado el agotamiento en su voz y no quiero forzar la máquina.

—Escucha, duérmete y te prometo que cuando te despiertes, descansado, con las

pilas cargadas...

—Tengo la pila cargada —me interrumpe, y sí, está cargada, porque me agarra la mano y me hace colocarla sobre su erección.

—Hazme caso, ha sido un día muy largo.

Max suspira, se acuesta y apaga la luz.

—Eres única hasta rechazándome —bromea, pegándose a mi espalda.

—No te he rechazado.

—¿Ah, no?

—Te he concedido un aplazamiento.

Me duermo con una sonrisa en los labios, su cuerpo junto al mío y la pila cargada a buen recaudo.

Cuando abro los ojos, me doy cuenta de que aún es de noche, pero no debe de faltar mucho para que amanezca. Por lo visto, es tanta la necesidad que tengo de Max que corro el riesgo de volverme adicta. Qué narices, ya soy adicta, de ahí que una especie de alarma interior me haya despertado. Sin moverme, me las apaño para enfocar la vista y comprobar que son las siete de la mañana, así lo confirma mi despertador de Mickey Mouse. Se lo tomé prestado a Félix y ahora no sé vivir sin él.

Dentro de una hora, mi madre tocará diana, la casa despertará y yo, muy a mi pesar, deberé abandonar la cama. Si ya en un día cualquiera me cuesta horrores dejar el calor y la comodidad de las mantas, no digamos ahora.

Detrás de mí hay un motivo muy importante para que quiera que permanezcamos así durante horas y horas, como dos tontainas. Eso sí, dos tontainas satisfechos, que anoche, con el cansancio, la emoción y los nervios, apenas nos tocamos. Max sigue dormido a mi espalda. O al menos eso creo. Su respiración es relajada. Tiene una mano sobre uno de mis pechos. Conmovedor.

Me muevo despacio, pues no quiero sobresaltarlo ni interrumpir su sueño; eso estropearía mis planes. Además, como sé que es un insomne crónico, no quiero perturbar su descanso, ahora que está tan tranquilo. Moviéndome como a cámara lenta, consigo darme la vuelta. Por fin estoy cara a cara con él, y eso me permite mirarlo a conciencia en la penumbra.

Que es guapo salta a la vista, eso lo ve cualquiera. Lo que muy pocos tienen el privilegio de conocer es su forma de ser. Su ternura salpicada de picardía. Su generosidad mezclada con unas gotas de precaución. Y qué decir de su, por supuesto, elegancia innata... Pero sin duda lo mejor es su capacidad para perdonar, para no guardar rencor y para darme la enésima oportunidad.

Desde luego, muy pocos habrían actuado así, sin reproches, sin enfados, aceptando la situación sin echar nada en cara. Durante estos días, mientras lo esperaba, no he dejado de pensar en lo importante que es esta oportunidad. No puedo cagarla. Sé que ahora tenemos por delante un período que podría denominarse de adaptación, pero estoy dispuesta a todo. Tiene que ser así, nada de medias tintas. Suspiro embelesada, al más puro estilo de princesa enamorada de su caballero, y sonrío ante mi cursi pensamiento.

Pero ese pensamiento es mío y tengo derecho a sentirme así.

Quiero tocarlo, sin embargo, me quedo así, quieta, observándolo agilipollada perdida, para qué negarlo. Y está aquí conmigo, en mi cama, en mi vida.

Muchos pensamientos, no todos optimistas, se me pasan por la cabeza. Tengo demasiados frentes abiertos y de ahí que hasta yo misma me dé cuenta de lo pesada que soy con mis indecisiones.

—Te quiero —digo en voz tan baja que ni siquiera se oye pese al silencio reinante en el dormitorio.

Soy incapaz de permanecer más tiempo quieta y, aun corriendo el riesgo de importunarlo, levanto una mano y la llevo con delicadeza hasta sus labios. Recorro su contorno, un gesto quizá tonto. Max se mueve un poco, pero debe de saber que soy yo quien está «enredando» a primera hora de la mañana. Y tengo la intención de enredar mucho más.

Max emite una especie de ronroneo satisfecho. No sé si se ha despertado del todo.

Después de sus labios, que luego besaré como es debido, sigo con su nariz. Con la yema del dedo trazo una línea ascendente hasta llegar a su entrecejo. Un pelín fruncido para mi gusto. Desearía que en algún momento se relajara del todo. Soy consciente de que, al trasladarse de forma tan repentina, ha dejado muchos cabos sueltos, y eso, aunque se lo calle, sé que le preocupa.

Rozo su frente, la línea de sus cejas, y me doy cuenta de que ha ido cambiando la expresión. Está sonriendo. Eso quiere decir que se ha despertado, pero se mantiene quieto para que yo pueda seguir mi exploración táctil.

—Buenos días —musito junto a su oído, y noto cómo su mano cobra vida y busca lo que parece ser su ubicación preferida: mi pecho.

Sigue con los ojos cerrados, dejándome explorar a mi antojo. Perfecto.

—Mmm... Sigue —ronronea mimosón.

—Vale —acepto en voz baja.

Ensancha su sonrisa y entonces sustituyo mis dedos por los labios. Ahora repito cada movimiento, y de paso me voy colocando sobre su cuerpo.

Mi iniciativa es bienvenida —no esperaba otra cosa— y en esta postura puedo abarcar más puntos sensibles o descubrir otros nuevos. Me pongo a ello, mientras Max permanece quieto. No sé cuánta paciencia tendrá, pues pienso ser muy concienzuda, y hasta que decida pasar a la acción, es todo mío.

Me encanta posar los labios sobre su pecho al tiempo que se lo araño ligeramente.

Otro murmullo de aprobación que me anima a seguir.

—Me encanta, continúa —dice en tono perverso, y yo, satisfecha, le doy lo que me pide.

Faltaría más.

Vuelvo a mordisquearlo, esta vez en una tetilla. Notó cómo se tensa. No me dice nada. Al estar sobre él, soy muy consciente de cómo aumentan sus pulsaciones y de cómo se ha empalmado.

Dejemos eso para más tarde...

Un poco más abajo, en su ombligo. Aquí las manos y los labios me parecen insuficientes, así que nada mejor que utilizar los dientes. Un no tan pequeño mordisquito en su vientre plano, para después lamer con ahínco la zona. «Esta tableta hay que aprovecharla», pienso.

—¿Así? —pregunto, incorporándome ligeramente para mirarlo.

—Vas muy bien —me suelta con aire chulo, y mueve un poco las caderas de tal forma que su erección queda encajada entre mis pechos—. Aunque así mucho mejor.

Dónde va a parar.

La que le espera...

Ya estamos a la altura del elástico de sus bóxeres. Qué apretaditos le quedan..., cómo le marcan todo... Recorro con la yema del dedo toda su longitud. Un toque suave, calculado para ponerlo en el disparador.

Lo consigo, pues Max se revuelve. Sin palabras, me indica que me deje de manoseos, pero yo no quiero ceder a la tentación de ir a por lo evidente. Ante mí se presenta una ocasión única de hacer algo irreverente. Algo que por lo general ellos llevan a cabo como acto de seducción y que a nosotras nos encanta. Pues bien, las tornas han cambiado.

—No sé qué se te está pasando por la cabeza, pero sea lo que sea... ¡adelante! — me anima con su voz más sensual.

—Tú lo has querido —le advierto con mi tono de *pornstar* aficionada.

Me humedezco los labios y Max arquea una ceja, para después apartar las sábanas de un manotazo y que así nada nos moleste. Muy bien, un hombre desnudo en mi cama, desnudo y excitado, no nos olvidemos de ese detalle, y yo con ganas de fiesta. Mucha fiesta. El día no puede empezar mejor.

Le sonrío, finjo que pienso, lo cual hace que se impacienta, y vuelvo a sonreír. Creo que tendré que practicar un poco mi sonrisa devorahombres, aunque de momento me las apañaré. Me inclino un poco más, lo acaricio justo por encima del elástico del calzoncillo, y Max se tensa, mucho. Aspiro. Su olor, ese olor único que me enloquece.

Meto un dedo entre la banda elástica y su piel. Recorro el contorno. Max se impacienta y yo también, pero en pos de un momento memorable, aprieto los muslos y sofoco un poco mi propia excitación. Me entretengo unos segundos, de izquierda a derecha, rozándolo, apartándole un poco la tela, pero no mucho.

—Bea... —gruñe en tono de advertencia, y yo me encojo de hombros—. Estás jugando con fuego.

—Estoy jugando contigo —lo corrijo, y me sonrío de manera sospechosa.

Me está dando cuartel, nada más. Ya veremos cuánta paciencia tiene, yo, por mi parte, intentaré aprovechar las circunstancias.

Deposito una serie de besos, suaves, casi imperceptibles, alrededor de su cintura, mientras mis manos se mueven a sus anchas por su abdomen, arañando aquí y allá. He de admirar su contención. En una situación similar yo estaría rogando. Max aguanta, aunque intuyo que a la menor oportunidad se vengará. Sigo besándolo, él gime y presiono sobre su erección con la mano, antes de agarrar con los dientes la banda elástica y tirar de ella, con fuerza y agresividad.

—¡Guau! —exclama, sorprendido por mi atrevimiento. Me encanta ser capaz de sorprenderlo. No es fácil con un tipo como él.

—Y esto es sólo el principio —canturreo sin soltar mi presa.

—Me muero por ver el resto —dice sugerente.

—Mmm...

Yo sigo tirando, pero sin su colaboración no va a ser posible. Max se da cuenta de ello y arquea una ceja, mientras yo me las apaño como puedo sin su ayuda. Y lo de romperlos, como que no, tienen pinta de ser muy resistentes.

Para incentivar la participación, presiono con un dedo sobre su pene, de la base a la punta, Max gime y por fin alza la pelvis de tal forma que, al tirar hacia abajo, puedo ir deslizándole los bóxeres. No soy todo lo diestra que debería y me cuesta lo mío quitárselos, pero la intención es lo que vale y, a juzgar por su expresión, ese punto lo hemos logrado.

Una vez que lo tengo a mi entera disposición, me permito el lujo, una vez más, y no me canso, de observarlo, pero no estamos ahora para miraditas, por muy intensas que éstas sean, así que en otro arranque de creatividad, cojo los bóxeres y los lanzo por encima de mi hombro.

—Esto promete —dice Max riéndose.

—No lo dudes —murmuro, y para desesperarlo un poco más, poso las manos sobre la parte superior de sus muslos y, deliberadamente, dejo a un lado su erección, lo que hace que se le borre la sonrisa de la cara.

Me agacho y lo beso justo por encima de la rodilla; eso tampoco se lo esperaba. Ahora la que sonrío soy yo y disfruto torturándolo con estas pequeñas caricias. Para darle algo en lo que pensar, me desprendo de mi camiseta y se la tiro a la cara. Max la atrapa al vuelo y se la lleva a la nariz para olerla.

—Más, dame más —exige, y sé que se refiere a mis bragas.

Tuerzo un poco el gesto, no son nada del otro mundo y no sé yo si me gusta la idea de que las huela. De todas formas, no creo que se sorprenda de que estén húmedas.

—No —replico altanera.

Continúo con mis caricias. ¿Qué tienen de erótico las rodillas de un hombre? Pues no lo sé, pero voy a averiguarlo ahora mismo. Miro de reojo el reloj, me estoy entreteniendo demasiado en puntos que a priori no van a ningún sitio, pero ¿y lo bien que me lo estoy pasando?

Arriba y abajo, mis manos suben y bajan por sus piernas, despacio, pese a que la tentación de lanzarme a por su pene, que parece pedirme a gritos que le haga caso, es muy difícil de obviar. Me concentro y paso de largo. Max protesta y yo lo sigo provocando. Vuelvo a rozarlo, pero esta vez en la cara interna de los muslos. Su respiración lo delata; la mía también.

¿Desde cuándo soy tan mala? Mmm, no lo sé, es algo que Max, sin pretenderlo, me despierta, pero puedo tener un gesto benevolente. Así que me acerco y le doy un lametazo en la punta, a modo de adelanto.

—Joder... —sisea, al notar el contacto—. Deja de manosearme, Bea, por favor.

—¡Me encanta! —exclamo en voz baja, ante su tono áspero.

—Como no te decidas, voy a tener que recurrir a la fuerza, y no te va a gustar...

—No te me pongas malote. —Y así, de propina, le doy otro repaso.

—Bea... —gruñe.

Se desespera, lo que hace que yo me sienta más poderosa.

—¿Sí?

Creo que estoy tentando demasiado a la suerte, y Max se me va a poner farruco y a tomar las riendas, así que decido ser menos mala y comenzar una carrera de besos ascendentes por sus piernas hasta llegar a donde sin duda más lo precisa. Inspiro justo a la altura de su erección y después me relamo, como si tuviera ante mí una *delicatessen*; que la tengo.

—Ya era hora... —suspira, cuando paso de lamerlo a acogerlo por completo dentro de mi boca.

Continúo despacio, apretando la base con una mano y también acariciándole los testículos, algo que por sus jadeos veo que le encanta. Presiono un poco más, aprieto, suelto, juego, lo vuelvo loco... y de paso yo me humedezco de forma muy evidente. No sé si voy a ser capaz de aguantar hasta el final sin tocarme. Para aliviarme un poco, me coloco sobre sus muslos y así consigo una leve fricción sobre mi sexo.

—Quítate esas malditas bragas —me exige, al observar mi maniobra.

Se ha incorporado sobre los codos y me aparta el pelo de la cara para tener un primer plano de cómo mi boca ha formado una «O» casi perfecta y acoge su erección. Me encanta sentirme observada, por él, por supuesto, me produce una gratificación difícil de explicar, pues no era yo muy amiga de estas demostraciones, es más, hubo un tiempo en que incluso me habrían molestado.

—Qué obsesión tienes con mis bragas —musito, apartando sólo unos segundos la boca.

—Es con lo que hay dentro con lo que estoy obsesionado —contesta, y tira de mí hasta que quedamos cara a cara y me besa al tiempo que se afana en quitarme la prenda de la discordia.

Su mano va directa a mi entrepierna y ahora es mi turno de gemir de manera escandalosa, cuando introduce dos dedos en mi sexo empapado.

—Mira cómo estás... —dice moviéndolos despacio, pagándome con mi propia moneda.

—Pues fóllame —ordeno, y, al estar sobre él, aún puedo maniobrar para salirme con la mía.

Max no pone impedimentos y se agarra la erección para mantenerla recta, de tal forma que yo sólo tengo que dejarme caer.

—Será un placer —dice en voz muy baja.

Comienzo entonces un ritmo suave, montándolo. Y él, en vez de quedarse tumbado, se incorpora y dobla las rodillas, ofreciéndome un cómodo respaldo; al tenerlo tan cerca puedo besarle tanto como se me antoje.

Me aparta el pelo de la cara y me mira. Yo sigo subiendo y bajando sobre su erección y contrayendo los músculos internos para sentirlo aún con más intensidad.

Él contiene la respiración cada vez que aprieto. Ambos estamos muy excitados, entre lo de anoche y todo lo que le he hecho ahora, no es de extrañar.

Me abraza y empuja desde abajo, de ese modo lo siento aún más dentro. Quiero cerrar los ojos, pero sería una verdadera lástima perderme la expresión de su cara. Me esfuerzo por mantenerlos abiertos y creo que a él le ocurre lo mismo.

—Bésame —me ruega, y no tardo ni medio segundo en unir mis labios a los suyos.

El beso nos enciende todavía más si eso es posible. Y todo sin dejar de movernos y de gemir, controlando un poco el volumen, pues a este paso vamos a despertar a toda la casa.

Estoy tan cerca de correrme que cada vez resulta más complicado aguantar, y Max se encuentra en la misma tesitura, por lo que acelero el ritmo. Lo monto con más ímpetu y él se las apaña para meter la mano entre nuestros cuerpos y con un dedo presionar sobre mi clítoris.

—Max... —gimo, y me besa de un modo agresivo.

—Yo también estoy a punto —gruñe, y me roza con más fuerza, de tal forma que me estremezco en sus brazos.

Ahora sí cierro los ojos, despacio, mientras hago un último movimiento y presiono. Siento cómo se corre en mi interior. Me apoyo en su hombro y juntos caemos sobre la cama, sin perder el contacto. Max me peina con los dedos y yo quiero quedarme así al menos un par de horas más. Sin embargo, oigo un ruido, una puerta abriéndose.

—Mi madre ya está despierta —susurro.

No hace falta decírselo dos veces, Max me da un último beso y con un suspiro tan lastimero como el mío, me suelta y se levanta en busca de sus bóxeres, que a saber dónde han ido a parar. Yo busco mis bragas, que deben de andar entre las sábanas.

Los dos nos comportamos como adolescentes pillados in fraganti y yo acabo riéndome, lo que hace que tarde más de la cuenta en cubrirme. Max se contagia y, en un arranque de irresponsabilidad, me tira sus bóxeres a la cara para que deje de reírme, pero no puedo.

—Lo siento —murmuro, aunque no lo siento en absoluto.

—Bea..., ¡que nos van a pillar! —exclama. Sin embargo, me da la impresión de que toda esta situación lo divierte tanto como a mí.

—¡Mamá, hoy quiero que me lleve Max a cole! —pide Félix.

Entre tanta risa, ninguno de los dos se ha percatado de que mi hijo, en pijama, ha abierto la puerta y nos mira aún con carita de sueño. Bueno, más bien mira a Max, que no sé cómo ha conseguido taparse con la almohada y se está aguantando la risa.

Yo sólo llevo puesta la camiseta, así que mejor que no me mueva mucho.

—Cariño, ve a la cocina, que enseguida te preparo el desayuno —le digo, y, como es de prever, Félix se empecina en llevarme la contraria.

—No, quiero que él me ponga los cereales —contesta, y hasta me hace un

puchero.

—Sí, Max te los pone enseguida —canturreo, mirando al aludido, que se está descojonando en una situación comprometida donde las haya—. Pero antes..., bueno es que...

—¿Y por qué no le has dado un pijama para dormir? —pregunta mi hijo, aplicando su lógica infantil.

—No tenía ninguno limpio —respondo, y miro a Max esperando que me eche un cable.

—Escucha, Félix, voy a vestirme, porque si no tu madre me da un tirón de orejas, ya sabes cómo es —interviene el niño grande, y el pequeño acepta la explicación sin objetar nada.

Increíble pero cierto. Aunque yo no le tiraré de las orejas precisamente.

—Vaaale, te espero en la cocina —dice mi hijo, y se da media vuelta.

—Enseguida voy —le promete.

—Vaaale —lo imito yo un poco picada, porque siempre me dejan en evidencia.

Max tira la almohada sobre la cama con gesto despreocupado, mostrándome su cuerpo, con lo que me distrae. Y no contento con ello, camina hasta mí, me pellizca la mejilla como si fuera una niña pequeña envidiosa y después empieza a vestirse. Cuando ya está presentable, con unos vaqueros y una camiseta arrugada, me mira, me guiña un ojo y acaba soltándome:

—Arréglate, chata.

Y dicho esto sale de mi dormitorio. Yo aún no he sido capaz de encontrar mis bragas.

Por fin reacciono y me visto, que con el culo al aire no se puede pensar con claridad.

Si normalmente quiero salir rápido del trabajo para irme escopetada hacia casa, hoy ni te cuento. Y eso que mi entorno laboral es agradable, pero me muero de impaciencia. Max vendrá a buscarme para después hacer algo juntos los dos solos.

Al llegar esta mañana y encontrarme con Xavi, éste me ha dedicado una sonrisa triste; creo que ahora está intentando la técnica del perrito abandonado en busca de dueño cariñoso. He terminado riéndome, porque me ha contado Magda que hace dos días se lo montó con una amiga en la oficina. Eso está bien, por lo menos el chico no pasa hambre.

También me ha pedido, otra vez como favor personal, que me encargue del catering de otra reunión privada, algo que últimamente se repite. Yo, mientras los comensales estén vestidos, no tengo nada que objetar. La única pega es que será dentro de dos fines de semana y eso supone ir a marchas forzadas, con lo que me apetecía salir prontito del trabajo.

Poco antes de que empiece el servicio del mediodía, hago una pausa para tomar algo y sentarme un rato, que aún me quedan cuatro horas de pie. Magda se sienta conmigo y aprovecha para fumar.

Me pita el móvil y lo cojo. Un mensaje, de Max. Mi ayudante intenta leerlo, pero yo soy más rápida.

Me ha surgido un imprevisto...

¡¿Qué?!

Que no cunda el pánico. De acuerdo, Max tiene un compromiso y, por supuesto, ha de acudir. Todo es normal, no sé por qué me empeño en pensar mal. Si a las primeras de cambio surgen las dudas, todo se va al garete.

«Sé adulta», me digo y tecleo una respuesta:

OK, ¿te espero para cenar?

El bipbip inmediato me hace sonreír.

No lo sé, tengo una cita.

—Joder...

—¿Todo bien? —se interesa Magda.

Asiento sin mucha convicción. La palabra «cita» es demasiado ambigua como para respirar tranquila, sin embargo, sigo segura de que no debo preocuparme.

Bipbip.

Con alguien a quien no le puedo decir que no.

Tecleo mi respuesta:

No pasa nada, lo entiendo.

Bipbip.

Miro la pantalla y en esta ocasión, en vez de un WhatsApp, me ha llegado una foto. Pincho y en los diez segundos que tarda en descargarse me dan sudores.

Cuando la veo me dan ganas de ir en su busca y darle con la mano abierta. Se me escapa una risa tonta al ver la foto de Max y Félix sacándome la lengua, y de fondo la puerta de unos recreativos.

Vaya dos patas para un banco... Se la han debido de hacer de camino al cole y el niño grande la ha guardado hasta mi hora de descanso para provocarme. Para provocarme un infarto, porque a nadie se le escapa que me siento insegura y esto no ayuda.

Bueno, he pasado un mal rato, aunque ojalá todos sean de este tipo. Pienso qué debería responderle para devolvérsela, pero no estoy muy inspirada...

Al final tecleo:

Dile a tu cita que a las ocho en casa.

Bipbip.

OK.

—Vaya cara que has puesto... —comenta Magda a mi lado, encendiendo otro cigarrillo.

—No te preocupes, son cosas de Félix.

—Ah —murmura, y parece decepcionada.

Quizá esperara alguna sórdida historia sexual de esas que tanto le gustan.

—Así me gusta, trabajando duro —bromea Xavi, uniéndose a nosotras.

—Claro que sí, jefe —responde Magda, con un aleteo de pestañas y una sonrisa de lo más bobalicona.

¿Me lo parece a mí o está coqueteando con Xavi?

Está coqueteando con él, y el jefe se percata de ello, porque pasa de sonreír de forma afable a adoptar una expresión de advertencia. Lógico, no puede permitir estos comportamientos, porque si no esto se convertirá en una jaula de grillos.

Una actitud hipocritilla, porque Xavi, cuando quiere, coquetea que da gusto; sin embargo, como es el mandamás se lo puede permitir, y las demás chitón.

Magda se da cuenta y recula, pero sólo un poco. Yo disimulo y miro hacia otro lado, allá cada uno.

—Pues ya que estáis aquí, aprovecho para confirmaros que los inversores han aprobado el proyecto de Sevilla y está previsto que para finales de año se inaugure el

local.

—¡Estupendo! —exclama Magda, y pega un bote.

Yo creo que se ha arrepentido en el último segundo de abrazarlo, o que Xavi, adivinando sus intenciones, ha dado un paso atrás.

Joder con Magda, no pierde ripio. Se insinúa a Tito, le mete ficha a Xavi..., ¡un no parar!

—Enhorabuena, de verdad —le digo, ofreciéndole la mano, pero él, en un alarde de irresponsabilidad, me abraza.

No me importa, pues es un abrazo sincero, respetuoso. No obstante, mi compañera puede interpretar este gesto como lo que no es, y no me apetece ser la comidilla del restaurante.

Nada estropea más las relaciones laborales que los comentarios y gestos sacados de contexto.

—Sabes que gran parte del éxito es gracias a ti —añade amable, y se da cuenta de que no estamos solos. Como maestro de la diplomacia que es, añade—: Y a todo el equipo del Cien Fuegos.

—Gracias —se apresura a responder Magda con otro pestañeo que Xavi ignora de forma evidente.

He de reconocer que la chica tiene su arte, y que es guapa y simpática, lo que no entiendo es cómo le cuesta tanto ligar. Misterios que una no comprende ni tiene tiempo de resolver.

Xavi se despide de nosotras. He preferido no mencionarle que conozco al tipo ideal para el puesto, si bien no de primer chef, sí al menos de cocinero. Iré más tarde a su despacho y le hablaré de Beto, claro que antes llamaré a mi amigo, no vaya ser que se haya enamorado otra vez y no quiera mudarse.

—Uy, uy..., qué confianzas con el jefe, ¿no?

Tuerzo el gesto. Ya sabía yo que esto iba a traer cola. Ya le vale a Xavi, podría haberse mostrado menos efusivo, maldita sea.

—No imagines cosas raras —le advierto, porque no quiero malos rollos, que ésta coge, lo cacarea y lo amplifica, que la conozco.

—Hija, por favor, que no pasa nada si te gusta el jefe. Se entiende perfectamente. Yo también me he fijado en él, lo admito.

Resoplo. ¿De dónde ha sacado eso de que me gusta Xavi?

—Volvamos a la cocina —digo, para zanjar la cuestión.

—Pero si me parece genial.

—Magda, aunque reconozco que Xavi es un tipo atractivo —negarlo sería absurdo, pues salta a la vista—, eso no quiere decir nada. Así que no insistas con el tema.

—Mi intención no era molestarte —aduce ella, y yo creo que más bien tanteaba el terreno.

—Pues entonces no inventes —la reprendo, no de forma muy severa, tampoco es

cuestión de montar un escándalo, pero sí con firmeza.

—Lástima que no se fije en mí... —dice lastimera.

—¿Por qué será? —murmuro, y por suerte no me oye.

Si Xavi supiera que esta conversación ha tenido lugar, creo que se hincharía de orgullo masculino, o pondría a mi ayudante de patitas en la calle, no lo tengo muy claro.

Magda se mete en la cocina, menos mal, y yo aprovecho para ir al baño y llamar a Beto. Ni loca se me ocurriría hacerlo delante de ella. Malinterpretaría sin duda la situación.

—Dime, guapa, ¿cómo te trata la vida? —me responde alegre.

—Vaya, para estar en el paro te veo muy animado —comento, contagiada por su optimismo.

—Es lo que tiene follar durante dos horas ininterrumpidas.

—¿Dos horas? —repito con un hilo de voz.

—Bueno, vale, me has pillado, hora y media —añade en su tono más bromista.

—Por favor, Beto, dejemos a un lado tus extravagancias y escucha, que es importante. ¿De acuerdo?

—Hija de mi vida, necesitas desmelenarte. Mira que te lo digo siempre...

—Oye, que ya me he desmelenado hoy un poco —me defiendo, y en el acto me doy cuenta de que he hablado más de lo que debía. Mierda.

—Y ¿con quién, si puede saberse? ¿Algún camarero buenorro? ¿Tu vecino? ¿El repartidor de cerveza? ¿Un amiguito secreto?

Tiemblo ante esa sarta de sugerencias. ¿El repartidor? Por favor, si tiene veintipocos años y acné, como mucho me invitaría a un botellón. ¿El vecino? Uf, así, a ojo, debe de haber cumplido los setenta.

—¡Venga, Bea, cuéntaselo al tito Beto! —me provoca zalamero, lo que me hace sonreír.

Cómo me gustaría tenerlo cerca para darle una colleja por cotilla y un abrazo por estar siempre ahí.

—¿No te conté que había coincidido con Max aquí, en Madrid?

—Pensé que era broma. Por favor, Bea, ya sé que estás colada por él y que no lo olvidas, sin embargo, debes pasar página y...

—Estamos viviendo juntos —lo interrumpo.

—¿De verdad? ¿No te lo estás inventando? ¿No es tu subconsciente jugándote una mala pasada?

—No, Beto. Es cierto —asevero emocionada, a punto de echarme a llorar.

—No me llores, joder —me pide mi amigo, porque finalmente no he sido capaz de controlar mis emociones—. Cómo me gustaría estar ahí para abrazarte.

—Y a mí —musito llorosa, sonándome con papel higiénico. Menos mal que me ha pillado en el aseo.

—Vale, ahora deja de llorar y cuéntame cómo ha ocurrido todo...

Le explico que Max llegó antes de lo previsto, que yo voy a esforzarme al máximo y que se acabaron las desconfianzas.

—Guau, Bea, ese tío está loco, pero que muy loco. Por ti, cariño —afirma, y lloro de nuevo como una tonta del bote.

—Eres de lo que no hay —lo reprendo—. ¿Podemos hablar ahora de trabajo?

—¡Ay, no lo sé, es que con estas noticias me dejas muerta!

—¡No me hables como una mariquita mala! —exclamo riéndome. Con esas tonterías consigue aligerar el ambiente y que yo sonría—. Hablemos de tu futuro laboral.

—¿Ahora? —protesta—. Bueno, vaaaaaale.

—¿Cuándo puedes venir a Madrid? Te lo pregunto para concertar una entrevista con mi jefe e ir hablándole de ti.

—La semana que viene, ¿te parece bien? —contesta él, y no puedo evitar sonreír de nuevo, pues tengo unas ganas tremendas de estar con él, y si además llega a buen puerto lo de su empleo, pues mejor que mejor.

—Perfecto. Lo comentaré con Xavi y te iré informando.

—Genial. Espero tu llamada, Bea —dice alegre, y me siento bien, porque ayudar a alguien siempre es motivo de felicidad. Pero si además se trata de una persona como Beto, todo se multiplica por dos.

—De nada. Además tengo unas ganas locas de verte —digo.

—Y yo de que me pongas al día, ¡so pendón desorejado!

—Si vas a venir en plan inquisitorial... —le advierto, y sé que cae en saco roto, porque, en cuanto me vea, empezará con el acoso y derribo hasta sonsacarme toda la historia.

—¿Lo dudabas acaso? —inquire burlón—. No me pego yo una panzada de kilómetros para jugar al parchís, chata.

—Vale, te contaré algunas cosas —concedo.

—Así está mejor. Te dejo, entonces. Ah, y un millón de gracias. ¡Eres la mejor!

—Gracias a ti —murmuro, porque me cuesta tan poco hacer eso por él...

Nos despedimos con la promesa, y sé que Beto es hombre de palabra, de quedar la semana que viene. Le he ofrecido mi casa. Ya nos apañaremos y, por supuesto, organizaremos una buena reunión, como en los viejos tiempos, que las echo de menos.

Regreso a la cocina. Magda me mira de manera rara. Seguro que sigue con esa tontería de que pretendo ligarme al jefe. Y por cómo me mira Tito, está claro que ya le ha ido con el cuento. Genial, ahora me van a considerar la «querida» de Xavi y pensarán que dispongo de inmunidad o yo que sé. Debería ir a hablar con él y mencionárselo, aunque caigo en la cuenta de que, de hacerlo, se enrarecerá aún más el ambiente y esto no es el patio del colegio, donde una va a chivarse al profe de que fulanita ha dicho no sé qué.

En cuanto tenga oportunidad les pondré las pilas yo misma y zanjaré el asunto, no

pienso permitir estas bobadas, que sólo consiguen alterar el ritmo de trabajo. Por suerte, parece que se han acabado las miraditas con segundas y todo el engranaje funciona, con lo que el servicio de mediodía se desarrolla con normalidad.

Al acabar, paso por la zona de personal y me cambio de ropa, dispuesta a llegar a casa cuanto antes y ver qué traman esos dos liantes, porque no se me escapa que algo han ideado y prefiero estar prevenida.

Cuando salgo ya cambiada, oigo una conversación. Por lo visto, Magda no pierde el tiempo y está tonteando con Tito. Y éste, que es un poco burro, va y le responde que si quiere follar. Vale, suena desagradable, pero al menos es sincero, no te dora la píldora para llevarte al huerto y después te da la patada.

Los dejo con su toma y daca y cojo mi bolso, mi chaqueta y mi bufanda. Quiero disponer de un rato a solas con mi madre, pues no deseo que piense que la estoy dejando de lado. Ella se ha ocupado de mí y de Félix y ahora puede sentirse desplazada por la aparición de Max.

Salgo a la calle y no llevo andados ni cuatro pasos cuando alguien me llama. Reconozco esa voz. Maldita sea, ahora no.

—¡Bea! —insiste Pablo cuando ve que no me detengo.

Me vuelvo y fuerzo una sonrisa. Está apoyado en su coche cruzado de brazos, como si estuviera posando para una revista de moda. Como las desgracias nunca vienen solas, en ese instante sale Magda del restaurante y nos ve.

—Hasta mañana, Bea —me dice, deteniéndose a la espera de que los presente.

Ni loca, ya que si llega a enterarse de quién es tendrá munición hasta aburrirme.

—Hasta mañana —respondo, y se da por aludida.

—¿Tienes prisa? —me pregunta Pablo, acercándose a mí. Cuando me da un par de besos, intento que todo resulte relajado, y, por suerte, él se comporta.

—Un poco, sí —contesto.

—Te llevo a casa —propone, y asiento. Cualquier cosa con tal de alejarnos de allí.

No es lo mejor, pero sé que él quiere hablar y no puedo irme y dejarlo con la palabra en la boca. Subimos al coche. No puedo evitar pensar en la mala suerte que tengo. Justo hoy aparece Pablo. En fin, hay que enfrentarse a las adversidades cuanto antes.

Como siempre, conduce muy bien. Lo observo de reojo. Se está fraguando una gorda y yo no sé si estoy de humor para afrontarla. El trayecto se me hace eterno, no veo el momento de bajarme del coche; prefiero pasar frío que estar aquí, en este ambiente tan tenso.

Cuando Pablo aparca frente a mi portal, abro la puerta sin pensar en nada más. Necesito aire, aunque esté helado. Él me sigue, y, como ni loca voy a dejar que suba conmigo a casa, entro en la cafetería de al lado.

—¿Qué van a tomar? —nos pregunta la camarera.

Él pide una cerveza sin alcohol y yo un café. No me apetece mucho, pero algo

tengo que pedir. Una vez servidos, Pablo abre fuego:

—¿Y bien?

Tuerzo el gesto. Hoy la diplomacia brilla por su ausencia.

—No le he hablado aún de ti, si es lo que me preguntas —contesto, antes de que siga indagando—. No he tenido tiempo.

—¿No has tenido tiempo? —repite con ironía.

—Tengo muchas cosas en las que pensar y de las que ocuparme —me defiendo, y sé lo rastrero que ha sonado eso. Lo cierto es que sigo sin ver claro cómo enfocar este maldito asunto.

—Ya veo... —masculla, bebiendo de mala gana.

Joder, esto me enerva, me hace perder las buenas formas.

—Pablo, por favor, ya hemos hablado del asunto.

—Lo sé, y como siempre haces lo que te viene en gana, no tomas en cuenta mi opinión —me reprocha.

Tiene parte de razón, sin embargo, debe entender mi postura.

—Este fin de semana...

—Deja de darme largas, joder, Bea —me interrumpes.

—No son largas, es la realidad. Que hayas aparecido de repente y que hayamos... bueno, eso, no significa que ahora seamos amigos y que yo vaya a olvidarlo todo sin más.

—Si no te esfuerzas por dejar de una vez atrás ese rencor hacia mí, sin duda alimentado por tu querida hermana, no iremos a ninguna parte —me espeta en un tono que me gusta muy poco.

—Deja a María fuera de esto. No te lo diré más veces.

Pablo bufa, porque sigue convencido de que mi hermana es el obstáculo que salvar. Y si bien la opinión de ella es muy importante para mí, por mí misma soy capaz de enfrentarme a él o a quien haga falta.

Me pongo en pie, porque no quiero terminar gritándole. Así que mejor me marcho y evito la confrontación. Dejo dinero sobre la mesa para pagar las consumiciones, algo que a Pablo le molesta sobremanera, y me dirijo a la calle.

—Espera un jodido momento —exige, agarrándome del brazo para detenerme—. No me obligues a buscar un abogado.

—¿Es una amenaza? —replico, enfrentándome a él.

—¡Mamá! —exclama Félix alegre, al verme.

«Me quiero morir. Me quiero morir aquí mismo.»

Cierro los ojos y, cuando los abro, veo que mi hijo no está solo. A su lado, cogiéndolo de la mano, está Max, que nos mira sin entender nada. No me extraña, porque yo tampoco lo entiendo.

—Hola, Bea —saluda educado, y tiene el buen tino de no mostrar su lado posesivo besándome o acercándose para ponerme un brazo sobre los hombros, como haría cualquier tipo obsesionado.

Eso sí, no aparta la vista y hace un pequeño gesto al ver cómo Pablo me sujeta.

—Mamá, no veas lo bien que lo hemos pasado. Max me ha ido a buscar a cole y después hemos ido a tomar un batido de chocolate. ¡Me han puesto uno muy grande!

—Hola, Félix —interviene el padre de la criatura.

Se masca la tragedia, lo veo venir, y lo peor de todo es que no sé cómo parar esto.

—Hola —Félix lo saluda alegre, pero sin soltar la mano de Max. Genial.

Ha llegado el momento de las odiadas presentaciones, al menos así intentaré aliviar un poco la situación.

—Max, te presento a...

—Soy Pablo, el padre de Félix —se adelanta él.

—Encantado —responde mi amante un poco seco, aunque sabe disimularlo bien con su educación.

—Hijo de... —mascullo y me detengo, porque está Félix delante. No se me puede escapar, bajo ningún concepto, ninguna palabrota, y menos aún dedicada a Pablo.

A mí me ha soltado, o más bien yo he recuperado mi brazo. Nota la tensión de Max, y ruego en silencio para que éste no intervenga.

Al único a quien presto atención es a Félix, pues el pobre me mira confundido. Sigue aferrado a la mano de Max, pero las palabras de Pablo las ha entendido a la primera.

Mierda. Es la peor forma de decírselo. Su cara, confusa, incluso triste, hace que se me encoja el corazón.

—¿Cómo has podido? —pregunto, y me agacho para quedar a la altura de mi hijo.

Él espera una explicación. Lo acaricio e intento sonreír para que no crea que él sea culpable o que haya hecho algo malo.

—¿Mamá? —murmura desconcertado, mirando a los dos hombres y después a mí.

Tiempo atrás, cuando en alguna ocasión de pasada surgía el tema, yo lo esquivaba y todavía lograba despistarlo con argumentos más o menos tontos. Pero a medida que ha ido creciendo y viendo que otros amigos del cole hablaban de sus padres, su curiosidad ha ido aumentando. Sin embargo, desde que Max apareció, se había olvidado del asunto. La expresión de júbilo que tenía ayer, cuando lo vio, y cómo lo abrazaba, basta para entender la relación tan estrecha que los une.

—Escucha, cariño —musito, sin dejar de acariciarle la mejilla—, ahora vamos a subir a casa y allí mamá te lo va a contar todo.

—Bea, deja de escurrir el bulto —tercia «el padre del año».

—Pablo, cállate de una maldita vez —le pido, intentando no alzar la voz.

Miro de reojo a Max, que permanece callado. Ha soltado al niño y se ha apartado. No sé qué tipo de conclusiones estará sacando. Ninguna buena, eso seguro. Y lo peor de todo es que me ha estallado todo en la cara. Va a pensar, y con razón, que le oculto cosas, pues no he tenido el detalle de comentarle nada, y eso jode bastante. Yo debería saberlo, puesto que soy la primera que me subo por las paredes cuando me lo hacen a mí.

—Mamá, ¿de verdad él es mi padre? —pregunta Félix, aturdido, sin dejar de mirarnos al uno y al otro alternativamente.

Nunca le perdonaré a Pablo esta jugarreta. La delicadeza ha brillado por su ausencia. Quizá yo no hubiera sabido decírselo, pero desde luego jamás habría soltado algo así, sin rastro de compasión hacia un niño de cinco años.

—Sí, Félix —dice él poniéndose a su altura.

Mi hijo lo mira con algo de desconfianza. Es lógico. Aun así, para Félix es una revelación importante y a su edad comprende parte de lo que significa, porque

termina sonriendo, aunque tímidamente. Para él lo más importante es la ilusión de saber que, como el resto de sus amiguitos de clase, tiene un padre, porque no creo que entienda las implicaciones.

Me aparto y doy un paso atrás tras otro hasta situarme junto a Max.

Dejo que mi hijo y Pablo establezcan el contacto que necesiten. Yo no puedo intervenir.

Max me coge de la mano y respiro al sentir su apoyo como un bálsamo. Después, cuando estemos a solas, trataré de explicárselo.

—Y ¿por qué has tardado tanto en venir a conocerme? —le pregunta Félix a su padre.

Me muero por escuchar la respuesta de Pablo. Es algo que yo me he cuestionado cientos de veces a lo largo de los últimos cinco años.

—A veces uno hace cosas que..., bueno, que sabe que no están bien, pero tiene que hacerlas.

—¿Como cuando quieres la pintura verde y la tiene una niña y como tarda mucho en dejarla tú se la quitas? —pregunta mi hijo, y su padre asiente.

—Sí, algo así —afirma, y noto cierto alivio ante la sugerencia de Félix, pues se lo ha puesto en bandeja.

—Pero luego yo siempre pido perdón —remata mi hijo, arrancándome una sonrisa orgullosa.

—Por supuesto que sí, Félix —dice Pablo—. ¿Me perdonas?

Mi niño me mira como si necesitara la aprobación de su madre. Llegará el día en que tome sus propias decisiones sin contar conmigo, y yo, como madre llorona que soy, me llevaré un disgusto. Por eso hoy, cuando aún puedo decidir por él (sin saber con seguridad si acertaré o no), asiento y le sonrío para que se sienta tranquilo.

Max vuelve a apretarme la mano. Una nueva señal de apoyo incondicional mientras observamos la escena.

—Sí, te perdono —dice, y yo sé que se siente como una personita mayor.

—¿Me das un abrazo? —le pide Pablo, aún acucillado junto a él.

Mi hijo le dice que sí con un movimiento de cabeza, y su padre lo rodea con sus brazos.

De acuerdo, Pablo fue un cabrón que me dejó tirada. No ha querido saber nada de nosotros durante estos cinco años, pero ¿de verdad puedo oponerme a su relación? ¿Qué gano yo inculcándole a Félix mi resentimiento hacia él?

La respuesta es sencilla y a la vez complicada: nada. Y si bien falló en su momento, me da la sensación de que ahora se va a esforzar en reparar sus errores. Y si yo me obstino en ver sólo lo negativo, en vivir con rencor, al final quien pagará los platos rotos será mi hijo.

Eso no significa que Pablo disponga de un cheque en blanco.

—Se está haciendo tarde —comenta, separándose de Félix—. Ahora vas a ir con tu madre y este fin de semana lo pasaremos juntos. ¿Te apetece?

—Es que... —Mi hijo se muerde el labio, dubitativo—. Es que se lo he prometido a Max.

Joder, joder, joder...

—No pasa nada, ¿de acuerdo? Lo organizamos entonces para el que viene — acepta Pablo de buen grado.

—Vaaale.

—Venga, que hace frío y no llevas la bufanda —le dice su padre.

Pablo se pone en pie y me mira serio. No me pasa desapercibida la mirada que le echa a Max. Maldita sea, qué manía tienen los hombres de siempre estar desafiándose.

Mi niño se acerca a mí y me coge la mano. Sé que aún anda confundido, pero al menos se lo está tomando con naturalidad.

—Te llamo la semana que viene y hablamos, ¿de acuerdo? —dice Pablo, dirigiéndose a mí.

Su tono no me gusta, deja entrever que no va a admitir réplica y que más me vale mostrarme cooperadora.

—Muy bien —acepto.

—Hasta pronto, Félix —se despide de él, y, sin más, se da media vuelta para dirigirse a su coche.

Respiro hondo, porque he estado conteniendo el aliento demasiado rato.

En silencio, porque hay veces que las palabras se atascan en la garganta, subimos los tres a casa, donde nos espera mi madre. Ella nota que ha pasado algo, pero no dice nada.

Por algún extraño milagro, la cena discurre con tranquilidad. Con su parloteo, Félix se encarga de romper el silencio. Nos ameniza la velada contándonos sus cosas del cole y, por supuesto, lo que ha hecho con Max. Éste me mira de soslayo, porque sabe muy bien mi opinión respecto a consentirle demasiado. Bueno, por hoy lo pasaré por alto, pero más le vale ir controlando esos impulsos, porque no los voy a tolerar.

—Abuela, ¿sabes que a lo mejor voy a tener dos papás? —suelta Félix de repente.

Max deja los cubiertos sobre la mesa, yo me atraganto y mi madre parpadea.

—¿De qué hablas, Félix? —le pregunta, mirándome a mí de reojo, suponiendo que tengo alguna explicación.

—Hoy el amigo de mamá, Pablo, me ha dicho que es mi padre, y como yo quería que fuese Max, pues..., es que me parece muy difícil elegir...

Ya está, la bomba en forma de comentario infantil, lanzada en medio de la cena. Mi hijo y su lógica de cinco años, que no mide las consecuencias. A ver cómo afronto yo este nuevo asunto.

—Pero ¡qué suerte tienes! —bromea la abuela, siempre al quite.

—¿A que sí? —canturrea Félix, porque, visto desde su perspectiva, dos padres significa más atención y la posibilidad de más juguetes.

Me las apaño para seguir comiendo, aunque se me ha quitado el apetito. Es que

no salgo de una para meterme en otra...

A pesar de tanto vaivén emocional, Félix, que sin duda es el único que ve el lado positivo, bendita ingenuidad, se va a la cama contento y emocionado. Por supuesto, de nuevo Max es el encargado de acostarlo.

Yo me quedo recogiendo en la cocina con mi madre. Tengo que hablar con ella me guste o no.

—Pablo se ha presentado de improviso y, sin medir las consecuencias, ha abierto la boca...

—No me digas más —murmura mi madre, comprensiva, con un suspiro.

Me escucha con cara de circunstancias. No me juzga, no critica, lo cual agradezco, pues soy la primera en reconocer que quizá debería haber actuado de otro modo. Pero es que tengo tantos frentes abiertos que no doy abasto. Así es imposible hacer las cosas bien.

Mi madre me sonrío en señal de apoyo y me da las buenas noches con un beso en la mejilla.

Cuando entro en mi dormitorio, veo a través de la puerta entornada la luz del baño. Félix ya está dormido y Max, lavándose los dientes.

Espero sentada en una esquina a que termine y, cuando lo hace, le digo en voz baja:

—Tenemos que hablar.

—¿Eso no debería haberlo dicho yo? —pregunta él con un deje bromista, mientras comienza a desnudarse.

—Max, por favor, no me lo pongas más difícil —suspiro abatida.

Se sienta a mi lado, cruza los brazos y dice:

—Te escucho.

No sé cómo tomarme esta actitud tan dialogante. No es normal tanta contención.

—Túmbate. Ahora vuelvo...

Entro en el cuarto de baño y me ocupo de mis cosas con bastante rapidez. Cuando salgo, él está esperándome en su lado de la cama. Ha puesto la tele, pero el volumen está muy bajo, sólo es un leve murmullo. Me acuesto junto a él.

Vamos allá...

—Hace poco más de un mes, tuve que ir a una orgía para...

—¿Cómo dices? —me interrumpe Max, y yo niego con la cabeza.

—Mira que soy burra —me regaño a mí misma.

—¿Una orgía has dicho? —insiste él, y percibo cierta sonrisilla tonta.

—No es lo que piensas —le advierto.

—Pues explícate, porque me tienes en ascuas —me pide.

Al menos, mi metedura de pata ha logrado que se ría.

—Yo sólo fui a trabajar —me defiendo.

—¿Ah, sí? —se guasea, y pongo los ojos en blanco. Así no hay manera.

—Verás, un amigo especial de mi jefe, uno de esos ricachones que buscan lo más

exclusivo, pidió que el Cien Fuegos se encargara del catering de una fiesta exclusiva. Hasta ahí todo normal. Lo que yo no sabía, y créeme que me quedé de piedra, era de qué clase de fiesta privada se trataba.

—Te lo estás inventando, ¿verdad? —pregunta sin perder el buen humor.

—¿Cómo voy a inventarme algo así? —protesto—. Es la verdad.

—Vale, te creo. Continúa.

—El caso es que era imposible pasar por alto lo que ocurría fuera de la zona donde trabajábamos y, claro, los camareros cada vez que entraban contaban cosas, de lo que veían y...

—Y te entró curiosidad y saliste a mirar. No pasa nada —comenta comprensivo; demasiado, dadas las circunstancias.

—Te repito que yo no quería verlos —recalco, porque no me gusta esa media sonrisilla que no se molesta en esconder.

—No me parece mal. Eso sí, la próxima vez me avisas y te acompaño.

—¡Max! —exclamo, negando con la cabeza.

—Muy bien —dice aparentando seriedad—. Fuiste a una orgía, no miraste, ¿y?

—De repente me encontré con Pablo. De eso quería hablarte.

—De acuerdo, hablemos, pese a que saber qué viste me interesa mucho. Coincidiste allí con el padre de Félix —añade, y percibo cierta guasa.

¿Se está cachondeando de mí?

—A eso voy —farfullo, pasando por alto el tonito jocoso—. Yo, bueno..., en fin, que al final, inducida por los comentarios de mis compañeros y demás —sé que me estoy poniendo colorada—, terminé echando un vistazo. Pero ¡uno muy rápido!

—Y ¿qué viste? —inquire con rapidez, quedándose con la parte morbosa.

—¡Por favor! —lo regaño.

—Por Dios, Bea, me dices que vas a una orgía, ¿qué se supone que quieres que te pregunte, por el menú? —replica, aguantándose la risa.

Refunfuño, porque la culpa es mía, debí haber omitido ese dato y así evitado que se pusiera en plan cotilla.

—El caso es que lo vi a él. Me quedé alucinada, porque ¿quién se encuentra a un ex en una orgía después de más de cinco años?

—Joder...

—Y además, según los comentarios, era de los más activos —farfullo, sonrojándome todavía más.

—Joder...

—Yo... yo no podía dar crédito. Después de tantos años, jamás imaginé que volveríamos a coincidir. ¡Parecía una broma! —exclamo, porque cada vez que lo pienso me parece más surrealista—. Fui estúpida y, en vez de esconderme, tardé más de la cuenta en apartar la mirada, y él me vio.

—Joder...

—¡Deja de decir eso! —lo regaño, porque me da que se lo está pasando pipa con

este asunto.

—Perdona, pero has de reconocer que tiene su gracia.

—Pues yo no se la veo por ninguna parte —mascullo—. El caso es que al verme se quedó tan alucinado como yo y se las apañó para hablar conmigo. —Max tose, y lo miro, entonces hace el gesto universal de cerrar el pico—. Y ¿qué iba a hacer yo?

—¿Estaba vestido?

—¡Por Dios! —protesto, y lo fulmino con la mirada.

—Era una duda razonable —se disculpa, echándose a reír.

Me cruzo de brazos y espero a que a este payasete se le pase el ataque de tontería. Estamos en medio de una conversación seria, importante, y él no deja de hacer chistes, bastante malos, sobre el asunto. Cuando por fin parecen remitir las risas, me dispongo a continuar.

—Como comprenderás, tras reponerme de la impresión, me limité a ser educada, confiando en que ese encuentro fortuito no fuera nada más. Pero no, él me localizó en mi trabajo y...

—¿Te acosó? —inquieta, frunciendo el cejo.

—No, todo lo contrario. Fue... amable, sí, amable, y me di cuenta de que no se parecía en nada al Pablo al que yo recordaba. Había cambiado...

Empiezo a contarle cómo lo conocí, el tipo de hombre que era. El camarero guapo y con experiencia que embauca sin proponérselo a una joven e ingenua chica de veintitantos años que desoye los consejos de su familia y sólo busca libertad, diversión, sin calcular las consecuencias.

Y cómo, unos meses después, esa chica debe volver a casa con el rabo entre las piernas, porque la independencia queda muy bonita sobre el papel, pero cuesta dinero y no todo es tan idílico. El camarero atractivo no tiene intención de cambiar ni de quedarse en casa ni de comprometerse y cuando las cosas se complican, desaparece.

Respiro, porque, aparte de mi hermana, nadie más sabe la verdadera historia. Mi madre se la imagina, pero nunca le he contado los detalles más desagradables. Aunque no creo que haga falta, pues desde que volví a casa siempre me ha apoyado. Max me mira y me sostiene la mano. Ya no se ríe, pero tampoco tiene una expresión de lástima, lo cual se agradece.

—Ahora entiendo por qué nunca querías hablarme de él —murmura, y yo sonrío con tristeza.

—No me siento orgullosa de lo que hice, de eso puedes estar seguro —admito en voz baja—, aunque he aprendido de mis errores.

—Perdona que te lo pregunte, pero ¿lo has perdonado?

—Sí, creo que sí —admito suspirando.

—Eso implica cierto grado de confianza y de madurez... —reflexiona.

—Al principio me negaba a hablar con él, ni siquiera quería contemplar la posibilidad de escucharlo; sin embargo, Pablo insistió, y, a pesar de arriesgarme a volver a jorobarla, terminé escuchándolo. —Hago una pausa, porque me resulta

extraño estar hablándole de él. Max escucha en silencio. Por su expresión poco o nada puedo deducir, así que antes de perder el valor, continúo—: Ya no es el que era, ahora tiene un empleo. No va dando tumbos ni haciendo horas en clubes donde no sólo se sirven copas. Trabaja para un ruso de origen español, Vasili Orlov, un empresario de esos que se pasan medio día acumulando riquezas y el otro medio gastándolas en caprichos.

—Y ¿te ha dicho qué pretende?

—¿No es obvio? —murmuro con un aire de resignación.

—Bea, esto que te voy a decir quizá no te guste...

—Prefiero que seas sincero, me guste o no —contesto, para que se sienta libre de expresar lo que siente.

—Puede que en su momento se comportara de forma reprobable, pero al fin y al cabo es el padre de Félix. Es comprensible que quiera acercarse a él.

—Hmmm, eso ya lo sé —admito a regañadientes—. Lo que no entiendo es por qué ha dejado pasar tanto tiempo. Ni una llamada, Max, ni una.

—Cuando se ha roto el contacto, no debe de ser fácil volver a retomarlo —murmura.

Esas palabras me hacen pensar. Es cierto, yo misma soy buena prueba de ello y por tanto no puedo pensar de una manera, actuar de otra y luego criticar a los demás. Inspiro hondo. Qué complicada es la vida cuando se lo propone.

—Nunca imaginé que tú te pondrías de su parte —comento, sin que sea una acusación.

—Aquí no hay partes, Bea, hay un crío de cinco años. Y antes de que lo preguntes, sea cual sea la decisión que tomes, estaré a tu lado, pero también entenderás que me mantenga al margen —concluye, y yo casi me echo a llorar.

Hay momentos en los que sólo Max sabe decir la frase adecuada y estar a la altura de las circunstancias.

—¿Es un cheque en blanco? —inquiero, entrelazando los dedos con los de su mano y mirándolo de medio lado.

—No, no lo es —murmura en respuesta, y se inclina para darme un beso en el hombro—. Es una simple cuestión de confianza.

Max apaga la luz y nos acostamos abrazados. Guardo silencio, porque toda esta conversación da para mucho. Lo más evidente es que a mi espalda tengo a un tipo con una forma de pensar madura, sensata, que sabe ver más allá de la superficie. La segunda es que, para Max, Félix es primordial y se implica en su bienestar.

Pero la tercera, la menos evidente, es que de nuevo hemos hablado de mí, de mi pasado, de mi vida, y en cambio yo sigo sin conocer cómo ha llegado él a ser lo que es. Sólo conozco algunos retazos, poca cosa, y me gustaría que se sincerase conmigo.

Ahora no es el mejor momento para tratar el tema, pero sí quiero que lo hablemos en un futuro próximo. Max ha mencionado la palabra confianza. Muy bien, ésa es una carretera de doble dirección. Una vez que solucione lo de Pablo, tendrá que contarme

muchas cosas.

Y, por último, un asunto que con tanta charla se me ha pasado por alto...

Me doy la vuelta en sus brazos, y Max se sorprende. Aún no está dormido, por lo que no existe peligro de que interrumpa su descanso. Voy directa a por su boca y él, tras la lógica sorpresa, se amolda a la perfección. Me abraza y poco a poco toma el control, acomodándose sobre mí.

Anda que no tenía yo ganas ni nada de besarlo...

Besarlo, tocarlo, saborearlo..., lo que haga falta. Y por cómo ha reaccionado tengo la impresión de que se encuentra en un estado muy parecido.

Max se mueve un poco hacia abajo, buscando mis pezones, y yo se lo agradezco, de verdad, pero hoy tengo prisa.

—No necesito preliminares —gimo, tirando de él hacia arriba.

—Pero a mí me gustan —susurra, sin apenas separar los labios de mi piel.

No le queda más remedio que obedecerme, pues lo agarro del pelo y le doy un leve tirón, mostrándole así mi impaciencia.

—Otro día... —le indico ansiosa.

—Tú te lo pierdes —me suelta con su aire más chulesco, haciéndome sonreír.

Sus manos bajan por mis costados hasta llegar a mis caderas y presionan un instante para que separe más las piernas. Lo hago encantada, y me recompensa con un beso alucinante, al tiempo que se posiciona. Sé cuánto disfruta teniéndome en ascuas y por eso le clavo las uñas en los hombros, lo que se traduce en una penetración brusca que me hace contener el aliento.

Pero esto es sólo el principio. «¿No querías una taza? Pues toma taza y media», es lo que ha debido de pensar Max, pues me está follando a lo bruto, pero muy bruto.

Y a mí me encanta, no puedo negarlo. Me encanta sentir su peso, su fuerza y apretar cada músculo de mi interior para hacerlo más intenso. Noto su respiración tan agitada como la mía, sin dejar de jadear.

Querría gritar, porque contenerme es muy complicado debido a estos envites. Por favor, hoy se ha debido de tomar tres cajas de jalea real por lo menos.

Mostrándose aún más machote, se aguanta con los brazos y de ese modo, sin perder tracción, gira ligeramente la pelvis, consiguiendo otro ángulo de penetración mucho más interesante.

—Por Dios, Bea, baja la voz —masculla tenso.

—Va... vale —susurro; sin embargo, al medio minuto gimo de nuevo sin control.

Max resopla, no por el esfuerzo, sino por mis escandalosas expresiones. Nadie puede dudar de lo que estamos haciendo. Soy consciente de que debería moderarme un poco, no obstante, es demasiado bueno como para andarse con remilgos.

Embiste una vez más, fuerte, chocando contra mi cuerpo. Tenso, muy tenso. Se desliza hacia atrás y murmura algo así como «Calla o te dejo a medias». Yo me siento igual que una jovencita que lleva a su novio a casa con el pretexto de estudiar, pero luego se dan el lote.

—No te lo diré más —me amenaza, ralentizando sus movimientos hasta quedarse quieto.

Vuelvo a gemir, esta vez de pura frustración.

—Mete eso en su sitio —protesto, dándole un azote.

Se echa a reír y vuelve a penetrarme, esta vez despacio. Pero que muy despacio. Algo que detesto.

—Sé que mi polla no puede estar en mejor sitio, pero, por favor, no grites —insiste con aire divertido.

Coge ritmo. Empuja. Vuelve a empujar. Se aparta, entra y sale, me vuelve loca y niega con la cabeza. Creo que se da por vencido, pero no, de repente siento su mano tapándome la boca y justo en ese instante me corro entre jadeos ahogados y falta de aire.

—Desde que vas a orgías no hay quien te aguante —se guasea, embistiendo por última vez antes de eyacular en mi interior.

—Muy gracioso...

El temita de la orgía ha sido *trending topic* durante la última semana en mi cama, porque Max no ha cejado en su empeño de sonsacarme hasta el último detalle. Y eso que no había mucho que sonsacar, ya que sólo eché un fugaz vistazo; sin embargo, él piensa que participé de principio a fin. No se conforma con lo que le cuento sonrojada hasta la raíz del pelo, ni que decir tiene.

Él se parte de risa a mi costa, y creo que está dejando salir su vena sádica, pues cuanto más me mosqueo, más pregunta. Y cuanto más me obstino en negarme, más se empecina él en seguir con el asunto, y hasta hace algún que otro comentario peligroso, por ejemplo, estando mi madre delante:

—¿Cuándo tienes otro evento en el restaurante?

Yo me atraganto, por supuesto, porque sé a lo que se refiere, y mi madre me mira con cara de «algo me estás ocultando». Luego Max lo remata añadiendo:

—Me gustaría acompañarte.

Dicho así no suena mal, sin embargo, como yo sé bien a qué se refiere el muy tonto, me pongo como un tomate y mi madre se percata de ello.

Ahora estoy en la cama, sentada, esperándolo. Ya le he advertido que como saque otra vez a colación el maldito asunto, le quemo las tortitas del desayuno y le pongo mermelada industrial, nada de la casera. Aunque me da a mí que prefiere pasar una temporada comiendo mal, incluso abusando de la bollería industrial (luego quema todas las calorías en el gimnasio o en la cama), antes que rendirse.

¡Hombres!

Se abre la puerta y aparece él. No me acostumbro a verlo caminar sólo con los bóxeres apretaditos. Hoy son de color violeta y se me van los ojos, no lo voy a negar. He visto todo lo que se ha traído, poco, la verdad, pero no tiene ni uno de esos sueltitos.

No sé cuándo tiene pensado traer el resto de sus cosas, no hemos hablado de ello, pues vamos pasito a pasito. Fiables aunque lentos.

Lo miro de reajo mientras se acuesta. Yo sigo untándome crema, tan sólo con bragas y camiseta, mientras él, que ya tiene su mesilla llena de sus cosas, coge su iPad y se pone a trastear con él.

—Tengo una duda... —me suelta en ese tono falsamente indiferente.

—No insistas —le advierto, porque he adivinado de qué quiere hablar.

Cierro el bote de la crema y lo dejo en mi lado, mientras termino de extendérmela por los brazos.

Max se calla, pero a buen seguro sólo para hacerme rabiar después.

Mañana tengo el día libre, lo que nos permitirá pasarlo juntos, algo que, desde que llegé, nos ha sido imposible hacer. Tengo planes, entre los que no se incluye estar de morros, así que si sabe lo que le conviene, cerrará el pico.

O no, porque mira que le gusta hacerme rabiar y sacarme los colores.

Me doy cuenta de que estoy en medio de una típica escena doméstica, de esas que te dan cierto pavor, porque se asocian con la rutina; aunque creo que con Max eso es improbable. No me lo imagino echando barriga, rascándose los genitales, tirando la ropa interior por ahí de cualquier manera, eructando y todas esas cosas que rompen la magia en mil pedazos antes del primer año de convivencia.

—Bea, tenemos que hablar de ello —insiste, y al final me voy a tener que cabrear con él.

Ya verás como hoy la tenemos...

Deja su iPad y me presta toda su atención. Eso no es bueno.

—Estoy hasta la peineta de la orgía, Max, así que... ¡ya vale!

Frunce el cejo y niega con la cabeza. Incluso me da la impresión de que se ha molestado.

—Pese a que me parezca un tema fascinante —me replica con retintín—, pretendía hablar de otra cosa, pero si insistes...

No me fío ni un pelo. Sólo se trata de una maniobra de distracción, estoy segura. Pero voy a hacer como que lo creo, así que le indico que continúe.

—Estamos viviendo juntos... —prosigue, y eso me da mala espina, porque seguro que al final vuelve a las andadas— y, de verdad, no quiero que te sientas mal por lo que voy a decirte, pero... ¿no crees que ya es hora de compartir gastos?

Esta vez sí que me ha pillado fuera de juego.

—¿Gastos? —baluceo.

Max inspira, algo incómodo.

—Sí, Bea, gastos —me confirma para mi asombro—. Es lo más lógico.

Frunzo el cejo, porque, como siempre, los temas económicos me resultan incómodos. Pueden alterar y mucho una relación, y la nuestra no está aún tan asentada. De hecho, estamos fijando las bases, y no me parece muy acertado tocar este asunto.

—No sé a qué te refieres...

Max me mira dejando claro que mi pobre intento de hacerme la sueca no ha colado.

—Si voy a vivir aquí, contigo, no vas a ser tú quien nos mantenga a todos —argumenta con seriedad.

—¿Te molesta? —replico, en otro intento de desviarme del tema.

—Vamos a ver, Bea, no te hagas la tonta —me dice con suma paciencia—. Si las circunstancias fueran otras —recalca lo de «otras», y por desgracia sé a qué se refiere, pues hay mucha gente que las pasa canutas—, aceptaría que tú sola soportaras toda la carga económica, pero como no es el caso, aunque te incomode hablar de ello, debemos hacerlo.

Reflexiono sobre lo que ha dicho, pues visto con una perspectiva objetiva es razonable. Sin embargo, me escuece el tema, pues, por suerte, ahora dispongo de una remuneración aceptable que me permite cubrir los gastos con soltura.

De acuerdo, como diría mi madre, hay que hacer hucha por si las moscas, pero yo tampoco voy derrochando el dinero; sé muy bien lo que es pasar estrecheces.

—Deja de pensar tanto y dime una cifra —insiste Max inflexible.

Uy, no conocía yo esta faceta de negociador implacable. También me pone bastante...

«Céntrate, Bea —me digo—, que más de una pareja ha terminado a malas por asuntos de dinero.»

—¿Pretendes que a final de cada mes mire las facturas y calcule tu parte? —pregunto con sarcasmo, pues sigo sin verlo claro.

Además, sé que se halla inmerso en un gran desembolso y que no trabaja —esta palabra, asociada a él, aún me irrita—, por lo que, aun dando palos de ciego, porque no tengo ni pajolera idea de cuáles son sus ahorros, digo yo que no va a vivir para siempre de las rentas, por mucho que haya ganado.

—No seas irónica, que no te pega —dice, arqueando una ceja—. Y vamos al meollo de la cuestión.

Nada, que sigue en plan ejecutivo agresivo; eso sí, sin la corbata ni el traje.

—Pues tú dirás... —refunfuño.

—Es muy sencillo, suma todos los gastos. Alquiler, suministros, mantenimiento, compras..., lo que sea, y vamos al cincuenta por ciento.

Lo miro abriendo los ojos como platos.

—Eso no es justo y lo sabes —protesto con vehemencia.

—¿Tú crees?

—Pues no, no lo es —insisto.

—Y ¿por qué, si puede saberse?

Nada, que no hay manera de dejar el tema. Max debería intuir que prefiero hablar de otra cosa, pero no sé por qué se empeña tanto. Vale, para un hombre eso de vivir mantenido por una mujer es siempre, digamos «delicado», y en su caso, supongo que puede decirse que es como nombrar la sogá en casa del ahorcado.

—Bea... —me incita ante mi silencio.

—Es muy simple, Max —yo también pronuncio su nombre de forma intencionada—, porque aquí vivimos cuatro personas y no es de recibo que tú pagues el cincuenta por ciento cuando están mi madre y Félix.

—Joder..., me lo venía venir... —masculla ¿casi ofendido?

Y así, sin comerlo ni beberlo, ya tenemos nuestra primera pelea de pareja, y por un asunto a mi juicio de lo más banal, pues si yo no he abierto el pico con el tema del dinero, no sé para qué demonios lo hace él.

—Sí, eso, joder... —lo secundo, a punto de cabrearme, pero bien, además.

La cosa tiene su gracia, porque por lo general las parejas discuten por la falta de dinero y en este caso, tiene bemoles, lo hacemos por ver quién paga qué.

—Pues hablaré con tu madre —me amenaza.

—Ni se te ocurra —le advierto por varias razones.

La primera, mi madre aceptará sin tantas reservas, pues no hay implicación sentimental. La segunda, ella lo considera el yerno ideal, y si además es generoso, ya ni te cuento. La tercera, está acostumbrado a un nivel de vida, digamos sibarita, y aunque se amolde bastante bien, pues no sé yo. Y la última y más peligrosa, conozco a Max y su tendencia a sacar la tarjeta de crédito a pasear. Vamos, que se pasa de generoso y, como me descuide, termina pagándolo todo.

—Pues tú verás... —deja caer, y se tumba, dándome la espalda y apagando la lamparita de su mesilla.

Sólo le ha faltado decir un buenas noches impersonal, taparse hasta el cuello y gruñir.

—Genial —murmuro, tumbándome yo también y dejando el cuarto a oscuras.

Antes de que haya podido taparme, Max se da la vuelta, me abraza desde atrás y se acopla a mí como si fuéramos un puzle de dos piezas.

—¿No estamos enfadados? —pregunto en un susurro.

—Pues sí, pero no importa —responde muy ufano, y, no contento con eso, empieza a acariciarme el costado.

—¿No pretenderás...?

—¿Follar? —sugiere en tono guasón.

—Sí, eso.

—Bea, lo uno no excluye lo otro.

—¿Perdón? —digo, a punto de echarme a reír ante su comentario.

—Que discutamos por cuestiones mundanas del día a día no significa que deba renunciar a los placeres de la noche.

—Uy, qué bien te ha quedado eso de «los placeres de la noche» —comento risueña, dejándome querer, por supuesto.

Su mano ahora se encuentra justo a la altura de mi ombligo, trazando pequeños círculos y acercándose hasta mi pubis muy suavemente.

—Soy un poeta en ciernes —bromea, bajando un poco más la mano, aunque a mi juicio no lo suficiente.

—Entonces, para que no queden dudas, durante el día podemos tirarnos los trastos a la cabeza, gritar y demás, y por la noche...

—Follar como locos, exactamente —remata Max por mí, y termino riéndome—. Pero no rompas muchos platos, que luego me toca a mí pagar la mitad.

Esta indirecta se la voy a dejar pasar, porque, si bien de indirecta tiene muy poco, ha tenido su gracia, he de reconocerlo, y también porque tiene razón. No en lo de pagar a medias, sino en lo de separar las cosas.

—Max... —gimo contenida. He tenido que aprender a hacerlo por necesidad, no por gusto.

Me coloca boca abajo y empieza a pasar la mano por mi espalda, con esa lentitud exasperante, bajando y bajando hasta ponerla encima de mi trasero. Y una vez en ese punto y yo ronroneando como una gatita mimosa, pasa un dedo por la separación de

mis nalgas. Y lo repite con la misma lentitud, aunque presionando un poco.

Me da cierto reparo, aunque he de reconocer que es agradable y que él no fuerza las cosas, pero no me pasa desapercibido que le gustaría profundizar un poco más. Bueno, le gustaría ir hasta el final, no vamos a andar con paños calientes.

—Tienes un culo tan prometedor... —musita, colocándose encima de mí, y siento la presión de su pene justo en mi ano y sus labios en mi nuca.

Me aparta en pelo para poder besarme mejor y siento un escalofrío que me recorre todo el cuerpo cuando comienza a acariciarme con su boca, haciéndome sentir la suavidad de sus caricias y todo el peso de su cuerpo sobre el mío.

Me agarro a la almohada, cierro los ojos y me digo: «Que sea lo que tenga que ser, que haga conmigo lo que le venga en gana y después repita, porque me siento tan a gusto...».

—Me encanta esta postura —dice en su tono más pícaro.

—Mmm.

—¿Sabes por qué?

A mí me importa un pimiento el motivo, lo relevante aquí es lo bien que estoy. Pero para que no sea un monólogo, termino preguntando:

—¿Por qué?

Max me separa las piernas y me levanta el trasero. Mi predisposición es recompensada con dos besos en el culo, uno en cada nalga, y una mano entre mis piernas acercándose a mi sexo. La otra me la coloca en la nuca, obligándome a pegar la cara en la almohada, exponiendo aún más mi retaguardia.

—Porque así puedo follarte como quiera..., tú gemir como una posesa... y ahogar los gritos en la almohada —afirma con su tono derritemujeres.

Y antes de que yo acabe de procesar la frase, me penetra de golpe, dejándome impactada, encantada..., tanto que mi almohada termina siendo testigo mudo y al terminar yo acabo rendida y me duermo como un angelito.

Por la mañana olvido mi vena vengativa y preparo un buen montón de crepes. Max me lo agradece con un guiño travieso. Lo dejo en la cocina con mi madre, que las pillas al vuelo, mientras preparo a Félix para ir al cole.

—Mamá, no quiero ponerme el chándal —empieza, y yo suspiro, porque vamos con retraso.

—Tienes que llevarlo. Venga, quítate el pijama, que no llegamos.

—Que no... —se obstina, y con toda la paciencia del mundo y toda la resistencia por su parte, porque mi hijo sabe muy bien poner en práctica lo de la resistencia pasiva, empiezo a desvestirlo y luego le pongo la ropa de deporte.

Félix no colabora, pero tampoco protesta, así que consigo vestirlo, a falta sólo de pasar por el cuarto de baño y peinarlo. Al arrastrarlo hasta el aseo, oigo la conversación que tiene lugar en la cocina, entre mi madre y Max.

—Perfecto, Manuela. Mañana vamos a ese supermercado y hacemos la compra —dice él amable.

—Allí tienen buenas ofertas, lo que pasa es que como Bea siempre anda liada, no podemos ir, y además es tan manirrota...

Max tiene la poca vergüenza de reírse ante la crítica de mi madre.

—No te preocupes...

—Ay, sí, me preocupo —prosigue ella con ese tono de penita que yo conozco.

—Mamá..., que me haces daño —protesta Félix, porque estoy más pendiente de lo que dicen en la cocina que de peinarlo y encima el remolino del cogote hoy está más rebelde de lo normal.

—Mi Bea es muy trabajadora, muy responsable..., pero un poco inconsciente. Ahora le van bien las cosas y es generosa, pero tiene que pensar en el futuro...

Ya estamos otra vez...

—Lo sé —dice Max comprensivo—, por eso ya hemos acordado que vamos a repartir los gastos, es lo justo.

—Pero qué pedazo de mentiroso está hecho... —murmuro.

—Max, eres un encanto —dice mi madre zalamera.

—Gracias, Manuela.

—Tienes tus cosillas, pero eres un buen chico —remata, para mi absoluta perplejidad.

—Pues sí, las tengo —afirma el otro todo contento.

Si me pinchan no sangro.

Termino con Félix y éste va corriendo a buscar a Max, porque es el elegido para que lo lleve al cole, lo cual me deja a solas con mi madre, a la que por cierto tengo que decirle cuatro cosillas. Porque una cosa es que se meta donde no la llaman y otra muy distinta que coquettee con mi chico para que la lleve al súper y pillar una oferta de la segunda unidad al cincuenta por ciento.

—Ya te vale... —le digo, cuando los chicos se han marchado—. Un poco más y le pides una copia de su declaración de la renta.

—Las cosas claras desde el principio —asevera.

—Ni que fueras del CSI —protesto, y ella ni se inmuta.

—No sé por qué te molesta. El hombre tiene voluntad y además es lo más adecuado —se defiende como si tal cosa, para nada molesta.

—¿Ah, sí? —mascullo suspicaz.

—¿No lo entiendes? —Niego con la cabeza—. Si Max vive aquí de prestado, ¿cómo crees que se sentirá?

—No lo había visto de ese modo —reflexiono en voz alta.

—Tienes que ponerte en su lugar y comprender que si de verdad deseas que esto funcione, no puedes ir imponiendo tus criterios. Además, si al chico le hace gracia llevarme al súper, ¿quién eres tú para privarme de la oportunidad de presumir de yerno?

Me quedo anonadada y con la palabra en la boca mientras mi madre se va a su cuarto a vestirse, porque, según me ha contado, se ha apuntado a clases de yoga. Así que termino de recoger la cocina pensando en cómo las mujeres de mi familia, todas sin excepción, se divierten yendo con Max del brazo.

Ver para creer...

Y como esto no tiene vuelta de hoja, yo también voy a arreglarme, que hoy tengo el día libre, y Max, en cuanto regrese de llevar a Félix al cole, me va a llevar no sé adónde a pasar el día juntos.

Sólo espero que no acabemos en un supermercado, comparando ofertas.

Max entra en casa y lo oigo despedirse de mi madre con un «Hasta luego, Manuela, pásalo bien».

Ella le responde:

—Gracias, lo haré.

Yo sólo tengo que ponerme los zapatos y el abrigo y estaré lista. Como a Max esta mañana lo he visto salir con vaqueros y camisa, deduzco que vamos de turistas o algo parecido, así que me decanto por unas botas cómodas de tacón bajo y ancho.

—¿Lista? —inquire, al verme salir del dormitorio.

Me mira de arriba abajo. No voy lo que se dice muy *fashion*, pero sí me he maquillado un poco.

—¡Un segundo! —digo, entrando en la cocina para coger una pila de revistas viejas y bajarlas al contenedor.

Una tarea doméstica que tampoco queda muy *cool*, pero de la que debo encargarme. Es lo que tiene vivir juntos, que no todo es divino, quedan siempre las mundanas obligaciones.

Él no dice nada y se encarga de cerrar la puerta y seguirme. Una vez acabada la tarea doméstica, ya estoy lista para pasar un día a solas con él. Mira que tenía ganas...

—¿Por qué sonrías? —me pregunta al subirnos en su coche—. Hace frío y tú siempre te quejas por ello.

—Max, voy a ser un poco cursi, pero a tu lado no siento frío.

Se echa a reír a carcajadas y yo también. Lo he dicho tan seria que no me extraña su reacción.

—Sí, ha sonado cursi —contesta, maniobrando para incorporarse al tráfico—, pero puedes ser todo lo cursi que quieras.

—No hay que abusar —replico toda chula, lo que me vale una sonrisa seductora de medio lado muy peligrosa. Sin embargo, me contengo, porque quiero saber qué ha planeado para hoy.

Max conduce tranquilo, siguiendo las indicaciones del navegador, y yo opto por no importunarle preguntando adónde vamos. Confío en él, y seguro que me sorprenderá.

Quince minutos más tarde, aparca en una calle que así, a priori, no parece muy turística. Tampoco veo ningún hotel cerca, por lo que lo miro a la espera de una explicación.

—Te va a encantar —comenta sonriente.

—Eso espero —digo entre dientes, manteniendo la sonrisa para no estropear el momento. No estoy yo muy convencida, pero allá vamos.

Nada más bajar de coche, me coge de la mano y no me la suelta mientras caminamos. No puedo dejar de mirarlo, y otras mujeres que pasan por allí tampoco,

pero igualmente sonrío. No me extraña que se les vayan los ojos, porque con esas gafas de sol que se me ha puesto hoy está para comérselo. Como siempre, Max parece ajeno a las miradas. Si a mí me dedicaran tanta atención, terminaría tropezando o algo peor.

Se detiene frente a un local y me extraño. Más aún cuando me doy cuenta de adónde me ha traído. Perpleja es poco para definir cómo me siento. Lo miro con cara de pocos amigos, y él me pone esa sonrisita de no haber roto un plato mientras se quita con cuidado las gafas.

—Venga, vamos —dice, tirando de mí hacia el interior.

Una vez dentro, miro a la chica de la recepción, ataviada de blanco immaculado, y ella nos sonrío, saludándonos con educación. Max le indica que tenía una reserva a su nombre, y la chica tarda medio minuto en confirmarla.

—Por aquí, por favor —nos dice otra mujer.

Max mantiene esa sonrisa lobuna, y yo murmuro bajito:

—¿Me has traído a un spa para que otros me soben de arriba abajo?

—Lo soportaré —me responde de buen humor.

Una vez que llegamos a la zona de vestuarios, es inevitable la separación. Max me da un casto beso en la mejilla y me deja a solas con la masajista. La chica me entrega un albornoz, unas zapatillas y un gorro para el pelo, lo que me lleva a pensar que me va a tocar estar desnuda en manos de una desconocida. Pues perfecto, porque no me vendrá nada mal relajarme, cerrar los ojos y que unas manos expertas me dejen como nueva.

La única parte negativa es que hoy tenía idea de estar con Max, pero bueno, los masajes no duran eternamente. Esto ha sido todo un detalle, he de reconocerlo. Él siempre pensando en mí.

Una vez con el albornoz puesto, sigo a la masajista y entramos en un cuarto pintado de color café, donde huele de maravilla. Me acomodo en una camilla boca abajo y cierro los ojos. Me coloca una toalla sobre el trasero y suspiro agradecida cuando me empieza a extender crema por la espalda.

—Comenzaremos con un gel exfoliante —me explica la chica.

A mí me parece estupendo. Esto es una gozada. Creo que voy a acabar durmiéndome de tanto placer... Y casi lo hago, menos mal que la empleada, amable y comprensiva, me da un toquecito para llamar mi atención. Me explica que a continuación tratará mi piel con un aceite para hidratarla. Ni que decir tiene que asiento encantada y pienso si a Max le estarán procurando los mismos cuidados. Y si es así... ¿no sería alucinante poder estar los dos juntos, untaditos de aceite? Porque esto tiene que resbalar una barbaridad...

¿Dónde podríamos hacerlo?

¿Acabaríamos en el suelo?

Contengo un poco mis fantasías, porque no es el momento, y disfruto de este regalo inesperado y de la habilidad de estas manos. Cuanto estoy en lo mejor,

disimulando los ronroneos —nunca habría imaginado que una persona que no fuera Max lograría esto—, se acaba la sesión y la chica me indica que puedo pasar al vestidor a cambiarme para ir a la zona de piscinas.

Al bajar de la camilla ni me molesto en taparme; total, ¿qué importancia tiene que me vea desnuda? Una vez dentro, me encuentro un bañador sencillo y práctico, azul marino, que, mira por dónde, es de mi talla. También una tortura conocida como gorro de baño del mismo color. Hago una mueca. Lo de bañarme y que mil chorros de agua me acompañen es una idea estupenda, pero lo del gorrito me echa para atrás, porque no puedo permitir que Max me vea así. Eso no le sienta bien a nadie.

Sin embargo, termino encajándomelo como puedo y camino junto a la masajista, que me acompaña hasta la zona de baño. Me abre la puerta y allí está él, con un par de zumos de naranja esperándome.

—¿Todo bien? —pregunta, tras darle las gracias a la empleada y entregarme un zumo.

—Demasiado bien —suspiro.

Le doy un repaso y, de acuerdo, el amor es ciego, pero no tanto: el gorro de baño no es que le sienta de maravilla, pero lo lleva con soltura y al menos no se le ve cabeza de melón.

Se nos acerca otra empleada para recomendarnos qué circuito seguir y, claro, Max no se resiste a probarlo todo. Yo, la verdad, con lo bien que me ha dejado el masaje, prefiero echarme en una tumbona y descansar, pero va a ser que no, pues sin dejarme acabar mi zumo, él me arrastra hasta la primera parte del recorrido: una ducha templada aromática. Entro no muy convencida, pero a los cinco segundos cambio de opinión y hasta cierro los ojos, me olvido del antiestético gorro y me doy un homenaje. Creo que hasta he puesto cara de gilipollas.

—Bea, no acapares —me advierte Max, bromista.

—Un poquito más...

—Pues anda que no nos quedan cosas que probar... —dice, y sé que no se refiere únicamente a lo que un spa puede ofrecernos.

Abro los ojos resignada y lo veo mirar a derecha e izquierda. Me da un beso de esos que me dejan hecha gelatina, un magreo rápido por encima del bañador y me empuja fuera. Todo antes de que otros usuarios se den cuenta.

—Aléjate un poco —me pide, aclarándose la garganta y señalándome unas piedras que, según nos han explicado, están calientes y es muy bueno caminar sobre ellas.

Pues nada, meneando el culete un poco, me meto en el camino de piedras y enseguida me doy cuenta de que parezco Chiquito de la Calzada, porque es como caminar sobre brasas. No sé qué tendrá esto de terapéutico, pero si lo recomiendan por algo será.

Miro por encima del hombro y veo a Max descojonándose. Me trago el orgullo y acabo el recorrido para ir directa a la piscina y situarme bajo un chorro a presión. No

pienso hacer más el ridículo.

No pierdo detalle de lo que Max hace. A diferencia de mí, sigue el circuito recomendado. Incluso llega a meterse en la piscina de agua fría y todo con naturalidad.

Yo sigo a lo mío, sin mover un músculo. Recreándome, al igual que otras usuarias, en las idas y venidas de Max. Sonrío, porque ellas pueden mirar lo que quieran, pero van listas si piensan que está disponible.

Cruzo una mirada divertida con él cuando camina hacia donde yo estoy. Hasta finjo sentirme impresionada por lo que veo y no me corto nada en fijar la vista unos segundos en su paquete. Max se percata de ello y se pavonea un poco más. Lástima que haya gente a nuestro alrededor.

Miradita, parpadeo y enseguida lo tengo a mi lado, dispuesto a disfrutar de los beneficios del agua a presión. Me roza y tengo que disimular la sensación que me produce, y eso que estamos a remojo. Me doy cuenta de que tenemos que salir de aquí cuanto antes, porque yo ya no puedo aguantar más sin meterle mano y no quiero ponerlo en un aprieto delante de otros clientes, porque mis manos quieren tocar aquí y allá, y él puede terminar empalmándose.

—Deberíamos irnos —susurro, y Max frunce el cejo.

—Pensaba que esto te gustaría —responde, quizá algo decepcionado.

—Esto me encanta, pero como comprenderás, no puedo verte así, todo mojado, y estarme quieta.

¿Ha gruñido o me lo ha parecido a mí?

—Ve a los vestuarios y en cuanto pueda te sigo —dice impaciente, y me echo a reír.

—Vale. —Le doy un beso rápido y salgo del agua.

Cuando por fin me libero de la tiranía del gorro de plástico, respiro aliviada. Me doy una ducha rápida y me seco el pelo a contrarreloj, como si me fuera la vida en ello, para estar cuanto antes en la recepción.

Max, por lo visto, ha batido el récord, pues ahí está, listo para salir. La chica del mostrador le está intentando vender otro bono relax, pero él no parece que preste mucha atención. Eso sí, le da las gracias con suma educación.

—¿Y ahora? —le pregunto mientras salimos.

—Ahora tenía pensado llevarte a comer a un sitio que me han recomendado, pero no sé yo si podrás tener las manos quietas.

Arqueo una ceja y, como me ha pillado de buen humor, le doy un pequeño azote en el culo y seguimos caminando.

—A riesgo de ser cursi otra vez, contigo voy al fin del mundo —contesto, y Max se detiene para besarme en medio de la acera.

Y nada de un besito rápido, qué va, uno con lengua, de esos que roban hasta el alma.

—El exhibicionismo no es lo mío, pero como sigamos así, voy a acabar

follándote en un portal —murmura, apartándose de mí y negando con la cabeza.

Yo sonrío, por supuesto.

—Uy, voy a tener que ponerme cursi más a menudo —bromeo.

Y es cierto, con este hombre no paso ni frío, aunque caigan chuzos de punta. Que no es el caso, pues los días cada vez son más primaverales. Se nota que hay más horas de luz, lo cual anima bastante.

Nos subimos al coche y Max enciende la radio, una emisora de éxitos musicales en castellano, y empiezo a canturrear a mi manera la letra de la canción *Sólo te puedo decir*^[5], de Café Quijano. Siempre me ha parecido increíble, y hacía mucho que no la escuchaba. Dice tanto...

Max me mira y se limita a sonreír. Ya sé que mi entonación es horrorosa, pero me da igual, me siento bien y canto.

Seguimos avanzando. Ahora el tráfico es más denso, pero hoy parece que todo me resbala. Tampoco pregunto adónde me lleva, ¿qué más da? Y así van pasando los minutos. En silencio, escuchando música, yo destrozándola al desafinar, y él conduciendo mirándome de reojo y sin dejar de sonreír.

Entra en un parking privado y detiene el coche frente al acceso de un hotel. Ahora soy yo la que sonrío, mientras un cosquilleo me recorre el cuerpo hasta detenerse entre mis piernas.

Fin de la Bea cursi, ahora viene la Bea agresiva.

—Deja de mirarme así —murmura, desabrochándose el cinturón de seguridad.

—Como quieras —miento, porque voy a seguir haciéndolo.

Para mi sorpresa, antes de abrirme la puerta va al maletero y saca una pequeña maleta. Parpadeo sin comprender, pues se supone que no vamos a pasar la noche fuera. ¿Será para disimular?

Camino junto a él intrigada y una vez que llegamos al mostrador de recepción, me doy cuenta de que Max lo tenía todo organizado, pues, para empezar, ha sido decir su nombre y el empleado le ha entregado la tarjeta magnética y le ha dicho que todo está listo.

¿Qué nueva sorpresa me espera?

De la mano, porque no me suelta, nos dirigimos al ascensor. Por desgracia, no somos los únicos ocupantes del mismo y nos contenemos. Una pena. Sin embargo, ya falta menos para que lo tenga a mi disposición. Quiero comprobar si lo han dejado tan exfoliado y suave como a mí.

Nada más poner un pie en la habitación, me lanzo a por él, lo beso mientras me quito el abrigo, para poder maniobrar mejor. Max me responde, pero no con el ímpetu que yo esperaba. Normalmente, en cuando nos tocamos todo se descontrola y no sé por qué ahora no ocurre.

Da un paso hacia atrás, no sin antes acariciarme los labios con el pulgar.

—Bea..., cálmate.

—¿Que me calme?! —repito con un tono casi estridente, porque no lo entiendo.

Miro hacia su entrepierna, y Max se da cuenta, pero por lo visto no le importa lo más mínimo.

—Sí, eso he dicho —contesta, y se aleja de mí.

—¿A qué estás jugando? —inquiero refunfuñona—. Me das una de cal y otra de arena.

—Tenemos que hablar —dice, dejando la pequeña maleta sobre la enorme cama.

Con lo que se puede hacer en esa cama y él quiere hablar.

—Lo de «tenemos que hablar» suena muy mal —murmuro.

Él abre el minibar y sirve dos copas de vino. No me pregunta, da por hecho que me apetece una. Bueno, sí, no me importa, pero lo que de verdad me apetece es desnudarme y que él haga lo mismo.

—Es importante, porque antes de dar cualquier paso, necesito estar seguro de que no te enfadarás.

—Esto pinta cada vez peor —comento, haciendo verdaderos esfuerzos para no pensar lo peor.

Me siento muy confundida, pues hemos pasado de estar eufóricos, cachondos y sonrientes a mirarnos con recelo, lo cual tiene poco sentido.

En ese instante llaman a la puerta y él se dispone a abrir. Un camarero entra en la suite y nos deja un carrito con comida. Le da las gracias a Max por la estupenda propina y se marcha.

Más misterio...

Y no me gusta un pelo.

Max se acerca al carrito y levanta las tapas en silencio. Observo que ha encargado sushi, pero no estoy para apreciar ese detalle.

—¿No te gusta? —pregunta, al ver mi cara.

Me encojo de hombros, porque ésa no es la cuestión.

—Y ¿de qué tenemos que hablar? —digo, cambiando de tema y acercándome a él. Sin embargo, me siento estúpida al ver que no hace ningún intento de tocarme.

—Verás... —empieza tras un silencio—, he estado dándole muchas vueltas a un tema. —Se pasa la mano por el pelo. Mal asunto—. El caso es que, no sé, tengo la sensación de que quieres más.

—¿Perdón?

—Sexualmente hablando, me refiero.

—¿Cómo dices? —pregunto, desconcertada por completo.

—Y no quiero decepcionarte —remata.

Y ya la confusión no puede ser mayor.

Nos miramos. Parece serio, nada que ver con sus bromas. No sé de dónde ha sacado semejante tontería, pero no me puedo quedar con la duda, así que lo mejor es ir de frente.

—¿Cuándo te he mostrado yo indicios de quedarme insatisfecha? —pregunto, tras reflexionar sobre sus palabras.

—No sabría decirte... —responde evasivo—. Es algo que he notado. Por eso he creído conveniente venir aquí y...

—¿Qué has notado? —repito como un loro, porque, hasta donde yo sé no he tenido que fingir ni una sola vez con él.

—Llámalo sensación..., intuición... —añade serio.

Joder con la intuición masculina...

—¿Y? —casi gruño, porque me enerva tanta pausa.

—Y yo, bueno, pues también quiero probar otras cosas.

—Vaya eufemismo —farfullo.

Entonces caigo en la cuenta de que, con toda probabilidad, Max, acostumbrado a lo mejor, ya no se conforma con una relación, digamos «convencional», o que sencillamente ya se ha cansado de hacer lo mismo de siempre, recordando quizá otros tiempos en los que todo era glamur.

Lo que no entiendo es por qué justo hoy, cuando hemos empezado de una forma tan agradable, saca ese asunto a colación.

—Y ¿qué propones? —pregunto, porque si bien no estoy dispuesta a decir que sí a cualquier propuesta, me puede una malsana curiosidad por averiguar que es para Max «otras cosas».

—He pensado en que lo mejor sería hacer un trío. Y ver qué pasa.

—¿Un trío?! —grito horrorizada por semejante sugerencia.

Y Max se queda ahí, mirándome, impertérrito. Como si lo que ha dicho fuera lo más normal del mundo.

—Sí, me parece un comienzo aceptable —contesta, y ya mi estupor es absoluto.

—Creo que estoy borracha o que he comido algo en mal estado —murmuro, sentándome para poder asimilar todo esto.

—Lo hace todo el mundo —dice convencido.

Ya no puedo más.

¿Todo el mundo?

—¡Pues estás loco si piensas que voy a permitirlo! —chillo enfadada.

—Bea...

—¡No!

Lo señalo con un dedo, y él, lejos de defenderse, me mira con una actitud casi desganada, ajeno a mi cabreo. Y eso sí que no.

—No grites —dice sin perder la calma.

—Si pretendes que me meta en la cama contigo y con un amiguito tuyo, es que no me conoces —le advierto.

—Hay diferentes combinaciones —matiza solícito, y eso me enfurece aún más.

Me paseo por la habitación para intentar calmarme, porque al final se va a liar parda.

—¿Pretendes que yo me acueste con otro hombre delante de tus narices?

—No me limitaría a mirar, tenlo por seguro —afirma tan pancho—. Y no tiene por qué ser con otro hombre.

—¿Otra mujer? —inquiero incrédula.

—Hmmm...

—Ni hablar. Ya sé que a los tíos os pone como una moto eso de ver a dos mujeres refrotándose y gimiendo desesperadas, y si además están operadas, mucho mejor.

Max arquea una ceja ante esto último y tiene la desfachatez de sonreír como si mi propuesta fuera a realizarse.

—Interesante... —murmura, y yo gruño.

—Se acabó, Max. Por ahí no paso —sentencio, dispuesta a salir de esta habitación antes de que las cosas se desmadren del todo, porque sospecho que él, tan organizado como es, ya habrá contactado con alguien, lo cual me pondría en un compromiso.

Se acerca a mí despacio.

—Bea..., escucha...

—No me vengas con arrumacos —le advierto seria, porque estoy tan cabreada que no quiero ni que me toque.

Pero como era de prever, Max me abraza desde atrás y empieza a acariciarme.

—Cierra los ojos... —me pide en un murmullo.

Me resisto, aunque al final obedezco.

—Como entre alguien en la habitación... —lo amenazo.

Pero el muy truhan sabe cómo aplacar mi enfado, y tengo miedo de que al final termine aceptando su propuesta sólo por complacerlo a él y no porque de verdad lo desee.

Se las apaña para serenarme, mientras noto cómo me va moviendo en una especie de baile silencioso. Hago trampas y miro a escondidas. Max se da cuenta de ello y me amenaza con ponerme una venda.

Oigo unos leves golpes en la puerta y me tenso. Max no me suelta y termino abriendo los ojos.

De inmediato miro hacia la puerta y veo que sigue cerrada. De nuevo se oyen los golpes. Entonces me doy cuenta de que es Max, que ha golpeado con los nudillos en la mesa. Lo ha hecho sólo para asustarme, pero no contento con eso, dice:

—Creo que ha llegado el momento de conocer a nuestro invitado...

«No puede hacerme esto», pienso, mientras él se aparta de mí.

Entonces sonrío de oreja a oreja y saca de su maletita un vibrador de lo más realista. Lo miro como si fuera un artefacto nuclear a punto de estallar y después lo miro a él.

—¿Qué te parece, te gusta? —me pregunta guasón, riéndose en mi cara.

Me siento como una estúpida integral, incluso creo que me he puesto colorada de vergüenza por ver una cosa así y por cómo me ha tomado el pelo.

—¿Cómo has podido? —le recrimino casi histérica.

—Joder, Bea, es que desde lo de la orgía me tienes loco —va y dice, dándome la puntilla.

—No me lo puedo creer... —farfullo, negando con la cabeza.

—Compréndelo, eres una especie de experta en la materia y, claro, yo, con tal de complacerte, me amoldo a cualquier cosa —continúa en tono de chufra.

Esto merece una venganza acorde. Ya veré cuándo y cómo, pero me las paga.

—Te lo estás pasando en grande, ¿verdad?

—No lo sabes tú bien —me confirma sin dejar de reírse—. Y mejor que me lo voy a pasar en cuanto le ponga las pilas a este cacharro.

—Grrr.

Para evitar el derramamiento de sangre, lo dejo plantado y me voy a cuarto de baño. Sus carcajadas son una especie de china en el zapato.

Me lavo la cara y me miro en el espejo. Al final acabo riéndome yo también. El muy jodido... La que ha preparado, y todo el tiempo fingiendo. Ya debería haber aprendido que como actor no tiene precio. Le encanta hacérmelo pasar mal cuando sabe que soy una insegura de manual. Con estos jueguitos quizá pretenda hacerme ver de una vez que mis dudas son un lastre y que he de mandarlas a paseo, algo que me cuesta horrores.

Cuando he oído la palabra «trío» me ha venido a la cabeza una imagen perturbadora de mí atrapada entre dos hombres, sin poder hacer nada. De acuerdo, eso puede estar bien, pero yo nunca he tenido esa fantasía. Y ya, el remate, con lo de las diferentes combinaciones. Ahí lo he pasado peor, porque me veía enredada con otra mujer.

—¿Bea? —me llama Max, y por el tono intuyo que se le ha pasado el momento payasete.

—Enseguida salgo —miento, porque, mira por dónde, ya sé cómo devolvérsela.

Me siento en el taburete y lamento no haberme traído el móvil para jugar un poco y así hacer tiempo.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

No soy capaz de hacerlo esperar, no tengo esa vena cruel y termino abriendo la puerta. Me lo encuentro ahí, apoyado en la pared, con una copa de vino en la mano. Sonríe de medio lado. ¿Qué estará tramando?

Tira de mí y, sin darme tiempo a reaccionar, me besa. No, definitivamente Max el payaso ya no anda por aquí. Le rodeo el cuello con los brazos y disfruto de sus labios, igual que él de los míos.

—¿Te apetece comer o prefieres...?

Su pregunta muere en su boca antes de acabar, pues le muerdo el labio inferior y de esa forma creo haberle dejado muy claro qué prefiero. Max lo entiende a la primera y me arrastra hasta la cama, donde me deja caer boca arriba, para de inmediato echarse encima de mí. Me avasalla y es algo que me encanta, pero se aparta para empezar a desnudarme. Yo, precavida donde las haya, he salido de casa con una camiseta de manga larga y unos pantalones holgados, por lo que en menos de dos minutos estoy en bragas y sujetador delante de él. Max se pone en pie para desnudarse, y yo aprovecho para mandar a paseo mi ropa interior.

—Así me gusta..., con iniciativa —musita, y va tumbándose despacio encima de mí.

Gimo con fuerza al sentir su calor corporal y por fin le pongo las manos encima. Enredo los dedos en su pelo y voy directa a su boca. Lo beso a conciencia, y él me responde con jadeos, porque está tan deseoso como yo de dar rienda suelta a lo que venimos controlando toda la mañana.

Me obliga a levantar los brazos por encima de la cabeza. Siento la fuerza con la que me agarra de las muñecas y me encanta sentirme de este modo, a su entera disposición. Va a jugar conmigo, a hacerme sufrir, a hacerme implorar, y yo soy incapaz de resistirme.

—Quédate así —me pide con voz ronca.

—De acuerdo —murmuro, consciente de que no tardaré en romper mi promesa, pues he adivinado sus intenciones.

Sus labios están ya sobre uno de mis pezones y no se limita a lamerlo, también me arranca un fuerte gemido al atraparlo entre los dientes y tirar de él. Me arqueo

pidiendo más, y no se hace de rogar. Me lo da sin hacerme sufrir.

Ahora su boca está justo encima de mi ombligo, pero no olvida mis pezones y me los aprieta con los dedos. Siento su respiración. Mis muslos se separan por iniciativa propia. Comienzo a susurrar la letra de una canción que siempre me ha gustado, me ha excitado y me ha hecho desear momentos como este que estoy viviendo.

—¿Qué canción es ésa? —pregunta en un murmullo, sin apartar apenas los labios de mi piel.

Le faltan apenas unos milímetros para llegar a mi sexo y me sujeta de las caderas para que no me mueva demasiado, pues conoce mis reacciones.

Sigo cantando un poco más. La letra es muy explícita y si bien mis dotes de cantante dejan mucho que desear, el efecto de mis susurros combinados con las palabras y los lentos movimientos de mi cuerpo hacen que Max trague saliva.

—*Ahora, ahora*^[6], de Mónica Naranjo —respondo con voz muy sensual.

—Sigue cantando —me pide, y su boca acorta distancias.

Me detengo un segundo a inspirar y hago verdaderos esfuerzos por acordarme de la letra. Mi entonación, ya de por sí pésima, se va al carajo en cuanto su lengua entra en contacto con mi sexo. No mantengo la postura ni canto ni leches.

—Canta para mí, Bea —insiste.

Me aclaro la garganta. Como no me acuerdo de por dónde iba, empiezo con el estribillo. Max sigue chupando, arrodillado entre mis piernas, penetrándome con los dedos y pulsando cada resorte de mi interior.

—Canta —repite cuando me detengo.

—No puedo cuando haces eso... —jadeo, al notar la presión de sus labios justo en mi clítoris.

Max parece comprenderlo y me limito a tararear. Estoy cerca de correrme, él lo sabe y por eso frena un poco. Sin dejar de tocarme, aunque de una manera más sutil, evita llegar al punto neurálgico y aprovecha para besarme la sensible piel que rodea mi sexo hasta ver que de nuevo estoy en la casilla de salida.

—¿Qué ocurre? —pregunto, cuando veo que se aparta un instante y busca algo debajo de una de las almohadas.

—Tranquila, esto te va a encantar...

—No sé yo... —farfullo, al ver ese maldito vibrador tan cerca de mi cuerpo.

—Vamos a probarlo... —propone, accionando el interruptor y colocándolo justo a la entrada de mi vagina.

—¿Por qué no lo pruebas tú primero a ver si funciona?

Max se echa a reír y, sin darme tiempo a nada, lo introduce en mi interior.

El grito que pego, mezcla de sorpresa y de placer, hace que él se acerque a mi boca y me bese de manera brusca.

Aprovechando lo absorta que estoy en las sensaciones de mi cuerpo me da la vuelta y me pone boca abajo.

—Estás preciosa —me dice, besándome en el centro de la espalda.

—Lo dudo. —Nadie con el culo en pompa puede estarlo—. Sólo lo dices para salirte con la tuya.

Max se ríe y me da un azote suave.

—Para salirme con la mía y para follarte, que no se te olvide.

Se coloca detrás de mí, de rodillas, y me acaricia el trasero mientras mueve despacio el vibrador. Lo ha puesto al mínimo para mantenerme expectante, o eso es lo que creo, porque de repente se abre un nuevo frente.

Noto algo frío justo en la separación de mis nalgas. Algo frío que un dedo reparte por toda la zona.

—No... —jadeo, sin saber muy bien si lo deseo o no.

Me asusta, pero me da morbo. No lo he hecho nunca y, sin embargo, no lo detengo.

Max inserta un dedo en mi ano. El vibrador aumenta de velocidad. Mis gemidos rozan el escándalo.

—Respira —me dice de forma suave—. Luego vendrá lo mejor.

—No estoy segura... —baluceo, pero si bien mi cabeza me repite que no quiero hacer eso, que no me va a gustar, siento una malsana curiosidad por sentirlo justo ahí, donde a nadie más se lo he permitido.

Él va con sumo cuidado. Yo me desespero, no aguanto más la incertidumbre de saber qué se siente. Aunque luego me arrepienta de ello.

—Max...

—Deja que tu cuerpo se acostumbre —susurra, y mueve el vibrador.

Siento su dedo entrando y saliendo de mi ano, al tiempo que el maldito cacharro vibra en mi sexo. No sé si voy a ser capaz de resistirlo.

—No me tengas en ascuas...

—Bea, no me provoques, bastante difícil me es ya contenerme... —gruñe.

—Pues quítame este maldito chisme —lloriqueo.

—No, ni hablar. Un trío es un trío —me contradice, y siento un segundo dedo impregnado de lubricante.

No va a caber. Es la idea que me pasa por la mente mientras respiro cada vez con mayor dificultad. No quiero cerrar los ojos y agacho la cabeza. Estoy a cuatro patas y puedo ver la mano de Max moviendo el vibrador, penetrándome con él. Tiemblo.

De repente, se separa, deja mi culo en paz y yo no sé si suspirar aliviada. ¿Se ha rendido?

A duras penas giro la cabeza para echar un vistazo por encima del hombro. Sigue ahí, arrodillado. Percibo su tensión mientras se masturba. ¿Se masturba? Eso no tiene sentido. Entonces caigo en la cuenta de que se está untando lubricante.

—Bea... —murmura, besándome la espalda mientras se coloca en posición.

Me tenso, sé que no debo hacerlo, pero me resulta complicado evitarlo. Supongo que es una reacción natural.

—Hazlo ya —acierto a decir con la garganta seca.

Max coloca de nuevo el aparato hasta que lo siento bien adentro. Lo pone al máximo y la vibración es alucinante. Y entonces noto el primer contacto. Clava los dedos en mi cadera y empuja dentro de mi ano. No mucho, pero sí lo suficiente como para hacerme gemir, no estoy muy segura de si es de dolor, pero ahora ya no me voy a echar atrás.

—Espacio...

Siento una especie de pellizco. Inspiro profundamente y me repito que esto es para disfrutar, no para sufrir. Pero no lo tengo muy claro. Max sigue adelante, noto cada empuje, hasta que entra por completo. Su jadeo entrecortado unido al mío no deja lugar a dudas.

Comienza moverse despacio. El vibrador sigue zumbando en mi sexo, lo que me provoca una sobreexcitación. Los brazos ya casi no me sostienen y termino cayendo hasta hundir la cara en el cobertor.

Max se las apaña para embestirme y al mismo tiempo mover el consolador, y, no sé cómo, logra sincronizar los movimientos del chisme del demonio y de su pene.

No encuentro un término para definir lo que experimento.

—Aguanta un poco más —me pide con la voz entrecortada, cuando nota que estoy a punto de correrme.

—No puedo...

—Hazlo por mí, Bea —insiste, y baja un poco la intensidad de la vibración.

Eso me da un pequeño respiro, pero muy leve. Siento todo mi cuerpo agarrotado de mantener esta postura algo forzada.

Tengo la espalda empapada de sudor, mi trasero arde y yo no puedo más.

—Es demasiado —gimoteo.

—Ni te imaginas lo que se siente así, enterrado en tu tentador trasero... El mismo que has movido delante de mis narices durante toda la mañana.

Se retira despacio para volver a entrar. Otra vez ese pellizco que me deja sin aliento, confundida entre el malestar inicial y el placer que provoca cuando te acostumbras. Y por extraño que parezca, deseo que se repita ese dolor. Es de locos, lo sé, pero es lo que siento.

Y para darme el toque de gracia, Max saca de mi interior el vibrador y lo pone a máxima potencia, mientras lo frota contra mi clítoris. Chillo y me retuerzo. Chillo y me muerdo el labio.

—Bea... —gime, tan desesperado como yo.

—Estoy a punto de correrme, no pares ahora.

Grito sin control al alcanzar el clímax sin preocuparme por él. Pero por cómo embiste, intuyo que él también va a correrse de un momento a otro.

En un alarde de irracionalidad, meto la mano entre mis piernas e introduzco el consolador de nuevo hasta el fondo. Sé que la vibración no sólo me produce placer a mí y soy testigo de los gruñidos finales de Max antes de eyacular en mi culo.

Dicho así suena tan burdo..., pero me ha gustado.

—Apaga ese trasto —ordena retirándose—. Si quieres, claro.

Dejo a un lado el vibrador y me dejo caer hacia delante. Me duelen las piernas del esfuerzo.

—Creo que lo hemos hecho todo al revés —suspiro.

Max gatea hasta situarse junto a mí y me da la vuelta para besarme. Uno de esos besos intensos, tiernos, que lo dicen todo.

—¿Al revés? —pregunta, frunciendo el cejo.

—Ahora es cuando necesito el masaje.

Max, a pesar de estar tan agotado como yo, hace un esfuerzo y se levanta. Me parece muy bien, que haga lo que quiera, sin embargo, tira de mí y, pese a mis intentos por quedarme acostada, me obliga a levantarme también.

—Vamos, que tengo que alimentarte —me dice tranquilo.

—No tengo hambre —farfullo. Yo sólo quiero dormir y descansar.

—Pero antes una ducha rápida.

Se pasa por el arco de triunfo mis protestas y acabo dándome otro remojón, eso sí, tal como ha dicho, es breve. Nada de juegos acuáticos.

Nos ponemos los albornoces del hotel y, sin apenas secarnos, nos acercamos al carrito de la comida. Max levanta una tapa y me muestra el sushi. No tengo mucha hambre, pero tras llevarme la primera porción a la boca me doy cuenta de que en realidad estoy famélica.

—Mi idea era utilizarte de plato —murmura, comiendo también.

Yo me atraganto.

—¿Perdón?

Se acerca a mí con una porción de sushi en la mano y se queda a mi espalda, siento su respiración junto a mi oreja.

—¿Te lo imaginas? —musita, y suena pecaminoso, perverso—. Tú, sobre la mesa del comedor, quieta, inmóvil. Con un montón de exquisiteces sobre tu piel y yo, acercándome despacio. Me las comería sin utilizar las manos...

Mi respiración agitada me delata. La suya también.

—Max...

Sus manos ya están en el nudo de mi albornoz...

—Y claro, me despistaré y te pondré perdida —remata, y, para mi total desconcierto, en vez de soltar el nudo lo aprieta y se aleja.

Sin más, coge otro trozo de sushi y se lo lleva a la boca, chupándose los dedos y masticando como si fuera lo mejor del mundo.

Yo me noto cansada. Miro el reloj y me doy cuenta de que puedo echarme una siestecita, así que no me lo pienso dos veces y dejo caer el albornoz delante de sus narices. Me acerco despacio, para que se fije bien, hasta la ventana y cierro las cortinas, sumiendo la suite en una interesante penumbra. Después camino hasta la cama, donde me tumbo con más o menos gracia.

—¿Vas a dormir? —me pregunta divertido.

Aún tiene el albornoz puesto, pero ya se ha llevado las manos al cinturón.

—Me has dejado... —me humedezco los labios, exagerando un poco, claro—
exhausta.

Y no digo nada más. Me cubro con la sábana, cierro los ojos y bostezo.

Max no tarda ni diez segundos en unirse a mí. Igual de desnudo, me abraza desde atrás y pregunta:

—¿Siesta de orinal y pijama o una cortita?

—Es un lujo que pocos días me puedo permitir, así que de orinal y pijama, por favor —respondo, ronroneando al sentir sus brazos rodeándome y, cómo no, una mano en mi pecho.

Agotada y saciada, así es como me siento, aunque no me duermo enseguida, como yo pensaba. Puede que aún esté algo confusa por lo que acabamos de hacer. No es arrepentimiento, pero, ahora ya pasada la euforia sexual, sí cierta curiosidad por saber de dónde le vienen estas ideas. Aunque puedo intuirlo, ya que su experiencia en estos asuntos, es, por decirlo de alguna forma, más amplia que la mía.

Hasta ahí todo normal, eso no me inquieta, todo el mundo tiene un pasado. Pero Max tiene uno muy particular, y en algún momento deberíamos hablar de él. No de los detalles morbosos, esos pertenecen a su intimidad, sino de cómo empezó todo.

No sé cómo planteárselo, pues me temo que puede ponerse a la defensiva.

—¿En qué estás pensando? —pregunta en voz baja.

Me vuelvo en sus brazos y no puedo evitar acariciarle la cara. Él está con los ojos cerrados y la expresión relajada. Mis caricias son muy suaves, típicas de mujer enamorada hasta las trancas que aprovecha cualquier ocasión para tocarlo.

Dudo si debería olvidar las cuestiones que me rondan por la cabeza y mirar hacia otro lado. Me conozco y sé que fracasaré. Habrá días en los que no piense en ello, pero otros me será imposible no hacerlo.

Él tampoco duerme. No me sorprende. O me lanzo ahora o no volveré a tener el arrojito suficiente. Sé que es un salto sin red. Y allá voy.

—¿Cómo fue tu primera cita?

Al estar de cara a él, observo cada reacción y veo que inspira profundamente. Permanece con los ojos cerrados y no pronuncia una sola palabra.

«La he cagado», pienso, porque a pesar de haber formulado la pregunta en un tono suave, alejado de cualquier acusación, es un tema espinoso.

—¿Qué quieres saber? —murmura finalmente, con voz resignada.

—Lo que tú quieras contarme —contesto, acariciándolo de nuevo.

No quiero que se sienta avergonzado y tampoco obligado.

Por lo menos no se aparta de mí y permite que continúe pegada a él. Ya es un gran avance. Lo beso en el hombro.

—En mi segundo año de universidad —dice de forma neutra—. Trabajaba en lo que podía para pagarme los estudios y no me alcanzaba. Estaba a punto de abandonar cuando en una de las muchas fiestas a las que podía ir a beber, follar o lo que surgiera, me enrollé con una mujer que...

Hasta el momento nada me resulta extraño. Universitario, fiestas, sexo fácil... Lo normal. No digo nada, quiero ser capaz de escucharlo de principio a fin.

—... que me sacaba algunos años, no muchos, y que disponía de dinero. Fue fácil, aunque al principio no me di cuenta. De repente me vi con los gastos pagados y dinero para vivir bien, sólo tenía que salir con ella, tirármela de vez en cuando, y

todos contentos.

Max se detiene. Sé que es difícil para él recordar esos días y valoro mucho que confíe en mí. Su tono desapasionado no me engaña. Sigo acariciándolo, que sienta en todo momento que estoy junto a él.

—Era, por así decirlo, la envidia de mis amigos. Dejé atrás un piso compartido, ropa barata, comida enlatada y pasé un verano por todo lo alto. A cualquier tío que le propongas un plan así con apenas veintiún años, te aseguro que firma sin dudar.

«No sabría qué decir», pienso, porque yo, a pesar de haberme visto en una situación límite, siempre he contado con el apoyo inquebrantable de mi familia y por tanto no he tenido que buscarme la vida, sólo reconocer que me había equivocado. Fue duro, sí, pero no me vi sola y sin recursos.

—Y era tan fácil... —añade con un suspiro—. Mis compañeros decían que me había tocado la lotería, pues ella no estaba nada mal. No era ningún sacrificio y no tuve reparos en continuar.

Me mira. Espera algún tipo de juicio. No soy quién para juzgarlo, ni yo ni nadie, ya puestos. Quiero que continúe, pues deseo conocer sus sentimientos y ver si, hablando de todo, se convence al cien por cien de que confío plenamente en él, sin fisuras.

—A veces, qué iluso, pensaba que me aprovechaba de ella y no quise tener en cuenta ciertos detalles. Cuando acudíamos a algún acto público, ella insistía en que me quedara callado, que no interrumpiera... A mí me parecía bien, sólo debía vestirme bien, con la ropa que me pagaba, cenar en sitios elegantes y poco más. Sin embargo, pese a que en el fondo sabía que no era más que un títere, seguí adelante. Aproveché la oportunidad, lo demás me traía sin cuidado, no podía entrar en consideraciones éticas.

De nuevo silencio. Necesario, por otro lado. Max se cubre los ojos con el brazo. Supongo que ha de reorganizar sus recuerdos y ver el modo de hablar de ellos sin que le causen demasiado dolor. Le beso la barbilla, animándolo a que prosiga.

—Me acostumbré a la buena vida, al dinero fácil, y sólo tenía que hacer dos cosas: follar y ser amable. Algo por lo que muchos hombres pagan. En mi caso era a la inversa, todo un chollo.

No me gusta cómo lo ha dicho. Suena como si estuviera asqueado de sí mismo y eso no lo voy a permitir. Ni hablar.

—Max, no quiero que esto te haga sufrir. Mi intención... —Me pone un dedo en los labios para callarme, pero no quiero y logro decir—: mi intención no es conocer los detalles morbosos, ni saber cuántas citas hubo. Sólo quiero entenderte...

—Cuando has estado en determinados círculos, es relativamente fácil conocer a personas que pueden proporcionarte los contactos adecuados para seguir adelante. No quise entrar en consideraciones de ningún tipo y continué.

Por mucho que se empeñe en hablar con aire indiferente, sé lo mucho que esto le está afectando. Me siento fatal por haber sacado el tema a colación y peor aún por no

saber qué decir o hacer para mitigar un poco su malestar.

—No sigas, por favor —murmuro, y ahora soy yo quien pone una mano sobre sus labios.

Max esboza una sonrisa y me aparta la mano, no sin antes besármela.

—No me importa hablar de esto contigo —dice, pero no sé si creerlo.

—Pues a mí sí...

—¿Te sientes incómoda? —me pregunta.

Me incorporo.

—Un poco, pero no por mí...

—Tranquila, hace tiempo que eso quedó atrás —contesta. Sigo sin creerlo, pero guardo silencio—. ¿Por dónde iba? Ah, sí, mis primeros pinitos —dice con ironía—. Todo iba bien. En un día podía ganar lo que en dos meses sirviendo mesas. Me planteé dejar la carrera, pues ¿para qué tener un título colgado de la pared? Hay miles de licenciados fregando platos y yo podía vivir muy bien trabajando cinco, seis y hasta diez noches al mes.

—¿Seguiste estudiando?

—Sí, pero perdí un año. Supongo que me dejé llevar por la euforia de una cuenta corriente cada vez más jugosa; sin embargo, disponía de mucho tiempo libre y pensé que estudiar era la mejor manera de ocupar los días. Además, tener unos estudios aumenta, por así decirlo, el caché.

—¿Ah, sí? —digo sonriente. Quiero que la conversación no tome un cariz serio y deprimente, que hasta nos la tomemos con sentido del humor.

—Pues sí, y eso me llevó a incrementar mis ingresos y a poder hacer viajes que parecían impensables. A acudir a actos de todo tipo y a fiestas exclusivas...

Su tono cambia otra vez, suena de nuevo hastiado, avergonzado. He abierto la caja de Pandora con este asunto.

—Y estuve a punto de joderlo todo —remata, dejándome intranquila con esa revelación.

Hasta donde yo sé, Max siempre se comporta de manera adecuada. Nunca lo he visto beber en exceso. Se cuida. Sale a correr siempre que puede. Procura comer equilibrado. Lo que dice no me cuadra.

—Empecé a frecuentar fiestas en las que la barra libre no sólo incluía bebidas... Yo no había cumplido los treinta y disponía de mucho dinero, mujeres dispuestas a todo y personas que decían llamarse amigos para pasarlo bien. Ya me entiendes.

—No sé si decir que un tropiezo lo tiene cualquiera —susurro.

Max me besa en la frente y niega con la cabeza.

—Hay momentos en los que no sabes por dónde te da el aire —dice, y suena triste—. Crees tener un montón de amigos, pero ninguno te escucha. Puedes acostarte con mujeres increíbles que a veces no saben ni cómo te llamas, sólo porque pueden pagarlo. Te engañas y dices que si ellos lo hacen para evadirse y además te lo ofrecen, ¿por qué resistirse?

—Max... —pronuncio su nombre con pena, y me doy cuenta de que ha sido un gran error.

—Pero una gastroenteritis me salvó —añade sonriendo de medio lado—. ¿Te lo puedes creer? En una de esas fiestas sirvieron comida en mal estado y yo, que estaba a punto de cometer un error garrafal que me arruinaría en todos los sentidos, acabé en urgencias.

—¿Decir que me alegro queda feo? —musito.

—Depende, porque pasé los peores diez días de mi vida —explica, negando con la cabeza—. Me quedé hecho un trapo, sin fuerzas. Cuando iba al servicio, no sabía si ponerme de culo o de cara.

Me echo a reír a carcajada limpia.

—Lo siento, lo siento... —me disculpo, sin poder dejar de reír ante su comentario.

Max termina riéndose también. Nos hacía falta, y mucho, poner una nota de humor a todo esto para no sentirnos mal, y creo que de una desgracia como puede ser una gastroenteritis, mira por dónde, ha salido algo bueno.

—El día que te pase a ti, ya veremos si te ríes tanto —comenta divertido.

—He tenido un hijo, te aseguro que después de eso casi todo me parece soportable. —Max arquea una ceja—. Cuando das a luz pierdes cualquier vestigio de pudor.

—Pues no sabría decirte... —murmura y continúa—: Estuve ingresado, con sueros y mierdas intravenosas, y allí, solo en el hospital, me di cuenta de hasta qué punto había estado al borde de mandarlo todo al carajo y también de que nadie se preocupaba por mí. Sólo mi abogado y porque le pagaba. Entonces empecé a cambiar ciertos hábitos. Y a exigir ciertas premisas antes de aceptar una cita.

Yo ato cabos y recuerdo de nuevo las cláusulas del contrato. Ahora entiendo la cláusula sexta: «El proveedor no permitirá el uso de drogas durante los encuentros».

—Y no sólo eso, me volví más selectivo en todos los aspectos —prosigue serio—, al tiempo que me fijé unas metas.

Me mira de reajo. No sé si espera un comentario o mi aprobación. No puedo decir nada al respecto, es su vida y la organizó como mejor pudo.

—Y en todo este tiempo, ¿tuviste alguna relación... normal?

Me atraganto al pronunciar la palabra «normal», suena fea, inapropiada, pero a falta de un término mejor, no se me ocurre otra cosa.

—Sí, dos —responde sorprendiéndome, pues no lo esperaba—. No fui capaz de hablarles de mi fuente de ingresos. La primera acabó apenas seis meses después de conocerla, yo tenía compromisos y confieso que ni me molestaba en inventar excusas cuando no podía salir con ella.

Suena arrepentido, o al menos me lo parece. Para mí es más llevadero oírlo mencionar relaciones pasadas que lo referente a sus citas, pues es lógico que un hombre de treinta y cinco haya tenido novias o ligues o como quiera llamarse.

—Con la segunda tampoco me esforcé demasiado, pero a ella no le importaba. Yo disponía de dinero y eso parecía bastarle. No hacía preguntas. A mí me parecía bien... hasta que la pillé con otro.

—Vaya...

—Lo mismo pensé yo. Y rompimos. No hubo traumas ni llantos ni malos rollos. Y ¿sabes por qué?

—Dímelo tú —susurro, con un nudo en la garganta.

—Porque no me importaban una mierda, por eso.

Tengo que hacer algo para no echarme a llorar como una magdalena. Así, hablándome de otras, me ha confirmado lo importante que soy para él. Lo que significo en su vida. Tiene toda la razón, es fácil perdonar cuando no te importa, lo duro es hacerlo cuando de verdad sientes y padeces.

Me acerco a su boca, tengo que besarlo. Lo hago, primero lamiéndole los labios mientras me acomodo sobre él, alineando mi cuerpo con el suyo. Él se deja querer y yo bajo los labios por su mentón, el cuello, la oreja... Entre mis piernas siento cómo se va empalmando y pidiendo paso.

Sólo tengo intención de besuquearlo un poco más antes sentirlo en mi interior.

—Bea... —gime, y me encanta oír mi nombre en tales circunstancias.

—Voy a besarte... y mucho —respondo, atrapándole el lóbulo de la oreja entre mis dientes.

Noto sus manos en mi culo, moviéndome para que nuestros sexos entren en contacto. Soy muy consciente de lo duro que está, por eso me levanto un poco para posicionarme mejor y Max se encarga del resto.

—Qué gusto... —suspira al penetrarme.

—Yo no lo habría expresado mejor...

Me pongo erguida, de ese modo recae sobre mí la iniciativa y me siento muy poderosa mientras me muevo despacio, dejando que ambos vayamos disfrutando, aunque con la clara intención de aumentar el ritmo.

—Inclínate un poco hacia delante... —pide entre jadeos—, quiero tener uno de tus tentadores pezones en la boca...

—Faltaría más.

Pero antes de darle lo que me pide, son mis manos las que rozan cada uno de mis pezones. Max gruñe al verse privado de ellos. Los tengo muy duros y si bien ver su cara mientras me toco es alucinante, no es, ni de lejos, como su boca sobre ellos.

Le sujeto la cabeza y lo acerco de nuevo a mis pechos. No sé si estoy sobreexcitada o me he vuelto multiorgásmica de repente, pero apenas llevamos cinco minutos cuando me corro entre jadeos y Max empuja desde abajo uniéndose a mí. Eso sí, sin dejar de abrazarme.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Creo que por hoy ya hemos hablado bastante —susurra, para nada molesto.

—¿En qué te licenciaste?

Me mira divertido. Era lo último que él esperaba, pero me muero por saberlo.

—Adivina...

Por desgracia no tenemos tiempo de jugar a las adivinanzas desnudos, se nos ha hecho tardísimo y debemos volver a casa.

—¿Abogado? —tanteo, mientras me pongo las bragas. Él se levanta y niega con la cabeza—. ¿Perito agrónomo?

—No —dice todo chulo, vistiéndose más deprisa que yo, por lo que se encarga de recoger el vibrador y el lubricante.

Noto un pequeño cosquilleo al pensar dónde ha estado eso, pero termino de vestirme.

—¿Médico? —vuelvo a la carga cuando ya estamos bajando en el ascensor.

—No.

—Dame alguna pista —exijo, porque si no nos van a dar la uvas. Max se niega y me da un beso rápido sin dejar de sonreír—. ¿Veterinario?

—No.

—Ah, ya sé, Empresariales —afirmo, porque tiene su lógica.

—No.

—Grrr. No tienes pinta de profesor. —Me abstengo de decir que las alumnas y, qué carajo, los alumnos estarían más pendientes de mirarle el culo que de atender sus explicaciones—. Ni de astrofísico. ¿Bioquímico?

Las puertas del ascensor se abren. Max tira de mí para ir a la recepción y devolver las tarjetas magnéticas. Yo me devano los sesos, pero nada me cuadra.

—¿Geólogo? —sugiero, mientras espera que pase la tarjeta de crédito. Él niega con la cabeza—. ¿Matemático? ¿Psicólogo?

Vuelve a negar, y yo me desespero.

Cogidos de la mano, nos dirigimos hacia la salida. Yo a lo mío, por lo que no me percató de que Max se ha quedado clavado en el sitio, mirando fijamente a una persona.

—¿Qué...? —No llego a formular la pregunta, porque me doy cuenta de con quién nos hemos topado.

Mira que hay hoteles de lujo en Madrid, pues ha tenido que venir a éste.

—Hola, Max, ¿cómo estás?

—Muy bien, Victoria.

A pesar de su tono moderado, sé que está tenso, pues me aprieta la mano. Ella va acompañada, e intuía que el tipo es de alquiler.

—No me da esa impresión —dice ella, mirándome de reojo.

—Adiós —se despide Max, y echa a andar frenéticamente, con la clara intención de sacarme de aquí.

Entonces me doy cuenta de que es por mí, para que no me sienta amenazada por lo que esa hija de su madre pueda hacer o decir. Pues no, esta vez no va a lograrlo.

—Espera un momento —le pido.

—Bea, de verdad, lo siento, no tenía ni idea...

A la porra con todo, acuno su rostro y le doy un beso de película ahí mismo, para quien quiera mirar. Que esa zorra se vaya con una idea muy clara: no nos va a lograr separar. Ni con sus palabras ni con sus millones ni con nada.

—Y ahora dime en qué te licenciaste —le pido, tras besarlo a conciencia.

Max sonrío y se acerca a mí para susurrármelo:

—Arquitectura.

Y otra pieza de su rompecabezas encaja.

Félix me mira raro, y yo sé el motivo.

He acabado de arreglarlo, porque en unos minutos llegará Pablo a recogerlo. Le cuesta aceptar que es su padre, porque él se había hecho a la idea de que era Max. Y, claro, si bien no lo rechaza, no se muestra todo lo ilusionado que debería estar. Una resistencia natural que Pablo deberá ir venciendo, pues por mucho que yo le hable o le explique, es Félix quien debe aceptarlo.

Sé que a mi ex le escuece el hecho de que el niño se sienta más cercano a Max, sin embargo, la culpa es suya, por haberse mantenido al margen tantos años. Como ya le he dicho en más de una ocasión, no puede reaparecer como si nada y esperar que todo funcione.

—Y ¿por qué no vienes con nosotros? —me pregunta Félix, y yo desisto de aplacarle el remolino de la coronilla.

—Tengo que trabajar, cariño —contesto con una sonrisa triste—. Ya me gustaría irme de parranda con vosotros, pero mi jefe, que es un poco gruñón, no me deja.

—¿Te han castigado? —me pregunta con su carita de preocupación.

Para él, el restaurante es como el cole en su caso, así lo entiende mejor.

—Sí, me ha castigado —corroboro su hipótesis.

Tendré que pedirle perdón a Xavi por utilizarlo

—Anda, chavalote, ¿y lo bien que te lo vas a pasar? —tercia Beto, que está en casa esperando para acompañarme al restaurante y así entrevistarse con Xavi.

Mi hijo lo mira, frunce el cejo. Alguna idea se le está pasando por la cabeza y no tardaremos mucho en saber qué es.

—Tito Beto, ¿tú también vas a ser mi padre? —dispara Félix, mientras yo me aguanto la risa.

Como padre no le pondría ningún reparo, pero me muero de ganas de saber cómo sale de este apuro en el que lo ha puesto mi hijo.

Beto, no sé si por hacerse el gracioso o porque se ha emocionado, se agacha junto a él y le da un abrazo de oso amoroso.

—¡Pues claro, eres el niño con más padres del mundo! —exclama, y por poco se me escapa una lagrimilla.

—¡Guay! —exclama Félix algo más animado.

—Así que, venga, a divertirse —le dice Beto.

—Y ¿por qué no viene Max conmigo? Él no trabaja.

Otra vez la aplastante lógica infantil poniéndome en un aprieto. Miro de reajo al interfecto, y éste sonrío de medio lado. Se ha tomado bien el comentario.

—Yo voy a preparar la cena —dice Max de buen humor y añade, ganándose la aprobación del crío—: Y pienso hacer pescado, así que, míralo por el lado positivo, hoy te libras.

En ese instante llaman al telefonillo. Mi madre, que siempre está al quite,

contesta, y yo cojo una chaqueta para acompañar a Félix al portal.

Mientras bajamos en el ascensor, estoy tentada de decirle que delante de Pablo no haga ese tipo de comentarios sobre el número de padres, pero sé que, como niño que es, no tiene la capacidad de esconder sus sentimientos. Bueno, mi ex tendrá que lidiar con eso.

Félix se muestra tímido cuando ve a Pablo, aunque acepta darle la mano.

—Vamos a ir al cine y tú eliges la peli, ¿vale? —dice su padre, y eso parece animar a mi niño.

—Vaaale —acepta Félix.

—¿A qué hora quieres que volvamos? —me pregunta Pablo, mostrándose responsable.

—Yo seguramente trabajaré hasta tarde, pero está mi madre en casa. Hoy es sábado, así que Félix puede acostarse un poco más tarde. A las diez está bien.

—¿Sólo tu madre? —pregunta, e intuyo por dónde van los tiros.

—Pablo... —le advierto, porque no quiero que siga por ese camino.

—De acuerdo. A las diez —recula, porque ve que no voy a entrar en su juego, y se dirige al niño—: ¿Nos vamos, Félix?

—Adiós, mamuchi —me dice éste, utilizando mi nuevo título oficial, y se suelta de la mano de su padre para darme un beso y un abrazo.

Con lo que a veces me cuesta pillarlo por banda y achucharlo, hoy ha sido él quien ha tomado la iniciativa.

—Adiós, cariño —murmuro, y lo abrazo fuerte, muy fuerte, mientras compruebo por enésima vez que lleve la bufanda bien puesta y la cremallera de la chaqueta abrochada.

Me quedo en el portal y, como una boba, se me escapa una lagrimilla. Todo es tan normal que asusta. No debería preocuparme, pero lo hago, pues es la primera vez que se van juntos y, si bien esta escena se repetirá, me costará acostumbrarme.

—No deberías decirle esas cosas a Félix —regañó a Beto cuando vuelvo a casa—. Luego en el cole ya verás tú la que se lía con lo de los padres.

—No seas antigua —replica mi amigo, para nada ofendido.

Max, que oye la conversación, se ríe.

—Y yo que creía que te habías soltado la melena... —suelta luego, moviendo las cejas, e intuyo por dónde va.

Como está mi madre delante, no sigue hablando, pero Beto, que las pilla al vuelo, me mira como si le hubiera ocultado un secreto de Estado. Y como es un cotilla empedernido, se acerca a Max y le dice en plan coleguilla:

—Cuenta, cuenta.

—Te la estás jugando —canturreo yo en advertencia.

—Déjalos —interviene mi madre—, son como niños.

—Y que lo digas.

Los «niños» se ríen, y yo los dejo, porque tengo que arreglarme e ir a trabajar.

Beto se viene conmigo y después Max pasará a buscarnos.

Mientras me visto sé que Max no dirá una palabra de mis recién adquiridos gustos sexuales, y tampoco sobre otros que me encantaría adquirir, algo de lo que hemos hablado, pero que al no disponer de libertad de movimientos —mi dormitorio no ofrece toda la privacidad que precisamos—, hemos pospuesto hasta tener otro día libre para encerrarnos en un hotel a cal y canto.

Ya arreglada, paso por el salón, donde los «niños» charlan con mi madre. Ésta me mira y comenta:

—¡Hija, como dice la canción, *it's raining men* en esta casa! —Y señala a Max y a Beto—. Y los que te rondarán, morena.

—¡Mamá! —protesto, porque me deja en evidencia.

—Cuenta, cuenta, Manuela. Que esta pájara no suelta prenda.

—Odio cuando te pones en plan mariquita mala —advierto a Beto.

—Mis labios están sellados —dice mi madre.

—Manuela... —insiste mi amigo todo zalamero.

Max permanece callado. No sé qué idea se estará haciendo de esto. Conoce a Beto y su tendencia a exagerar y nunca se ha mostrado excesivamente celoso. Lo de Pablo parece haberlo asumido; puede que demasiado bien, aunque seguramente también influya el hecho de que yo me haya callado una parte. Pero no sé, ese silencio no me gusta.

—Nada, por rechazar mi invitación no tienes derecho a cotilleo —le dice mi madre a Beto, poniéndole las pilas.

—Es que aquí vamos a estar muy apretados —se defiende él.

—Donde duermen cuatro, duermen cinco —afirma ella, que lo considera como un hijo y, por tanto, la idea de que se vaya a dormir a un hotel le parece poco menos que un sacrilegio.

—La próxima vez —dice él.

A mí también me sorprendió el hecho de que mi amigo rechazara quedarse en mi casa y se fuera a un hostel cercano, pero luego me explicó la verdadera razón. Aparte de que es cierto que aquí estaríamos apretados, él, que no pierde oportunidad, ha quedado con un viejo amigo y, claro, espera que puedan retozar —palabras textuales— y recordar viejos tiempos. Yo le he preguntado sobre su novio y Beto, con todo el desparpajo del mundo, me ha dicho que si no sabía nada de la leyenda de la promiscuidad homosexual y yo, que me he quedado traspuesta, he terminado cerrando el pico para que no me diera más detalles porque al final me engaña y termino viendo más de la cuenta.

—Vamos a llegar tarde —le recuerdo, porque al final se enrollan y nos dan las uvas.

—Estás estupenda, Manuela.

—¡Dame un beso, anda, truhan! —le dice mi madre.

Mientras Beto la achucha, me dirijo a la puerta, y Max viene a despedirse.

—Estás muy callado —le digo tras el primer beso. Uno rápido, muy distinto al que en realidad me gustaría darle, pero tengo que conformarme.

—Estás muy ansiosa, que no es lo mismo —me corrige, besándome de nuevo.

—Para, que me enciendes... —suspiro, intentando comportarme con decoro.

—Tienes razón.

Pero cuando creo que me va a soltar, me mete la lengua hasta dentro y me besa dejándome sin aliento y con un calorcillo entre las piernas difícil de obviar.

—¡Yo también quiero! ¡Yo también quiero! —exclama mi amigo el envidioso, acercándose a nosotros.

—Nos vamos —digo yo.

Pero Beto, en un descuido, le planta un beso en los morros a Max, dejándolo boquiabierto.

—Ay, hija, que ha sido sin lengua —alega todo ufano—. No sé de qué tienes tanto miedo...

—Pero ¿qué bobadas dices? —mascullo, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—Tranquila, que no me ha gustado —apunta Max, riéndose.

—¿Lo ves, tonta? Sigue siendo hetero. Anda, vamos.

No sé por qué ni cómo, pero en un arrebató pasional, me vuelvo hacia Max, lo abrazo y lo beso con mucha lengua, dejándolo más patidifuso todavía.

—¿Estáis compitiendo a ver cuál de los dos besa mejor? —pregunta él, inspirando y echándose hacia atrás.

—Ella ha hecho trampas —protesta Beto—, tengo que besarte de nuevo para estar en igualdad de condiciones.

Max da otro paso hacia atrás.

—Ya tengo suficientes elementos para juzgar, gracias —contesta de buen humor.

—Petarda con suerte —refunfuña Beto, saliendo al descansillo.

—Adiós —le susurro a Max, y le guiño un ojo, hoy me siento animada.

Llamamos a un taxi y, nada más subirnos, mi amigo y rival a tiempo parcial vuelve a la carga.

—Venga, ahora que estamos solos, cuéntamelo todo. Que tu madre no da puntada sin hilo.

—No se te escapa una... —murmuro disimulando.

—Pues no. Y a tu chico tampoco, que me he fijado en la cara que ha puesto con lo de que llueven hombres. Empecemos por tu jefe, ese tal Xavi...

—¿Qué pasa con él? —pregunto a la defensiva.

—Tu reacción te delata, guapa —me espeta en plan chinche—. Me has dicho que es un buen jefe, competente, educado..., bla, bla, bla. Si fuera feo, calvo, gordo o algo por el estilo me lo habrías hecho notar, pero no, te has callado como una zorra.

—Eres malo... —lo acuso sin piedad.

—Muy malo —afirma sin sentirse ofendido, y chasquea los dedos—. Bea, que nos vamos del tema.

—Lo vas a conocer ahora, no seas impaciente.

—Quiero tu opinión, de mujer a mujer —dice, y me echo a reír.

—No es gay, así que ni lo intentes —le advierto por si acaso.

Después del numerito con Max, éste es capaz de flirtear con Xavi, y me da a mí que mi jefe se lo tomaría como un cumplido, porque sin duda le subiría el ego. Pero Beto tendrá que aguantarse si quiere conseguir el trabajo.

—Te sorprenderías... —responde ufano, y le dirijo una mirada seria, porque no quiero malentendidos—. Vale, vale, nada de coquetear con tu jefe. Ay, hija, qué acaparadora.

—Por cierto, ¿a qué ha venido el numerito del beso?

—¡Estás celosona! —se guasea, pinchándome.

—No son celos —refunfuño—, pero deberías abstenerte de besuquear a los novios de tus amigas.

—Acaparadora —me acusa de nuevo—. Ya sé que estás encoñada, y mucho, con él, pero, y esto es un consejo —de repente se pone serio y eso me asusta; Beto rara o ninguna vez adopta un tono similar—, escúchame bien: Max es un hombre de mundo, no te sientas ofendida, pero un tipo así ha estado rodeado, y sin mucho esfuerzo, de mujeres estupendas. Ha podido elegir entre lo más selecto con sólo mover un dedo.

Trago saliva. Mi amigo habla de algo de lo que yo ya soy consciente. Escuchar la verdad no me ayuda precisamente a sentirme segura. Pero también sé que no lo hace para fastidiarme y me interesa mucho su opinión. En las cosas del querer, como diría mi madre, está más versado que yo. Digamos que, aparte de experiencia, posee más perspectiva.

—Y ¿adónde quieres llegar?

—No te comportes como la típica controladora, celosa y amargada, que no deja a su chico ni a sol ni a sombra por miedo a que otra venga y se lo robe.

—No es fácil, créeme —suspiro.

—Dale libertad, Bea, que no se sienta atado, agobiado o con miedo de que cualquier cosa que haga te moleste.

Es una cuestión importante. No sé por qué tenemos tendencia a acaparar, a pensar que nuestra pareja sólo debe estar pendiente de nosotros, cuando a lo mejor necesita espacio. También resulta complicado no «vigilar» de alguna manera que otra no intente ocupar nuestro lugar. Y en muchas ocasiones lo único que se consigue es estropear la relación.

De acuerdo, pensándolo con objetividad es fácil: no controlar, no atosigar... Sin embargo, el día a día hace muy complicado mantener esa objetividad cuando lo que te apetece es tirarle de los pelos a cualquier lagarta que se le acerque.

—¿Crees que me comporto de esa forma? —pregunto dubitativa.

—No, no mucho en todo caso —responde, y hago una mueca—. Ahora bien, habéis vivido en una especie de montaña rusa.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Tú, insegura, él, luchando por ti... Eso no ha sido un buen comienzo.

—Por eso me he propuesto no volver a joderla —afirmo con convicción.

—Así me gusta, con firmeza —me anima sonriéndome, para que se me quite esta cara de lechuga mustia que a buen seguro se me ha puesto.

—Max te quiere, de eso no cabe duda, por eso es tan importante que siempre, o la mayor parte del tiempo, se sienta relajado. Que no tenga miedo a hablar con alguien tanto si estás tú delante como si no —me recomienda con su tono más amable, y yo asiento.

Tiene más razón que un santo.

—Para ser alguien que no cree en las relaciones estables, pareces saber mucho —murmuro, sin un ápice de reproche.

—No son para mí, pero no por ello considero que los demás no puedan intentarlo.

—¿Crees que no lo sé? —reflexiono en voz alta.

Beto no me responde. Hemos llegado al Cien Fuegos y él se ocupa de pagar la carrera. Por delante tengo una noche de trabajo intensa y no me puedo permitir el lujo de llevar mis dudas e inseguridades a la cocina. Las palabras de Beto son bien ciertas, pero me cuesta mucho dejar atrás hábitos como el de estar pendiente de cada uno de los movimientos de mi pareja.

Recuerdo que, durante mi relación con Pablo, cuando volvía tarde a casa o directamente no volvía, me angustiaba tanto que en cuanto lo veía se lo recriminaba, haciéndole mil preguntas y generando dudas. De acuerdo, Pablo me engañaba, de eso no había la menor duda, pero yo tampoco supe manejar la situación.

Eso no significa que la culpable fuera yo. No, de ninguna manera, pero de igual modo sé que mis exageradas sospechas aumentaron sus ganas de engañarme. Y después supe que no todas las noches se tiraba a alguna, ningún hombre aguantaría ese ritmo, pero yo terminé obcecada. Llegó un momento en que sólo veía la parte negativa. Aunque la relación con Pablo estaba abocada al fracaso, si yo hubiese reaccionado de otra forma me habría ahorrado las noches en vela llorando y el mal cuerpo.

No, esta vez es muy diferente. Max no es Pablo ni de lejos. Ni tampoco yo soy la misma. Creo haber madurado. Tengo otra forma de ver las cosas, me doy cuenta de los matices. Las personas no cambian, pero sí evolucionan.

Con ese maremágnum de ideas no puedo ponerme tras los fogones ni hacer nada a derechas. Cuando entramos en el restaurante, me dirijo al despacho de Xavi con Beto como acompañante. Mi jefe está hablando por teléfono. Me da la sensación de que se trata de un asunto personal, aun así nos indica con un gesto que pasemos. Beto se lo come con los ojos y Xavi, que disimula pero se ha percatado de ello, sigue a lo suyo. Yo también mantengo el tipo y espero que la cosa no pase de ahí.

—Hola, Bea, gracias por esperar.

Xavi se levanta y me da dos cariñosos besos en la mejilla, después le tiende la mano a Beto.

Éste sonrío y no me quita el ojo de encima con la pregunta implícita en la mirada. Joder, con lo de los besos ya tenemos cuerda para rato.

—Sentaos, por favor —nos indica Xavi.

—Éste es mi amigo Beto, del que te hablé. Yo os dejo a solas —digo, y me dirijo hacia la puerta para irme a la cocina.

—Como prefieras. Gracias, Bea —contesta mi jefe, educado.

Ya le he hablado de las habilidades de Beto, así que no me necesitan para nada.

Entro en la cocina, me pongo el mandil y saludo a Tito. Hoy Magda no está, es su noche libre. Nos apañaremos.

—Hola, Bea, ¿lista para otra noche excitante? —me pregunta guasón.

—Impaciente estoy —replico, siguiéndole la broma.

Me meto en faena, algo que disfruto mucho, me encanta tener las manos en la masa. Tito me ayuda, de vez en cuando canturrea, pero a diferencia de Magda, no cotillea. Mejor.

Beto entra a despedirse.

—¿Qué tal ha ido todo? —pregunto sin dejar de trabajar, pues las tartaletas no se rellenan solas.

—Muy bien —contesta—. Me ha explicado que si bien no entraría como chef principal, me garantizaría un buen puesto. Le ha gustado mi currículum y yo, por supuesto, he mencionado un par de veces que tú has sido mi maestra.

—Qué exagerado eres —le respondo riéndome.

—Oye, que es cierto.

—Me alegro mucho. Ojalá todo salga bien.

—Y yo, porque tengo ganas de cambiar de aires. Anda, dame un abrazo y te dejo, que veo que estás muy liada.

—Faltaría más. —Levanto las manos, algo pringosas, y Beto, que va hecho un figurín, coge y me las limpia con la lengua.

—Échale una pizca de sal —murmura sonriente.

Yo me pongo colorada como la grana.

—Ejem, ejem —murmura Tito.

—Hablamos mañana, ¿de acuerdo? —dice Beto.

Le doy un beso bien fuerte en la mejilla y se marcha. Mi ayudante me sonrío con picardía. Menos mal que no está Magda, sino ésta se monta una trilogía.

Xavi nos indica desde la puerta que ya han empezado a llegar los comensales y que debemos ir preparando los entrantes.

Tito y yo vamos dejando las bandejas en la encimera para que los camareros puedan ir sacándolas al comedor. Ahora viene la parte dura, pero con un poco de organización, voluntad y esfuerzo conseguimos llevarlo todo adelante sin más contratiempos que los típicos. Al final de la noche, con la misión cumplida, mi ayudante y yo nos sentamos en la cocina y nos servimos una copa del carísimo vino que han tomado los de fuera, que nos lo hemos ganado a pulso.

Un pequeño incentivo por el trabajo bien hecho.

—¿Celebrando a escondidas? —pregunta Xavi, y yo, para «ganarme» al jefe, le sirvo una copa—. Un vino estupendo, sí, señor —afirma, tras dar el primer sorbo.

—¿Un brindis? —propone Tito.

—Por supuesto —digo, y soy la primera en alzar mi copa y chocarla con la de los demás.

—Bueno, y ahora que sabemos lo buenos que somos —dice Xavi luego, dejando la copa sin vaciar, como si bebiera todos los días vino de precio desorbitado—, necesito que nuestra chef me acompañe, porque me han pedido que salgas para que puedan felicitarte.

—Por favor, mira qué pintas tengo —me excuso, porque me da mucha vergüenza y por eso recurro a un tópico de vanidad femenina.

—Bea, te mereces las felicitaciones y no se hable más —asevera mi jefe inflexible.

—Bueno, pero que venga Tito conmigo. Él también tiene su mérito.

A mi ayudante no le hace mucha gracia eso de salir. Tanto él como yo preferimos trabajar en segundo plano, y no hay nada más incómodo que un montón de clientes que sólo comen algo si les cuesta un ojo de la cara, no porque entiendan, alabando al chef porque queda bien hacerlo.

Renuentes, ambos seguimos a Xavi —que está en su salsa, todo hay que decirlo — al salón, donde, con la gracia que lo caracteriza, nos presenta. Yo sonrío. Tito hace lo propio. Damos las gracias. Estrechamos las manos de quienes están cerca. Y, cómo no, respondemos a alguna pregunta sobre el menú. Por lo general estupideces, pero la gente es así. Nada que nos sorprenda.

—Se podría decir que progresas adecuadamente...

No he prestado mucha atención a los comensales, pero esa voz me revuelve por dentro. Me enerva, me provoca acidez y hace que me fije en la mujer que ha hablado.

Xavi me mira confuso, pues no entiende el comentario de la invitada, sobre todo cuando del resto todo han sido felicitaciones y palabras amables.

—Pero hoy en día cualquier aficionado se pone el título de chef. McDonald's también presume de tener excelentes cocineros —añade, intentando sonar simpática, aunque yo sé muy bien que es un dardo.

Algunos le ríen la gracia. Va a por mí, pero esta vez no voy a caer en sus provocaciones. Sin dejar de sonreír, doy las gracias por confiar en el Cien Fuegos y me vuelvo a la cocina. Indiferencia, ésa es la clave.

Tito me mira perplejo y sin saber de qué va, me sonrío en señal de apoyo.

Me siento e intento no darle más importancia de la que tiene, pero oímos pasos y la puerta de la cocina se abre y entra mi jefe.

—¿Qué cojones ha pasado ahí fuera? —pregunta Xavi en un tono falsamente calmado.

Sé que odia las sorpresas y que lo pillen fuera de juego.

—Que esa mal follada ha insultado a Bea —se adelanta Tito.

—Gracias, Tito —masculla mi jefe por la explicación, siempre directa, de mi ayudante—. ¿Nos podrías dejar a solas?

—No pasa nada —intervengo yo, dándole una palmadita en la espalda para que se marche tranquilo.

Nos deja solos. Yo inspiro para no hablar más de la cuenta. Max está a punto de llegar a recogerme y no quiero líos.

—Prefiero no hablar —digo serena.

—Mira, salta a la vista que Victoria iba a por ti.

—¿La conoces? —lo interrumpo, al principio sorprendida, pero a medida que lo pienso caigo en la cuenta de que Xavi se mueve en ambientes selectos.

—Y ¿quién no? Joder, Bea, está forrada. Su familia tiene una cadena de joyerías en las mejores ciudades. Conoce a gente influyente y es asidua a fiestas y eventos de mucho postín.

«Cojonudo —pienso—. No me extraña que pudiera pagar el precio.

»“Cláusula quinta, el precio mínimo de la cita es de 20 000 euros por adelantado, más dietas de desplazamiento y gastos si los hubiere.”»

—Tuvimos un encontronazo en el pasado. Eso es todo —murmuro con un suspiro de cansancio.

—A mí no me la das. Victoria por lo general es amable, rara vez se muestra como hoy. Hay algo personal entre vosotras.

«Muy personal», me digo en silencio.

—Ocurrió en el restaurante donde yo trabajaba antes.

—¿Qué pasó? —pregunta, y por lo menos por su tono entiendo que está dispuesto a escucharme.

—Se quejó de mi comida, a mí me pilló en un mal día y le tiré la copa de vino por encima, delante de todos —explico sin decir ninguna mentira.

—Me ha pedido que te despida, eso sí, en privado.

—¿Vas a hacerlo? —inquiero molesta, porque esa mal follada (gracias, Tito) efectivamente va a por mí. Ahora busca mi ruina profesional.

—No, ni loco.

—Gracias.

—¿Qué clase de jefe sería si me dejara llevar por chismorreos y peleas de parvulario?

—Siento mucho lo ocurrido —contesto sincera, porque me apenaría y mucho que las cosas se enrarecieran entre Xavi y yo.

—Lo sé, Bea. Pero espero que en un futuro no nos topemos con más clientas resentidas, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré.

—Anda, y ahora vete a casa, debes de estar molida.

—Gracias —respondo, y para demostrar, no sé si a mí misma, que las cosas

pueden normalizarse, le doy un beso en la mejilla y me marcho.

Salgo rauda a la calle y nada más poner un pie en la acera, un coche me hace una señal con las luces. Corro hacia él como si me fuera la vida en ello.

—¿Te persigue alguien? —pregunta Max, inclinándose para besarme.

Yo no me muestro muy efusiva, porque sólo pienso en salir pitando de allí, y él frunce el cejo al no recibir mi beso apasionado.

—Arranca.

—¿Una mala noche?

—Si tú supieras...

Max pisa el acelerador y salimos disparados. Echo la cabeza hacia atrás, lo miro de reojo y me excito al verlo conducir tan seguro de sí mismo. ¿Qué tiene de erótico ver a un hombre al volante? Pues nunca lo había pensado, pero algo ha de haber, porque mientras circulamos por las calles, yo no puedo evitarlo. Sus manos, la firmeza con la que maneja el coche...

O puede que observar esas manos, que luego van a estar sobre mi cuerpo, me empuje a excitarme al pensar en lo que pueden hacer.

Él sube el volumen de la música y comienza a tararear. Eso es buena señal.

—No conozco la canción, pero me gusta lo que dice —musito, y Max me dedica una mirada de reojo acompañada de una media sonrisa muy evocadora.

—*Electricistas*^[7], de Fangoria —me dice, y sigue cantando.

Vale, Max es perfecto en muchos aspectos, pero el don de la música no lo tiene.

—Cantas fatal —bromeo.

Giro la cabeza para mirarlo, y me saca la lengua antes de seguir machacando mis oídos. Nos echamos a reír, porque no es para menos. Entonces me doy cuenta de que entre mis ganas de salir escopetada del restaurante, mis pensamientos, la canción y Max cantando fatal no me he percatado de que no estamos dirigiéndonos a casa.

—Max, ¿te has perdido y como todos los hombres eres incapaz de reconocerlo? —le pregunto con retintín.

—Esta noche estás más graciosa de lo normal —replica.

La verdad es que mi hermana tiene más razón que un santo. Si me enfado, si me preocupo por la mal follada (no me cansaré de agradecersele a Tito) o si discuto con Max por su culpa, gana ella. Así que no le mencionaré el incidente, y mucho menos permitiré que me amargue la noche.

—Y no, no me he perdido. Vamos a un hotel. He recogido cuatro cosas para pasar la noche fuera.

—¿Cómo? Pero...

—Ha sido idea de Manuela —me explica—. Nos has dejado toda la tarde a solas... —se encoge de hombros antes de seguir— y nos hemos puesto a elucubrar.

—¿Y Félix? —lo interrumpo.

—Tranquila. Está en su cama, durmiendo. Le he dado un beso de tu parte antes de salir de casa.

¿Qué hago yo con este hombre? ¿Me lo como a besos? ¿Le pido que pare en el primer callejón y lo achucho y lo que viene después?

—Gracias —consigo decir, y me estoy quietecita, no vayamos a tener un accidente por sobarlo mientras conduce, pese a que la idea resulte tentadora.

—Tú, yo, mi lista de música especialmente seleccionada para la ocasión y mi maleta vamos a pasar una noche encerrados en un hotel.

—Vaaale —digo, imitando a mi hijo.

—Y que no se me olvide por si me dejas desfallecido... —Yo entorno los ojos, anda que no es exagerado—. He prometido llevarle a Manuela unas porras y chocolate.

Sonrío. Mi madre y sus cosas. Desde luego, se merece mucho más que eso, y me voy a encargar de ello. Tendré que convencerla, porque a buen seguro no querrá, pero pienso regalarle un viaje de relax a la playa o a un balneario. Ya veré...

Max aparca en el garaje del hotel y, para mi asombro, ni siquiera pasamos por recepción. Así que vamos directamente al ascensor. Estamos solos, puedo acercarme, puede tocarme, sin embargo, sólo nos miramos.

En silencio, caminamos hasta nuestra habitación y él, como siempre, me cede el paso. Cuando oigo el suave clic del pestillo siento un ligero escalofrío. Y me pregunto cómo una cosa tan insignificante puede emocionarme de este modo.

Max deja la bolsa de viaje y, en vez de acercarse a mí, saca su móvil y, con una sonrisita traviesa, empieza a trastear con él.

¿Qué estará tramando?

Algo excitante, de eso no me cabe la menor duda, y por ello prefiero guardar silencio, pues mantenerme en ascuas sabe que funciona a la perfección. Hace que lo desee con más ahínco y que me lance sin red a cualquiera de sus propuestas.

Se sirve una copa y acaba sentándose en una de las elegantes butacas, donde adopta una postura un tanto indolente.

No deja de mirarme. Sigo sin saber qué trama, pero me inquieta y excita al mismo tiempo. Deja el teléfono sobre una mesita cercana y entonces empiezo a oír la música. La melodía me resulta muy familiar, aunque tardo un poco en reconocerla. *Fever*^[8], versionada por Madonna.

Me encanta.

—Desnúdate —exige Max, y se sienta aún más cómodo en su sillón.

—¿Perdón? —murmuro, ante ese tono tan imperativo. Como si fuera el amo y señor del castillo.

—Y baila para mí —añade.

Yo no voy lo que se dice muy elegante ni vestida para la ocasión.

—¿Así, sin unas plumas ni un tanga adecuado? —pregunto sarcástica.

—Hazlo.

—No veo una barra a la que agarrarme por ningún lado —añado, mirando a mi alrededor, porque se supone que las bailarinas necesitan una para su actuación.

—Apáñatelas.

Max se encoge de hombros y me hace un gesto para que empiece. Desnudarse y bailar al mismo tiempo requiere mucha concentración, pero si además tienes a un tipo algo chulito y buenorro delante, la cosa se complica.

Estoy caliente y mi lado sensato se ha debido de quedar en casa, porque decido hacerlo. Nunca me he visto en una situación semejante. Me habría gustado practicar

un poco o haber mantenido la boca cerrada y no contarle esta fantasía. No sé muy bien cómo, pero allá voy.

Doy un paso atrás y él vuelve a poner la canción. Fiebre, mucha fiebre, así es como me siento. Muevo el trasero despacio, la canción me gusta, y tarareo la letra. Max bebe y finge estar aburrido. Vale, toca esforzarse. Como llevo pantalones y siempre son difíciles de quitar sin parecer un pato mareado, me ocupo de ellos de forma eficiente, quedándome en bragas y camiseta. Él arquea una ceja, porque esto de erótico no tiene un pelo, pero ahora puedo moverme mejor.

Le doy la espalda y levanto los brazos, de esa forma puede ver bien mi trasero y la parte baja de mi espalda. Como no quiero caerme, busco un punto de apoyo y con las manos apoyadas en la pared doblo un poco las rodillas y bajo. Miro por encima del hombro, ya no parece tan aburrido, aunque debo esforzarme un poco más para sorprenderlo.

Doy media vuelta deprisa para que el efecto sea mayor y apoyo la espalda en la pared mientras mis caderas se balancean de un lado a otro. Agarro el bajo de mi camiseta y me la subo despacio, sin dejar de moverme. Le muestro mi tripita y cuando estoy a punto de llegar al sujetador, se baja el telón y dejo caer de nuevo la camiseta.

Max bebe, descruza y vuelve a cruzar las piernas. La canción avanza. Yo no llevo mis mejores bragas, de hecho, son unas negras sencillas, pero como si me hubiera puesto unas espectaculares. Eso sí, por lo menos están conjuntadas con el sujetador.

—Acércate —pide en voz baja.

—No —respondo en el mismo tono.

Va listo, ahora que he cogido el ritmo, que espere hasta el final de la canción.

—Bea...

No atiendo a sus ruegos y cierro los ojos, es lo mejor. Sé que me observa y si bien eso en un principio podría coartarme, me doy cuenta de que sucede todo lo contrario, me ayuda y mucho a seguir adelante.

—Mmm —musito y, sintiéndome especial, me quito la camiseta y juego con ella. Me la paso por el pecho y enredo las manos en las mangas como si estuviera atada.

—Joder...

No me extraña lo más mínimo su reacción. Disimulo la sonrisa. Mi número aún no ha acabado. Hago una bola con la camiseta y se la lanzo. Ahora sólo me queda la ropa interior. Utilicémosla, pues, lo mejor posible.

El clásico de bajarse primero una y después otra tira del sujetador está muy visto y aunque mi experiencia como *stripper* es nula, prescindo de ese paso y deslizo la mano por mi estómago hasta llegar al elástico de las bragas. Lo aparto un poco. Max deja la copa a un lado. Sé que está conteniéndose. Perfecto. Él ha impuesto las reglas del juego, y yo sólo obedezco.

—He dicho que te acerques... —insiste.

Niego con la cabeza. Lo miro y me humedezco los labios.

Agarro una de las sillas y me siento frente a él, primero con las piernas bien juntitas, una pose de lo más modosa, antes de abrirlas y quedarme expuesta ante su escrutinio. Lo veo tragar saliva. Esto me encanta. Me vengo arriba, cruzo las piernas a lo Sharon Stone aunque con menos gracia, seguro, y gimo. Con la voz de Madonna de fondo me excito y entonces me vienen a la cabeza imágenes subidas de tono de la cantante y decido que podrían servirme. Tras ponerme en pie y arrastrar la silla hasta dejarla a un lado, me agacho y me pongo a cuatro patas sobre la moqueta. Max se tensa. Empiezo a gatear hacia a él, pero no con la rapidez que espera. Un poco más, otro paso, otro murmullo...

Para mi asombro, veo que saca la cartera. Eso me descoloca un poco, aunque continúo avanzando. Entonces él se inclina hacia delante y, con todo el descaro del mundo, me mete un billete en la copa del sujetador para después recostarse, permitiéndome, sin palabras, que continúe con el espectáculo.

Alucinante...

Parpadeo, pero retomo mis recién adquiridas habilidades eróticas. Me quedo de rodillas y pongo las manos en cada uno de sus muslos, instándolo a que me deje situarme entre ellos. Sigue sin tocarme. La canción llega a su fin.

Deslizo las manos hacia arriba. Veo lo excitado que está, pero no lo toco ahí. Que espere. Ahora suena *Dream a Little Dream of Me*^[9] y la hipnótica voz de Michael Bublé me envuelve.

—Interesante mezcla musical —musito.

—Para ti, siempre lo mejor —responde Max.

Erguida ante él, llevo las manos hacia atrás para soltarme el cierre del sujetador. Nada de perder el tiempo, tengo los pezones duros y me molesta el roce de la tela. Al dejar caer el sostén, cae también el billete que antes me ha metido en él.

—¿Cinco euros? —pregunto mosqueada—. ¿Sólo cinco euros?

Max tiene la desvergüenza de reírse.

—Tendrás que esforzarte mucho más si quieres sacar mejor propina —me espeta, y, dejándome aún más perpleja, saca de su cartera un billete de doscientos.

—Te vas a enterar —lo desafío, mientras agita el dinero delante de mi cara.

—A ver si es verdad.

Uy, lo que ha dicho...

—Qué exigentes sois los arquitectos —murmuro, en claro tono de provocación, y él esboza una sonrisa.

Sólo llevo las bragas, poca cosa, así que de momento se quedan donde están. Lo miro a la cara y procuro no apartar la vista mientras le desabrocho el cinturón. Max no colabora, se queda quieto, con las manos apoyadas en los reposabrazos y el billete de doscientos bien a la vista. Continúo con sus pantalones de vestir y cuando sólo tengo que apartar su ropa interior, cambio por completo de táctica y voy a por los botones de su camisa. Lo oigo gruñir y contener el aliento, pues a medida que voy descubriendo su pecho, le clavo las uñas y le doy suaves besos.

—A la mierda la camisa —masculla impaciente, quitándosela él mismo.

Podría sonreír ante mi primer éxito; no obstante, prosigo mi asalto y derribo, que no se me da nada mal, a juzgar por la erección que tiene y por su respiración agitada. Si él supiera lo húmeda que estoy...

Aprieto los muslos, contengo mi propio deseo y recorro su pecho. Cada vez que llego a la cintura, él tensa los músculos del abdomen, creyendo que voy a bajar más. Pero no, asciendo de nuevo y vuelta a empezar.

—No sabes lo que estás haciendo —me advierte, y ahora soy yo la que se encoge de hombros.

—Sí que lo sé... —apostillo, y me humedezco los labios, que eso siempre viene bien.

Sigo de rodillas entre sus piernas abiertas y, para que no se desespere, o al menos no mucho, acerco la boca a su entrepierna y le planto un beso, aunque sin apartar la ropa interior. Max inspira, lo tengo ansioso.

Y eso me encanta...

—Bea —insiste desesperado.

Le bajo un poco más los pantalones y de paso arrastro sus bóxeres.

—Muy monos —comento, porque es cierto. Hoy lleva unos de color morado—. Muy pero que muy monos.

No creo que a ningún hombre le guste lo de «mono» en referencia a su ropa interior; sin embargo, a Max le hace gracia y parece aliviado cuando termino de desnudarlo. Está ante mí, sentado, con una erección impresionante.

—Y ahora dirás que mi polla es divina de la muerte —bromea, hablando en falsete.

—Divina, divina —corroboro, agarrándosela para que mis palabras sean más efectivas.

No sé si gruñe de gusto o como protesta por utilizar esos términos, pero parece olvidarlo en cuanto mi mano comienza a subir y bajar por su pene.

Me humedezco otra vez los labios en señal de aviso.

Max coge aire.

Yo pongo cara inocente.

Él traga saliva.

Me acerco despacio, procurando mirarlo a los ojos. Dejo que mi lengua asome y le rozo la punta. Un leve contacto a cuenta de lo que vendrá a continuación. Repito. Max dice algo entre «joder» y «deja de jugar con eso». Separo un poco más los labios y voy bajando hasta acoger su pene por completo. Inspiro por la nariz y comienzo a moverme. Despacio. Arriba. Abajo. Muevo la lengua para recorrer cada recoveco y volverlo loco.

De reojo observo cómo aprieta los puños. Quiere tocarme, tirarme del pelo para que acelere; sin embargo, se contiene porque sabe muy bien lo que le conviene. Mi boca sigue tentándolo y con las manos aprovecho para sostener sus testículos y

apretar. Con más o menos fuerza, según me apetece.

Está al borde. Sin querer, empuja hacia arriba. Le clavo las uñas en el muslo para que se esté quieto.

—Aquí mando yo —le digo con voz severa.

—Es de mala educación hablar con la boca llena —responde, y empiezo a reírme.

Abandono por un instante su pene, porque es imposible hacerle una mamada decente y carcajearme al mismo tiempo. A modo de provocación, él agita el billete y no me queda más remedio que volver a lo que estaba haciendo.

—¿No vas a permitir que te toque?

Niego con la cabeza, a pesar de que me muero por sentir sus manos sobre cualquier parte de mi cuerpo, preferiblemente entre mis piernas. Estoy ardiendo y sería fácil subirme a su regazo y dejar que me penetrara, no obstante, quiero llegar hasta el final.

—Bea, joder, déjame tocarte —insiste jadeante.

No se lo permito. No hablo y sigo a lo mío, pero Max me distrae. Coloca una mano en mi espalda y presiona para mantenerme quieta y ser él quien tome el control. Ni hablar. Lo aparto de un manotazo y le advierto con la mirada que tiene que dejarme a mi aire o todo se acabará.

—¿Por qué? —masculla

Como estoy harta de sus interrupciones y preguntas, me echo hacia atrás. Max cree que se va a salir con la suya y sonrío satisfecho cuando ve que me quito las bragas. Manteniéndome firme, yo se las enseño igual que él ha hecho con el dinero, y entonces alarga la mano para cogerlas. Pero en el último segundo se me ocurre una idea perversa. Hago una bola con ellas y, ante su desconcierto, se las meto en la boca, a modo de mordaza.

—Y ahora calladito.

El gemido que emite va directo a mi sexo. Por no mencionar la expresión «esto tendrá consecuencias», que me encanta.

Max acepta que ha perdido y deja que yo me ocupe de su erección. De nuevo con su pene en la boca, me aplico hasta llevarlo al borde. Incremento la velocidad, lo rozo un poco con los labios. Aprieto sus testículos con la mano y cierro los ojos cuando lo siento estremecerse. Tiembla ligeramente antes de correrse entre jadeos. Sé a la perfección que podría haberse librado de mis bragasmordaza, pero ha permanecido con ellas hasta el final.

Trago su semen y, por si acaso se me ha escapado algo, recorro con la lengua todo su pene. Max emite unos murmullos de placer y yo me quedo quieta, con la cabeza apoyada en su pierna.

—Toma —me dice, aún con la voz ronca, escupiendo mis bragas, y ante mis ojos veo doscientos euros—. Te lo has ganado.

Me echo a reír y recojo mis ganancias.

—Muchas gracias.

Entonces me pongo en pie y me subo a horcajadas sobre él. Aún está duro y no dudo en agarrarle el pene para poder sentirlo dentro. Estoy tan mojada y excitada que siseo al menor contacto.

Soy consciente de que con dos o tres empujones me correré, así que me muevo despacio, lo beso, devoro su boca y disfruto de sus labios mientras tenso cada músculo de mi interior.

Max me susurra que me quiere, que lo vuelvo loco, que soy malvada, que lo dejo sin aliento..., mil palabras que me derriten, al tiempo que me dejo caer, laxa, sobre su cuerpo, sabiendo muy bien que no hace falta pronunciar ninguna, pero que oírse las decir hace que mi orgasmo sea, además de intenso, dulce.

Dos meses.

Dos meses intensos de convivencia, de noches abrazados, de susurros. De escapadas a hoteles. De Max a mi lado. De rutina, de trabajo, de familia.

Ha habido de todo, incluso roces, porque no todo ha sido de color de rosa. Lo que más me enorgullece es que, en vez de acabar enfadados por cosillas típicas de la convivencia, hemos logrado consensuar nuestras opiniones y eso ha facilitado el día a día.

No me lo puedo creer, pero cuando por las noches nos acostamos, charlamos un buen rato. A veces creo que lo aburro con detalles de mi trabajo, sin embargo, me escucha y hasta me pregunta.

Él no tiene una ocupación propiamente dicha, pero ahora está preparando el negocio del resort. Ya que tiene un título universitario, que lo aproveche.

Hoy es jueves. Acabo de llegar a casa después del trabajo y mi madre está sentada tranquilamente en el sofá. Max se ha ido a buscar a Félix al colegio, por lo que dispongo de más o menos una hora de descanso. Me siento junto a ella y pongo los pies sobre la mesita de centro.—Bea... —murmura, con un gesto de desaprobación.

—Ay, mamá, que vengo molida... —protesto, aunque termino bajando los pies.

Me dan ganas de hacer un puchero como los de mi hijo para salirme con la mía, pero sé que a él le funcionan y a mí no.

—Ya lo sé, pero ya sabes que eso es de mala educación.

—Vaaale.

Me tumbo y suspiro. No tengo de qué quejarme. Todo funciona bien y esta tarde me puedo permitir el lujo de vagar un poco. El plan perfecto para una madre trabajadora, aunque, ¿qué madre no lo es?

—Hace tiempo que no hablamos —digo al cabo de un rato, porque en la tele no hay nada que me llame la atención y mi madre me mira de reojo.

—Y ¿de qué quieres hablar?

—Pues... de todo un poco, no sé. —Estiro el brazo y le aprieto la mano—. Quiero saber tu opinión sobre lo que está pasando.

—Bea, ¿qué te preocupa? —pregunta ella, porque me conoce.

—Ése es el problema, que no tengo preocupaciones, al menos no más allá de lo normal —respondo.

Me suelto el pelo para masajearme la cabeza.

—¿Crees que es demasiado bueno para ser cierto?

—Algo así —murmuro—. El caso es que al principio pensaba que sería más difícil. Llámame precavida si quieres. No sé, que tú no entenderías mi relación con Max o que te causaría algún contratiempo el hecho de que viviera aquí.

—¿Por qué? El chico se comporta bien.

—Y tú lo mangoneas a tu antojo —añado con una sonrisa, y mi madre no lo niega

—. No me refiero a eso.

—Y ¿qué te inquieta, Bea? —inquire con cariño.

—Hay que cosas que... —Me detengo, pues no se le puede contar a una madre a qué se dedicaba el novio de su hija.

—Mira, sé que guardas secretos y que te callas algunas, muchas, cosas —comenta ella comprensiva— y que vas a seguir haciéndolo si deseas que funcione todo.

—Mamá, a veces creo que eres bruja o adivina.

—Te conozco, sólo es eso. Y como mujer, no como madre, te darás cuenta de que seguirás callando muchas cosas, porque esas pequeñas mentirijillas a veces son necesarias, con tal de que nada se enturbie.

—Joder...

—Esa boca... —me reprende—. Pero no te preocupes. No eres la única que se guarda cosas.

—Hay una mujer que..., bueno, que me tiene en el punto de mira —comento.

—Por estar con Max, supongo —apunta ella con gran acierto.

—Obviamente —le confirmo—. Tiene dinero para parar un tren y no se rinde. Siempre que puede me deja en evidencia. No he querido decirle nada a Max.

—Has hecho bien —dice—. No hay necesidad de que él se preocupe si tú has sabido manejar la situación.

—No estoy tan segura...

En ese instante oímos el ruido de la puerta y unos segundos después aparece Félix corriendo para subirse en mi regazo. Yo, que no desaprovecho la oportunidad, lo envuelvo en un abrazo de oso.

—¡Mi niño! —exclamo, besándolo.

—Mami, déjame —protesta riéndose—, que quiero merendar.

Se baja de mi regazo, y yo también me levanto. Se acabó holgazanear.

Lo dejo con la merienda bajo la supervisión de mi madre y regreso a la cocina para prepararme un café y darle un beso a Max, que yo también quiero merendar.

—No me pongas en un aprieto, Bea —murmura él, sonriendo.

—Uy, qué decente te has vuelto de repente —me burlo, y a cambio recibo un azote en el culo.

—Sí, sí, decente —repite riéndose—. Me voy al gimnasio, ya hablaremos luego.

Le robo otro beso y me quedo en la cocina con mi café. A los pocos minutos, lo veo pasar vestido con ropa de deporte. Me va de un apretadito... Yo suspiro, porque me gustaría acompañarlo, pero salgo agotada del trabajo, así que me conformaré con verlo sudar esta noche.

Me acerco un instante al salón y, tras comprobar que Félix se come la merienda, lo dejo con mi madre y me voy al dormitorio, porque tengo un montón de ropa pendiente de ordenar. Las tareas domésticas me superan, pero con un niño de cinco años al que todos los días sin excepción hay que cambiar de arriba a abajo y hasta dos veces, no me queda otra. Así que me pongo a clasificar la ropa. Ahora somos cuatro

y, si bien Max es bastante ordenado, he de plancharle alguna que otra cosilla.

Y heme aquí, planchando camisetas de niño que, con la tontería de los estampados, se tarda el doble, escuchando música para poder hacerlo más llevadero y con ganas de acabar para darme un ducha antes de cenar.

En ello estoy cuando suena un móvil. Me doy cuenta por el tono de que no es el mío, y veo el de Max iluminado encima de la mesilla de noche. Dudo si debo responder o no, porque, pese a tener confianza, es algo privado. La llamada se corta, pero a los cinco segundos insisten, así que dejo la plancha a un lado y me acerco.

Éste es uno de esos momentos en los que no sabes a ciencia cierta si se trata de una prueba o de un descuido, porque me extraña que Max se haya olvidado su iPhone. En la pantalla aparece «Antonio Abogado», y siento cierto alivio. Aunque me dura muy poco, pues me doy cuenta de que en todo este tiempo Max no se ha marchado de viaje ni una sola vez y eso, teniendo en cuenta del tipo de inversión que está realizando, es muy extraño.

Por si acaso, no vaya a ser algo importante, respondo.

—¿Diga?

—¿Max?

—No, soy Bea, él no está en casa.

—Ah, eres tú...

Lo dice como si yo fuera el anticristo aniquilando el mundo y partiéndome el culo además a costa de los pobres infelices a los que les robo el alma.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarte?

—En nada —responde con sequedad, y me mosqueo.

Que yo recuerde, no le he hecho ninguna faena a este hombre, de ahí que su manifiesta hostilidad me resulte extraña.

—¿Quieres que le dé algún recado a Max?

—¿Para qué? ¿Para seguir jodiéndole la vida?

Doy un respingo. Este tipo va a por mí, no me cabe la menor duda.

—¿Cómo dices? —pregunto, controlando mi irritación.

—Venga, no te hagas la tonta, que todos somos mayorcitos —replica impertinente.

—No sé a qué te refieres.

—Joder, le tienes bien comido el coco...

—Ya está bien. Deja de insultarme —exijo tajante. Va listo si piensa amedrentarme con sus palabras.

—Pues tú déjalo en paz. Por tu culpa está a punto de perder hasta la camisa —dice, y por un momento me quedo sin réplica—. No ha conseguido la financiación que le faltaba y encima no aparece por aquí.

Me llevo la mano al pecho mientras me siento en la cama, aturdida por lo que estoy escuchando.

—¿Cómo? —logro articular.

—Sigues haciéndote la tonta porque te interesa. Ya veo...

—Te juro que no sé de qué carajo hablas.

—De que tu novio se ha ido corriendo detrás de ti, dejando a un lado sus negocios y, por supuesto, su medio de vida, y se niega a escuchar mis consejos y resolver la situación.

—No sabía nada... —murmuro abatida y preocupada.

—Sí, claro... —añade el abogado con inquina—, eso dicen todas, pero bien que vives a su costa.

Gritar que eso no es cierto se me antoja una estupidez, y además me he quedado tan sorprendida como confusa.

—Así que —prosigue con el mismo tono dañino del principio—, si quieres seguir llevando ese tren de vida que Max te proporciona, deja de ser una hipócrita y olvida tus convenientes escrúpulos.

—Yo no...

—Max necesita ingresos ya. No me valen excusas, ¿de acuerdo? Y ambos sabemos cómo puede obtenerlos. Dile que me llame urgentemente, ¿lo harás?

—Sí, lo haré —musito, y paso por alto su tono escéptico.

—Eso espero —dice a modo de despedida, y acto seguido da por finalizada la llamada.

Me quedo con el móvil en la mano, sin ser capaz de reaccionar. Max tiene problemas económicos. No me ha comentado nada, y yo no he querido preguntar.

Su abogado no puede haberse inventado semejante película. ¿Qué sacaría él con eso? Se supone que además de la relación profesional los une otra personal, o al menos ésa es la impresión que tuve cuando lo conocí. Claro que también está el factor económico, y si Max no «trabaja», él no cobra. Y para que trabaje, o bien yo me hago la tonta o bien rompemos.

Mierda, sí ya sabía yo que esto era demasiado bueno para ser cierto.

El problema, bueno, los problemas, son: uno, Max no ha querido decir nada. Alegará que para no preocuparme, y eso me escuece, pues se supone que estamos juntos a las duras y a las maduras.

Dos, ¿cómo puede solventar su situación económica? Yo encantada de poder ayudarlo, pero me temo que mi aportación sería migajas en comparación con lo que necesita.

Tres..., joder, el tres me duele como ninguna otra cosa, mirar hacia otro lado.

Dejo otra vez el móvil en su sitio y termino, con un persistente malestar interior, mis labores domésticas.

Mientras coloco la ropa ordenada en mi armario, oigo un silbido a mi espalda, uno de esos tipo albañil cuando ve pasar a una mujer atractiva. Justo me ha tenido que pillar con el culo en pompa. Qué suerte tengo.

Lo miro por encima del hombro y me esfuerzo por sonreírle. Max deja la bolsa de deporte en una esquina y viene hacia mí.

—Nunca pensé que verte haciendo las faenas de la casa me fuera a poner cachondo —murmura pícaro—. Pero como vengo empapado de sudor, contendré mis más bajos instintos hasta después de la ducha.

—Muy bien —respondo, evitando mirarlo.

Por suerte, Max ha debido de pensar que mi desgana es a causa de estar liada con las tareas domésticas y se ha metido en el cuarto de baño. Lo sigo, y él sonrío mientras se desnuda. Aunque la tentación es muy fuerte, me pesa más la preocupación.

—Ha llamado tu abogado —comento, cruzándome de brazos y manteniéndome a cierta distancia.

Max pierde su expresión risueña, pero tampoco se muestra enfadado.

—Luego lo llamaré.

—Ha dicho que es urgente —añado, sin entrar en detalles, omitiendo el resto de la información y confiando en que él lo mencione.

—La ducha primero —dice como si tal cosa, y me da la sensación de que se esconde tras la mampara—. ¿Me acompañas?

Niego con la cabeza, no porque no me apetezca, sino porque lo ha preguntado sin mucho entusiasmo, al menos no con espontaneidad. Tiene derecho a guardar secretos, lo sé, pero no cuando éstos pueden causarle tanto perjuicio.

Lo dejo con su aseo y me voy a la cocina a preparar la cena. Félix está abducido mirando la tele, mientras mi madre pela patatas.

—¿Otra vez te ha engatusado para que le hagas patatas fritas? —le pregunto a mi madre, y ésta se disculpa con una sonrisa.

—Soy la abuela y malcrío a mi nieto como me da la gana —me suelta, y de reojo veo al niño mimado y su sonrisa triunfal.

—Mamá, le he prometido portarme bien —interviene mi hijo, sin apartar los ojos de la tele.

—No te preocupes, mañana pescado con verduras —dice mi madre, zalamera, y yo niego con la cabeza.

—Con María y conmigo no eras tan benevolente —le recuerdo con retintín.

Ella se encoge de hombros y sigue a lo suyo. Max aparece en la cocina recién duchado. Como siempre, lleva unos cómodos pantalones de yoga y una camiseta, ambos negros.

—¿Os echo una mano? —pregunta.

—No, tranquilo —responde mi madre—. En un rato estará lista la cena.

—Muy bien, entonces aprovecharé para hacer unas llamadas.

Se marcha de la cocina, y yo estoy tentada de seguirlo para escuchar la conversación. Sin embargo, sé que eso no está bien, por mucho que me reconcoma por dentro. Ayudo a mi madre a cocinar y pongo la mesa.

—Ve a avisar a Max, Félix —le pido a mi hijo, sintiéndome una cobarde.

—Vaaale —canturrea él, porque con tal de estar juntos, hace cualquier cosa.

Sale corriendo y al poco aparecen los dos. La expresión de Max es apagada. Sé la razón e intuyo que no va a contármelo. La cena transcurre más o menos como cada día, delante de mi madre y de Félix no vamos a discutir, eso es evidente; sin embargo, presiento que después, a solas, tendremos que hablar. Y no va a resultar agradable.

Mi madre se va su habitación, porque quiere ver tranquila una peli que dan hoy, que para eso le puse tele en su cuarto. Yo me quedo recogiendo mientras Max acuesta a mi hijo. Cada segundo que pasa me va creciendo el nerviosismo; me conozco, no quiero medias tintas.

Cuando acabo, voy al salón. Max no está allí, y me extraña, porque Félix ya ha caído dormido. Lo encuentro en el dormitorio y me quedo muerta al ver que está haciendo el equipaje.

«No saques conclusiones precipitadas, Bea», me digo a la espera de que él hable.

Max levanta un momento la vista y pone cara de disculpa.

—Me temo que este fin de semana no podremos estar juntos —dice.

Inspiro.

—¿Y eso? —pregunto, como si no supiera nada.

«Cuéntamelo, Max», ruego en silencio.

—Tengo que reunirme con Antonio. Es urgente, no puedo posponerlo —alega, y cierro los ojos.

—¿Va todo bien?

—Sí, no te preocupes —responde, y suena bastante convincente—. Se trata de las típicas reuniones para atar cabos sueltos.

Me está mintiendo, y me duele. No sólo por mí, sino también por él, pues debe de ser muy duro fingir que no pasa nada cuando estás con el agua al cuello.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunto, y nada más ver su reacción sé que me oculta aún más cosas.

—No, no hace falta. Además, tienes que trabajar —contesta, y sigue sin mirarme a la cara.

—Puedo hablar con Xavi, seguro que puede apañárselas sin mí.

—Bea, de verdad, no hace falta —insiste, incómodo ante mi sugerencia—. Son reuniones rutinarias. Te aburrirías.

—Podría estar con mi hermana mientras tú trabajas —apostillo, y me siento ruin al tensar tanto la cuerda.

—Prefiero ir solo, así lo resolveré todo rápido y podré estar de vuelta el lunes —dice, buscando una nueva excusa.

—Como quieras —murmuro rindiéndome, y me meto en el baño para lavarme los dientes y, si no puedo contenerme, llorar sin que me vea.

Al final Max no ha regresado ni el lunes ni el martes ni el miércoles... Lleva una semana fuera. Me llama, por supuesto, cada noche, e incluso me envía mensajes a lo largo del día. Todo tan normal que me asquea, pues en ningún momento ha mencionado nada sobre la situación real. Todo son buenas palabras que suenan a típica excusa.

Antes de irse me dio las llaves de su deportivo y me dijo que lo usara a placer, que confiaba en mí. Todas sabemos lo importante que es un coche para un hombre, pero a mí me sentó como una patada en el estómago cuando mencionó la palabra «confianza».

Yo no he querido indagar, y, durante nuestras conversaciones nocturnas, me he limitado a escuchar. Max me ha preguntado si me encontraba bien, y le he mentido. «No, maldita sea», hubiera querido gritarle, porque se me revolvían las entrañas.

Se pasa dos meses conmigo sin hacer ni siquiera un viaje para ver cómo van sus cosas y de repente, nada más recibir la llamada de su abogado, hace la maleta y se larga.

Lo estoy esperando en casa. Ayer por la noche me confirmó que llegaba. Me dijo que no hacía falta que lo fuera a buscar al aeropuerto. Mi madre ha salido a hacer la compra y Félix está en el colegio. Yo he pedido el día libre.

Oigo el ruido de la cerradura abriéndose. Me sirvo un café sentada en la cocina. Esbozo una sonrisa, porque confío en que Max me lo explicará todo y sólo habrá sido una mala semana. Nada más.

—¡Ya estoy en casa! —exclama, y me levanto para recibirlo. Me rodea la cintura con un brazo y me besa. Lo hace con pasión, noto la necesidad—. No veía el momento de volver a estar aquí. Contigo.

«Qué bien suena eso», pienso, volviendo a besarlo.

Desde luego, es un comienzo prometedor.

Nos separamos para que él pueda quitarse el abrigo. No se me pasa por alto su aspecto impecable, con ese traje azul marino. También se desprende de la corbata y se la guarda en el bolsillo.

—¿Un café? —pregunto, y él arquea una ceja.

—¿He estado fuera una semana y eso es lo que me ofreces? —inquire provocador.

—¿Un cruasán casero? —añado.

—¿Ésa es tu última oferta?

Puede que todo haya ido bien, y de ahí su humor. Yo me quedo quieta, muy quieta, y él, al más puro estilo depredador, avanza hacia mí, acorralándome contra la encimera. Coloca una mano a cada lado de mi cuerpo y se acerca hasta que puedo sentir cada latido de su corazón, su respiración y su aroma. Max utiliza un perfume muy personal —Numero Uno, de Carthusia—, pero por encima de eso está su olor.

Ese que es único, por muy moñas que suene.

—Depende —musito, porque en mi interior hay una lucha sin cuartel.

En un lado del ring, con seis días acumulados de mala leche, experiencias negativas y un pasado auestas, el resquemor. Y al otro lado, con un futuro prometedor, una relación intensa y sexo del bueno (el mejor), la confianza.

—Mejor te desnudo primero y me lo cuentas después —dice, adoptando su tono más sugerente.

Pillándome por sorpresa, me coge en brazos y, pese a que me gustaría rematar el asunto aquí mismo, para recordar viejos tiempos y para hacer cocina de autor, ambos somos conscientes de que no vivimos solos.

Me lleva en volandas hasta el dormitorio y, una vez allí, no pierde el tiempo. Me desnuda y comienza a besarme. Parece desesperado, y se lo hago notar.

—Y ¿cómo quieres que esté? —pregunta, agarrándome la mano y colocándomela sobre su erección—. No he querido ni masturbarme para estar a tope.

Y así, de repente, me revoluciono sin poder evitarlo. Mis preocupaciones se quedan quietas, me dejan sentir, gozar y gemir al contacto de las manos de un amante que es capaz de encenderme como ningún otro.

Me tumba en la cama y se echa encima. Si a mí me ha despojado de la ropa en dos minutos, él ha tardado todavía menos en desnudarse. Ni florituras ni nada, a lo bestia.

—¿Preliminares? —pregunta en un susurro.

—Sí, por favor —respondo, y Max arquea una ceja, pues se supone que nos encontramos en ese estado en el que la impaciencia avasalla—. Pero hoy no...

—Joder, menos mal...

Y así, sin tocarme siquiera entre las piernas, embiste, y yo me arqueo y grito al sentirlo bien dentro. A partir de ese instante empieza el desenfreno. Es mucho más que follar. Los dos lo sabemos perfectamente.

—Ocho minutos... —jadea Max, rodando a un lado.

—¿De verdad? —pregunto, aún con la respiración agitada tras correrme. Permanezco con los ojos cerrados.

—Joder, esto es lo que se llama un polvo exprés.

—Pareces disgustado.

Me mira de reojo y busca a tientas mi mano para llevársela a la boca y besarme los nudillos.

—Un poco más y te dejo a medias, pero tienes que entenderlo...

—Lo entiendo —respondo sonriendo—, aunque estás en deuda conmigo.

—Lo sé —admite.

Él se levanta primero, pues se acerca la hora de comer y mi madre tiene que estar al caer. A mí me apetece quedarme unos minutos más así, desnuda en la cama, contemplándolo.

—¿Cómo ha ido todo? —pregunto relajada.

—Bien —responde indiferente, lo cual enciende la primera alarma.

—¿Sólo bien? ¿Has estado una semana fuera y sólo dices «bien»? —insisto, y Max me mira un segundo antes de abrocharse los pantalones.

Me siento en la cama y busco mi ropa de muy mala gana. Sé que quiere salir cuanto antes del dormitorio para evitar una más que posible peliaguda conversación, pero no voy a dejar que se escabulla.

—Max, dime la verdad, ¿va todo bien?

No me responde, esquiva mi mirada y me enciendo. No puedo más, haber follado nada más llegar sólo ha aplacado mis demonios un poco. Insisto:

—¿Tienes problemas de dinero?

Él se queda inmóvil. Como si le hubiera lanzado un dardo. Sé que va a tardar en contestar, pues estará buscando una respuesta diplomática. Respuesta que no quiero escuchar, pues necesito la verdad, aunque ésta no me guste un pelo.

—¿Por qué me preguntas algo así? —replica molesto.

—Contéstame, por favor —exijo.

—No tienes derecho a hacerme estas preguntas —me espeta, dejándome confusa por un instante, pues nunca me habla en ese tono.

—Lo tengo, y ¿sabes por qué?

Max se cruza de brazos y me mira fijamente. Ahora está vestido y muy distante. No va a evitarme, pero tampoco va a sincerarse, lo presiento. Y yo no puedo más. Aunque sea sacándoselo con sacacorchos, quiero saberlo todo.

—Porque estamos juntos —prosigue— y has estado fuera una semana, lo cual no debería ser indicativo de nada, pero resulta que te marchas deprisa y corriendo un viernes por la mañana, dándome unas vagas explicaciones.

—Bea, no sigas por ahí —me advierte.

Sin embargo, yo estoy desatada y no quiero posponer más tiempo esta conversación. Me va a doler, lo sé, aunque es preciso llegar hasta el fondo. Con o sin anestesia.

—Max, te fuiste un viernes —repito— diciéndome que tenías que reunirte con alguien. ¿Durante el fin de semana? —añado, dejando implícita en mi tono la sospecha.

—Sí. En fin de semana. ¿Qué insinúas? —pregunta, cada vez más tenso, pese a que continúa sin moverse del sitio.

—Que no me cuadra. Eso es lo que insinúo, Max. Es todo demasiado raro —alego, y él inspira profundamente—. Dime la verdad.

—Sí, ha habido problemas, no lo niego, sin embargo, ya se están resolviendo.

—Otra vez esquivas la cuestión. ¡Siempre siempre haces lo mismo!

—Bea, por favor, dejemos aquí esta conversación.

—¡No! —exclamo hastiada—. No vamos a dejarlo aquí porque todas tus respuestas son simplemente palabras huecas. No concretas nada nunca. Me dices que has tenido problemas, que te has reunido con alguien, pero ¿con quién?

—Ya está bien, joder. Se supone que confías en mí.

—¿Y no es recíproco? —le replico, alzando la voz—. Sé que no todo es de color de rosa, como me quieres hacer creer. Tienes problemas y serios. Quise acompañarte y te negaste, explícame por qué.

—Muy simple, maldita sea, porque... —esa pausa me duele más que una bofetada— porque no iba a poder dedicarte ni un minuto.

—¿Tienes problemas de dinero, Max? —formulo de nuevo la pregunta, y contengo la respiración.

—No —contesta

—Mientes —lo acuso, y Max me mira dolido, pero si me callo ahora, si lo dejo pasar, llevaré a mis espaldas una losa demasiado grande—. Ahora no tienes ingresos y sí muchos gastos.

Se acerca a la ventana y apoya una mano en el cristal. Sabe que he dado en el blanco y que no puede escurrir el bulto durante más tiempo. Ignoro si hay otra forma de plantear un asunto así, pero o lo aclaramos ahora, o al final nos estallará en las narices.

—Está bien, todo se ha ido a la mierda. ¿Contenta? —me espeta, y percibo su rabia al asumirlo delante de mí.

Quiero tocarlo, abrazarlo, no obstante, me contengo, pues podría interpretarlo como que le tengo lástima.

—No, no lo estoy —respondo a su dardo envenenado.

—Pues no lo parece. No has parado de echar sal a la herida hasta que te has salido con la tuya.

—¿Y tú me hablas de confianza?—inquiero muy dolida, no sólo por sus palabras, sino por su tono acusatorio.

—Reconocer que he fracasado no resulta agradable, Bea. Querer solucionarlo y no preocuparte eran los motivos para mantenerte al margen. No veas fantasmas donde no los hay.

Max está enfadado, mucho. Eso puedo entenderlo, pero no el hecho de que vuelque en mí su frustración cuando sólo quiero estar a su lado, apoyarlo.

—Y ¿no podrías habérmelo explicado?

—¿Para qué? ¿Para que sintieras lástima? —replica asqueado.

Cada vez se muestra más distante y eso me duele.

A veces el orgullo masculino es tan imbécil...

—No, Max, no es por eso. Sencillamente es para estar a tu lado.

—¿Viendo cómo fracaso? —me interrumpe irónico.

—Me duele que pienses eso de mí... —murmuro, negando con la cabeza—. Y que no me hagas partícipe de tus cosas. Te marchaste dejándome aquí con las dudas, inquieta por no saber qué hacías. Desdeñando mi compañía. No me negarás que es para sospechar.

—¿Qué crees que he estado haciendo este fin de semana, Bea? —pregunta

sarcástico, obligándome a decirlo en voz alta.

Trago saliva. No existen palabras para decirlo con suavidad. Soy muy consciente de que esto puede ser un golpe mortal, pero no admito medias tintas. Si no tiene nada que ocultar debería decírmelo y listo.

—¿Has ido a... «trabajar»?

Max suelta un improperio de los gordos y va directo a por su bolsa de viaje, que todavía no ha deshecho. Estoy tan impactada al darme cuenta de adónde nos ha llevado todo esto que tardo más de la cuenta en reaccionar.

—¿Qué estás haciendo?

—Me largo —afirma, y noto que se rompe algo en mi interior demasiado valioso como para obviarlo.

—¿Te vas? ¿Por qué?

—¿Y encima tienes el descaro de preguntar? —me espeta en voz baja.

Se mete en el cuarto de baño y apenas tarda dos minutos en salir, durante los cuales yo he intentado pensar en algo para reconducir esta situación.

—Sólo tienes que decirme la verdad —le digo, apretando los puños ante la impotencia que siento.

—Ya me has juzgado y condenado —me contesta él sin dejar de guardar sus cosas—. Y lo que más me duele, sin pruebas.

—¡¿Cómo?!

—Se acabó, Bea. Esto no va a funcionar. No puedo continuar así, con miedo a disgustarte en cuanto hago algo que se escapa a tu control. No puedo vivir midiendo cada acto, cada palabra para que no te sientas insegura.

—Hablemos, por favor.

—No. Ya no —sentencia, dejándome al borde de la histeria.

Esa rotundidad con la que habla sólo es producto de su cabreo, tiene que haber forma de que lleguemos a un entendimiento.

—No has sido sincero desde el principio y sólo has reconocido los hechos cuando yo he insistido. ¿Qué querías que pensase?

—Confianza, joder. ¡Ésa es la palabra! —exclama, cogiendo su bolsa—. ¿Sabes lo que significa? ¿Lo sabes, Bea?

—Por eso mismo, porque me estás exigiendo fe ciega, lo menos que puedes hacer es pagarme con la misma moneda —le espeto, y sé que he perdido el control.

—Y ¿no te has parado a pensar que estoy hasta los cojones de estar siempre justificándome? ¿De seguir tu rastro? ¿De ser siempre el que cede cuando a ti se te cruzan los cables?

—Eso no es justo y lo sabes —balbuceo.

Lo miro esperando que recapacite. Esto no puede acabar así.

—Tú tienes tus secretos, y yo los respeto. Hay ámbitos de tu vida de los que tengo mi opinión y por consideración me he callado.

—¡No es lo mismo! Tú..., tú...

—¿Yo qué, Bea?

Agarra de malos modos su chaqueta y la deja sobre la cama para sentarse y ponerse los zapatos. Después coge su móvil y se lo guarda en el bolsillo. Tira las llaves de casa sobre la mesilla.

Lo da todo por perdido, y yo no puedo aceptarlo.

—Dime qué has ido a hacer este fin de semana a Barcelona. Sea lo que sea, dímelo —le pido, en un último intento por arreglar las cosas. Me digo a mí misma que podré soportarlo.

—Estás deseando que se confirmen tus sospechas —me acusa.

—¡Pues habla! —le grito.

Max se peina con los dedos y me mira una vez más como si no pudiese creer que hace menos de una hora estábamos los dos ahí, en la cama, desnudos, jadeando y gozando. Yo tampoco puedo dar crédito, la verdad.

—Puede que no me creas, pero ya me da igual... —comienza con rencor—. He vendido mi casa. Antonio aceptó la única oferta que hicieron por ella. La urgencia de marcharme no era para «trabajar», como tú dices, sino para sacar mis cosas y llevarlas a un guardamuebles hasta que pueda utilizarlas.

—Max... —musito, dándome cuenta de la canallada que le acabo de hacer.

—Y si quieres saber el resto, muy bien, de todas formas te vas a enterar, porque sé que es clienta del Cien Fuegos. Ha sido Victoria quien ha comprado mi casa. ¿No dices nada? —Niego con la cabeza—. Sé que te importunó, ella misma me lo dijo.

—¿Lo sabías...?

—Sí —me confirma—. Y me sentí muy orgulloso de ti, porque en vez de hundirte, de montar una escena, te comportaste con madurez.

—Yo... —balbuceo, porque todo esto es demasiado abrumador como para dejarme ser coherente.

—Ella ha sido la única dispuesta a pagar el precio de mercado, pero a cambio ha exigido que vacíe la casa en menos de una semana. De ahí mi prisa por marcharme y por no querer que vinieras —remata.

—Max...

—Te quiero, Bea. Pero así no. Así es imposible seguir.

Abre la puerta y se encamina hacia la entrada.

¿Qué hago para detenerlo?

Admitir mi cagada monumental, pedir perdón, pero pienso que no va a servir de nada.

—No te vayas...

—Madura, Bea. Hazme ese pequeño favor —dice a modo de frase lapidaria—. Adiós.

Se marcha sin dar un portazo. Sin gritar.

Y yo termino sentándome en el suelo, incapaz de comprender cómo hemos llegado a esto.

Llorar no es la solución, aunque... ¿cuál es?

Diecinueve días y quinientas noches. Ése es el tiempo que según Sabina se tarda en olvidar. Bien, si echo cuentas, me quedan pocos días, pero unas cuatrocientas noventa y dos noches de angustia y desvelo.

No he llorado, no he dormido y tampoco he vivido.

He sido incapaz de coger el teléfono para llamarlo porque no sé qué decirle. Me quiere, pero al parecer eso no es suficiente. Y tiene toda la razón. No puedo estar más de acuerdo.

Meter la pata, ser una bocazas, no describe ni de lejos lo que he hecho, pues he roto un pilar fundamental de nuestra ya inexistente relación. Por decirlo de una forma clara, la he jodido y bien, además.

Hoy estoy sola en casa. Mi madre se ha ido al centro cívico a un cursillo de informática, algo que me encanta, porque la veo muy ilusionada, y Félix está con su padre.

Lo traerá a la hora de la cena, como hemos acordado, pues estamos de acuerdo en que todavía es muy pronto para que se lo quede todo el fin de semana. Mi hijo va cogiendo confianza con él, aunque le falta sentirse del todo cómodo.

En el trabajo todo marcha según lo previsto. No he dicho nada, por supuesto, hay que separar las cosas. Eso al menos me tiene entretenida unas horas al día. Y después está el asunto de Beto. Hace un par de días le han confirmado que ya es oficialmente el nuevo segundo chef del Cien Fuegos en Sevilla. Algo que tenemos pendiente de celebrar en cuanto nos sea posible juntarnos todos.

Mi amigo está muy contento, porque aunque es un cambio de ciudad y de ambiente, Beto es de los que enseguida se relaciona y se funde con el entorno.

No puedo estar más feliz. No todo van a ser malas noticias.

Oigo el timbre de abajo, sé que es Pablo, por la forma de llamar, y me levanto a abrirle. Dejo la puerta entornada para que no tengan que volver a llamar.

—¡Hola, mamá! —chilla Félix emocionado, corriendo a mis brazos.

—¿Qué tal en el cumpleaños? —le pregunto recogiendo su chaqueta, porque este hijo mío nunca tiene frío.

—Anda, cuéntaselo a tu madre —le dice Pablo.

—Pues... hemos estado en una...

—Ludoteca —lo ayuda su padre.

—Eso, una ludo... eso. ¿Puedo ir a ver un rato la tele?

—Bueno, vale. Pero antes un beso.

Félix me lo da rápido y me deja a solas con Pablo.

—¿Todo bien? —pregunta él, y me doy cuenta de que estoy siendo una maleducada.

—¿Un café?

—Gracias —contesta, siguiéndome a la cocina.

Una vez allí, se sienta y soy consciente de que me observa. Pablo me conoce y, aparte de lo evidente, que voy hecha unos zorros, con el chándal de andar por casa y el pelo recogido de cualquier manera, ve que no estoy muy alegre.

—Eres pésima ocultando lo que sientes.

A veces da rabia que la gente te conozca tan bien. Me encojo de hombros como sin darle importancia y evitar así entrar en detalles. No creo que Pablo sea precisamente el tipo más adecuado al que contarle mis cuitas amorosas.

—Bea... —insiste.

—No pasa nada.

Él niega con la cabeza mientras adopta una postura un poco indolente. Se cruza de brazos y me mira a la espera de que empiece a hablar.

Yo sigo en silencio, y añade:

—Una de las razones por las que eres pésima jugando a las cartas es porque no sabes disimular. Y eso te pasa con todo.

—Gracias —murmuro, picada en mi orgullo.

—Además, Félix me ha contado que Max está otra vez «malito».

—Maldita sea —mascullo.

—Venga, sé escuchar.

Le sirvo el café, acompañado de un plato de galletas de canela y limón que hice hace dos días, en uno de esos momentos de bajón anímico en los que la única forma de tirar hacia delante es estar ocupada.

—Pablo, de todas las personas de este mundo, creo que tú eres la menos apropiada para contarle mis inquietudes —digo con toda lógica.

—¿Por qué? —pregunta, y no sé si se está haciendo el tonto o lo es.

—Porque tú y yo... —balbuceo—. ¡Oh, por favor!

Me siento enfrente de él y echo azúcar al café.

—Muy buenas —comenta, tras comerse una galleta.

—Esta escena es demasiado surrealista incluso para ti. —Pablo arquea una ceja—. Se supone que no debo llevarme bien con un ex, y mucho menos que seas mi paño de lágrimas.

Él se echa a reír.

—Se supone... —repite sin perder el buen humor ante mi tono gruñón—. Y tampoco tienes por qué contarme qué te pasa, pero se te ve hecha un asco y, aunque puedas pensar otra cosa, no me gusta verte así.

Reflexiono en silencio. Pablo no pierde la sonrisa, su sonrisa seductora, que si bien aprecio, ya no me afecta. Debería alegrarme por ello, ya que eso quiere decir que soy inmune.

—Tú y yo ¿ahora somos coleguitas? —farfullo.

—Me gustaría. Sí —afirma amable—. Y antes de que te sulfures, que te conozco, estoy saliendo con alguien, o sea que no me mueve ningún interés más allá de la amistad.

—¿Ah, sí?

—No he querido decirte nada, porque es reciente, y..., bueno. —Se detiene, y lo veo un poco tímido al respecto—. Puedes estar tranquila, de momento no me acompaña cuando estoy con Félix. Aunque en el futuro...

—Lo entiendo, no pasa nada.

Por increíble que parezca, esta conversación entre adultos me hace sentir a gusto, porque nunca hubiera pensado que Pablo y yo acabaríamos sentados, relajados en mi cocina, tomando café y charlando en buena sintonía.

¿Habré madurado lo suficiente?

—Vaya..., pensaba que me harías mil preguntas.

—Cuéntamelo —le pido, y él empieza a hablar.

Me sigue pareciendo increíble haber llegado a este entendimiento, y cuando Pablo se calla, estiro el brazo y le cojo la mano en señal de apoyo.

—Gracias —murmura, y durante unos segundos permanecemos así, mirándonos en silencio.

Ni rastro de incomodidad ni de resentimiento. Nada. Todo lo que en su momento ocurrió ya no me hace daño y sólo le deseo lo mejor.

—¿Otro café? —pregunto por decir algo.

—No te escaquees, Bea. Quid pro quo.

Respiro y sirvo más café, porque si de verdad empiezo, no sé cuándo voy a parar. Aunque soy consciente de que no puedo contarle todos los pormenores, hay cosas que pertenecen al ámbito privado de Max.

—Mamá, quiero agua —nos interrumpe Félix, que nos mira a los dos algo confuso.

—Toma —le doy una de sus botellas.

—Es que pintar da mucha sed —explica, y nos muestra un dibujo.

Confirmado, mi hijo no se ganará la vida con sus dotes artísticas.

—¿Qué es? —le pregunta su padre.

—Bob Esponja en un coche de carreras —responde orgulloso.

—Ah —murmura Pablo, sorprendido con el arte conceptual del crío.

—Ten cuidado, que no se te caiga en el sofá —le advierto cuando sale corriendo de vuelta al salón.

—Tu turno, Bea —me dice Pablo, una vez a solas.

Me escucha atento cuando le hablo de mis dudas, de lo que sentí al no saber la verdad. También le menciono la diferencia económica entre ambos y cómo eso también me supuso cierto problema. Le explico detalles que me han hecho daño, otros que me han preocupado... y me doy cuenta de que he ido sacando todos mis demonios.

Él no me interrumpe, se limita a asentir o a arquear una ceja cuando le hablo sobre las idas y venidas de nuestra relación y cómo Max siempre ha luchado para que sigamos juntos. No omito la cuestión de que ahora está pasando por apuros

económicos. Cuando llego a la parte de la mal follada se me hace un nudo en la garganta, pero consigo terminar.

—Bea..., ¿a qué se dedicaba Max?

Frunzo el cejo. Lo ha preguntado con cierto retintín. Yo no lo he mencionado en ningún momento, prefiero que eso no lo sepa.

—¿Importa?

—Joder... —exclama riéndose—. Has utilizado mil eufemismos para esquivar la cuestión, y no entiendo por qué, no es para avergonzarse.

Mi expresión me delata. Me he puesto colorada y he rehuido su mirada. Me levanto de la mesa y le doy la espalda. Aprovecho para lavar las tazas. Soy consciente de que Pablo, que parece divertido, no me quita ojo.

—Bea..., no es para tanto. Recuerda con quién estás hablando.

Frunzo el cejo. No puede ser. ¿O sí...?

—¿Tú también...?

Pablo asiente.

—Bien sabes lo poco que me gustaba trabajar y tenía dos opciones: morirme de hambre o buscarme la vida. Cuando te dejé, me fui a la costa. No es para estar orgulloso, pero no se me caen los anillos por reconocer que viví una buena temporada a costa de mujeres ricas.

Yo, que no salgo de mi asombro, me quedo sin palabras. Pablo tiene porte y es guapo, así que no me extraña que las damas se acerquen a él, pero de ahí a sacarles dinero...

«Por lo visto, esto debe de ser más habitual de lo que yo creía», pienso con ironía. O puede que yo siempre ande tan desconectada del mundo real que cuando me cuentan estas cosas parezco la tonta del bote.

—¿No dices nada?

—Que no salgo de mi asombro —respondo.

Pablo se ríe.

—Lo entiendo, siempre has sido bastante inocente.

—Más bien tonta —farfullo, y suspiro con resignación.

A continuación, como ya no tiene sentido ocultarlo, le cuento los motivos de nuestra pelea. Mi errónea hipótesis y su despedida lapidaria.

—Bea, siento tener que ser yo el que te lo diga, pero, joder, has ido directa a su orgullo.

—¿Crees que no lo sé? —suspiro abatida.

—Y esa mujer ¿de verdad está tan obsesionada como para hacerte la vida imposible?

—Creo que ahora va a por él...

Al decirlo, caigo en la cuenta de algo importante.

—¿Cómo he podido ser tan gilipollas?

—Prefiero no responder —contesta Pablo diplomático.

—No me refiero a mí misma, que sí, lo he sido. Sino a la mal follada. —Pablo arquea una ceja ante el término que he empleado para referirme a esa mujer—. Ha tenido que ser ella, con sus influencias, con su dinero, la que le ha hundido el proyecto...

—Hmmm...

—¿No te das cuenta? Max lo tenía todo controlado y, al poco de comenzar, el banco se echa para atrás y le retira la financiación. Y, para rematar, ella le compra la casa.

Al decirlo todo encaja, es sumamente simple. Victoria quería joderle la vida de alguna manera, separarnos, y cualquier método es bueno.

—Retorcido, sin duda... —comenta Pablo, analizando mis palabras—, pero factible. Y esa «señora» ¿a qué se dedica?

Le cuento las cuatro cosas que sé, y Pablo pone cara de circunstancias.

—Poderoso caballero es don Dinero —dice, tan resignado como yo.

Me doy cuenta de que se nos ha pasado la tarde volando y de que mi madre está a punto de llegar. No es que me importe que nos encuentre aquí, ella lo entiende; sin embargo, sé que a Pablo aún lo incomoda.

Nos despedimos y le doy un beso en la mejilla. Me siento algo mejor después de nuestra conversación. Él se acerca a Félix y habla un rato con él antes de marcharse. Sonrío satisfecha, porque la relación entre padre e hijo va forjándose y afianzándose.

Y, de regalo, la madre tiene un amigo.

Mi madre sabe muy bien qué me ocurre, pues fue ella la que me encontró sentada en la entrada, abatida, y me preparó un vaso de leche caliente y me dijo que me acostara.

No hizo preguntas. No eran necesarias. Cuando llega, Félix le comenta lo que ha hecho hoy con su padre. Agradezco el parloteo de mi hijo, porque me libera de hablar. No dejo de darle vueltas a la conversación con Pablo. Entre otras cosas, me ha ayudado a soltar todo lo que intentaba, por lo visto sin éxito, ocultar.

No hemos terminado de cenar cuando me suena el móvil. Frunzo el cejo, pues no espero ninguna llamada. Aun así lo cojo y veo que en la pantalla aparece el nombre de María.

Siento cierto temor, pues mi hermana es capaz de echarme la bronca a distancia. A buen seguro ya debe de estar al tanto de mi situación con Max, porque su red de información es envidiable.

—¿Por qué tardas tanto en responder? —me espeta cuando descuelgo.

—Buenas noches a ti también —contesto—. Nos has pillado en mitad de la cena.

—Ah, bueno, lo siento, pero es que...

—¿Qué ocurre? —pregunto, pues la noto revolucionada, más de lo normal en todo caso, pues María es hiperactiva.

—No te lo vas a creer.

—Es María —le indico a mi madre, que odia que los móviles estén en la mesa. O

que alguien lea mientras come.

—¡Tita María! —chilla mi hijo, levantándose.

—Ay, mi niño, que me lo como —grita mi hermana al otro lado de la línea.

—Dile a María que no son horas —comenta mi madre.

—Bea... —suspira—, no sé cómo ha pasado...

—María, por Dios, deja de hacer tantos aspavientos y suéltalo de una vez —exijo.

Conozco a la lianta de mi hermana, sé lo mucho que disfruta creando expectación, mareando la perdiz, pero yo no tengo el cuerpo para adivinanzas.

—Ya había perdido la esperanza...

Resoplo y niego con la cabeza.

—María... —le advierto impaciente.

—¡Estoy embarazada! —grita a pleno pulmón.

—¡¿Qué?! —chillo yo también, abriendo los ojos como platos.

—Bea —me reprende mi madre, insistiendo—, que no son horas.

—Lo que oyes —dice mi hermana emocionada.

—¿De verdad? ¿No es broma? —grito, tan alocada como ella.

—¿Cómo iba a inventarme algo semejante? —pregunta, y ninguna de las dos somos capaces de hablar en un tono normal. Estamos demasiado aceleradas como para hacerlo.

—Y mi querido cuñado... ¿cómo está?

—Deja de gritar, por Dios, Bea, que nos van a llamar la atención los vecinos —me regaña mi madre.

—¡María está embarazada! —grito, encantada de desobedecerla.

Mi madre se pone en pie y me arrebató el móvil sin contemplaciones.

—Hija, ¿es eso cierto? —pregunta, conteniendo el aliento.

—¿Por qué gritas tanto? —inquieta mi hijo, mirándome como si me faltara un tornillo.

—Porque la tita María va a tener un bebé —le respondo, y no puedo evitar llorar.

—¿Y eso es malo? —dice Félix al ver cómo me seco las lágrimas, porque para él llorar es sinónimo de tristeza.

—No, cariño. Todo lo contrario. —Me agacho y lo abrazo mientras miro a mi madre tan ilusionada y feliz.

—Pues no llores, mamá, se llora cuando te haces pupa —me explica, orgulloso de ser él quien maneja la situación.

—Eres el mejor —canturreo, abrazándolo.

—De acuerdo, hija —prosigue mi madre—. Cuídate. En cuanto pueda, iré a verte.

Me entrega el teléfono, y veo que aún no ha colgado.

—Y yo también voy. Tenemos que celebrarlo —le digo a mi hermana—. Tienes que contarme todos los detalles...

—Ay, Bea, estoy tan nerviosa... —suspira María—. Hace un par de días fui al médico porque me encontraba cansada sin motivo aparente. Me quedaba dormida de

pie y había vomitado un par de veces el desayuno. ¿Quién iba a pensar que yo, a mi edad...?

—Tranquila, ¿vale? Ni que fueras una abuela. No has cumplido los cuarenta, así que no empieces a desvariar. ¿De cuánto estás?

—De ocho semanas más o menos —responde dubitativa.

—Pues nada, a cuidarte y a hacer vida normal —le digo, recordando el momento en que yo supe que estaba embarazada.

Entonces también lloré, pero no de alegría, pues mi relación con Pablo se encontraba en el peor momento. Me vi sola, muy sola, y tuve que tragarme el orgullo para volver a casa de mi madre.

—Estoy tan... feliz. Ya sé que te parecerá una tontería, pero no puedo evitarlo.

—Es tu momento, tienes derecho a sentirte como quieras.

Tras despedirme de María, es la primera vez desde hace muchos días que me voy a la cama con una sonrisa en los labios.

—Bea, ¿puedes venir un momento a mi despacho? —me pide Xavi muy serio.

—De acuerdo. Me lavo las manos y voy —respondo.

No sé qué mosca le habrá picado ahora, porque es muy raro verlo así. Entonces me doy cuenta de que a lo mejor la mal follada se ha vuelto a quejar de mí y que a Xavi no le queda otra que despedirme. Bueno, ya se verá.

Cierro la puerta a mi espalda y miro a Xavi, que está ante su ordenador y mantiene su expresión de enfado.

—¿Qué opinas de Magda? —me suelta a bocajarro.

—Eh, bueno —titubeo, porque me ha pillado fuera de juego—. Es buena chica.

Estoy siendo muy cauta. Tengo mi propia opinión, sin embargo, prefiero reservármela, ya que no quiero que ningún comentario por mi parte pueda perjudicarla.

—Mira esto —me pide, echándose hacia atrás.

Me sitúo a su lado en el escritorio. Xavi me señala la pantalla y empieza a reproducir un vídeo. Reconozco el escenario, es el comedor del Cien Fuegos, aunque por la iluminación y la hora que aparece en una esquina, se trata de una grabación de las cámaras de seguridad fuera de horas de trabajo.

No hay ningún movimiento. Sigo sin entender por qué me lo muestra, pero de repente, en la pantalla se ve cómo alguien enciende las luces del fondo y después aparece la figura de una mujer vestida como cualquier chica joven un sábado por la noche. Cuando esa figura se da la vuelta, vemos que se trata de Magda, maquillada y, a juzgar por cómo se intenta agarrar a una de las mesas, parece que está borracha.

Trago saliva. Esto huele a despido fulminante.

Me aparto de la pantalla, no necesito seguir mirando.

—Espera, aún hay más —me dice Xavi con la misma seriedad que al principio.

Fijo de nuevo la vista en el ordenador. Noto la tensión de mi jefe, que no mueve ni un músculo.

Otra persona entra en escena, un hombre al que no conozco. Se acerca a Magda y la empieza a sobar, mientras ella intenta rellenar dos copas, tirando casi todo el contenido al suelo. Sí, definitivamente lleva un pedal del quince, y él otro tanto de lo mismo. Los dos se ríen y miran a la cámara burlones, y no sólo eso, ella levanta el dedo corazón haciendo la señal universal de «que te jodan».

—No sé qué decir... —murmuro.

—Ni se te ocurra defenderla —me advierte Xavi.

Niego con la cabeza. Pues claro que no voy a hacerlo. Una se puede coger la borrachera que quiera, pero llevarse a un desconocido al lugar de trabajo y aprovecharse de la confianza depositada en ella al darle las llaves para seguir bebiendo gratis...

Pero por lo que estoy viendo, la cosa no se trata de beber gratis. El tipo empieza a

besuquearla y a desnudarla de cintura para arriba... Joder, esto es porno casero y yo no debería verlo con mi jefe delante. Bueno, no debería verlo y punto.

El hombre la empuja hacia abajo y Magda cae de rodillas, sonriente y emocionada, y va directa a la bragueta del pantalón.

—Apágalo, por favor —le pido a Xavi, porque no hace falta ser una lumbrera para saber que le va a hacer una mamada.

—Comprenderás que he de despedirla.

—Lo entiendo, sí —contesto apesadumbrada.

—Como jefe, puedo pasar por alto ciertas cosas —prosigue Xavi, más distante que nunca, y sé que se refiere a que Magda ha coqueteado con él de forma descarada, lo que puede malinterpretarse y poner a Xavi en un aprieto. Y ella, en vez de darse por enterada del rechazo de él, ha continuado tirándole los tejos.

Pongo cara de circunstancias. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Que un empleado se tome una copa gratis, fuera de horas, aprovechando que dispone de las llaves del local, podría dejarlo correr, hacer la vista gorda. Pero con esto no, pues no es la primera vez que se trae aquí a sus ligues.

—No lo sabía.

—Yo lo sospechaba, de ahí que haya revisado las grabaciones de las cámaras de seguridad.

«Mira que hay que ser tonta del culo», pienso. En primer lugar por hacer una estupidez como ésta habiendo hoteles económicos donde follar a gusto. Y en segundo, porque si trabajas aquí, sabes perfectamente que hay vigilancia, por lo que, en caso de cometer la gilipollez, al menos ve a la zona libre de cámaras.

Entonces caigo en la cuenta de cuál es esa zona y me estremezco, pues no me haría mucha gracia que follasen en la cocina, sobre la encimera de acero inoxidable.

—No has querido ver el final del vídeo, pero te avanzo que no sólo follan encima de una de las mesas, sino que además salpican.

—¿Salpican? —repito como una tonta, y diez segundos después me doy cuenta de lo que ha querido decir.

Qué guarrada, por favor.

—Bea..., eres mayor de edad, no me obligues a hacerte un dibujo —aduce Xavi con sorna, y hasta se ha reído.

Bueno, al menos se ha relajado un poco el ambiente.

—No, gracias. Me hago una idea —murmuro, colorada como un tomate.

—He preguntado a las señoras de la limpieza y éstas me lo han confirmado.

Me da pena de Magda, perder su trabajo es un gran mazazo; no obstante, debería haber sido más prudente. Xavi la llama al despacho y me pide que me quede con él. En teoría, entre mis competencias no está despedir a nadie, pero aun así me quedo, porque puede que estando yo se suavice el golpe.

—Buenos días, Xavi —saluda Magda toda coqueta, y después se fija en mí—. Ah, Bea, no te había visto.

—Siéntate, por favor —le indica Xavi cortante.

Yo me quedo de pie a un lado del escritorio.

—Gracias —responde animada.

—Lee esto, por favor —dice él, acercándole unos documentos.

Vaya con mi jefe, ya lo tenía todo preparado, por lo que llego a la conclusión de que me ha mostrado las «pruebas del delito» bien para ver mi reacción o bien para comprobar mi lealtad. Me inclino por la segunda opción, pues ante todo es un hombre de negocios.

—¿Finiquito? —pregunta Magda, cambiando por completo su tono meloso por otro impertinente.

—Sí, eso es —corroborra él—. Estás despedida.

¿Me lo parece a mí o Xavi lo ha dicho con cierto deleite?

—Eso no te lo crees ni tú —le espeta levantándose—. No me puedes despedir.

Él mantiene la calma, pues sabe que juega con ventaja. Me da cierto miedo, pero reconozco que así debe ser. Magda me mira a mí esperando que me ponga de su parte o al menos que interceda por ella.

—Firma, es lo mejor —le digo con amabilidad.

Prefiero evitar que Xavi entre en detalles, sería muy desagradable para todos.

—Joder, Bea... —dice con desprecio—, nunca imaginé que fueras tan rastrera.

—¿Perdona? —digo, patidifusa ante su ataque.

—Lo que has oído, eres una jodida envidiosa.

—Te agradecería que no insultaras a nadie, Magda —tercia Xavi, intuyendo una escena desagradable.

Pero ella no escucha y va a por mí.

—Como el perro del hortelano, ni jodes ni dejas joder. Vas de santurrón por la vida y como eres la niña mimada que todo lo quiere, has visto competencia y has venido aquí a comerle el coco a él para que me eche —me acusa.

—¿Qué tonterías dices? —Yo no salgo de mi asombro con esta mujer.

—Lo que oyes, amargada de mierda. Te lo quieres tirar —dice, señalando a Xavi—, pero eres tan pánfila y tan cortarrollos que no haces nada y encima me vienes dando a mí lecciones de moral. ¡Vete a la mierda!

—¿Cuándo te he dado yo a ti lecciones de...?

—No entres en su juego, Bea, por favor —me pide Xavi, y después se dirige a ella—: Estás despedida. Fin de la historia.

—Otro que tal baila. Estás loco por follártela y, como ella no se deja, has ido a por mí. Pero ni loca me iba a acostar contigo, estirado de los cojones.

«Qué boquita tiene la niña», pienso.

—Mira, insensata, vas a firmar ese puto papel ahora mismo y te vas a largar sin armar mucho ruido —dice él sin alzar la voz, pero hasta a mí me impone.

—Ni hablar. Voy a ir a Magistratura y te voy a poner una denuncia que te cagas. Me vas a tener que readmitir y te va a costar una pasta. Ya veremos qué dicen la

panda esa de pijos a los que les lames el culo. —Magda no se corta un pelo.

—Magda, por favor, acéptalo, es lo mejor para ti —intervengo—. Es mejor firmar el acuerdo, créeme.

—Tú te callas —me espeta rabiosa—. Reprimida de los huevos.

Xavi, hastiado de tantos insultos y puesto que Magda no entra en razones, coge los documentos que le ha ofrecido y los rompe delante de sus narices.

—Ahora te vas a largar con una mano delante y otra detrás.

—¡Ja!

Y como maestro en situaciones peliagudas, pone en marcha el vídeo y gira la pantalla para que ella vea el motivo por el que la despide. Vale, a lo mejor sí soy un poco santurrón, porque me pongo otra vez colorada, porque Xavi no lo ha puesto desde el principio y ahora estoy viendo a mi hasta ahora ayudante hacerle una mamada a un tipo, mientras éste deja caer gotas de licor sobre su erección.

El semblante de Magda cambia por completo. Veo cómo traga saliva.

—Te había ofrecido una indemnización aceptable y una carta de recomendación para que la incluyeras en tu currículum —dice Xavi sin parar el vídeo.

—Cabrón —masculla ella, al verse pillada.

—Sin embargo, en vista de tu comportamiento y de tu afición por el insulto, te voy a poner de patitas en la calle con lo mínimo y, por supuesto, si alguien llamase para pedir referencias, ya te imaginarás qué les voy a decir, ¿verdad?

A Xavi esto le pone, y mucho. Se le ve en la cara. Ha dejado la grabación hasta el final para joderla a base de bien. Es evidente que no le gustan ni las amenazas ni las puñaladas traperas y es de los que mueren matando.

Habrà que tenerlo en cuenta en un futuro, aunque, conociéndome, dudo que termine a malas con él, pues si no ha tomado represalias por haberlo rechazado, no creo que se complique el asunto.

—Tendrás noticias nuestras —remata, señalándole la puerta a Magda.

Ésta se marcha con el rabo entre las piernas, y yo suspiro.

—Ahora vas a decirme que he sido demasiado duro con ella —me dice Xavi, esbozando una sonrisa un poco ladina, la verdad.

—Pues sí, no te lo niego, porque en el fondo me da pena. Ya ves.

—¿Te insulta, hace acusaciones infundadas y encima la perdonas? —pregunta atónito.

—Desde tu punto de vista soy una blandengue —admito—, no hace falta que me lo digas, pero no puedo evitarlo.

—Bea, Bea, Bea... —susurra divertido—. Eres la mejor en la cocina, pero como jefa no durarías un asalto.

—Pues no —le confirmo, porque es bien cierto, y afirmar lo contrario sería mentirme a mí misma.

—En fin, no le demos más vueltas y vayamos a lo práctico, que esto es un negocio y no un patio de colegio. Necesitamos encontrar a una sustituta con urgencia.

—No había caído en eso...

—Ése es mi trabajo, tranquila. ¿Alguna sugerencia? Si te pregunto es porque tengo aquí algunos currículos que me gustaría mostrarte.

—Gracias —digo, echando un vistazo a los papeles.

—Entiendo que Tito y tú os podréis apañar un par de días solos, sin embargo, deberías tomar una decisión cuanto antes. No quiero que surjan complicaciones y baje la calidad del servicio.

—Cosa que agradezco —digo con absoluta sinceridad, ya que cualquier otro se habría alegrado de ahorrarse una nómina.

Reviso los currículos, pero no me decido, todas las opciones parecen buenas. La gente está muy preparada, pero yo sé bien que no sólo es la formación lo que hay que tener en cuenta...

Entonces me viene una idea a la cabeza, arriesgada, sí, aunque podría servir.

—Xavi..., verás, tendría que entrevistar a los candidatos, conocerlos, ver qué impresión me causan...

—Por supuesto, dime cuáles te interesan y hago las gestiones —se ofrece eficaz.

—Si no te parece abusar, podría contactar con mi amigo Beto.

—Sí, claro, ¿quieres que te ayude con la selección? Por mí perfecto.

—No, bueno, sí. Pero hasta que contratemos a otra persona, él podría trabajar aquí. Con nosotros.

Xavi se recuesta en su silla de gran jefe. Me mira mientras reflexiona sobre mi propuesta. No es tonto, de serlo no estaría en ese puesto.

—Ha aceptado el puesto de Sevilla... —comenta— y si tú confías en él... por mi parte no hay ninguna objeción.

—¡Genial! Voy a llamarlo ahora mismo.

Busco mi móvil en el bolsillo, pero Xavi me indica que puedo hablar desde el del despacho. No me importa, la única pega es que Beto se me ponga en plan mariquita mala y le dé por cotillear.

Cruzo los dedos mientras marco su número. Espero no pillarlo encamado con alguno de sus rollos y que se ponga a contármelo.

Beto me responde al cuarto tono.

—¿Con quién hablo? —pregunta serio, y yo respiro aliviada.

Al no reconocer el número, su comportamiento es ejemplar. Así que, para no darle alternativa a cambiar de tono, decido ser más formal.

—Te llamo desde el Cien Fuegos. Xavi y yo queremos hablar contigo.

Xavi pulsa el botón del altavoz. Un riesgo que he de asumir.

—¿Bea?

—Sí, soy yo —contesto, mirando de reojo a mi jefe, que arquea una ceja ante mi aire tan profesional.

—¡Hija, qué pedante te has vuelto de repente!

Mierda, ya se tuerce todo. Si es que con Beto no se puede.

—Te llamamos para proponerte algo muy interesante. Xavi y yo hemos pensado en ti, porque... —miro de reojo al aludido, porque la verdad es que la idea ha sido mía, y si lo he mencionado es para que el inconsciente de Beto sepa que no estoy sola.

—Bea, cariño, ¿qué quieres? —me pregunta zalamero.

—Te necesito aquí, conmigo, en el restaurante.

—¿Perdona? —me interrumpe con su tono más marica, y yo me quiero morir—. ¿Me necesitas?

—Sí. Te ahorraré los detalles, pero una de mis ayudantes se ha marchado —le explico, consciente de que luego en privado lo tendré que poner al día de todo— y mientras selecciono uno nuevo, ¿podrías...?

—¿Salvarte el culo? —sugiere.

Xavi se ríe, y yo niego con la cabeza.

—Algo así —admito a regañadientes.

—Venga, ¿por qué no? Total, he roto con mi novio y aquí me aburro. Además, tenemos unas cuantas cosas pendientes y así nos ponemos al día.

—¿Cuándo puedes venir?

—¿Mañana? —contesta, adoptando una actitud chulesca.

—Genial —suspiro aliviada—. ¿Quieres que te reserve el mismo hotel de siempre?

—No. Mejor en tu casa, que ahora que has hecho el imbécil y estás sin novio...

¿Cómo se ha enterado este hombre de mi ruptura? Mejor no averiguarlo.

Mi jefe, que no pierde ripio por mucha pose ensayada que ponga, seguro que se ha quedado con ese detalle. Y me da cierto coraje, pues siempre evito hablar de asuntos personales.

—De acuerdo, mi madre se pondrá muy contenta, ya sabes lo mucho que te quiere —digo, y me doy cuenta de que mi intento de desviar la atención de Xavi además de evidente ha sido inútil.

—Ay, mi querida Manuela...

Me despido de Beto; mañana a estas horas lo tendré rondando por aquí. Y sé que en casa me va a dar la chapa. No estoy en absoluto preparada para ello, ya que todavía no tengo la menor idea de cómo resolver mi situación con Max. No lo he llamado porque no sé qué decirle.

—No sabía que tuvieras novio —comenta Xavi, mirándome con un aire especulativo.

—Ya sabes que soy muy reservada —me disculpo.

—Bea, puede que me haga el tonto, pero te aseguro que no lo soy. Victoria me puso al corriente de todo.

—Maldita sea... —farfullo entre dientes.

—Y se la veía muy interesada en darme todos los detalles —apostilla.

La mal follada ataca de nuevo. No se rinde, la muy hija de puta. Quiere hundirnos

a los dos y lo va a conseguir.

—Si piensas que todo esto puede afectar al restaurante, estoy dispuesta a...

—¿Irte? —completa la frase por mí—. No soy ni tan cabrón ni tan estúpido. No obstante, eso no quita que te lo advierta como amigo.

—Si vas a recomendarme que me aleje de ella, ahórratelo —digo resignada—. Lo he intentado...

—Dale lo que quiere y apártate de su camino.

Beto es un amor, pero también un incordio de los grandes cuando se lo propone, y en los últimos tiempos se lo propone mucho. Tenerlo en casa no es ningún sacrificio, todo lo contrario, y mi madre está encantada, lo trata mejor que si fuera su propio hijo. Félix se divierte con él y yo..., bueno, yo intento que sus palabras no me afecten.

Aunque lo hacen. Mi amigo no cesa en su empeño de o bien hundirme del todo con su sarcasmo o por el contrario proponerme estrafalarias ideas para hacer resurgir mi vida sentimental. Entre ellas ha incluido buscarme otro tipo para que me desfogue un poco y que la tensión sexual no enturbie mi conversación con Max, porque, según él, lo más probable es que en cuanto lo vea le salte encima, imposibilitando el diálogo.

Tiene razón, y eso me joroba un poco; no obstante, su plan tiene un gran fallo. Porque de acuerdo, yo no saltaré encima de él, pero... ¿Max podrá contenerse?

De todas formas, no sé cómo caigo en su provocación y hasta pienso en sus descabelladas proposiciones. De verdad, estoy agilipollada, no cabe otra explicación.

Sigue sin avanzar, mejor dicho, sin arrancar, el plan para recuperar a Max. Beto y sus consejos no me ayudan. Cualquier idea se va a pique en cuanto pienso en las palabras de Xavi: «Dale lo que quiere y quítate de su camino».

Rendirse desde luego es la opción más segura, pero ¿entonces para que hemos luchado?

No tiene sentido que lo hagamos ahora, con Max al borde de la ruina y yo como me descuide también. Por eso me resisto a dar mi brazo a torcer. No tengo ni pajolera idea de qué hacer, pero algo tengo que hacer.

En el trabajo todo marcha a las mil maravillas. Beto se ha incorporado y enseguida ha cogido el ritmo. Al principio hubo un pequeño roce con Tito, pues éste, con lo bruto que es a veces, pensó que mi amigo, por ser gay, lo iba poco menos que a violar en la despensa. Por suerte, aclararon el malentendido y ahora se llevan bien. De todas formas, siempre he pensado que, dejando a un lado su condición sexual, todos los hombres están cortados por el mismo patrón. Los pones delante de unas cañas y algo de lo que hablar y ¡zas!, se obra el milagro.

Por si fuera poco, a Tito le encantan los consejos sobre cómo ligar de Beto, ya que mi amigo, por decirlo de una forma suave, le aporta el toque femenino, y así Tito le puede preguntar cosas que sólo una mujer podría responder, o, como en este caso, un cotilla como Beto.

Tengo pendiente la elección del candidato, pero confieso que me cuesta horrores, pues con Beto todo va estupendamente. Sé que es provisional, pero abusaré de él mientras pueda.

—¿Seguro que no te quieres venir? —me pregunta él por cuarta vez.

Es sábado, hemos trabajado hasta la extenuación y yo no estoy para muchos

troles. Sin embargo, él tiene ganas de mambo, palabras textuales, y como es de los que liga hasta en el desierto, ya tiene plan para esta noche.

—¿Y sujetarte la vela en ese bar, rodeada de hombres que ni siquiera me mirarán una vez? No, gracias.

—Qué mal te sienta el sarcasmo, hija de mi vida —replica riéndose.

—Tito Beto, ¿ya tienes otro novio? —le pregunta Félix desde el suelo, donde está entretenido con sus pinturas.

—Estoy en ello —le responde él animado—. Anda, dame un beso, guapetón.

Mi hijo lo abraza y lo besa encantado.

—¡Suerte! —le digo, guiñándole un ojo, aunque no la va a necesitar.

Entre lo extrovertido que es y lo buenorro que está, triunfa seguro. Sólo lo siento por las chicas que se crucen en su camino, pobres, qué chasco se van a llevar.

Me quedo a solas con mi niño en casa, pues mi madre está en su cuarto, viendo la tele. Vaya planazo para el sábado por la noche. Es decir, ninguno, pero tampoco me importa demasiado, necesito descansar.

—Mamá, ¿hoy puedo quedarme hasta tarde? —me pregunta Félix poniendo esa carita de niño bueno que no ha roto un plato.

—No sé...

—Pero si me he portado bien —añade para ganarse mi favor.

—Vale, pero ponte el pijama.

Félix obedece, encantado de trasnochar un rato. Yo sé que se va a quedar frito en el sofá al cuarto de hora. Luego lo llevaré a su cuarto y listo. Se sienta conmigo en el sofá. Yo lo abrazo y lo peino con los dedos, él protesta, pero tal como había previsto, cae dormido enseguida, de modo que lo cojo en brazos y lo acuesto en su cama.

Me quedo embobada viéndolo dormir. Lo arropo con su manta de *Cars*, regalo de su padre, por encima, aunque sé que acabará arrebujada a sus pies. Apago la luz y dejo la puerta entornada.

Regreso al salón y me recuesto en el sofá. Tengo el móvil en las manos. Sólo debo llamarlo y decirle lo que siento, no que lo siento. Y hablar con él. Debería hacerlo ya, pues han pasado los suficientes días como para que se haya enfriado el ambiente.

Como no hay nada interesante en la tele y yo no encuentro el valor para llamarlo, me refugio en mi dormitorio e intento por enésima vez leer el bestseller que tengo en la mesilla de noche y por enésima vez desisto.

Estoy a punto de apagar la luz cuando oigo el sonido del telefonillo. Miro el reloj, es más de medianoche. Seguro que llaman a otro piso. Pero no, insisten, y me pongo nerviosa. Con sigilo, voy hasta la entrada y descuelgo. Me quedo de piedra al ver, a través de la cámara del videoportero, de quién se trata.

Le doy al pulsador de abrir y dejo la puerta entornada para que no llame al timbre y despierte a mi madre o, peor aún, que ésta se levante para ver quién es.

—Vaya horas —murmuro cuando Pablo entra en casa.

—Lo siento, no tenía pensado venir, pero me voy de viaje pasado mañana y quería darte un par de cosas. —Me muestra una enorme mochila deportiva.

Me sigue hasta la cocina. Es mejor hablar allí, que está más lejos del dormitorio de mi madre y prefiero que no oiga nada.

—¿Quieres tomar algo?

—Cerveza sin alcohol, si tienes —susurra.

—Aún se me hace extraño servirte algo así —comento, sin intención de ser mala.

—Yo tampoco me acostumbro, pero una de las condiciones que me impuso Vasili fue que ni una gota de alcohol —me explica de nuevo, haciendo una mueca.

Una vez servidos, yo me he puesto un descafeinado, nos miramos, uno a cada lado de la mesa.

—Hoy no estoy de humor para confesiones —digo medio en broma.

—Yo tampoco, tranquila —responde en voz baja—. Ya te digo que he venido porque salgo de viaje otra vez y estaré más de un mes fuera. Se lo expliqué a Félix y, bueno, supongo que lo entendió.

—¿Adónde vas esta vez? —le pregunto.

Por lo visto, Vasili tiene intereses comerciales por toda Europa, inversiones y demás cosas que escapan a mi comprensión, y Pablo se ve obligado a seguirlo.

—A Ucrania —dice, poniendo mala cara—. Vasili tiene problemas con un socio de allí y como aquello está tan revuelto, no se fía de nadie y quiere arreglarlo en persona —me explica, y percibo que no le hace mucha gracia.

—No te envido, la verdad —digo, y Pablo asiente.

—Y antes de irme quiero darte esto.

Lo dice en un tono un tanto misterioso. No entiendo por qué viene tan tarde a traerme algo para Félix, cuando podría habérselo dado cualquier otro día. Ya sé que para Pablo es importante comprarle cosas, pero tiene que entender que no es necesario gastar tanto dinero.

Deja la mochila sobre la mesa y me doy cuenta de que tiene el logo de una marca de deportes cara. Por lo visto, Pablo no compra cualquier cosa. Bueno, puede permitírselo y quizá mi hijo se la haya pedido. No sé, ya lo investigaré.

—Gracias, a Félix le encantará —digo, agradecida por el detalle.

—Bea, la mochila es un envoltorio —contesta divertido.

—¿Perdón?

—Ábrela —dice, y le dedico una mirada desconfiada.

No sé a qué viene tanta intriga. Lo mejor para acabar de una vez es ver lo que hay dentro. Pablo sonrío de medio lado.

—No esperaba ningún regalo, la verdad —comento, abriendo la cremallera.

Miro dentro y me quedo ojiplática.

«No puede ser —me digo—, estoy viendo visiones.»

Levanto la vista y cruzo la mirada con él, que ni se inmuta.

—¿Pablo? —balbuceo un tanto insegura.

—Sé que ni de lejos compensa haberos abandonado a Félix y a ti, pero...

Trago saliva. Miro alternativamente el interior de la mochila y a él sin entender nada.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunto con un hilo de voz, como si estuviéramos siendo perseguidos por una banda criminal.

—Es para ti —dice en voz baja.

—Aquí hay por lo menos... —Mi voz se apaga, porque soy incapaz de decir una cifra.

—Dos millones de euros —completa la frase por mí.

—¿Dos millones?! —grito, incapaz de contenerme, y al medio segundo me tapo la boca con la mano. Se han tenido que enterar hasta en el bloque de enfrente.

—Sí —me confirma tan pancho, lo que hace que me inquiete todavía más.

—¿Es ilegal? —pregunto acojonada.

En mi vida he visto tanto dinero junto, ni creo que vuelva a verlo.

—Sí y no —contesta, dejándome aún más alucinada.

—Pablo..., no estoy para ambigüedades, por favor.

—Tranquilízate.

—No puedo. ¿Cómo has podido salir de casa con esto como si nada? Y ¿cómo lo has reunido?

—Respira y escucha. Desde que trabajo con Vasili, recibo un sueldo más que generoso. Por otro lado, apenas tengo gastos, pues viajo constantemente. Pero por encima de eso está, digamos la información privilegiada a la que tengo acceso.

—Lo estás arreglando... —farfullo, dejando a un lado la mochila, porque me da miedo hasta tocarla.

—Vasili, como muchos hombres de negocios, tienen contactos que ni tú ni yo imaginamos. Un día decidí probar con una pequeña cantidad, invirtiéndola en lo que oí durante una reunión. Y tuve éxito. Después repetí. Lo he venido haciendo hasta tener un capital considerable. ¿El dinero es ilegal? No, está declarado. ¿La forma de obtenerlo? Diría que cuestionable.

—Y ¿por qué me lo das?

—Bea, cógelo. Siempre quisiste montar tu propio negocio. Ahora puedes hacerlo. Es tuyo y, ya te lo he dicho, no alcanza ni de lejos para compensar mi comportamiento del pasado.

—No puedo... Por Dios, Pablo, es muchísimo dinero.

Está loco, eso es lo que en realidad pienso. No sé ni cómo me las voy a apañar con esto en casa.

—Lo sé, pero es tuyo —insiste.

—Aceptarlo me supone un gran dilema moral.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —refunfuño—. No estamos hablando de un regalo. Un detalle al uso. ¡Es una barbaridad!

Pablo vuelve a encogerse de hombros.

—Es tuyo, yo no lo necesito.

—No hace falta tanta generosidad —le espeto cabreada.

—Oye, es sólo dinero. No le des más vueltas. Haz con él lo que te venga en gana. Monta un restaurante, fúndetelo en el bingo o haz un viaje —me sugiere, indiferente al hecho de que no es moralmente lícito aceptarlo.

—Y ¿qué pasa contigo?

—¿A qué te refieres?

—No sé, supongo que querrás establecerte...

—Bea, pagué mi apartamento al contado con lo que gané el primer año que trabajé para Vasili. El coche y otros gastos me los paga la empresa, y, créeme, sigo invirtiendo.

—Ah, vaya, qué suerte...

—En su momento no supe estar a la altura de las circunstancias, y bien que lo lamento, porque ahora, al veros a ti y a Félix, me doy cuenta de lo cabrón que fui. Y de lo que he perdido —admite, y sé que es sincero.

—Eso ya pasó... —digo siendo tan sincera como él. Ya no queda rencor.

—Pero no puedo olvidarlo. Me largué sin decirte nada, te dejé sola, embarazada, y no fui capaz de llamarte ni una vez. Me acojoné. Creía que sólo querías atarme. Incluso llegué a pensar que te lo habías inventado o que lo buscaste para cazarme. Yo no tenía la cabeza bien amueblada y hui.

—Pablo... —murmuro, porque tampoco es cuestión de que se fustigue así cuando yo ya lo he perdonado.

—La pelea con tu hermana fue la excusa perfecta —admite, y, bueno, digamos que me alegra oír eso.

Respiro. Las palabras de Pablo, aunque tardías, no me sorprenden. Aunque tampoco se las echaré en cara. Actuó mal y él lo sabe. No es preciso que yo lo castigue más. Le cojo la mano y le doy un fuerte apretón. Hacer las paces sienta infinitamente mejor que vengarse.

—Y ¿qué hago yo con esto? —le pregunto angustiada, señalando la mochila.

—Ya te lo he dicho, lo que te venga en gana —responde sonriendo.

—Cielo santo, es que...

—Primero respira —me aconseja—. Y luego piensa en lo que siempre has deseado.

Al decirme esto último, me doy cuenta de cómo un sueño que he estado persiguiendo toda la vida, tener mi propio restaurante, ya no es tan importante como creía. La vida me ha ido haciendo otros regalos, aunque a veces también pasando factura.

—Y eso no es todo —apostilla con aire misterioso.

—Joder... —mascullo desconcertada por completo.

Saca del bolsillo interior de la chaqueta una memoria USB y la deja en la mesa.

—Esto digamos que es un regalo personal. Utilízalo cuando lo necesites.

No hace falta ser muy espabilada para saber que no es el dispositivo lo que me da, sino información.

—¿Qué voy a encontrar ahí? —pregunto con cautela.

—Digamos que si te vienen a tocar los cojones, puedes mandar a quien lo haga a paseo —explica, y tardo bien poco en atar cabos.

No puedo permanecer sentada. Es como si me estuvieran pinchando con mil agujas. Jamás hubiera esperado algo así de él.

—Como te he dicho, Vasili tiene contactos, y muy influyentes.

—Prefiero seguir en la ignorancia, la verdad —digo, tragando saliva.

—Lo comprendo. Pero todavía queda la parte más interesante.

—Pablo, por favor, que no voy a pegar ojo sabiendo que todo esto está en mi casa.

Él se ríe ante mi tono asustado.

—Aparte de datos comprometedores, tienes aquí un material gráfico muy interesante.

—¿Cómo dices?

—Digamos que la cámara de mi iPhone tiene una calidad excelente.

—No quiero verlo.

—Tú decides —dice, dejando la pelota en mi tejado.

—No sé si estoy preparada para esto. A mí nunca se me ha dado bien chantajear a la gente —alego con sorna—. Cielo santo, ¿cómo he llegado a esto?

—Te han empujado a ello más bien —comenta como si nada—. Escucha, no tienes alternativa. No puedes permitir que ella gane.

No hace falta nombrarla. Los dos sabemos a quién se refiere.

—¿Por qué haces esto?

—Digamos que el sentimiento de culpabilidad ha tenido mucho que ver, mezclado con mi opinión personal sobre las mal folladas.

—No sé qué decir...

Pablo se acerca a mí y me abraza. Me quedo rígida, pero a los pocos segundos me doy cuenta de que no es nada sexual.

—En ese dispositivo, además de libros de contabilidad, registros y otras operaciones de dudosa legalidad, encontrarás unas fotografías comprometedoras y un vídeo de unos dieciocho minutos...

—Lo de los libros de cuentas puedo entenderlo, pero lo otro... ¿Cómo has conseguido eso?

Pablo carraspea. Noto su incomodidad.

—Bea, ¿qué más da?

—Pablo...

Vuelve a aclararse la garganta, y yo cierro los ojos. O me he vuelto muy suspicaz o de repente tengo una mente privilegiada para encajar piezas.

Me echo hacia atrás, separándome un poco de él para mirarlo a la cara. Él desvía la mirada.

—¿No habrás...?

—Sí, joder. Me la tiré. Así de simple. Junto con un amigo —confiesa, y tuerce el gesto.

—¡Madre del amor hermoso! —susurro en el mismo tono que una vieja beata. Sólo me ha faltado santiguarme.

—Fue relativamente fácil. Le van esas cosas. Y hoy en día los móviles son una maravilla grabándolo todo.

Me froto la cara, porque esto es surrealista a más no poder.

—No tenías por qué... —digo con pesar.

—Pues no, con los papeles habría sido suficiente, pero luego pensé que esta gente dispone de mil abogados expertos de darle la vuelta a la tortilla y hacer que queden impunes.

—Eso es verdad —susurro, porque cada día se ven casos de éstos a patadas.

—¿Qué es lo que más temen?

—Dímelo tú —le respondo perdida por completo.

—Pues algo muy sencillo: el descrédito social, no poder presentarse como gente intachable. Eso los asusta más que otra cosa. De ahí que sus fiestecitas sean exclusivas y muy muy privadas.

—No lo pongo en duda —añado con ironía.

—Y no pienses que me he rebajado ni nada por el estilo. Bea, de verdad, lo he hecho porque he querido. Y si con esto consigo que tú soluciones tus problemas, me sentiré hasta orgulloso.

—Hay que ver, qué cosas pasan...

Pablo acuna mi rostro y me mira con dulzura y una pizca de excitación.

—Voy a besarte —musita, y yo asiento.

Me humedezco los labios y los separo. El beso es suave, casi inocente. Cierro los ojos y, cuando finaliza, me dejo abrazar. Me sienta muy bien el contacto. No me resulta forzado ni incómodo. Aunque sé que a él le gustaría ir más allá.

Entonces me acuerdo de un detalle.

—Pablo, ¿no me habías dicho que estabas saliendo con alguien?

—Tranquila, no voy a acostarme contigo —responde divertido.

—Eso ya lo sé —refunfuño—, me refiero a que para obtener esas fotos tú...

—Espero que me guardes el secreto —me dice burlón.

Xavi me mira como si tuviera dos cabezas.

No me extraña, hoy, al llegar al trabajo, he ido directa a su oficina y le he pedido el número de teléfono de la mal follada. Por supuesto, he tenido el buen tino de no llamarla así delante de mi jefe.

Como esperaba, ha intentado disuadirme, porque en su opinión es un suicidio en toda regla. Pero yo me he mantenido en mis trece, y Xavi ha tenido que claudicar. Bueno, a su manera.

Me ha pedido ser él quien la llame para tantear un poco el terreno, porque no quiere enfrentamientos. Me ha rogado, aunque he intuido que era una advertencia, que nada de esto salpique al Cien Fuegos. Pero si bien se lo he prometido, no sé yo si va a ser posible.

—Es una puta locura —me dice por enésima vez, jugando con su móvil ultramoderno.

—Lo sé, pero tengo que hacerlo —contesto, mostrándome firme, aunque por dentro tiemblo como un flan.

—Bea, escucha, no vas a conseguir nada, más bien todo lo contrario. Deja las cosas como están —me aconseja por enésima vez, y por enésima vez niego con la cabeza.

—Te lo pido como favor personal, Xavi. Ella y yo tenemos una cuenta pendiente.

—Y todo por un hombre —resopla él, porque está al tanto de toda la historia.

No voy a corregirlo, pero no se trata sólo de eso. Es ya una cuestión de dignidad. No quiero que esa mujer se vaya de rositas después de haber intentado joderme la vida. Pablo tiene razón, o le paro los pies o seguirá amargándose indefinidamente.

Xavi llama, y yo me quedo en silencio, enfrente de él.

Se presenta con su voz más diplomática e intercambia algunos comentarios de rigor. Naderías, pero es lógico, pues esa gente está acostumbrada a que les hagan un poco la pelota.

Cuando le dice que hay alguien que quiere hablar con ella, se me acelera el corazón. Respiro y cojo el móvil de Xavi.

—¿Con quién tengo el placer de hablar? —dice Victoria toda educada.

Su voz suena muy distinta, ni rastro del veneno que destila cuando me ve a mí.

—Tenemos que hablar en privado —digo sin presentarme.

La mal follada se queda en silencio.

—Dudo que una cocinera del tres al cuarto y yo tengamos nada de qué hablar —escupe como presuponía—. Hable con mi secretaria, ella verá si dispongo de un hueco en mi agenda.

—No quiero intermediarios.

—Voy a colgar —me amenaza.

Xavi está escuchando, y no puedo mencionar lo que tengo en mi poder. Me duele

la cabeza sólo de pensar en la clase de lío en que me estoy metiendo.

—Hotel Lago, hace dos semanas —digo.

Sólo ella puede captar el verdadero significado. Pablo no sólo fotografió el encuentro, sino que además tuvo la precaución de anotar la fecha y el lugar. Por lo visto es un experto en estas cosas. Yo no, de ahí mi nerviosismo.

Xavi arquea una ceja. Sé que le gustaría conocer toda la historia, pero va a ser que no.

—Muy bien. ¿Dónde quiere que nos veamos?

Ha aceptado, y no sé si eso es buena señal. Debería empezar a temblar.

Por supuesto, debo escoger un lugar neutral y discreto. Vaya jardín en el que me estoy metiendo yo sola y sin ayuda.

Le propongo que quedemos en una pequeña cafetería que hay cerca del Cien Fuegos. Dentro de dos días. Ella acepta y corta la comunicación.

—Ya sé que mi pregunta va a quedar sin respuesta, pero me arriesgaré: ¿Hotel Lago?

No tengo ni idea de qué tipo de establecimiento es, pero por la cara de Xavi deduzco que no se trata de lo que se dice un cinco estrellas.

—Cosas mías —respondo evasiva.

—Bea, insisto, vas directa a la boca del lobo —me dice con voz dura.

No quiero seguir discutiendo este asunto. Él conoce una parte de la historia, la versión de ella, pero me apuesto cualquier cosa a que no le ha mencionado las maniobras barriobajeras que ha llevado a cabo. Da igual, ahora tengo la posibilidad de parar esto y al menos voy a intentarlo.

Confío en no pifiarla.

Paso las siguientes cuarenta y ocho horas en una nube, como si sólo existiera un objetivo. Llevo a cabo mis obligaciones de forma mecánica. Sólo Xavi sabe que voy a verla, pues no se lo he contado a nadie más, ni pienso hacerlo. Mi madre me diría que está muy feo eso de amenazar a la gente. Beto querría venir conmigo como apoyo logístico, y si por un casual María se enterase, ya sería el acabose.

Me visto para la ocasión. Discreta, con un pantalón recto de pinzas y una sencilla blusa. Abrigo corto y gafas de sol, aunque esté nublado. En el bolso, la cartera, las llaves y el móvil.

La memoria USB está a buen recaudo. He visto las suficientes películas de espías como para saber que si guardo ese dispositivo entre mis cosas lo encontrarán a la primera. Así que lo tengo oculto en el armario de la cocina, detrás de los paquetes de legumbres. Y el dinero lo he conseguido esconder en una caja de salvado de avena; la más grande que encontré en el supermercado. El día que vacié el contenido para meter los billetes, terminé riéndome como una histérica. Jamás imagine que acabaría haciendo algo semejante.

Llego puntual a la cita y, cuando entro en la cafetería, ella ya está allí, sentada con su aire arrogante, destilando poderío y diciendo con eso a quien quiera mirarla que le

sobra el dinero.

—Buenos días —digo, y no espero a que me dé permiso para sentarme. Eso le daría ventaja. Y yo no soy una criada a la que mangonear.

—Buenos días. ¿Qué va a tomar?

No perdemos las formas, excelente comienzo. Un buen baño de hipocresía para tratar los asuntos más delicados.

Un camarero se acerca y, tras tomar nota de mi pedido, nos deja de nuevo a solas.

—Vayamos al grano, ¿qué pretende?

Sólo le ha faltado añadir «ilusa», porque así es como me ha mirado.

Ha llegado la hora de la verdad.

—No deseo crear problemas, pero te has empeñado en joderme la vida. —Ni loca le voy a hablar de usted.

Hago una pausa. Ella arquea una ceja, y el camarero me trae la consumición. Antes de continuar, pago la cuenta, quiero poder largarme en cuanto lo haya dicho todo.

—Y no sólo a mí —añado.

—Pobre infeliz... —dice con desdén, y sé que lo hace para minar mi determinación—. Él no vale tanto, ¿sabes? Ningún hombre merece la pena. He estado casada dos veces, sé de lo que hablo.

—Quiero que llames a quien consideres oportuno para que desbloqueen la financiación que tuviste a bien entorpecer. También que renuncies a la compra de la casa y, por último, que te alejes de mí, de mi trabajo y de mi familia. Y eso incluye a Max —digo, sintiéndome con fuerza para mencionarlo ante ella y no venirme abajo.

—Exiges demasiado, ¿no crees?

Otra vez la maldita condescendencia.

—Vas a hacerlo.

—¿Por qué debería? —pregunta indolente.

No ha tocado su consumición.

Ahora es cuando muestro mis cartas. Tengo la combinación ganadora, eso lo sé, pero aun así, todo se puede ir a pique en cualquier momento.

Si esto me sale bien, prometo no volver a chantajear a nadie en toda mi vida. Qué mal lo estoy pasando.

—Dispongo de una serie de documentos que demuestran maniobras contables poco o nada respetables que cierta empresa ha realizado. También se acreditan pagos, digamos... extraños, a organizaciones...

—Veo que has hecho los deberes —me interrumpe sin inmutarse.

Joder, joder, joder.

—Sí —respondo, porque para llegar hasta aquí, he tenido que empaparme de un montón de documentos, balances y anotaciones que me dieron un intenso dolor de cabeza.

—Y ¿piensas que así vas a conseguir lo que quieres? —me pregunta con retintín

—. Querida, no sabes dónde te estás metiendo. Si haces público cualquier documento de esa índole, irán a por ti. Déjalo estar y sigue mi consejo, no es más que un hombre, uno de tantos.

—Y ¿por qué no lo dejas tú? —pregunto nerviosa.

—Porque yo puedo pagarlo, y tú no.

La madre que la parió... Se me va a ir de rositas y me voy a quedar con cara de tonta.

—Yo no necesito pagar.

—De momento, querida, de momento —añade—. Por lo que sé, te ha dejado él. Acéptalo, está fuera de tu alcance. Lo pasaste bien una temporada, eso debería bastarte.

Se levanta. Va a largarse y encima, si me descuido, vuelve a joderme la vida. Esto no puede ser.

—¿Pagaste también a los dos tipos a los que llevaste al Hotel Lago hace dos semanas?

Se ríe de mí y me mira con superioridad.

—Que me veas entrar en un hotel acompañada no significa nada.

—Pero que tenga el vídeo de lo que ocurrió en la habitación doscientos veinte sí —replico, y contengo el aliento.

He lanzado mi órdago. Ya no me quedan más cartuchos.

Se sienta de nuevo. Sin perder la compostura, analiza la situación.

«Remata, Bea —me digo—, antes de que se reponga del impacto.»

—Vídeo que haré circular encantada.

Yo no he tenido valor para mirarlo, porque no quiero tener pesadillas, pero por la cara que ha puesto el contenido debe de ser fuerte.

Mi lado responsable me dice que aprovecharme de las prácticas sexuales de una mujer realizadas en la intimidad y con su consentimiento es una guarrada monumental, pues tiene derecho a acostarse con uno o con quince en una sola noche si le apetece. Sin embargo, debo dejar a un lado mis convicciones, porque si no hago nada, esta fresca me hunde en la miseria.

—Ya he mencionado mis condiciones, no las repetiré. Espero que ésta sea la última vez que nos veamos.

Ahora soy yo la que me levanto de la mesa, pero ella me agarra la muñeca. Noto su tensión. Bien, he conseguido algo. No hace falta que me responda. Sabe muy bien lo que ha de hacer.

—Él te destrozará... —dice.

Niego con la cabeza.

—Eso no es de tu incumbencia —le espeto, tirando para liberar mi brazo.

—Hazme caso...

—¿Me estás rogando? —pregunto, sorprendida por su tono.

O es una magnífica actriz o de verdad está afectada.

—No, te estoy haciendo un favor. Él sólo sabe vivir de un modo. No es por el dinero, es por el hecho de sentirse importarte, admirado. Su ego masculino necesita esa admiración de las mujeres.

—Creo que no estamos hablando de la misma persona —digo, y por fin libero mi brazo.

Me largo sin contemplaciones. Ella habla de un hombre muy diferente del que yo conozco, y, si bien en un principio eso me provoca ardor de estómago, pues sé a ciencia cierta que pagó por estar con él, después termino sonriendo, pues ella jamás ha conocido al verdadero Max y, lo que es mejor, nunca lo conocerá.

Con esa sonrisa genuina en el rostro me dirijo a mi trabajo. No sé si mis amenazas habrán surtido efecto. Empiezo a creer que sí, porque así, sintiéndome optimista, podré hacer mucho mejor las cosas, y con esa filosofía me meto en faena.

Beto se acerca a mí para poder hablarme en voz baja.

—Pareces el gato que se acaba de zampar al ratón...

—Tú a lo tuyo —respondo sin perder el buen humor.

—Diría que has follado, pero ambos sabemos que es imposible, porque tú no tienes un rollo de una noche desde hace años, así que ¿cuál es el motivo de tu sonrisa?

—¿Una no puede ser feliz sin más?

—Déjame pensar... No, hay siempre un motivo. Desembucha.

—Luego, aquí no puedo hablar.

—Joder, tanto misterio me excita...

Arqueo una ceja ante tal revelación.

—No exageres.

—Oye, guapa, que sea gay no significa que no reaccione ante ciertos estímulos, aunque éstos vengan de una mujer.

—Pero ¿qué me estás contando? —pregunto, exagerando mi desconcierto.

—Ya sabes que sólo por ti haría una excepción, pero ambos sabemos que tú no quieres sexo conmigo, y yo estoy muy ocupado. Anda, dame un adelanto.

—Digamos que ya sé cómo recuperar a Max —respondo, mintiendo a medias.

—Chica, ese lado tan calculador no lo conocía yo. Me reitero en mis palabras, es excitante.

—Deja de decir tonterías y dale con más brío a esa salsa.

Beto se ríe y le guiña un ojo a Tito, que si bien no ha podido oír nada, no se ha perdido un detalle. Así que para que no se sienta desplazado, me acerco a él y le digo con una sonrisa:

—No hagas caso de nada de lo que te cuente. Es un peliculero, y yo, tu jefa.

—Vale —contesta él, devolviéndome la sonrisa.

Y así, de ese modo, todos contentos.

Al final de la jornada, como no podía ser de otro modo, Xavi me aborda y me pide que vaya a su despacho. Empiezo a sentirme como la niña mala del colegio, que

se pasa todo el tiempo en el despacho del director.

—¿Y bien? —me pregunta, cruzándose de brazos.

Debe de machacarse de lo lindo en el gimnasio, por cómo se le tensa la tela.

—Todo en orden —respondo.

—¿De veras? —insiste desconfiado.

—Sí, perfectamente. ¿Algo más?

—Hasta mañana, Bea —me despide, y yo sé que lo primero que va a hacer son las llamadas pertinentes para enterarse de todo.

Espero a que Beto se cambie para ir juntos a casa. Eso me gusta, caminar acompañada, y durante el trayecto le explico que le he puesto las pilas a una ex de Max para que me deje tranquila. He adornado la verdad, pues mi amigo no tiene la más remota idea de todo el trasfondo.

—Hija mía, quién te ha visto y quién te ve. ¡Peleando por un hombre!

—Con uñas y dientes —añado en broma.

—Yo habría optado por una pelea de barro, que queda más primitivo, más brutal... y, por supuesto, apostaría por ti. Ni que decir tiene.

—Gracias —suelto sin sentirme ofendida.

—Entonces ¿damos por iniciada la operación reconquista? —pregunta con cachondeo.

—Operación reconquista... —repito, y asiento.

Pero es más fácil ponerle el nombre que iniciar las maniobras.

Mi amigo, tras darse una ducha y ponerse guapo, se marcha por ahí. «Qué vida social más intensa», pienso, dándole un beso en la mejilla. Él se burla tratándome como si fuera su madre. Hasta tiene el descaro de decirme que estará en casa a la hora. Me dan ganas de darle una colleja cuando sale por la puerta.

Me quedo en casa con Félix, que ha llegado hace poco del cole. Le preparo la merienda, y mi madre, otra que no para en casa, también nos abandona, porque se ha echado unas amigas en el centro cívico y ha quedado con ellas para tomar algo.

—¿Qué te apetece hacer? —le pregunto a mi hijo, y éste despega sólo unos segundos la mirada del televisor.

—Podemos jugar a la consola.

Tuerzo el gesto, porque soy una negada.

—¿Mejor pintamos un poco?

—Vaaale.

Me siento en el suelo con él y nos ponemos a ello. Hasta que Félix, como todos los niños, se cansa a los quince minutos y se pone a enredar con un puzle. Yo no tengo nada que hacer, así que me quedo sentada en el sofá, observándolo.

Tengo el móvil al lado y sólo he de hacer una llamada.

«Ha llegado el momento», me digo, y marco el número de Max antes de perder el poco valor que tengo.

Cuando salta el buzón de voz, me desanimo, pero no del todo, y al escuchar el

pitido hablo.

—Sé que es tarde para pedir perdón, porque... ¡Mierda! ¿Qué tonterías estoy diciendo?

Corto la llamada. Parezco un perrito abandonado, por favor. No quiero darle pena.

Durante cinco minutos, elaboro un mensaje y cuando creo tenerlo claro, llamo. Escucho el mensaje, el pitido, y me lanzo:

—Max, tenemos que vernos, porque necesito... ¡Joder! Vaya cagada...

De nuevo cuelgo al darme cuenta de que sigo pareciendo una pobre mujer desamparada.

Dejo el móvil a un lado y me devano los sesos buscando las palabras y en especial el tono adecuado. Sí, he de ser sincera, pero no empezar recordándole por qué se fue. Debo mostrarme firme, segura, nada de dar lástima.

Sin embargo, no hay manera. Sólo me vienen a la cabeza palabras tristes o inadecuadas y me siento tan indecisa que no voy a ser capaz de hablar sin parecer tonta del culo.

Se acerca la hora de la cena, mi madre está a punto de llegar y no quiero que me pille a medias. Así que inspiro hondo y suelto el aire. Félix me mira raro, pero sigue a lo suyo.

Cojo el móvil. Rellamada. Ahora saltará el buzón de voz y después hablo. Sencillo, ¿verdad?

—Hola, Bea —responde al tercer tono.

—Mierda —mascullo, porque todos mis planes se han ido al carajo.

—¿Perdón?

—No hablaba contigo —contesto, llamándome tonta unas mil veces.

—He escuchado tus mensajes —me dice, y me avergüenzo un poco más—. Han sido muy... reveladores.

—Bórralos, por favor. Han sido desafortunados.

—De acuerdo —accede.

Esta conversación es de besugos, tan formal y distante que me revuelve el estómago. La estoy cagando otra vez.

Tiene que haber algo...

—¿Bea? —dice al no responderle yo.

Trago saliva. Sólo hay un camino.

—Quiero una cita.

—¿Una cita?

Lo oigo inspirar. Lo he sorprendido. Eso está bien. Lo tomaré como un pequeño avance. Nada de lamentos, de palabras tristes. ¿Hay que ser valientes? Pues bien, aquí estoy yo, en primera línea de fuego.

—Sí —afirmo sin vacilar.

—Una cita... —repite perplejo.

No es para menos, yo estoy igual. He pronunciado la palabra maldita. Inspiro hondo un par de veces. He ido de farol y ahora debo mantenerme. Soy una pésima jugadora de póquer, pero como no puede verme la cara, creo que aguantaré.

«Soy valiente y sé lo que quiero», me digo para mantener el tipo.

—Sí, una cita. Con todas las cláusulas del contrato —añado, para que no haya confusión posible sobre lo que le he propuesto.

—Una cita...

Noto su desconcierto. Bueno, en eso estamos empatados.

Y como estoy llena de optimismo, me da la sensación por su tono de que, si bien responde con cautela, al menos no se ha enfadado por las connotaciones de esa palabra.

—Mamá, ¿estás hablando con Max? —me interrumpe Félix, sentándose a mi lado y pegando la oreja al teléfono.

—Sí, cariño —le confirmo.

—¿Me dejas decirle una cosa?

No es el mejor momento. Estoy negociando con mi examante un servicio de acompañamiento y si bien me encantaría que Félix charlara con él, no sé, no me parece apropiado.

—Pásamelo, anda, quiero hablar con él —me pide Max, y a mí no me queda más remedio que hacerlo.

—Hola, Max, ¿otra vez estás malito? —le pregunta mi hijo.

Vaya dos, me van a dejar en evidencia, ya verás.

No tengo ni idea de qué le responde Max, pero Félix empieza a contarle cosas tuyas mientras yo me muerdo las uñas. Vaya burrada que he soltado así de buenas a primeras; sin embargo, a medida que lo pienso, me doy cuenta de que quizá sea la única vía posible.

Mi hermana no se lo pensó dos veces... ¿Y si compruebo por mí misma, sin intermediarios, cómo es una cita con Max? ¿Y si he estado evitando algo por miedo a sufrir y resulta que es lo que puede ayudarme?

—Dice que te pongas —indica Félix, devolviéndome el móvil.

—¿Por dónde íbamos? —pregunta Max con ironía.

—Ya me has oído. No es broma. Estoy dispuesta a pagar el precio —afirmo, porque sé que no se trata sólo de dinero.

—Muy bien —accede finalmente.

Tiemblo. Siento un escalofrío.

—Perfecto.

—Pero antes tendré que consultar mi agenda —apostilla.

Ha adoptado un tono tan profesional que, mira por dónde, me ha excitado, cuando lo cierto es que debería estar subiéndome por las paredes o dándome de cabezazos contra ellas; no tengo muy claro cuál de las dos opciones es mejor.

—Tiene que ser este fin de semana —exijo, mostrándome un poco petarda, o como una de sus clientas, mejor dicho exclientas, más exclusivas.

—De acuerdo —murmura—. Haré los cambios oportunos.

Uy, ese tono tan distante...

—De acuerdo, pues. Te informaré de los detalles mañana. —Yo también hablo del mismo modo, y eso que no tengo ni pajolera idea de cómo se organiza una cita con un hombre de compañía, pero bueno, ya buscaré información en internet.

—Muy bien.

—Buenas noches.

—Adiós.

Dejo caer el teléfono sobre el sofá, porque esto es de locos. He contratado a un hombre para que me acompañe todavía no sé adónde. Tengo que organizar la cita. Yo soy la clienta, así que ciertos aspectos están en mi mano. Pero como novata que soy, no me queda más remedio que hablar con su abogado. Con el cariño que me tiene, no sé yo si va a atenderme. Espero que el dinero hable por mí y Antonio deje a un lado cuestiones personales. Al fin y al cabo es un negocio.

—Mamuchi, ¿cenamos ya? —pregunta mi hijo, sacándome del estupor en el que estoy sumida.

¿De verdad he hecho lo que creo que he hecho?

Pues sí. Tengo una cita. Hala, a lo grande. Si me pego el tortazo, me lo voy a pegar pero bien. Sin medias tintas.

Cuando mi madre regresa, me pilla en la cocina y eso me evita hablar más de la cuenta. Mejor, pues si supiera lo que he hecho y lo que estoy a punto de hacer me agarraría de las orejas. Además de castigarme sin postre, claro.

Al día siguiente, con unas ojeras de tamaño industrial, con los pasos a seguir poco o nada claros, otra vez voy en busca de Xavi, porque éste puede guiarme. Me reservaré ciertos aspectos, por supuesto.

Llamo a su puerta.

—Hola, Bea —me saluda con retintín—. ¡Cuánto tiempo sin verte por aquí! —añade burlón.

—Ya ves, me gusta tu despacho —contesto sonriendo.

—Tú dirás. —Me señala la silla frente a su escritorio. Nunca pierde las formas.

—Necesito pedirte un favor.

—No me digas... —murmura divertido.

—Ya lo sé, voy a estar en deuda contigo para siempre —admito en tono sumiso.

—Y ¿de qué se trata esta vez? —me pregunta, y me preparo para soltar mi discurso.

—Este fin de semana necesito tenerlo libre.

Xavi se ríe. Anota algo en su agenda con aire indolente. Al menos no ha respondido un no rotundo. Vamos progresando.

—¿Algo más? —pregunta sin perder el buen humor. Creo que esto lo divierte.

—Pues sí. ¿Hay algún evento relevante y sofisticado al que acudir este fin de semana?

—A ver, que me estoy perdiendo. ¿Me pides el fin de semana libre cuando sabes que son días de mucho ajetreo pero no sabes adónde ir?

—Algo así —admito a regañadientes, porque mi plan tiene tantos flecos que no doy abasto.

—Bea, me desconciertas. A veces te considero una mujer inteligente y otras una ingenua —comenta, jugando con su estilográfica.

Sé que apenas escribe con ella, pero es uno de esos objetos que aportan elegancia y prestigio a quien lo lleva.

—No puedo estar más de acuerdo, en especial con lo segundo —concedo resoplando—. Pero es importante...

—Está bien. Espera, voy a consultar una cosa.

Saca su *tablet*, consulta algo y luego esboza una media sonrisa y me mira. Niega con la cabeza y retoma su búsqueda. Me está poniendo de los nervios. Es jueves, así que debo dejarlo todo organizado cuanto antes y aún no he llamado al abogado.

—¿Te apetece una exposición de arte o una inauguración de un local de copas? —inquire, y me mira a la espera de mi decisión.

—Una exposición —respondo, porque me parece un evento más sofisticado.

Lo que no voy a preguntar es cómo Xavi tiene acceso a tantos saraos.

Levanta el teléfono y escucho la conversación que mantiene con una mujer a la que trata con mucha confianza, lo que me lleva a pensar que ha tenido más que palabras con ella. Bueno, me parece bien. En medio de la conversación pronuncia mi nombre y para mi completa estupefacción añade que llevaré a un acompañante. Xavi coquetea un poco más antes de dar por concluida la conversación y me anota la dirección de la galería de arte.

—Gracias —digo, recogiendo la nota.

—Espero que sepas lo que haces —me indica, mostrándose preocupado.

No respondo. No puedo. Estoy metida en un berenjenal y soy consciente de ello, no hace falta que me lo digan.

Con ese papel en las manos y consciente de que voy justa de tiempo, me escabullo y llamo a Antonio, el abogado de Max.

Éste se muestra reticente, claro, para él soy persona non grata y entiendo por qué, pues desde que Max abandonó el negocio, él ingresa menos dinero.

No me ando por las ramas.

—Envíame una copia del contrato para firmarlo hoy mismo, por correo electrónico —pido contundente.

—Muy bien. Te adjuntaré el número de cuenta donde hacer el ingreso, así como la cantidad exacta.

«No hace falta —pienso—, ya me la sé.

»“Cláusula quinta: El precio mínimo de la cita es de 20 000 euros por adelantado, más dietas de desplazamiento y gastos si los hubiere.”»

—De acuerdo —digo, y vuelvo a temblar.

—Espero los detalles del lugar, la hora y demás para avisar a mi cliente —dice Antonio.

Tanta profesionalidad da asco, pero tengo que pasar por ello.

—En el contrato deben especificarse bien todos los servicios —le recuerdo, mencionando la cláusula sobre relaciones sexuales.

La número siete:

«Las citas no incluyen sexo. En caso de que el proveedor acepte realizar un servicio sexual, se redactará un contrato adicional.»

Estoy a punto de pedirle que haga una excepción con la octava. «Es obligatorio el uso de preservativo y no están permitidos los tríos, las orgías ni ningún tipo de práctica sadomasoquista», pero supongo que es mejor no tensar la cuerda. Ésa la negociaré yo en privado, si Max accede, claro.

Lo mismo que la décima:

«El proveedor nunca dormirá con la clienta, incluso en caso de haber contratado en paralelo sus servicios sexuales.»

Porque digo yo que al menos tendré la oportunidad de dormir en sus brazos y despertarme rodeada por ellos.

—Por supuesto. Lo tendré en cuenta. Mi representado será informado de todo. Buenos días.

Ni me molesto en despedirme. Tengo que ponerme a trabajar y después buscar el modo de salir un poco antes para ir de compras, pues acabo de darme cuenta de que no tengo en mi armario ni un solo vestido decente.

Ni indecente, ya puestos, y por eso es indispensable que busque uno rápido, junto con lencería y demás complementos. Y de paso debo reservar hora en la peluquería para el sábado por la mañana.

Cuando pita mi teléfono indicando que me ha llegado un mail flipo. Al abrir la aplicación de correo electrónico y ver de quién es, ya me quedo alucinada. Qué rapidez.

Con la cabeza como un bombo y para no perderme, decido hacer una lista de los pasos que seguir, a la vieja usanza. Lista que, por supuesto, esconderé, pues si Beto o mi madre la encuentran estoy perdida. Aunque mi amigo podría ayudarme a elegir modelito...

No, mejor no. Voy yo sola y punto.

Eso hace que termine en un centro comercial, buscando a la desesperada un vestido que reúna ciertas características. Económico, cómodo y fácil de quitar, fundamental, y que me siente bien, lo más complicado.

Pero por una vez la suerte me sonrío y hora y media después salgo de una de las tiendas con una funda colgada y trescientos euros menos en la cartera. Me lo puedo permitir, igual que los complementos que llevo en una elegante bolsa plateada. Lo consideraré todo como una inversión a corto plazo.

Cuando llego a casa, lo meto todo como si fuera de contrabando y lo escondo en mi armario. No creo que nadie fisgue entre mis cosas, pero con Beto suelto por el piso no me arriesgaré.

Termino de ocuparme de todos los detalles y se los envío al abogado para que su representado disponga de ellos cuanto antes.

No se me vaya a olvidar... «Cláusula décimo segunda: La clienta facilitará al proveedor y a su abogado el acceso a la información necesaria para garantizar una cita perfecta.»

Así pues, con los deberes hechos, intento ocuparme de las labores domésticas con la esperanza de que las horas pasen lo más rápido posible hasta que llegue el sábado.

El viernes se presenta monótono. He ido al banco, y el de la ventanilla me ha mirado raro cuando me he presentado con veinticinco mil euros en efectivo. Pero ha obedecido mis órdenes y listo.

En el trabajo he conseguido olvidar durante unas horas lo que va a suceder. De ese modo he podido concentrarme y sacar adelante el servicio del mediodía sin mayores contratiempos. Sé que Xavi me ha estado observando en silencio. Sabe mucho más de lo que dice, y por eso prefiero evitarlo en la medida de lo posible.

Sé que ha llamado a la mal follada, cosa que me preocupa, pues esa mujer es impredecible. Es de las que mueren matando, por lo que dudo que se rinda sin pelear. Sólo he aplacado por un tiempo, ya veremos cuánto exactamente, sus ganas de jodernos la vida a Max y a mí.

Por la noche, a solas en mi dormitorio, acostada en mi lado de la cama y con los ojos cerrados, no dejo de hacer conjeturas sobre lo que ocurrirá mañana. Cómo será el momento exacto en que lo vea. En que se acerque a mí.

¿Cómo me saludará?

¿Un beso formal en la mejilla?

Soy muy consciente de que imaginar una escena puede crear unas expectativas que después pueden venirse abajo en el primer minuto, dando paso a la desilusión. Y bastante hecha polvo estoy ya como para que encima todo se vaya a pique.

Ha aceptado, sí, no obstante, eso no significa nada o, ya puestos a pensar lo peor, puede que cuando se entere de lo que he pactado con su abogado me rechace para siempre.

En cualquier caso, no puedo dormir, estoy excitada, y de muchas maneras. Aparte

de la obvia, ya que mi cuerpo se enciende nada más pensar en él, siento los nervios y la necesidad de que pasen cuanto antes las horas que faltan. Me muero de impaciencia y no hay nada que parezca calmarme.

Las sábanas me molestan y las aparto a un lado. Soy bastante friolera, pero esta noche estoy caliente. Suspiro un par de veces y termino quitándome la camiseta que llevo para dormir. Mantengo los ojos cerrados y mis manos empiezan a deslizarse sobre mi pecho. No me sorprende comprobar lo duros que tengo los pezones. Lo que me sorprende es cómo soy tan necia de intentar vivir sin él.

Sigo acariciándome, ejerciendo una moderada presión, entrando poco a poco en situación. Recordar sus labios sobre mi piel ayuda a que me excite mucho más y a no derrumbarme. Nunca he sido muy aficionada a esto de montármelo yo sola, pero esta noche necesito aliviar de algún modo la tensión que siento. Qué pena no tener ni un triste vibrador a mano.

Deslizo una mano hacia abajo y al llegar al elástico de mis bragas, no me detengo e introduzco una mano, separando al mismo tiempo los muslos. Jadeo muy bajito cuando la yema de mis de mis dedos roza mi sexo depilado. Inspiro y aguanto la respiración, a la par que con la punta del dedo me presiono el clítoris, que encuentro ya muy sensible.

Trazo unos círculos alrededor, lentos. Podría ir al meollo de la cuestión y correrme en dos minutos, tres a lo sumo, sin embargo, un alivio rápido se me antoja pobre. Dejo que la imaginación tome el control, que los recuerdos de las manos de mi amante sean las que me proporcionen placer y dolor. El placer de las caricias y el dolor de no tenerlo junto a mí.

—Max... —gimo del mismo modo que si él estuviera tocándome.

Con una mano, la que mantengo sobre mi pecho, me aprieto un pezón, al tiempo que me muerdo el labio y arqueo el cuerpo. Es intenso, sí, pero no tanto como si fuera su mano la que estuviera deslizándose por todo mi cuerpo. «Es sólo un anticipo», pienso, a modo de estímulo, sin dejar de presionar los puntos que me hacen saltar.

¿Qué estará haciendo ahora él?

¿Se masturbará pensando en mí?

Contemplar la sola idea de que esté acostado, desnudo y tocándose, me dispara la libido.

Quizá debería apuntar en una lista todo lo que me apetece hacer. Lo primero sería observarlo. Tiene que ser tremendamente erótico.

—Mmm...

Estoy tan cerca de correrme que aminoro un poco el ritmo. Deseo disfrutar algo más, mientras mis pensamientos calenturientos van a mil por hora.

¿Qué más puedo hacerle una vez esté a mi disposición?

Podría inmovilizarlo... Amordazarlo... No, eso no. Ya lo hice con mis bragas. Derramar algo caliente sobre su cuerpo... ¿Cera? ¿Chocolate? ¿Natillas?

También puedo vendarle los ojos... Hmmm, no sé, es que me encanta cómo me

mira cuando soy mala. No, ésta no me convence.

¿Utilizar algún juguetito sexual con él? Interesante. Una vez leí algo sobre un collar de perlas, pero tendría que investigar un poco y no tengo demasiado tiempo. No, esta opción me la apunto para desarrollarla más adelante.

Todas estas ideas agolpadas en mi cabeza hacen que respire ya sin control. Clavo los talones en el colchón y mi mano se mueve con frenesí, friccionando mi clítoris. Tenso los muslos. Gimo y me retuerzo en la cama al sentir el orgasmo que tanto parecía necesitar.

Me quedo así, con la mano dentro de las bragas, pensando que ya falta menos para verlo.

—¿Adónde vas?

—A una exposición.

Resoplo e intento resultar intimidante con la mirada para que Beto me deje tranquila.

No funciona.

—¿Con quién?

—Con un amigo.

—¿Lo conozco?

—Sí.

—¿Quién es?

—No te lo puedo decir.

—Pues voy contigo.

—Ni hablar.

—Bea...

Lo fulmino con la mirada, porque es una mosca cojonera. Lleva detrás de mí más de una hora, desde que ha llegado de trabajar y mi madre le ha dicho que yo salía esta noche, porque de mis labios no ha oído ninguna información.

A ella le he contado una verdad a medias. Que me han invitado a una exposición y que voy a ir con un amigo. El eufemismo del siglo. Como siempre, ha hecho como que se lo creía, pese a que su cara decía otra cosa, pero al menos no me ha acribillado a preguntas, como otro que yo me sé.

—Ese vestido te hace el culo gordo —dice para pincharme aún más, como si no estuviera ya lo bastante atacada de los nervios.

No caigo en su provocación y ni me molesto en comprobar en el espejo si mi culo es tamaño estándar o *king size*.

Beto sigue sentado en mi cama, observando todos mis movimientos mientras me maquillo. El muy pelmazo me ha impedido por la fuerza bruta —es un hombre, me supera en ese aspecto— cerrar la puerta del baño, así que, como las grandes estrellas, tengo a mi asesor/tocapelotas personal observándome con ojo muy crítico.

—Y deberías haberte comprado unos taconazos, no estos tan clásicos —prosigue con mis zapatos en la mano y desdeñándolos con la mirada—. Hija, hay que arriesgarse un poquito.

Ni me molesto en responder. Debería tomarme dos lingotazos para que mi valor, bajo mínimos, subiera un poquito. Falta una hora y cuarto para el momento clave y no consigo verme atractiva. O bien mi maquillaje está desfasado o sencillamente la desfasada soy yo.

—No te pongas tanto fondo de maquillaje, que si te besa se le van a quedar los morros pegados —se guasea Beto.

Yo no le he contado quién es mi cita, pero el muy granuja está muy cerca de

saberlo.

Tampoco hay que ser ingeniero aeroespacial para intuir que he quedado con un hombre, todo sea dicho.

—Y más vale que lleves bragas limpias —dice en el mismo tono.

Si él supiera...

Beto abandona su puesto de vigía y entra en el cuarto de baño. Yo estoy dando los últimos toques a mi pelo. No he querido recogermelo, pese a que eso siempre da aspecto más elegante, pero es que me paso el día con coleta y redecilla y me apetece lucir melena al viento. Bueno, espero que no haya mucho aire y acabe despeinada.

—¿Puedo ir contigo? —pregunta Beto de nuevo, cambiando de táctica. Ha dejado el tono impertinente y se muestra zalamero.

«Silencio —me digo—, es lo mejor, que éste termina liándome.»

—Por favooooooooor...

Silencio.

—Me portaré bien...

Silencio.

—Joder, Bea. Somos amigos.

—He dicho que no. —Me mantengo firme.

—Yo voy contigo, echo un vistazo y luego, palabra, me pierdo por ahí con alguien. No te voy a estropear el plan.

Niego con la cabeza.

—En otra ocasión —respondo a su curiosa forma de intentar convencerme.

—Eres la peor amiga que un gay puede tener —me acusa enfurruñado.

—No me hagas pucheros —murmuro, acariciándole la mejilla como haría con Félix.

—Bea... —No se rinde.

—Deséame suerte —lo corto, cogiendo el abrigo.

Mi bolso está escondido para evitar un registro de última hora en la aduana de Betolandia. Las precauciones nunca están de más.

—¡Bruja! —exclama él al ver cómo lo saco de debajo de la cama—. Hacerme esto a mí, a tu consejero espiritual.

Pongo los ojos en blanco y al final termino esbozando una sonrisa. Me acerco a Beto, que permanece cruzado de brazos, algo enfurruñado, y le doy un beso en la mejilla.

—Si todo sale como espero, el lunes te hago un resumen completo —digo, y ese comentario parece aplacar un poco su enfado.

—¿Sin pelos y con señales?

—Sin censura —confirmo, porque ojalá tenga que pasar vergüenza, ponerme colorada como un tomate y atragantarme al relatarle lo que he hecho.

—Pues entonces ¡suerte! —grita, y me da un azote en el culo.

Me despido de mi madre y de mi hijo. No voy a dormir en casa, o eso espero,

aunque hemos preferido no decírselo a Félix por si le entra la morriña de madre.

Beto me acompaña a la calle y espera conmigo a que llegue el taxi. Voy bien de tiempo y lo prefiero de ese modo. Incluso aunque yo sea la que tenga que esperar.

—¡A por todas! —exclama él al cerrar la puerta del taxi.

Le sonrío y levanta los pulgares. Bien, una dosis extra de apoyo nunca viene mal en estas situaciones. Sin embargo, sé que ahora todo depende de mí.

La cita comienza oficialmente a las ocho, en la puerta de la galería de arte. Estoy en la lista de invitados, cortesía de Xavi. El taxi arranca. Al final no me he tomado dos chupitos de tequila para soltarme. Lo haré a palo seco. Y mientras me dirijo al punto de encuentro, me asalta la duda de lo que me puede hundir para siempre: ¿y si no aparece?

Mejor no contemplar esa posibilidad, no quiero llegar con cara de preocupación. Max no es de esos. Si no quisiera aparecer me lo habría dicho, ¿verdad?

En ese instante me suena el móvil. Frunzo el cejo, porque no es momento de entretenerme con eso. Lo saco del bolso y compruebo que es un mensaje de mi hermana. La muy bruja, no sé cómo, está al tanto de mi cita.

Bea, esta vez, por lo que más quieras, ¡¡¡¡NO LA JODAS!!!!

No aceptes menos de media docena de orgasmos.

Tengo los dedos cruzados.

«Vaya, me supera en optimismo», pienso, sonriendo ante sus palabras. Termino respondiéndole con un icono del pulgar hacia arriba. No tengo la cabeza para cosas más originales.

Ya estamos en la calle, donde hay bastante bullicio, lógico un sábado por la noche. Miro la hora, cinco minutos pronto. No importa. El vehículo se detiene justo en la acera frente a la galería de arte, que, la verdad, me parece un poco cutre. Pero a mí me resbala ese detalle, como si la cita tuviera lugar en una cueva de montaña.

Abono la carrera y me subo las solapas del abrigo antes de bajar del coche.

—Buenas noches.

No me caigo ahí mismo porque una mano me ha sujetado del brazo. Trago saliva. Ésta no era la manera en que yo había imaginado el reencuentro.

—Ho... hola.

—¿Ocurre algo? —me pregunta Max.

Muchas cosas. En primer lugar, debo recuperar el habla. En segundo, ese tono tan formal me produce una sensación extraña.

Alzo la vista y lo miro. Está aquí, ha venido. Lo de elegante se le queda pequeño. Hacía siglos que no veía a un hombre con un traje de tres piezas.

Como yo no reacciono, se inclina y me da un beso rápido y casi imperceptible en la mejilla. Reconozco que me esperaba un recibimiento más caluroso, pero no, está metido en su papel.

—¿Entramos?

De nuevo ese tono tan cortés que me deja helada.

—Sí —murmuro, y, como buen acompañante, se coloca a mi lado. No me toca en ningún momento. Mal empezamos...

Lo observo de reojo y creo que se ha llevado la misma impresión que yo al ver la fachada del edificio, aunque no dice nada. Una vez entramos, un amable empleado que a Beto le habría encantado, en especial por la camisa con estampado de sofá de los años sesenta que lleva, comprueba mi nombre en la lista y nos entrega un folleto sobre la exposición.

—Gracias —dice Max, recogéndolo por mí.

Sigue sin tocarme mientras pasamos a la exposición. Aquí la cosa cambia, pues por lo visto han echado el resto, quizá por eso no les quedó dinero para acondicionar la entrada. O bien se trata de una nueva técnica de venta. Cutre por fuera, elegante por dentro.

Max me ayuda a quitarme el abrigo y por fin una reacción al ver mi vestido. Ni culo gordo como insinuaba Beto ni leches. Disimulo una sonrisa, pues si le ha gustado el envoltorio, ya veremos qué opina del resto.

—¿Les apetece tomar una copa de cava? —nos pregunta un camarero con la misma camisa que el de la entrada.

Hay que tenerlos bien puestos para llevar algo así. Abusar de lo psicodélico puede provocar dolor de cabeza. Creo que la camisa es auténtica, de esas prendas que se rescatan del baúl de la ropa vieja y luego se venden a precio de oro como *vintage*.

—Sí, gracias —respondo, y entonces, el caballero perfecto se encarga de coger las copas y entregarme una.

«Cielo santo, es mucho más que perfecto, no se le escapa una», me digo en silencio, al tiempo que comenzamos, como otros asistentes, a deambular por las salas. Tampoco me pasa desapercibido un detalle: nos miran, bueno, a él, incluidos los hombres. No me extraña. Si quisiera podría llevarse a quien le diera la gana a la trastienda. Ese hecho irrefutable no despierta mis celos, más bien todo lo contrario, pues espero ser yo quien triunfe esta noche.

—Interesante —comenta, cuando nos detenemos delante de una escultura.

A mí esto del arte moderno se me escapa un poco. No sé apreciarlo, sencillamente me gusta o no me gusta y, desde luego, este pegote amorfo de bronce yo no lo pondría en mi casa ni regalado.

Por curiosidad me acerco a ver si consta el precio y no, no está; sin embargo, sí hay una tarjetita en la que se lee «VENDIDO». Pues nada, que lo disfrute con salud el valiente que lo ha comprado.

En la sala cada vez hay más visitantes y, a juzgar por su aspecto, de alto nivel. Las bandejas con la comida van pasando delante de nosotros, pero a mí no me entra nada. Nada. Seguimos juntos, pero como si no lo estuviésemos. Max camina a mi lado, respira a mi lado, pero ni un roce, ni el más mínimo contacto. Si hubiera venido acompañado de un desconocido, podría haberlo sentido más cercano.

¿Y si está actuando?

¿Y si me está dando en todos los morros para que aprenda?

Los minutos pasan. Los zapatos de tacón me molestan. La impaciencia por salir de aquí aumenta. Sin embargo, no puedo pedirle que huyamos al poco de haber venido, aunque sea lo que más deseo. En mi bolso está la tarjeta del hotel. Primero debo ver cómo se van desarrollando los acontecimientos.

No puedo concentrarme en ninguna de las obras expuestas. Si de las paredes colgasen los cuadros del pintor más famoso del momento tampoco sería capaz de apreciarlos. Yo estoy más pendiente de mi acompañante. De cada uno de sus gestos. No sé cómo mantiene esa fachada fría. Está todo el tiempo pendiente de mí, de eso no me cabe la menor duda, pues se detiene a mi lado o un paso por detrás cada vez que yo lo hago. Si me termino la copa, me ofrece otra sin que la pida. Si hago un comentario, responde, aunque de forma impersonal. Si un camarero se acerca con la bandeja, hace un gesto para que primero me la ofrezca a mí.

No me gusta, éste no es ni de lejos el Max que me atrae. Me recuerda al de los primeros días. El cauteloso, el desconfiado. El enigmático. El que me folló en medio del campo para después dejarme en casa como si nada. Al que casi llego a odiar.

Cuando más aburrida estoy y mi optimismo se va desvaneciendo, noto que alguien nos observa. Miro a mi alrededor, inquieta. Sé que otros asistentes se han fijado en nosotros, ya contaba con ello; sin embargo, esto es diferente, y al observar la sala reconozco a la persona que no me quita ojo.

¿Qué hace él aquí?

Xavi me hace un gesto con su copa y esboza una sonrisa. Max se da cuenta de ello y por primera vez se muestra afectado. Bueno, no puedo decir que me alegre encontrarme con mi jefe, sé que no es casual. Xavi sentía curiosidad y como tiene la información y los contactos, ha tardado bien poco en presentarse aquí, pero al menos ha hecho que mi acompañante reaccionara.

—¿Lo conoces? —pregunta Max en voz baja.

Nada de llamar la atención, eso ya lo hace él solito con su presencia.

No sé si me lo pregunta por educación, para que yo pueda acercarme a saludar o porque se muere de curiosidad por averiguar qué relación puedo tener con él.

—Sí, lo conozco —murmuro en respuesta, y no sé si son sensaciones mías o Max se ha pegado un poco más a mí.

Lo miro de reojo. Sí, parece sorprendido al ver que un tipo no me quita los ojos de encima.

También puede que mi jefe se haya sorprendido al verme así, arreglada, con un aspecto distinto del que tengo a diario. Aquí entra en juego mi vanidad femenina, desde luego. Se agradece saber que alguien aprecia mis esfuerzos por estar atractiva. Es la ventaja de ir a trabajar todos los días con uniforme, que en cuanto te esmeras un poquito, pareces otra.

Xavi parece divertirse y a saber cuánto lleva pendiente de nosotros. Por poco

observador que sea se habrá percatado de que no somos lo que se dice la alegría de la huerta. Tanto Max como yo estamos serios, callados. Se nota que estamos distantes.

—Voy a saludarlo —comento, y, claro, Max me sigue.

Lo curioso es que no sabe quién es en realidad. Tampoco quiero ser mezquina e infantil jugando la baza de los celos. Sólo serán unos segundos de incertidumbre hasta que los presente formalmente.

—¡Estás espectacular! —exclama Xavi nada más detenerme a su lado.

Podría haber sido menos expresivo, la verdad.

—Gracias, tú también —respondo más moderada.

Ya le preguntaré el lunes cómo se las ha apañado para cogerse también la noche libre.

Se inclina hacia mí y me da dos besos. En ese momento noto una mano en la parte baja de la espalda. Vaya, qué momento ha elegido Max para tocarme. Sin embargo, no se detiene ahí y la mueve hacia arriba, hasta colocarla justo donde comienza el escote de mi vestido por detrás. Con el pulgar, presiona sobre mi piel desnuda. Mantengo la sonrisa, pero no sé qué me está diciendo Xavi.

Muevo los hombros, me gusta su contacto, pero ahora no.

—... nuevas tendencias y me encanta descubrirlas... —Xavi se detiene, porque se ha dado cuenta de que no he escuchado una sola palabra.

Max sigue poniéndome nerviosa a propósito, así que decido intervenir.

—Te presento a Xavi, el encargado del Cien Fuegos —digo, y a Max no le queda otra que estrecharle la mano.

—Lo que viene siendo el jefe de toda la vida —comenta Xavi divertido, mirándonos alternativamente y sin duda atando cabos.

—Encantado —murmura Max.

En ese instante aparece lo que podría denominarse «mujer operada en varios sitios, pavoneándose por galería de arte abarrotada» y se detiene junto a Xavi, que parece ajeno al hecho de que una rubia alta, espectacular y sonriente se haya fijado en él.

—Os lo tengo que robar un ratito —dice la retocada, tirando de Xavi. Eso sí, no es tonta y repasa a Max con la mirada.

«Repasa, hija, repasa, que es gratis», pienso sin enfadarme.

—Me reclaman —comenta mi jefe, que todavía no ha mirado a la rubia—. Pasadlo bien.

—Gracias —murmuro.

—Lo haremos —afirma Max.

«De verdad que los hombres son tontos o muy tontos», pienso, negando con la cabeza. O Xavi sólo quería provocar o ha elegido el momento más inoportuno para coquetear conmigo. Y Max, otro que tal baila, con su mano enredando cuando no era necesario.

—Tengo que ir un momento al aseo —digo, mirándolo a la cara.

No sé qué estará pensando, por su expresión poco o nada puedo adivinar.

—De acuerdo, te espero aquí. No tardes. —Y vuelve a besarme en la mejilla.

No sé qué pensar de este último gesto, pues sólo podría deberse a un ridículo intento de marcar el territorio. Llego a los aseos y me doy cuenta de que esta charada se está torciendo por momentos. Me siento tensa, aburrida y, lo peor, nerviosa por miedo a meter la pata.

Ha llegado la hora de salir de aquí. Eso sí, habrá que mencionarlo con cierta delicadeza.

Ya que estoy en el aseo, aprovecho para utilizarlo. Me retoco el maquillaje y me convengo de que lo mejor es que estemos a solas. Los disimulos y los juegos deben acabar. No puedo mantener esta tensión durante más tiempo. Él tiene un contrato que cumplir, y yo unas ganas locas de que lo haga, a ser posible abandonando su papel.

Salgo convencida de los pasos que seguir y, para mi sorpresa, me topo con Max con mi abrigo en la mano, que me espera no donde me ha dicho, sino a la puerta de los aseos. Ni que decir tiene que está alegrando la vista de la procesión de mujeres que los utilizan.

Yo no sonrío. Él tampoco. Maldita sea, otra vez con la guerra fría a cuestas. Así no hay manera de llegar a un entendimiento.

—¿Qué ocurre? —le pregunto, pues su expresión es casi de enfado.

—Salgamos de aquí —me espeta furioso.

Sin darme tiempo a replicar, me agarra de la mano y me arrastra en dirección a la puerta. Nos miran al pasar, lógico; entre tanta moderación, avanzar a maticaballo no pasa desapercibido.

Me ayuda a ponerme el abrigo y, una vez fuera, echa a andar conmigo hasta que me empuja contra el portal de una casa.

—No puedo más...

No me da tiempo a recuperarme de la impresión cuando su boca invade la mía. Es lo que llevo deseando toda la velada. Jadeo, incapaz de moderar mi entusiasmo, y me aferro a Max, pues cualquier contacto me inflama. Me tiene empotrada entre los barrotes de una puerta metálica y su cuerpo. El primer gemido que emito es significativo de cómo me siento y respondo a su beso con igual intensidad. Recorro sus labios y cierro los ojos a pesar de que debería mantenerlos bien abiertos para cerciorarme de que no se trata de uno de mis sueños.

—Max... —gimo durante el breve instante en que libera mis labios para respirar —. Max... —repito, entregada por completo a cuanto quiera hacerme.

Él emite una especie de gruñido y quiero creer que es de excitación, que su estado se asemeja al mío. No le doy más vueltas, lo importante ahora es lo acoplados que estamos y lo mucho que promete la noche.

Mis manos hacen las comprobaciones pertinentes, metiéndolas por debajo de su chaqueta hasta llegar a la altura de su corazón. Va tan acelerado como el mío. Max no se limita a besarme. Siento una de sus manos en el culo, estrujándomelo, mientras con la otra mantiene mi cabeza bien sujeta.

—Estate quieta... —exige cuando me retuerzo, no para liberarme, sino debido a los nervios y al ansia por sentirlo piel con piel.

Un beso casi robado, de noche, en un portal, es tan poco para saciar el hambre acumulada que me es imposible permanecer quieta; por mucho que él me lo pida, no puedo.

Siento su respiración agitada. En cuanto tengo la oportunidad, le atrapo el lóbulo de la oreja y se lo muerdo a modo de preaviso. Que tenga muy claro que no deseo titubeos. La mano que tenía en mi trasero ahora se ha colado por debajo del vestido y ya está sobre mi piel desnuda. Max gime y aprieta de nuevo, y yo aprovecho para morderle el labio inferior como anticipo de un nuevo e incendiario beso.

—Joder... —masculla, apartándose de forma tan violenta como me ha empujado —. Esto no funciona así.

—¿Qué ocurre? —pregunto en voz baja por estos cambios tan bruscos.

No me mira. Se muestra enojado y me da la espalda. Está intentando controlarse, y no sé por qué. Todo iba a las mil maravillas. Una luz se enciende a mis espaldas, por lo visto un vecino de esta comunidad ha decidido salir ahora. Mejor, de otro modo nos habría pillado en pleno magreo.

—Nada —masculla en respuesta, cuando ya pensaba que no iba a hacerlo.

—Pues no lo parece —musito desilusionada. No por el hecho de que haya parado, sino por su actitud, como si le molestara tocarme.

—Vámonos de aquí —dice impaciente.

Sin decir una palabra, vuelve a arrastrarme y camina conmigo a remolque hasta que ve un taxi y lo para. Lo que se me para a mí es el corazón, porque cuando nos

metemos dentro le da la dirección de mi casa. Sigue sin mirarme, y yo no me voy a quedar de brazos cruzados.

Le pido amablemente al conductor que nos lleve a otra dirección, la del hotel donde he reservado la suite, para encerrarme allí con Max hasta que arreglemos la situación o caigamos desfallecidos de tanto sexo. Cualquiera de las dos opciones me sirve.

Max no me contradice. Bien.

—Hace una noche agradable... —murmura el conductor, para darnos conversación, pero ni Max ni yo estamos muy parlanchines, y nos mira por el retrovisor interior, percatándose de que hay mal rollo entre ambos—. ¿Están enfadados?

—No —murmura Max, y a mí me dan ganas de decir «no lo sé».

—Pues no merece la pena, créanme. Yo llevo divorciado casi un año y todo por una tontería —añade el tipo.

¿Cómo le digo yo a este buen hombre que no nos interesa su historia? ¿Qué sólo quiero llegar cuanto antes al destino?

—Mi mujer pensaba que tenía un lío de faldas por ahí —prosigue el conductor como si nada—. ¿Se lo imaginan? ¡Si me paso doce putas horas al volante! Lo que menos me apetece cuando acabo es ir a echar un polvo. Pues nada, ella erre que erre, porque llegaba a casa tan molido que sólo quería dormir y como no le daba mandanga, pues se le metió en la cabeza que me follaba a otra.

Miro a Max de reojo. Yo estoy a punto de reírme porque la historia, y en especial cómo la cuenta, tiene su gracia. Él también tiene pinta de que las palabras del taxista al menos han logrado aplacarle un poco la tensión.

—Y nada, yo explicándole que no, que no me tiraba a ninguna, que no iba a clubes de alterne. ¿Cómo voy a ir a un sitio de éstos con lo que cobran por una maldita cerveza? ¿Saben lo que clavan por una consumición?

—No, dígamelo usted —interviene Max, dándole carrete.

Estoy segura de que Max lo sabe, sin embargo, ha preferido mentir. Bueno, está en su derecho. Aunque si lo pienso bien, dudo que haya tenido que pagar nunca por sexo.

—Pues un ojo de la cara, oiga —responde animado el conductor, ahora que tiene audiencia—. Y, claro, ¿quién puede permitírselo? Pues yo no, desde luego. Porque entre el IVA, el venía, el IRPF de los cojones, el gasoil, que está por las nubes, la gente que cada vez coge menos el taxi, las multas, los peajes y la madre que lo parió, le queda a uno lo justo para vivir y pagarle la pensión a la ex, que me tiene harto, porque encima de dejarme tirado como una colilla, sigue llamándome cada vez que tiene un problema, y yo, que soy un tonto del culo, pues acudo.

—Y ¿por qué no se busca una nueva pareja? —sugiere Max amable.

Lo mismo querría preguntarle yo, pues el tipo no es desagradable a la vista, rondará los cuarenta y no tiene el taxi hecho una pocilga.

—Pues porque soy un tonto del culo, ya le digo, y aún la quiero y pienso que si me esfuerzo terminaré reconquistándola —admite con cierto pesar.

Por cómo lo ha contado, me da la sensación de que esa mujer es un poco arpía.

—Seguro que encuentra a otra —lo anima Max.

—¿A qué hora? —pregunta resignado—. Ni me acuerdo de lo que es tener unos días libres. Por eso, cuando los he visto tan silenciosos un sábado por la noche..., mi instinto de taxista me ha dicho que tienen problemas.

—No se preocupe por nosotros —dice mi acompañante, visiblemente más relajado. Incluso me ha sonreído.

Vaya..., eso sí que es toda una novedad, la primera sonrisa genuina de la noche.

Al final resulta que la verborrea del conductor, a la que al principio no prestaba atención, nos ha venido de perlas, porque no sólo ha logrado relajar el ambiente, sino que además el trayecto hasta el hotel se nos ha pasado en un suspiro.

Cuando nos dice el importe, busco mi cartera para pagar la carrera, pero Max se me adelanta.

—Quédese con el cambio y tómese un par de copas a nuestra salud —le dice.

—Gracias, caballero.

Max se apea en primer lugar y rodea el vehículo, tendiéndome la mano para ayudarme a bajar. Otro detalle de esos que hacen que vuelva a ver al profesional.

Entramos en el hotel, él siempre a mi lado; de nuevo evita tocarme. Ya he aprendido la mecánica de todo esto y no pasamos por recepción. Todo lo que necesito está en mi bolso, que sujeto con demasiada fuerza.

Entre la habitación y nosotros sólo queda el ascensor y hacía éste nos dirigimos. En los espejos de dentro me recreo la vista. Puedo ver a Max desde diferentes perspectivas. Me excita, no puedo negarlo. Mis ojos se cruzan con los suyos. Por lo visto él también estaba haciendo lo mismo. Esbozo una sonrisa, sin embargo, a Max no parece afectarle.

Con esta constante contradicción ando confundida. Tan pronto me besa a lo bestia en plena calle como se vuelve la persona más fría. Por favor, no puedo soportarlo más.

Abro la puerta de la suite, entro primero y dejo el bolso sobre la repisa de la entrada. Pero antes de que pueda volverme, lo siento a mi espalda, apretándome contra su torso y colocando ambas manos sobre mis pechos.

—Vamos al meollo de la cuestión —masculla, y percibo su tono desdeñoso.

Aprieta. Me hace daño. No me aparto, aunque debería hacerlo. Sin embargo, prefiero sentir dolor antes que indiferencia, mil veces más dolorosa. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, apoyándome por completo en su cuerpo.

Es brusco, incluso podría decir que desagradable, pero mi cuerpo va por libre y no ve indicios de peligro, pese a que toda la situación resulte complicada. Max amasa mis senos y sé que su intención no es excitarme. Lanzo mi primer gemido. Por increíble que parezca, deseo más y me muevo contra él, restregándome sin pudor.

Puede manejarme a su antojo, y lo hace. Me empuja desde atrás hasta que nos acercamos a la cama. Me detengo justo en el borde. Quiero darme la vuelta y besarlo, abrazarlo, desnudarlo, sin embargo, él me mantiene bien sujeta, impidiéndomelo.

—Max... —suspiro, y levanto los brazos en un intento de alcanzar su cabeza y así enredar mis manos en su cabello. Quiero tocarlo.

—No —me dice con sequedad.

Él tiene otros planes, pues me obliga a bajarlos y dejarlos a los costados. Vuelve a sobarme los pechos por encima del vestido, pero al parecer lo ve insuficiente, pues aparta de mala manera la tela hasta poder llegar a uno de mis pezones. Gruñe de nuevo, ya que no encuentra resistencia por mi parte ni barrera alguna, pues con este vestido es imposible llevar sujetador. Continúa su magreo, sin mostrar ninguna ternura, pero pese a todo sigo estando cachonda.

Me recuesto sobre él y me conformo con apoyar las manos sobre sus muslos, permitiéndole el acceso a mi cuerpo sin restricciones. Es tanta la necesidad que tengo de sentirlo que no soy consciente de nada más.

—Veamos qué más sorpresas escondes —murmura con aire molesto.

Yo suspiro cuando deja de atormentar mi pezón.

Baja una mano hasta el dobladillo del vestido y, con bastante agresividad, levanta la falda para dejarme el culo al aire. Pasa una mano por mi nalga. Me da la impresión de que evalúa el producto, no aprecio ningún gesto erótico ni amable. Es rudo, áspero, impersonal. Yo soy una especie de obligación contractual y punto. Pero pese a ser consciente de ello, estoy cachonda y sólo deseo que dé el siguiente paso.

—Sigue... —jadeo, porque me mata la impaciencia.

El aperitivo de la calle me ha sabido a tan poco que me tiene muerta de hambre.

—Como quieras —responde, y no puede sonar más distante, como si me estuviera haciendo un gran favor.

No sé ni cómo me encuentro tan animada frente a su actitud tan marcadamente desabrida.

«Desde luego, esto me lo tengo que hacer mirar», pienso

Intento de nuevo volverme para tenerlo frente a frente, pero me lo impiden sus manos sobre mi cuerpo, aferrándose y sin dejarme margen de maniobra. Gimo sin evitarlo, dándole más munición para que se comporte de esta manera tan hosca.

Querría besarlo, volver a conectar igual que lo hemos hecho al salir de la exposición, cuando ha avasallado mi boca. Pero su actitud desde que hemos traspasado la puerta es bien clara, pretende que todo suceda de manera impersonal. Ni un sólo contacto que denote cualquier implicación emocional.

—Max...

De repente me suelta y me empuja hasta que caigo boca abajo en la cama. No le ha gustado nada que susurre su nombre. Se empeña en mantener las distancias. Mis piernas quedan colgando, pero antes de que pueda reaccionar y encararlo, me levanta el vestido y deja de nuevo mi culo al aire.

Oigo su respiración al agacharse para quedar a mi altura. Pasa la mano por la parte baja de mi espalda y acto seguido me rompe el tanga, algo que le cuesta muy poco, porque es lo más parecido al hilo dental. Se me echa encima, aplastándome contra el colchón.

Tanta agresividad me inquieta y, para mi consternación, me excita.

—Agárrate —exige, obligándome a estirar los brazos y así poder sujetarme al cobertor.

Tira de mis caderas para que apoye las rodillas en el suelo. No opongo resistencia.

No contento con mostrarse tan expeditivo a la par que frío, me separa las piernas y se sitúa entre ellas. Yo estoy de rodillas, con la cara pegada al colchón y con un tipo detrás que apenas me dirige la palabra y que está a punto de follarme.

O al menos eso creo que va a pasar, pues, tal como se están desarrollando los acontecimientos, es posible que se largue dejándome en esta postura, la perfecta para que mi humillación sea completa.

Con esa inquietud atenazándome el estómago, me aventuro a mirar por encima del hombro y veo que se está desabrochando los pantalones; ni siquiera se molesta en desnudarse. Tampoco me mira. Cierro los ojos unos segundos y trago saliva. Sé que está dolido, pero ¿cuánto más va a tratarme así? No me atrevo a preguntar.

Para mi asombro, saca un par de condones del bolsillo de su chaqueta. Uno lo tira en la cama y el otro lo abre con rapidez para colocárselo.

—¿Qué haces? —pregunto confusa.

—Seguir el procedimiento estándar —responde con sequedad.

Inspiro. Quiere castigarme, provocarme para que termine enfadándome y así poder largarse o, lo que es peor, iniciar una discusión. Me quedo quieta, a la espera. Max se sitúa tras de mí y de nuevo acaricia mi trasero como si se tratara de una obligación. No comprueba si estoy lo bastante excitada como para penetrarme, lo hace y listo.

Juega con ventaja. Conoce mi cuerpo, mis reacciones, al menos las físicas, porque mi estado emocional es confuso a más no poder.

Es brusco, violento. Jadeo y arrugo la colcha bajo mis manos, porque no sólo ha sido el empujón, ha comenzado a follarme como si quisiera terminar en cinco minutos, subirse la cremallera y largarse de aquí.

Y lo de colocarse un preservativo ha sido la guinda del pastel. Una forma más de hacerme saber que sólo está trabajando. Nada más. No queda espacio para los sentimientos ni las emociones. Se trata de una sencilla transacción.

Cumple a rajatabla cada cláusula.

Estoy muy mal de la cabeza. Debería estar llorando a moco tendido mientras me embiste. En cambio, mi cuerpo, un traidor en toda regla, se amolda a sus exigencias y disfruta. Mi sexo lo acoge y pide más. Arqueo la espalda, tenso cada músculo de mi interior deseando atraparle, porque intuyo que en cuanto se corra se apartará de mí.

Soy una ilusa de manual.

Nunca se había comportado así conmigo, ni siquiera la primera vez. Esta faceta tan mecánica no la conocía, sin embargo, soy incapaz de mandarlo a paseo.

Entiendo su rabia, aunque me gustaría haberlo besado. Por supuesto que me gusta su faceta más primitiva. Me vuelve loca, no puedo negarlo, pero siempre con ese puntito de ternura. Hoy no hay espacio para nada más. Se ha sacado el pene, se ha puesto un condón y me lo ha metido, con la precaución de situarme de espaldas para que no le vea la cara.

Sé que está controlando sus gemidos, no quiere implicarse más de la cuenta; sin embargo, a mí se me escapa una lágrima. No por lo que me está haciendo, sino más bien por cómo se ha desarrollado todo esto.

Ahora me doy cuenta de que ha sido una estupidez.

¿Cómo pude alguna vez llegar a creer que podría funcionar?

—Espero que estés a punto de correrte —dice de forma desapasionada.

—Sí —miento, pues si bien estoy excitada y la fricción constante de su erección entrando y saliendo de mi sexo me proporciona cierto placer, no es, ni de lejos, lo que he sentido en otras ocasiones.

Se está convirtiendo en algo mecánico. Le falta el componente emocional, que incrementa el placer físico.

—Pues no lo parece —gruñe.

Me conoce muy bien y sabe que estoy fingiendo. Hacía siglos que no me encontraba en una situación como ésta. Incluso la desafortunada noche en que me acosté con Pablo no fue tan amarga. Aquello fue un error, de acuerdo, pero un error del que aprender, incluso podría decirse que un error necesario. Ahora, con Max detrás de mí, penetrándome como si yo fuera una de esas mujeres a las que olvidar a las pocas horas, me doy cuenta de que mi estrategia no era tan infalible como mi lado más optimista me había hecho creer.

—¿Más fuerte? —pregunta en un tono despectivo, incluso se podría decir que de provocación.

Trago saliva. No respondo. Mi silencio parece tensar aún más la cuerda, lo noto enseguida, cuando clava las manos en mis caderas y busca un nuevo ángulo de penetración. De ese modo lo siento más adentro, de igual modo que noto el roce de sus carísimos pantalones en la parte trasera de mis muslos.

Mis gemidos se mezclan con los suyos y con el sonido de la hebilla al chocar metal contra metal.

—¿Esto es lo que buscabas? —continúa provocándome.

No me atrevo a mirar por encima del hombro, no quiero almacenar ese recuerdo en mi cabeza. Respiro por la boca y siento que Max está cerca de terminar. Yo no. Aun así, me retuerzo y me arqueo hasta que él jadea y se corre, dejándome, a buen seguro, marcas en la piel de la fuerza con la que se aferra a mis caderas.

—Tranquila, esto va incluido en el precio —añade, con el mismo aire de desprecio que ha mostrado desde que hemos entrado en la suite.

No sé qué espera de mí. ¿Rechazo?

Pues no lo va a encontrar y no sólo por lo que estoy experimentando a nivel físico, sino por el alto contenido emocional de todo. Y además espero que, tras el polvo más brusco de la historia, podamos repetir. Eso sí, con un poco más de diálogo.

—Joder...

Tal como intuía, al acabar se echa hacia atrás. Yo me quedo arrodillada. No sé muy bien qué hacer a continuación. Oigo su respiración agitada, igual que la mía. Sigo sin mirarlo, con la mejilla apoyada en la cama.

¿Mis lágrimas son de tristeza? ¿De impotencia al saber que se me escurre de las manos la posibilidad de recuperarlo?

Pero de una cosa estoy segura, en ningún caso son de dolor o de resentimiento hacia él. No, esa posibilidad no la contemplo.

Max se pone en pie y se abrocha los pantalones. Eso significa que todo se ha acabado. Se marcha. Su trabajo ha finalizado. Ha cumplido todas las especificaciones del contrato. Ya no pinta nada aquí.

Despacio, me arrastro hasta quedar sentada en el suelo. Me duelen las rodillas debido a la fricción con la moqueta.

Respiro hondo. Necesito unos instantes para serenarme un poco, pues no quiero que me vea como una mujer llorosa que se arrastra para conseguir sus objetivos. No, de ninguna manera. He de afrontar la situación con madurez y para ello sólo es preciso que me recupere.

No oigo sus pasos, supongo que va a despedirse, que no va a largarse sin más. Eso no queda bien ante sus clientas.

—¡Maldita sea! —exclama, cayendo a mi lado y sorprendiéndome, pues se supone que no debe tocarme más de lo imprescindible.

Tira de mí hasta sujetarme y por fin me mira a la cara. Seca mis lágrimas con el pulgar. Abro los ojos despacio y me encuentro con su mirada preocupada. Esbozo una sonrisa, no quiero que se sienta culpable. Ha ocurrido. Si yo no lo hubiera querido, él jamás me habría puesto una mano encima. Ni se habría acercado siquiera.

—Bea, por Dios —gime asustado.

Yo escondo la cabeza, porque no quiero que me vea llorar, con los ojos enrojecidos y el rímel hecho un asco.

Lo siento cerca, sus brazos tensos, rodeándome, y sus manos, ahora delicadas, intentando alzar mi rostro. Sin embargo, yo me obstino en esconder la cara.

Necesito un pañuelo, pero no tengo ninguno a mano. Vaya papeleta.

—Mírame —ordena alzándome la barbilla.

Niego con la cabeza. Y ya, como me importa muy poco, agarro la colcha y tiro de ella para limpiarme la cara. Voy a dejar unos buenos manchurrónes.

—Espera un segundo —farfullo, e intento apartarlo para esconderme en el baño el tiempo justo para que una toallita desmaquilladora y un poco de agua fría obren el milagro.

—No, ni hablar —responde, y de repente siento sus brazos rodeándome y pegándome a su cuerpo.

Forcejeo para apartarme de él. Maldita sea, estoy hecha un asco. Pero mi resistencia es en vano. El glamur a tomar viento. Max me mantiene abrazada. Nada que ver con el desapego de hace unos minutos. Ahora lo siento cercano, conectado a mí.

—Bea, por favor...

Intuyo por su tono que está preocupado.

—No me has hecho daño —musito, tan pegada a él que me dan ganas de echarme a reír al vernos ahí a los dos, en el suelo.

—Mierda, Bea... —se queja, y no puedo mantenerme más tiempo inmune ni a sus palabras ni mucho menos a su mirada.

Por fin me atrevo a alzar la vista y justo en el instante en que lo miro a los ojos me quedo sin respiración. Ésa no es la mirada de alguien que me desprecia y que está conmigo porque hay un contrato y mucho dinero por medio.

Enredo las manos en su pelo, peinándolo.

Sonrío débilmente.

Ahora sí es el hombre al que deseo. El que me quita el sentido. El que aparece en mis sueños y al que quiero con toda mi alma.

—Max..., bésame.

Se queda perplejo ante mi petición, pues no hace falta mencionar que su comportamiento no ha sido el más adecuado para que yo le pida algo así, pero soy muy consciente de que él necesitaba sacar la rabia y la frustración acumuladas. Y tras ese momento loco, espero que por fin logremos disfrutar de lo que verdaderamente sentimos.

—¿Estás segura? —pregunta, con un puntito de vulnerabilidad.

Le acaricio la cara. Max me mira con intensidad. Da la sensación de que se arrepiente de su comportamiento anterior.

Bueno, primero que me bese y luego le explicaré que esta noche nadie es culpable de nada.

—Sí, lo estoy —contesto.

Acaricia mis labios primero con el pulgar, ese gesto tan suyo que tanto he añorado, esos segundos que dedica en silencio a sensibilizar mi boca antes de besarme. Mantengo la sonrisa. He llorado, pero bienvenidas sean éstas y mil lágrimas más si con ello consigo sentirlo así, cercano a mí. Eso sí, que, por favor, la próxima vez que me abrace no tengamos que pasar previamente por la escenita de chico frío indiferente y profesional.

Max me sonrío y, acunándome el rostro, une sus labios a los míos y me da el beso más dulce y cariñoso que recuerdo.

—Bea... —suspira, recorriendo mi cara con suaves besos.

—Desnúdate, tenemos que hablar —exijo, tras besarlo a conciencia del mismo modo que él me ha besado a mí.

—¿Cómo dices? —pregunta confuso.

Arquea una ceja. De las dos peticiones, la menos lógica es la primera; no obstante, quiero sentirlo piel con piel y me parece indispensable que los dos nos pongamos cómodos.

—Lo que oyes.

—La parte de «tenemos que hablar» la entiendo, pero... —me mira como si me faltara un tornillo— ¿desnudarme?

—Eso he dicho —le confirmo, cruzándome de brazos.

Lo de follar a medio desvestir tiene su punto, no lo niego, sin embargo, mi intención es no sólo tener sexo, sino también dormir juntos, abrazarnos y susurrar palabras puede que tontas, y para ello es imprescindible que no llevemos nada encima.

—Bea, no es por llevarte la contraria...

Tiro de su corbata y empiezo a deshacerle el nudo. Él pone una mano sobre las mías, interrumpiéndome.

—Pues no me la lleves —le digo con firmeza, y retomo la idea de ser yo quien se ocupe de desvestirlo, ya que él parece no reaccionar a mi petición.

—Antes querría pedirte perdón por...

Lo interrumpo poniendo primero un dedo en sus apetecibles labios y después con un beso; cualquier excusa es buena para besarlo. No deseo escuchar ninguna palabra de ese tipo. Es el momento de aclarar muchas cosas, cierto, pero no podemos empezar pidiendo perdón. Ni él ni yo, pues no hay nada que perdonar.

Devoro su boca y Max se deja querer. Continuamos en el suelo, como dos tontos, pese a tener a nuestra disposición una fabulosa cama. Sin embargo, se me antoja complicado apartarme de él. Además, si acabamos rodando sobre la moqueta, que así sea.

—Bea... —suspira, peinándome ahora él con los dedos—. No sé qué voy a hacer contigo.

—De momento, obedecer —ordeno inflexible, y en el acto me siento poderosa.

Lo tengo a mi merced y eso me pone mucho. ¡Vaya que sí!

Como había imaginado, Max termina acostado en el suelo y yo encima. Me encanta y por ello continúo besuqueándolo a la par que desnudándolo. En cuanto le desabrocho los botones del chaleco, voy a por los de su camisa y se los suelto con impaciencia hasta poder tener delante su pecho desnudo. No pierdo un segundo y lo beso justo a la altura del corazón.

Max gime, y yo levanto un instante la cabeza para observarlo. Éste sí es un recuerdo que merece la pena atesorar.

Paso las manos por su piel, caliente, y aprovecho para clavarle un poco las uñas. Una pequeña venganza o un adelanto de lo que puede depararnos la noche, no lo tengo muy claro.

Max sisea, pero no me aparta ni se queja. Le gusta, e intuyo por su mirada que habrá represalias, algo que me excita en cualquier caso.

Al estar debajo de mí, noto cada una de sus reacciones y compruebo encantada, meneando las caderas, que se le ha puesto dura otra vez. Excelente. Si bien antes debemos mantener una conversación, me alegra saber que después quedará a mi entera disposición.

—Bea... —me advierte ante mi maniobra de chica mala en ciernes, porque si me lo propongo puedo serlo mucho más.

Con cierta renuencia, porque no me cansaré jamás de tocarlo, saborearlo y de provocarlo, me voy apartando. Pospongo mis intenciones en pos de la conversación pendiente y que espero que sea productiva. No existe una forma elegante de ponerse en pie. Así que me pongo de rodillas primero y le ofrezco la mano para ayudarlo. Max acepta y sonrío. Cielo santo, que me derrito aquí mismo con esa sonrisa mezcla de cariño y travesura al cincuenta por ciento. No, gana la parte de chico malo y eso me encanta.

—Pero ¿qué haces?! —chillo, porque el lado perverso de Max, al agarrarme la mano, en vez de incorporarse ha decidido arrastrarme otra vez al suelo con él.

A este paso hoy no llegamos a la cama, y tiene su gracia, pues la tenemos justo al lado.

—Besarte, devorarte... —responde en ese tono tan ronco y sugerente que consigue hacerme temblar como un flan.

—Me parece bien.

—Enterita —añade con su voz más juguetona, esa misma que me pone cachonda perdida.

Rueda conmigo hasta ponerse encima. Ahora es Max quien controla la situación y no tengo nada que objetar al respecto. Nos besamos como adolescentes impacientes y hasta torpes. Tengo las manos quietas, ya que él ha entrelazados los dedos con los míos y nos limitamos a sentir.

—Mmm —ronroneo, y separo las piernas tanto como me lo permite el vestido.

—Bea..., necesito decírtelo —murmura junto a mí oído, en un tono que suena a disculpa.

—Max..., no hace falta, soy yo la que tiene que...

—Maldita sea, déjame hablar —me interrumpe serio, porque yo niego con la cabeza—. Lo que ha ocurrido antes aquí, en esta habitación, no volverá a pasar.

Hago una mueca, puede que los motivos no hayan sido muy loables, pero ojo, el resultado me ha encantado.

—¿Ah, no? —digo, y no le siento nada bien, a juzgar por su expresión, que me lo tome a la ligera, como si se tratase de una simple anécdota.

De momento lo dejaremos aquí, aunque en un futuro, sí, en un futuro, porque tenemos uno juntos, espero que repitamos el numerito del chico que folla a la chica por dinero.

—Mi comportamiento ha sido injustificable. Te he hecho llorar y eso jamás puede perdonarse —añade.

No quiero, bajo ningún concepto, que nada arruine la noche, sobre todo ahora que parecen ir encauzándose las cosas.

—Escucha, si yo no hubiese querido, ten por seguro que mi rodilla te habría dejado fuera de combate.

Muevo esa parte de mi cuerpo, acercándola a su entrepierna para que entienda bien a qué me refiero.

—Eso duele —dice, haciendo una mueca.

—Así que prepárate, porque, si me apetece, lloraré a moco tendido cuando follemos —afirmo, porque llorar no siempre es sinónimo de tristeza.

Max arquea una ceja. ¿He sido demasiado explícita? Puede, pero las cosas bien claras.

—Entendido —susurra, y me acaricia los labios con los suyos.

—Y ahora, obedece. Te quiero desnudo, a ser posible en la cama. Tenemos mucho de qué hablar —digo, y me sonrío pícaro.

—Faltaría más.

Pese a que seguimos besuqueándonos como si no hubiese un mañana, conseguimos ponernos en pie, y yo, que llevo menos ropa, me desvisto en un abrir y cerrar de ojos. Eso me permite contemplarlo a placer. Desde luego, es una gozada ver cómo se quita la ropa. El muy truhan, consciente de que no le quito ojo, tarda más de lo necesario. Hasta tiene el descaro de darme la espalda y mover el culo. Estoy tentada de coger mi móvil y ponerle una canción para que el espectáculo sea completo.

El problema es que al entrar no sé dónde carajo he dejado el bolso y tampoco es plan de abandonar la cama para buscarlo. Da igual, otro día le pido que actúe para mí.

—He dicho que todo —le advierto, cuando se queda sólo con los bóxers y juega con el elástico de éstos.

—¡Qué exigente! —se burla.

—No lo sabes tú bien... —replico, al más puro estilo clienta exigente.

Y Max, en un alarde de lo más profesional, al más puro estilo *stripper*, me lanza sus calzoncillos, que yo agarro al vuelo como si fuera un trofeo. Ya veremos si mañana se los devuelvo.

Vuelvo a echar de menos mi bolso, quizá debería sacar un par de billetes como premio.

Tras el *show*, camina hacia el minibar y sirve un par de copas sin preguntarme. De acuerdo, nos vendrán bien. Da gusto verlo moverse, si hasta se podría ganar la vida como camarero, bueno, como camarero/*stripper*, no olvidemos ese detalle.

Max por fin se acomoda a mi lado en la cama.

Desnudo, como le he pedido reiteradas veces.

—Ahora es cuando viene la odiosa frase de «Tenemos que hablar» —comenta antes de chocar su copa con la mía.

—Sí, así es —murmuro, y doy un sorbo a mi bebida.

—Te escucho.

Veamos por dónde empiezo...

«Sin paños calientes», me recuerdo, porque he de afrontar la realidad de una vez por todas.

—Tengo dos millones de euros en casa que estoy dispuesta a invertir en tu complejo —disparo a bocajarro, y Max se atraganta.

—¿Perdón?

—Bueno, miento. Un millón novecientos setenta y cinco mil, para ser exactos. He tenido algunos... gastos. —Me sonrojo un poco, pero por fortuna no hace falta mencionar en qué me lo he gastado.

—¿Me tomas el pelo? —pregunta con toda lógica.

—No. Es cierto. En mi despensa hay una caja con ese dinero —le confirmo, y tuerzo el gesto. No es nada sencillo hacérselo entender, pero me tengo que poner a ello.

Max me mira y da un sorbo a su bebida. Supongo que intenta buscar una explicación, pero si yo, que soy la que tiene todos los detalles, a duras penas lo entiendo, no digamos él.

—Y ¿de dónde has sacado tú esa cantidad? —continúa indagando, con la sospecha implícita en el tono. Hecho que acepto, pues si fuera al revés yo también sospecharía, y mucho, además.

—Verás..., hace un par de semanas estaba yo aburrida en casa y justo cuando iba a acostarme...

—Bea, al grano, por favor —me pide.

Lógico, porque después de lo de la orgía, cualquier cosa es posible y mejor me ahorro los detalles, en especial que me sentí, como hacía mucho tiempo que no me sentía, a gusto abrazada a mi ex.

—De acuerdo. Pablo me dio ese dinero —respondo de manera atropellada, porque sé que ese detalle va a traer cola.

—¿¿Cómo?! —exclama atragantándose otra vez. Me acerco y le doy unos golpecitos en la espalda antes de responder.

—Él se siente, digamos... culpable, y, bueno, de un tiempo a esta parte ha estado invirtiendo, y con éxito.

—Joder... Eso no puede ser legal —refunfuña.

—No sabría decirte —admito, porque a mí tampoco me quedó del todo claro, ya que Pablo me entregó el dinero en efectivo cuando podía haber abierto una cuenta bancaria y listo.

—Joder, dos millones... ¿Así por las buenas?

—Ajá.

—Suenan raro...

«¿Me lo dices o me lo cuentas?», pienso, haciendo una mueca.

—Eso ya no importa. Ahora pensemos en el futuro. Yo... —balbuceo, pues ahora viene otro triple salto mortal sin red—. Te quiero y no pienso dejar que tus sueños se hundan. Cualquier cosa que esté en mi mano...

Inspira hondo.

Veámoslo por el lado positivo, ni grita ni se ha levantado de la cama hecho un basilisco.

—No puedo aceptar eso, ¡joder!

—¿Por qué? —inquiero, aunque imagino la respuesta.

—Si ya cuando me llamó Antonio para decirme que habías ingresado el dinero, que por cierto pienso devolverte, estuve a punto de presentarme aquí y echarte una buena bronca, ahora no pretendas que toque ni un céntimo.

—Y ¿qué más da de dónde haya salido?

Max niega con la cabeza. Deja su copa a medio beber en la mesilla de noche y se vuelve para mirarme.

—Importa y mucho. Sí, de acuerdo, todo lo que un día imaginé se ha ido al traste, pero hay que aprender de las derrotas —admite, y, pese a decirlo con un tono serio, no lo noto abatido—. Porque de los éxitos poco o nada se puede sacar.

—No te pongas filosófico —refunfuño, porque mi plan de solucionar sus quebraderos de cabeza económicos no prospera.

—Bea, es mejor recoger lo poco o mucho que quede y empezar de cero —alega en voz baja.

Demasiado conformista para mi gusto...

—¿Así por las buenas? ¿Te vas a rendir? —pregunto, molesta por su actitud tan resignada.

—Estos días, alejado de ti, he sido consciente de que por perseguir un sueño he estado a punto de perderte. Construir un resort era algo que deseaba cuando no tenía nada, cuando estaba solo, sin embargo, ahora estáis tú y Félix.

«¿A que me pongo a llorar otra vez?»

—Max...

—No necesito nada más.

Inspiro porque si bien sé que acabaré llorando a moco tendido, prefiero aguantar un poquito, pues esta conversación se está desarrollando de forma adulta y de ella se pueden extraer valiosas enseñanzas.

—No puedo creerlo... —suspiro, sintiéndome un poco culpable y emocionada, muy emocionada al mismo tiempo.

Es una declaración en toda regla, en la que antepone estar conmigo a sus sueños.

—Sé muy bien lo que quiero, Bea —continúa, y se me hace un nudo en la

garganta.

—Pero... pero ¡has invertido muchísimo dinero en ese proyecto! —exclamo, negando con la cabeza.

—Es sólo dinero, Bea. Nada más —admite con convicción—. Hay aspectos mucho más importantes que merece la pena conservar.

—No tienes por qué renunciar a eso. Si lo piensas, será estupendo, porque aparte de estar juntos, trabajaremos juntos. Seré tu socia. Podría encargarme del restaurante —digo para convencerlo. En mi cabeza era una idea maravillosa.

Max suspira. Espero que lo esté reflexionando.

—Ya es tarde. De verdad, agradezco que confíes tanto en mí como para hacer algo así, no obstante, quiero hacer las cosas bien. Ese dinero dáselo a Félix, abre una cuenta a su nombre para cuando sea mayor de edad.

Estira una mano y me acaricia la cara. Es un gesto tierno y sé que su decisión es irrevocable, algo que me entristece, pues, por mucho que diga, sé el empeño que ha puesto en construir ese complejo.

Entonces me doy cuenta de que, a lo mejor, lo que lo detiene es aceptar un dinero que, digamos, proviene de una fuente compleja. Ha llegado el momento de coger el toro por los cuernos.

Aparto la sábana y me siento a horcajadas sobre sus muslos. Acuno su rostro y lo miro a los ojos sin parpadear antes de decir:

—¿Y si ganaras tú el dinero para reactivar el proyecto?

—¿A qué te refieres? —pregunta, tras mirarme fijamente durante unos segundos en los que nuestras respiraciones son lo único que se oye en la habitación.

Tuerce el gesto con evidente desconfianza.

Trago saliva. Nunca pensé que fuera a pronunciar unas palabras como éstas:

—Vuelve a trabajar.

Max abre los ojos como platos. Lo he dejado perplejo con mi sugerencia. Me mira como si no diera crédito a lo que acabo de soltar. A mí no me entusiasma la idea, sin embargo, he de ser práctica. Esta noche he entendido cómo funciona el asunto. María me lo hizo ver claro y yo misma he comprendido que a veces, no siempre, mi punto de vista no es el mejor y que debo ceder y aceptar un mal menor para que lo nuestro funcione.

—No me tomes el pelo, por favor, Bea, seamos serios —dice finalmente.

No me toca. Permanece con los brazos caídos a los lados. Eso sí, continúa mirándome de forma extraña.

—Lo digo en serio, Max. Prefiero saberlo y que puedas ocuparte de tus asuntos con entera libertad.

—Joder, pero ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? —pregunta, todavía afectado por mis palabras.

—Max, te quiero y eso incluye aceptarte tal como eres —afirmo convencida—. No me apasiona, no lo ocultaré, sin embargo, debo aprender a ponerme en tu lugar, a

no cerrarme en banda e imponer mi criterio.

—Bea, no te reconozco —murmura, aún contrariado.

—No quiero que, después de pasar tiempo juntos, un día te levantes con el pie izquierdo y, tras discutir por una chorrada, te acuerdes de que hubo un momento en tu vida en que tuviste un sueño y lo mandaste a paseo porque apareció en tu camino una cocinera del tres al cuarto —digo, y sigo acariciándole la cara.

—Maldita sea... —masculla, y me sujeta de las muñecas. No aprieta, aunque el agarre es firme—. Bea, cuando dije que se acababa, era definitivo. Tomé una decisión irrevocable. —Hace una pausa. Inspira y añade—: Y sí, conocerte ha tenido mucho que ver, no lo niego, pero no como tú crees.

—Max... —protesto, pero él niega con la cabeza.

—Conocerte ha cambiado muchas cosas, empezando por mis prioridades. Y, por mucho dinero que me ofrezcan, no quiero hacerlo. Nunca más. Aquello pasó a la historia.

Inspiro hondo. Eso son palabras mayores. Toda una declaración de intenciones.

Y ¿ahora qué le digo?

—Eso es muy bonito —susurro, sintiéndome un poco tonta.

—Igual de bonito que lo que estabas dispuesta a hacer por mí —apostilla, y me suelta las muñecas para pasarme el pulgar por los labios—, pero no tanto como tú.

Me echo a llorar. No puedo evitarlo. ¿Quién es la valiente que no reacciona de este modo al oír cosas parecidas?

—Lo siento —me disculpo, pero antes de que lo haga yo, Max me seca las lagrimas con los pulgares y me besa. Suave, lento, muy lento.

—No, no te disculpes... —susurra, mirándome fijamente.

—Es que... —farfullo, porque me he puesto llorona y no es el momento.

—Chis. Bésame —me pide con ese tono exigente que me revoluciona.

Mis labios se van amoldando a los suyos al tiempo que sus manos ascienden por mis costados y las mías le rodean el cuello. Jadeo y lo que ha comenzado como un beso sin pretensiones empieza a tornarse intenso.

Tan intenso que mis gemidos aumentan de volumen y Max, que me conoce, busca que lo sean aún más, ahora que puedo expresarme sin restricciones. Me va recostando en la cama, de ese modo él puede hacer lo que le venga en gana conmigo, y yo lo miro ansiosa por que haga conmigo lo que le venga en gana.

—Hoy vas a ver lo mejor de mi repertorio —murmura divertido, mientras deposita un sinfín de besos en mis hombros, encima de mi pecho, en mis brazos...

—Te veo muy besucón —comento, sonriendo con los ojos cerrados. Abro los brazos, nada de ponerle impedimentos.

—Desde que te he visto bajar del taxi, no he podido pensar en otra cosa que en desnudarte; ese maldito vestido me las ha hecho pasar putas.

Junto con los innumerables besos, acaricia con el dorso de su mano la sensible piel de mi escote. Evita llegar a mis pechos y eso me enciende aún más.

—¿Ah, sí? —pregunto, encantada de oírle decir algo así.

«Mi inversión ha valido la pena», pienso, y sonrío.

—Pero debía comportarme, nada de meterle mano a una «cliente» —añade, y, la verdad, me encanta que sea capaz de bromear sobre ello—. Eso sí, mi mente iba por libre. No te imaginas lo que se me ha pasado por la cabeza hacerte.

—Una muestra, si eres tan amable —ronroneo, retorciéndome a medida que su boca avanza por cada centímetro de mi piel.

Max me atrapa un pezón entre los dientes. Tira de él, y siento un ligero dolor que de inmediato suaviza lamiéndolo, aunque el alivio es efímero, pues ataca el otro con mayor fuerza.

—¿Te sirve esto? —fanfarronea.

—Mmm... No estoy segura —lo provoco, y su risa socarrona me indica que he tentado a la bestia. Excelente.

Su respuesta no se hace esperar. Con el pulgar y el índice, presiona mi pezón con mucha más fuerza de a la que me tiene acostumbrada. Trago saliva, porque, y no lo entiendo, me encanta.

—Uno..., dos..., tres... —va contando hasta llegar a diez para soltarlo y rápidamente metérselo en la boca.

—¡Cielo santo!

Siento cómo se ríe entre dientes y repite todo el proceso. Sé lo que va a ocurrir y aun así me gusta tanto o más que la primera vez. Jadeo encantada al tiempo que arqueo mi cuerpo, pero Max me mantiene bien sujeta al estar encima de mí.

Con cada pezón ardiendo, se desliza hacia abajo. Me mordisquea la piel de alrededor del ombligo y yo no sé si ronroneo, gimo o qué, sólo sé que me noto tensa y que necesito que vaya un poco más rápido. Intento arquearme de nuevo, sin embargo, Max se mantiene firme. Observo cómo con la lengua va trazando una línea invisible hasta llegar justo a mi pubis. Nuestras miradas se cruzan. No sé qué cara tengo yo, sólo puedo decir que la intensidad con la que me mira es suficiente para caer de rodillas ante él y que haga cuanto desee conmigo.

Pone sus manos en la parte superior de mis muslos, separándomelos un poco más, forzando incluso la postura, y se acomoda entre ellos de tal forma que acabo apoyando los pies en su espalda.

—Veamos qué tenemos aquí —comenta con un deje de humor, separando mis labios vaginales.

Inspiro cuando me los recorre con la yema del dedo, evitando acercarse al clítoris, que necesita con urgencia un poco de atención.

Se entretiene con malicia, besándome la piel del interior de los muslos. Besos sonoros, para que no me quepa duda de lo que está haciendo. Incluso me provoca con sus murmullos de placer.

Esto es inaguantable y decido tomar cartas en el asunto.

—Exijo el libro de reclamaciones —acierto a decir.

Max levanta la cabeza y pone cara de «¿estás de broma?», pero me mantengo firme. Además, hay otro pequeño asunto del que no hemos hablado y que me gustaría comentar con él.

—¿El libro de reclamaciones? —repite mirándome.

—Eso he dicho —le confirmo, y si bien me puedo cargar en un santiamén todo el momentazo erótico de la reconciliación, me parece imprescindible.

—¿Y por qué, si puede saberse? —inquire, y se incorpora, quedándose de rodillas, empalmado y de brazos cruzados, a la espera de que le dé una explicación.

Pues se la voy a dar.

—Parece que nunca te lo hayan pedido antes —comento, arqueando una ceja.

—Pues no, la verdad —admite, mirándome de forma extraña.

Mira por dónde, al incorporarme yo sobre los codos, tropiezo con el otro condón que ha tirado sobre la cama, lo cual me viene de perlas.

—No digo que lo estés haciendo mal, pero creo que, dadas las circunstancias, podrías..., no sé..., dejar de perder el tiempo.

Noto cómo intenta no sonreír. Eso es buena señal.

—¿Alguna sugerencia? —pregunta, fingiendo seriedad.

—A tu edad ya deberías saber cómo funciona esto, digo yo.

—Tengo una ligera idea, sí —comenta, sin mover un dedo.

—Pues entonces, esfuérate, no te limites a lo mínimo —añado yo, aguantándome la risa.

—De acuerdo —acepta, y a mí me está costando horrores no echarme a reír a carcajada limpia—. ¿Algo más?

—Sí. Esto. —Agito el preservativo delante de sus narices—. A estas alturas, no los considero necesarios.

—¿Segura?

—Sí, muy segura —afirmo, y cojo aire antes de añadir—: En especial porque llevo tres semanas sin tomar anticonceptivos...

—¿Qué has dicho? —inquire perdiendo todo rastro de broma.

Acabo de darme cuenta de que quizá he sido un poco impulsiva al tomar una decisión de tal calibre, ya que en ningún momento hemos hablado del asunto y no es algo que pueda decidirse unilateralmente.

—Repite eso —insiste ante mi silencio.

Su tono tenso no invita a las bromas.

—Max..., ya sé que no hemos hablado de ello, pero he pensado que..., bueno, te parecería bien, porque tienes una mano increíble con los niños, y yo...

Me detengo, pues su mirada me confunde. Me he precipitado, ahora lo sé. Mierda, cuando lo decidí me pareció una idea excelente y ahora, a juzgar por su expresión, me doy cuenta de que he metido la pata hasta el fondo.

—Lo usaremos entonces —murmuro, entregándole el condón.

Max lo coge y lo tira por encima de su hombro. Va apareciendo una sonrisa en su cara que me devuelve la respiración.

—Bea... —susurra, y busca mi boca para darme otro de esos besos apasionados cargados de ternura y de intención—. ¿De verdad estás convencida?

—Muy convencida —respondo, y otra vez se me escapan las lágrimas.

Por favor, hoy lloro por cualquier cosa.

—No te imaginas lo que tus palabras significan para mí —dice solemne.

Alzo la mano y le acaricio la cara, despacio, no me canso de hacerlo ni me cansaré. Max cierra los ojos un instante ante mi gesto cariñoso. Estamos en la cama, desnudos y excitados, y aún somos capaces de detenernos unos segundos para dedicarnos las más tiernas caricias, por supuesto, en consonancia con nuestros sentimientos.

Max mueve su mano sobre mi cuerpo, hasta detenerse en mi abdomen. Con este pequeño gesto dice cuanto necesito para sentirme la mujer más afortunada del mundo. Sé que sus emociones van parejas con las mías.

Se hace el silencio, ese en el que sólo somos capaces de mirarnos, porque no hace falta nada más. En el que las caricias hablan por sí solas.

Max me ayuda a tumbarme del todo. Deposita dos besos sobre cada uno de mis pezones para después y con rapidez deslizarse hacia abajo y besarme justo en el ombligo. Mis advertencias sobre perder el tiempo han sido en vano, pues retoma sus atenciones justo en el mismo punto. Recorre con sus labios zonas de mi anatomía que si bien resultan placenteras no son ni de lejos lo que necesito.

—Max... —gimo.

Estoy tentada de agarrarlo del pelo y darle un buen tirón, pero justo cuando muevo las manos para ponerme a ello, acerca los labios y atrapa mi clítoris, logrando que mis gemidos pasen de buenos a excelentes.

—Me pone muy cachondo oírte jadear de este modo y saber que soy yo el que te

lo provoca... —Se acerca de nuevo. Murmura algo, pero no llego a entenderlo, estoy tan perdida en lo que experimento que no presto la debida atención.

—Mmm..., sigue...

—Por supuesto que voy a seguir lamiéndote entre las piernas el tiempo que haga falta para que te corras al menos tres veces.

—Con una me conformo —consigo decir, porque a ver quién es la valiente que articula una frase coherente cuando un tipo como Max mete la lengua en lo más profundo de tu sexo junto con sus hábiles dedos.

Me penetra con ellos, dilatándome y consiguiendo que dentro de mí se vaya acumulando toda la tensión previa a un orgasmo de esos que hacen época.

—Quiero comprobar si eres multiorgásmica.

—Comprueba, comprueba —digo con un suspiro de placer, los párpados entrecerrados y, a buen seguro, una expresión de deleite tontorrón.

—Tan caliente, tan suave, tan mojada —musita, moviendo un dedo dentro de mí, rozando las paredes vaginales y con ello cada terminación nerviosa.

—Max... —No puedo parar de repetir su nombre entre gemidos, mientras logro a duras penas mantener el culo pegado a la cama.

—Vete acostumbrándote, porque voy a pasar un buen rato aquí, lamiendo tu coño antes de penetrarte y dejar que mi polla disfrute de lo que ahora saborea mi boca —suelta con la más absoluta vulgaridad, algo que va directo a mi libido, que agradece, y mucho, el uso de términos explícitos.

—La poesía no es lo tuyo —digo, y acto seguido se vuelve más voraz y curva los dedos de tal forma que roza un punto que me hace inhalar en profundidad, ya que siento una pequeña molestia, aunque a los pocos segundos experimento un placer hasta ahora desconocido.

Alcanzo el clímax entre fuertes sacudidas que Max se encarga de controlar, manteniéndome parcialmente sujeta con su peso.

—En cuanto sea capaz de moverme —digo, y me aclaro la garganta antes de proseguir—, vas a saber lo que es una mamada cinco estrellas.

Max se echa a reír y gatea hasta que quedamos cara a cara. Me besa con fuerza, compartiendo conmigo mi propio sabor, pero antes de que pueda cumplir mi promesa, siento cómo me penetra, sin dejar de besarme para que no proteste.

¡Cómo si fuera a hacerlo!

Se mueve con seguridad. Estoy tan sensible que la fricción es mucho más intensa de lo habitual.

—Otro día podrás chupármela cuanto quieras... —gime, embistiendo con ímpetu.

Se echa hacia atrás, pero sólo para coger impulso. De ese modo, cada arremetida resulta alucinante, tanto que acabo por clavarle las uñas en los bíceps.

—Eres muy bueno... —musito, lamiéndole los labios.

—El mejor —puntualiza, y para demostrar que no sólo es palabrería, gira las caderas de tal forma que al variar el ángulo de penetración logra que su hueso púbico

choque con mi clítoris y de esa forma, con la doble estimulación, aumente el placer.

—Nunca lo he dudado —añado, convencida al cien por cien de lo que digo.

—¿Nos olvidamos entonces del libro de reclamaciones?

—Mmm...

—Y aún queda lo mejor...

Me ha sonado a promesa. Y cuando se coloca de rodillas frente a mí, me agarra de los tobillos para colocarlos sobre sus hombros y comienza a embestir como un poseso, me doy cuenta de que sí, en efecto, estoy con el mejor.

—Me encanta follarte así... Puedo ver cada una de tus reacciones, cómo se mueven tus tetas...

—¿Éstas? —lo provoco, acariciándomelas.

Max gruñe y gira la cabeza para morderme el dedo gordo del pie.

Nos descontrolamos. Sus envites son bruscos y a mí me encantan. Baja una mano y la coloca sobre mi sexo de tal forma que el pulgar me presiona el clítoris.

Eso es definitivo, igual que observarlo cuando da el último empujón, antes de correrse y unirse a mí. Abro los brazos e intento que mi respiración se calme. Me cuesta bastante trabajo y más aún cuando él, en vez de tumbarse, se recuesta sobre mí y murmura pegado a mis labios, un «Te quiero» mejor que cualquier cosa en el mundo.

En un momento dado conseguimos meternos bajo las sábanas y acurrucarnos. Max apaga la luz y me da un beso de buenas noches en el hombro, pegándose bien a su cuerpo.

Satisfecha como hacía tiempo que no me sentía, cierro los ojos, confirmando que el polvo de la reconciliación es de lo mejorcito. Eso sí, me tendré que conformar con haberlo disfrutado dos veces; no pienso volver a pelearme y distanciarme de Max.

Cuando vuelvo a ser persona, me niego a abrir los ojos. Quiero recrearme en lo acontecido. Hay tal cantidad de recuerdos que tengo sobredosis sensorial, que bienvenida sea. Apenas hemos dormido, pues a las tantas he sentido una pícara mano entre mis piernas y de nuevo me he encendido. Confieso que apenas me hacía falta combustible para ello, pero bueno, al final hemos deshecho la cama una vez más antes de caer rendidos.

En un momento u otro tendremos que levantarnos, pero arañar unos minutitos en la cama, por pocos que sean, es un pequeño placer. Lo más probable es que tenga una cara de boba enamorada, pero me resbala. Estiro la mano, porque tocar su piel a primera hora de la mañana me apetece mucho, pero abro los ojos de repente, porque en el lado donde se supone que dormía Max no hay nadie. Ni rastro de él.

«Que no cunda el pánico, Bea.»

Me siento en la cama y miro a mi alrededor la habitación en penumbra. Aguzo el oído por si está en el baño. Me quedo quieta, no me voy a comportar como una histérica paranoica entrando en el aseo e interrumpiéndolo.

Un poquito de madurez, por favor.

Pero tras permanecer lo que a mí me parece una eternidad en silencio sin oír nada procedente del cuarto del baño, es muy difícil no empezar a preocuparse. Salgo de la cama y camino desnuda. Encuentro mi ropa en perfecto estado colocada en uno de los sillones, pero ni rastro de la de él.

¿Ha llegado el momento de alarmarse?

Pues al parecer sí, ya que, tras inspeccionar el cuarto de baño, no encuentro una explicación que justifique su ausencia.

¡Un momento! ¿Y si ha salido a buscar el desayuno?

Sí, ésa es una razón plausible, aunque ¿para qué se ha vestido si con levantar el teléfono nos pueden traer cualquier cosa?

Doy un par de vueltas por la habitación. Tiene que haber un motivo... Como soy incapaz de encontrarlo, busco mi móvil con intención de llamarlo. Saco mi bolso de debajo de la ropa y me quedo muerta al ver un *post-it* amarillo.

«Cláusula novena: Cada cita tendrá una duración máxima de cinco horas.»

No me lo puedo creer...

Querría creer que es una broma, pero no, es su letra. Ha tenido el «detalle» de recordármelo antes de marcharse. Respiro y contengo las lágrimas. Todo ha sido una especie de ilusión, de espejismo. Y yo, como la tonta número uno del planeta, me he tragado todo el cuento.

Ni me molesto en buscar el móvil para llamarlo. No merece la pena seguir luchando yo sola. Él ha tomado una dirección opuesta a la mía, o puede que se haya asustado cuando le he dicho que no tomaba anticonceptivos. Lo que para mí era un paso adelante para que entendiera que iba en serio, él ha pensado que quería atarlo, echarle el lazo de la peor manera.

«En fin —me digo—. No ha podido ser.»

Una actitud derrotista es lo más sencillo, incluso recrearme en el dolor y caer una vez más en una etapa de autocompasión. Pero no. Ése es un lujo que no me puedo permitir. Así que recogeré mis bártulos, mi ilusión y me iré a casa.

Me visto de prisa, no quiero permanecer ni un segundo más en este hotel y estoy lista en menos de diez minutos. Dejo la tarjeta magnética en recepción y ni me molesto en recoger la factura.

No quiero recuerdos.

El recorrido de vuelta a casa en el taxi por suerte es rápido. Quiero ponerme un chándal, hacerme una coleta y desayunar con mi hijo y mi madre. Incluso puede que nos vayamos a una chocolatería del barrio y nos demos un homenaje.

Sí, nada mejor que estar rodeada de los míos y con unas calorías de por medio.

Apenas son las diez cuando entro en casa. Al pasar por la cocina, no me sorprende ver a Félix con sus cereales mientras mira la tele.

—¿Cómo es que estás ya en casa? —me pregunta mi madre, sorprendida, pues anoche, al verme salir tan arreglada como ilusionada, pensó que no me vería hasta la hora de la cena.

—Te lo cuento luego. Me cambio y si os apetece nos vamos a desayunar por ahí —propongo, pero mi madre niega con la cabeza.

—Le he prometido al crío ir al chiquipark ese —dice.

Sé que ella se aburre en esos sitios, pero que lo hace por el niño.

—¡Hola, mamá! —exclama Félix, y salta de su silla para darme un abrazo.

—Hola, cariño.

El achuchón que le doy hace que me olvide de cualquier desengaño amoroso que haya podido tener en las últimas veinticuatro horas.

—La abuela me lleva al parque de bolas, ¿quieres venir?

—No, cielo. Mamá está cansada.

—¿Has trabajado mucho? —me pregunta con su inocencia.

—Un poquito, sí. Pero no te preocupes, a la hora de comer estaré como una rosa —le digo, y me esfuerzo por sonreír.

Descansar un rato me vendrá genial, pero sé muy bien que es mi estado anímico el que necesita un chute de adrenalina para volver a mínimos aceptables.

—Vaaale, mamuchi.

Félix, a su edad, todavía no se percata de la verdad. Es una suerte, porque me ahorro un montón de explicaciones, pero mi madre es otro cantar. Pone cara de «a saber qué has estado haciendo tú por ahí, porque vaya cara que me traes».

—Venga, acaba, que nos vamos —le indica mi madre.

Los dejo en la cocina y me voy a mi cuarto. Tengo tentaciones de quemar el vestido, pero aparte de ser una reacción infantil, me ha costado un dineral, por lo que lo guardaré en el armario como recordatorio de lo que no hay que hacer.

Cierro la puerta y empiezo a desvestirme. Abro el armario y cojo una percha para colgarlo. Frunzo el cejo, porque veo algo diferente. Alguien ha movido mis cosas y es raro, pues mi madre no abre mi armario.

Me quedo como una tonta con la percha en la mano, delante de mi ropa, que no estaba así ayer, si lo sabré yo.

Entonces, cuando aún sigo absorta mirando mi armario como una panoli, oigo el sonido de la ducha. Frunzo el cejo. Es extraño, pues acabo de dejar a mi madre y a Félix en la cocina. Además de un detalle: desde mi dormitorio es difícil oír el ruido del baño principal. De repente cesa el agua y me doy cuenta de que proviene de mi aseo.

Yo estoy en ropa interior y cuando estoy a punto de reaccionar y buscar algo con lo que cubrirme, se abre la puerta. Me vuelvo y me quedo ojiplática.

—Buenos días.

Max, tan fresco como una lechuga y aún mojado tras la ducha, se pasea con una toalla a la cintura, tan pancho y recién afeitado. Arquea una ceja al verme sujetando el vestido contra mi cuerpo, como si fuera el bien máspreciado que poseo.

Parpadeo. ¿Qué tipo de charada es ésta?

—¿Qué tal te fue anoche? —pregunta como si nada. Se detiene delante del

armario y saca ropa limpia.

Yo sigo en estado de *shock*, porque esto es demasiado surrealista como para decir nada.

Parpadeo otra vez. ¿De verdad me está preguntando eso?

—Tu madre me dijo que ibas a una exposición de arte —añade en un tono de lo más normal.

Aquí hay gato encerrado. De acuerdo, debería estar dando saltos de alegría porque él está en casa, ha vuelto, pero al mismo tiempo noto unos irrefrenables deseos de darle un par de collejas bien dadas por hacerme pasar por algo así.

Y por lo visto mi madre estaba en el ajo, pues al verme se ha comportado como si nada. Vaya lianta está hecha...

Max me mira a la espera de una respuesta. Ni se inmuta. No sé qué pretende, aparte de volverme tarumba, sin embargo, me doy cuenta de que, o bien me enfurruño y monto un cristo, o le sigo el juego.

No conozco las reglas, pues mi oponente tiene las cartas marcadas, pero no me queda otra opción: juguemos.

—Bien —murmuro con desdén como respuesta, ansiosa por saber hasta dónde va a llegar con esta charada—. Nada relevante —añado, y entonces veo que tengo la oportunidad de tantearlo—: ¿Y tú qué hiciste anoche?

—Trabajar —contesta.

Sigo en bragas, y él con la toallita de las narices. Como no sé adónde va a llevarnos todo esto, busco mi chándal y una muda limpia, dispuesta a darme una ducha antes de desayunar.

Max me sigue al cuarto de baño, pero yo no estoy de humor, aunque, bueno, terminar de desnudarse con público puede subir la autoestima. Me meto bajo el chorro de agua y si bien podría entretenerme más de la cuenta, no lo hago, pues quiero saber lo que este hombre quiere, aparte de volverme loca con sus idas y venidas. Así que tras darme una ducha rápida salgo y me lo encuentro esperándome con la toalla abierta.

Sospechoso...

—Así que anoche trabajaste... —murmuro, separándome de él en busca de un peine para desenredarme el pelo y no acabar como una bruja.

«La mala leche no será tan fácil de arreglar», pienso.

—Sí —comenta indiferente—. Lo de siempre, señora normal, acto público, nada del otro mundo —concluye.

No gruño de milagro, eso de «señora normal» me ha llegado al alma.

—¿Nada más? —continúo indagando.

He terminado de peinarme y me empiezo a vestir. A Max por lo visto le gusta el rollo nudista, pues continúa sólo con la toalla, siguiéndome y sin apartar los ojos.

—Poco más, la verdad.

—Y ¿vas a seguir trabajando? —le espeto, a puntito de perder la paciencia.

—Depende —contesta, y por su tono deduzco que se lo está pasando en grande y yo como una tonta del culo he caído en su juego.

—Muy bien. Perfecto. No seré yo quien ponga impedimentos a tu carrera profesional —digo, y de repente, cuando menos me lo espero, lo noto pegado a mi espalda, abrazándome desde atrás y frotándose contra mi culo.

—Depende de si cierta «señora» quiere tener citas conmigo de vez en cuando —murmura, antes de morderme la oreja—. De si cierta «señora» está dispuesta a que la secuestre..., pongamos, una vez al mes.

—Y ¿qué pasa con la cláusula segunda?

Esa pregunta lo descoloca un poco.

«Cláusula segunda: Cada clienta podrá tener un máximo de cinco citas con el proveedor...»

—Hmmm, déjame que piense...

Max mete las manos por debajo de mi camiseta y llega hasta mis pechos. Con las prisas y un público exigente observando no me he puesto sujetador, por lo que va directo a mis senos, que sostiene y acaricia mientras continúa besándome la nuca.

—Tendré que hacer una excepción —admite mimoso.

—Y no me llames «señora» —farfulto, pues suena frío, aséptico, distante.

Aprieta mis pezones y gruñe bajito al comprobar lo duros que están. Yo gimo y siento un escalofrío.

—Vaaale —canturrea, imitando a cierto niño de cinco años—. Nada de «señora», ¿qué te parece «señorita»?

—¿Me estás vacilando?

—Un poco, sí —admite riéndose.

He de reconocer una cosa: el hecho de que ambos podamos reírnos de la situación ya es de por sí todo un logro. Algo que nos viene de perlas para que en un futuro, si nos apetece, juguemos a lo de tener citas.

Consigo darme la vuelta. Por fin cara a cara. Deslizo las manos por su torso hasta llegar a la toalla de las narices.

—Veamos qué escondes aquí... —musito, y, antes de que pueda echar un buen vistazo, Max se abalanza y me besa de forma posesiva.

Me sujeta del culo para que no tenga la más mínima posibilidad de escapar. Jadeo y respondo encantada. Me ha hecho sufrir de lo lindo al despertarme, pero supongo que me lo merecía.

—¿Echando un ojo a la mercancía?

—Por supuesto —admito, pero justo cuando voy a recrearme la vista se abre la puerta.

—Mamuchi, nos vamos —dice Félix, y Max se esconde rápidamente detrás de mí.

—Ah, vale, muy bien. Anda, dame un beso —le pido, aunque me doy cuenta de que mi hijo frunce el cejo.

Mira a Max, que agarra su toalla como si le fuera la vida en ello.

—¿Mamá te ha obligado a ducharte? —le pregunta.

—Pues sí, ya ves, no he podido escaparme —admite el niño grande, como si hubiese sido un sacrificio.

—Yo no me pienso bañar hasta mañana, ¿vaaaale?

Félix sale corriendo de la habitación y poco después oigo a mi madre diciéndole que se ponga el abrigo, que se marchan. Después suena el clic de la puerta.

—¿Me harás un descuento? —pregunto, ya segura de que no habrá más interrupciones.

—Según tengo entendido, eres una mujer de recursos —me espeta todo chulo.

Parpadeo.

—¿Vamos a regatear?

—Eso parece —replica, disimulando una sonrisa.

Suspiro y pongo cara de mala

—Veamos entonces esa mercancía...

Epílogo

Unos meses después...

—Esto está hasta la bandera —comenta mi madre, mirando alrededor y observando a la concurrencia sonriendo.

Asiento, pues es bien cierto. Y me alegro muchísimo.

La inauguración de Cien Fuegos en Sevilla está siendo todo un éxito. Hay invitados por todos lados y para que la velada sea más amena, en vez de disponer las mesas de forma habitual, han organizado un bufet libre. Yo he participado, pero en la sombra, pues he preferido que otros se lleven hoy las felicitaciones. Además, quiero disfrutar como una invitada más, mantenerme al margen. Bastante tengo ya con mis obligaciones como chef en Madrid.

Beto, a pesar de no ser el primer chef, es la estrella. Eso se le da estupendamente, pues está en su salsa. Al final se unirá a los invitados, junto con el resto del equipo.

—Anda, ejerce un poco de abuela y sujeta a tu nieta —pide María, dejando a Ximena a cargo de mi madre—. Me voy a enredar un poco por ahí, que hace una barbaridad que no salgo.

Observo a mi hermana divertirse y charlar con los asistentes. La entiendo, porque no todo va a ser cambiar pañales, dar el pecho y dormir poco.

—¿Necesitas babero? —le pregunto a mi madre, encantada con tener a la cría en brazos.

Por supuesto, Félix anda un poco enfurruñado, porque ya no es el rey de la casa y se queja de que su prima no sabe hacer nada y no puede jugar con ella. Le he explicado que tiene que esperar unos añitos y que después se lo pasarán en grande juntos. No lo ha entendido, porque, como cualquier niño, es impaciente por naturaleza.

—Pues sí —responde mi madre, orgullosa—. Porque es la niña más guapa del mundo.

La dejo haciéndole carantoñas y cojo una copa de vino blanco antes de deambular por la sala. Mi cita de esta noche debe de andar por aquí cerca, pero no lo veo. Tuerzo el gesto, con lo que he tenido que «regatear» para que viniera... Hasta me he visto obligada a abrir la hucha para pagarle. A saber dónde se ha metido, porque sí, ha pasado a recogerme, sí, ha entrado conmigo, pero no, no está ahora acompañándome.

—Estás preciosa —dice una voz a mi derecha, y sonrío.

No es el hombre de mi vida, pero de momento me tendré que conformar.

—Lo mismo digo —respondo encantada con el cumplido.

Pablo me da un beso en la mejilla, atento como siempre.

—Tengo una noticia mala y otra buena —comenta divertido, con su característico aire enigmático para reclamar mayor atención.

Desde luego, es lógico que mi hijo apunte maneras, con un maestro semejante.

—La buena, por favor —le digo sonriendo, y él me mira de reojo.

Sigue siendo tan guapo como siempre. No me extraña que se haya ligado a la sobrina de su jefe y, aunque intentan ser discretos, la verdad es que Ludmila y él hacen una pareja despampanante. Han sido los más observados en la inauguración.

—Porque me imagino la mala: tu novia te ha dado calabazas —bromeo, para tocarle un poco la moral.

Se echa a reír y niega con la cabeza.

—Casi, pero no. La buena es que al final sí voy a poder quedarme con Félix el mes que viene y así podrás irte de luna de miel —me suelta con retintín, y yo mantengo el tipo.

—Te recuerdo que aún no me he casado —contesto, porque entre una cosa y otra no he tenido tiempo de organizarlo.

—Bah, tú aprovecha —dice en tono cómplice.

—De acuerdo, y ¿cuál es la mala? —me arriesgo a preguntar, mientras mi mente divaga sobre las posibilidades de una luna de miel experimental.

—He perdido a Félix.

—¿Cómo?!

—Tranquila, creo que lo han localizado en la cocina con tu amigo Beto. Por lo visto quería meter las manos en la masa.

—¡No me des esos sustos! —lo regaño.

—Sonríe, no te pongas gruñona, que te salen arrugas —se guasea, y a mí no me queda más remedio que resoplar.

—Y tú ándate con ojo, que todavía puedo llamar a mi hermana y que te caliente el morro —lo amenazo, consciente de que, en el improbable caso de que surjan desavenencias, María no se mostraría tan proclive a ayudarme, ya que en cuanto supo lo que Pablo hizo por mí, entendió que no se puede guardar rencor eternamente, y que si bien nunca serán amigos, al menos se soportarán.

Todo un logro, teniendo en cuenta los antecedentes.

—¿Y tu novio? ¿Dónde anda? —pregunta Pablo con amabilidad, cambiando de tema, porque el de María aún le escuece un poco.

Tampoco veré un día una amistad entre Pablo y Max, pero al menos no sacan los espolones cada vez que se cruzan, ni cacarean a mi alrededor como dos gallos de corral dispuestos a dejarse hasta la cresta con tal de salirse con la suya.

—Pues no lo sé, la verdad —respondo, encogiéndome de hombros—. Pero tú preocúpate de tu rubia despampanante, que hay mucho moscón suelto.

Pablo se ríe. El muy truhan sabe perfectamente cuándo una mujer está coladita por sus huesos y se aprovecha de ello. Sólo espero que con Ludmila se porte bien y no meta la pata, que un día se le cruzan los cables y lo joroba todo.

—Claro que hay moscones, y de varias clases —replica con segundas.

—Cambiemos de tema —sugiero, y Pablo me dedica una de sus sonrisas patentadas, que por suerte ya no surten efecto en mi libido, pero que aprecio, porque

habría que estar ciega para no hacerlo.

—Por cierto, Vasili se ha mostrado muy interesado en comprarle a tu amante los terrenos y ocuparse él mismo de construir el complejo. Eso sí, tendrán que llegar a un acuerdo económico.

A mí la idea me alegra y me entristece a partes iguales. Por un lado se acabó el problema, pues hasta ahora Max no había podido recuperar ni un céntimo de todo lo que había invertido y si consigue llevar a buen puerto las negociaciones, al menos tendrá parte de la cantidad que en su día destinó al proyecto y cerrará definitivamente un negocio ruinoso.

Sin embargo, no puedo evitar sentirme apenada porque su sueño no ha podido hacerse realidad. Él me asegura que ya no le importa, que su nueva ocupación lo tiene muy ilusionado y que seguir juntos es lo más importante.

—¿Por qué continúas ayudándome? —le pregunto a Pablo, pues realmente no comprendo el motivo.

—No te equivoques, esto no es una obra caritativa. Vasili piensa, y créeme que no se ha hecho rico ejerciendo de buen samaritano, que ese negocio tiene potencial. La ubicación es idónea y puesto que ya se han iniciado las obras, simplifica trámites burocráticos, por no mencionar...

—... que lo compraría por un precio muy inferior al de mercado —remato yo.

—Exactamente —me confirma con una sonrisa.

—No te preocupes, hablaremos... —contesto. A ver cómo se lo planteo a Max.

Pablo se despide de mí, y yo aprovecho para seguir buscando a mi cita. «No ha podido irse muy lejos», me digo. Un poco nerviosa, toqueteo mi collar de perlas, un regalo de mi amante, pues después de la fiesta de inauguración tenemos pensado escaparnos y encerrarnos esta noche en la habitación del hotel para perder el sentido.

Perder el sentido, el pudor, las bragas y lo que haga falta. Pero por lo visto el cincuenta por ciento de la ecuación se me ha despistado.

—Te veo inquieta —comenta María, acercándose a mí para hablar como hace tiempo que no hacemos.

Se la ve exultante, animada, y me alegro mucho por ella. Ha conseguido hacer realidad su principal sueño, y yo, como tía, voy a malcriar a Ximena convenientemente. Me produce una enorme satisfacción hacerlo.

—Un poco sí —admito resoplando—. No encuentro a Max por ningún lado.

—¿Temes que alguna lagarta le meta ficha? —inquire burlona.

—Bah, esas lagartas, como tú dices, no tienen nada que rascar —afirmo muy convencida de ello.

—¿Entonces?

—Es que se supone que es mi cita de esta noche y mira cómo me tiene, abandonada a mi suerte.

—¡Acabáramos! —exclama riéndose, y me dedica una sonrisa pícara—. Qué envidia, hija mía... Hace tanto tiempo que no me paso la noche enredada con mi

marido que...

—María, por favor, no me lo cuentes, que es mi cuñado —interrumpo su ensoñación erótica.

—¿Desde cuándo eres tan mojigata? Según tengo entendido, Max y tú no os limitáis a dormir juntitos —se burla—. Y por cierto, si pretendes quedarte embarazada, digo yo que algo tendrás que hacer, pues el cuento del Espíritu Santo funcionó sólo una vez..., ya me entiendes.

—Muy graciosa —refunfuño—. Como si no supiera lo que debo hacer...

A mi hermana se lo cuento casi todo, y María está al corriente de que me está costando un poco más de la cuenta quedarme en estado. Según mi ginecólogo es normal después de tanto tiempo tomando anticonceptivos, pero Max, el pobre, cree que es culpa suya. Sin embargo, no nos desanimamos y seguimos en ello.

—Anda, mira quién viene por ahí —me dice, señalando a Xavi.

María no se corta un pelo y lo devora con la mirada como si se tratara del mejor postre de la carta. Y él, a quien le gusta la adulación como al que más, se pavonea, pero lo cierto es que puede hacerlo.

—¿Qué tal va la noche? —nos pregunta, y nos da un beso a ambas en la mejilla.

—No tan bien como a ti, bribón —dice María en voz baja, y sólo yo, por fortuna, la oigo y tengo que disimular una sonrisa—. ¡Divinamente!

El comentario de mi hermana es de lo más acertado, pues Xavi ya ha triunfado. Tiene a una morena de infarto babeando por él, a su disposición en cuanto decida marcharse. Y si por un casual la morena se retira, no importa, seguro que Xavi ya dispone de reemplazo.

Beto insiste en que tiene un lado gay, pero yo pondría la mano en el fuego por que Xavi es hetero cien por cien. El radar de mi amigo esta vez se ha equivocado.

—Todo está saliendo a la perfección —respondo educada, confiando en no tener que amordazar a mi hermana.

—Sí, los comentarios están siendo excelentes —corroborra él, siempre diplomático.

—Como tu trasero, guapo —vuelve a murmurar María, de tal forma que de nuevo sólo yo la oigo.

—Bueno, os dejo, voy a continuar saludando a los invitados —se despide Xavi amablemente.

—¿Te quieres callar? —reprendo a mi hermana, pero ella se encoge de hombros.

—Hija, eres como la comida sin sal —comenta riéndose, y de repente mueve las cejas—. Mira, tu amante bandido ya da señales de vida.

—No seas boba...

—Hola, Max... —canturrea, y le planta dos besos, que él recibe encantado.

—¡Estás estupenda, María!

Ella hace una mueca divertida, pues, según ella, aún le quedan unos cuantos kilos que bajar tras dar a luz. Yo pienso que exagera, pero no la voy a contradecir, a veces

incluso creo que le gusta exagerar.

—No seas zalamero, que no cuela —replica ella, riéndose.

—Pues yo te veo fenomenal —insiste él, y la coge de la mano para que gire sobre sí misma.

Me cruzo de brazos mientras ambos se hacen la pelota mutuamente. Les encanta echarse flores, como si yo no estuviera delante. Como los conozco, ni me inmuto

—Anda, me marchó, que Bea pone cara de envidiosilla —se guasea María, y por fin nos deja a solas.

—¿Cómo va todo? —pregunta Max arrimándose a mí.

Rodea mi cintura con un brazo y sin mucho disimulo, la verdad, mueve los dedos hacia abajo para abarcar parte de mi trasero.

Me dejo querer, por supuesto.

—Hoy has descuidado bastante tus obligaciones como acompañante —le susurro, adoptando un aire pícaro. La respuesta no se hace esperar: me pellizca el culo.

—Digamos que sólo los he pospuesto —replica—. En cuanto pueda, nos largamos de aquí, pero, si quieres un adelanto, te puedo llevar al almacén...

Trago saliva. Por mucho que intente acostumbrarme a sus insinuaciones, éstas suenan tan pervertidas y adictivas como la primera vez. Y Max lo sabe.

—Mejor esperamos.

—¿Estás segura? Porque conozco muy bien la distribución del local...

¿Cómo no la va a conocer? Ha trabajado en el proyecto de remodelación, eso sí, como ayudante. Una especie de becario, lo que a su edad no es lo más adecuado, pero por algo se empieza.

—Segura. Anda, vete por ahí a estrechar manos y a hacer contactos —le espeto.

—Vale, pero con una condición...

—¿Cuál? —me arriesgo a preguntar.

—Que después esas perlas sea lo único que lleves puesto —me suelta, y, tras un guiño y un beso en los labios que me sabe a muy poco, se da media vuelta dejándome excitada.

Sé que me he puesto colorada, así que antes de que se escabulla, lo agarro de la muñeca, deteniéndolo. Tres segundos he tardado en reaccionar.

—Vamos al almacén —suelto.

Max arquea una ceja y sonrío ante mi impaciencia.

Me ofrece el brazo, está claro que es un caballero hasta cuando le hacen una propuesta sexual descarada, y yo se lo agradezco, pues no podemos pasar delante de todo el mundo en plan «vamos a follar al almacén» y dar la nota.

Él va saludando a la gente con la que nos topamos, pero con un simple gesto. Su estado es muy similar al mío. Tengo unas ganas locas de meterle mano, aunque implique quitarle ese traje que me lleva hoy. Qué bien le sienta la raya diplomática... La de posibilidades que tiene ese atuendo...

«Cada vez invierto mejor mi dinero», pienso, sintiéndome perversa.

Mientras camino a su lado, no puedo por menos que sentirme orgullosa. No sólo de lo que salta a la vista, su aspecto, sino de lo que ha ido consiguiendo poco a poco. Todavía no he sido capaz de contarle que, además de dinero, Pablo me dio unos documentos comprometedores sobre la mal follada. Ese dato lo dejaremos para más adelante, o quizá sea uno de esos secretos que, según el sabio consejo de mi madre, sea mejor no desvelar nunca, pues, si todo funciona, ¿para qué remover la mierda? Además, está tan ilusionado con su nuevo trabajo —aunque le paguen una cantidad irrisoria en comparación con lo que ganaba antes— que no voy a estropearlo. La mal follada no ha vuelto a dar señales de vida, así que mejor dejo las cosas como están.

Ahora mi principal objetivo es llegar al almacén, a ese rincón oscuro que puede resultar idóneo para mis planes más inmediatos: sofocar un poco esta ansia.

Lo que podríamos denominar aperitivo, porque el plato fuerte vendrá después.

Nos cuesta más de lo inicialmente previsto llegar, pero nada más cerrarse la puerta, Max se lanza a por mi boca. Estoy a punto de decirle que tenga cuidado con mi pelo, porque luego debemos volver a la fiesta y se va a notar que nos hemos dado un revolcón, sin embargo, es romper el clima sexual ilícito que hemos creado.

—Estas perlas... tienen tantas posibilidades...

—Sí... —suspiro, cuando una de sus manos se cuela por debajo de mi falda.

Asciende despacio por mi muslo, cubierto por las medias, hasta llegar al borde. En ese punto se detiene y juega con la blonda. Jadeo, pues en mi estado de excitación cualquier roce, por nimio que sea, es como echar gasolina a una hoguera. Y Max, un maestro a la hora de manejar los tiempos, frena cuando yo necesito velocidad, para que todo se intensifique, y ahora me está matando. Mueve los dedos de una forma tan lenta que me hace gruñir de desesperación.

Cansada de lo que considero una demora injustificable, coloco mi mano sobre la suya y lo obligo a subirla hasta mi trasero.

—Ansiosa —musita, mordiéndome el cuello.

Clavo las uñas en su muñeca y lo beso con ansia. Sé que más tarde podré disfrutar a mi antojo de su cuerpo y que me hará vibrar por completo, pero a nadie le amarga un dulce.

—Ahora no te entretengas —le ordeno.

Noto su sonrisa burlona y muevo mi mano hasta ponerla encima de su bragueta. Presiono sin mucha delicadeza y eso parece funcionar, pues su boca vuelve a devorar mis labios al tiempo que oigo un «raaaaaassssss» muy peligroso.

—A la mierda el tanga —gruñe.

No puedo mostrarme más de acuerdo, aunque ello suponga regresar a la fiesta con el culo, y lo que no es el culo, al aire. Mete la mano entre mis piernas y va directo a mi sexo. Me penetra con un dedo y gime junto a mi boca.

—Estás muy mojada...

—¿Qué esperabas? —replico, y le desabrocho los pantalones para liberar su pene —. Te has pasado toda la velada pavoneándote delante de mis narices, una no es de

piedra.

—Yo no me pavoneo —protesta—. Eres tú. Te has vuelto insaciable.

—Eso es verdad —admito jadeante—. Pero eres mi cita, así que haz tu trabajo.

—Lo que tiene que hacer uno por unas crepes caseras...

—Es el precio que hay que pagar por buen sexo espontáneo.

Me echo a reír, porque lo ha dicho como si fuera un sacrificio.

No disponemos de mucho tiempo, ambos lo sabemos, así que Max me alza una pierna para que le rodee la cadera y así situarse en posición. Yo lo ayudo a bajarse los pantalones. Inspiro un par de veces y él empuja hasta clavarse en mi interior.

—Joder... —gruñe, antes de morderme el labio.

—Lo mismo digo.

Empieza a moverse, a empujar. Yo me aferro a sus hombros mientras intento mantener el equilibrio apoyando sólo un pie.

—Esto de follar contra la pared es increíble... —musito entre acometida y acometida.

—Pero conlleva un gran esfuerzo —dice Max resoplando, porque no sólo tiene que empujar, sino además mantener mi peso.

Lo beso, estas réplicas hacen que, aparte de satisfacerme sexualmente, también me haga reír. Estoy muy cerca, sólo necesito unos pocos empujones más cuando de repente oigo unos pasos acercándose. Nos quedamos quietos, mirándonos. Nos van a sorprender en pleno acto, seguro. Los pasos se detienen junto a la puerta. Estamos a oscuras y Max empieza a balancearse despacio. Yo me pongo nerviosa a medio camino entre la prudencia y la lujuria.

—Nos van a pillar —murmuro, y él sonrío.

Me da la impresión de que todo esto lo pone más cachondo, pues está cogiendo un ritmo muy peligroso.

Golpean en la puerta y yo contengo mis gemidos. Max, en cambio, no se detiene.

La puerta se abre apenas una rendija, pero deja pasar luz suficiente como para que se nos vea.

—Bea, sé que estás ahí —canturrea una voz conocida—. Dile a tu amante que se dé prisa, que preguntan por ti.

—Joder... —masculla Max, y ahora soy yo la que se echa a reír, porque el cotilla de Beto nos ha debido de ver pasar «apurados» y, como no se le escapa una, sabe a la perfección qué estamos haciendo.

—¡Cinco minutos! —exclama Beto burlón—. O entro a ayudaros.

No sé si de esta forma vamos a conseguir llegar a buen puerto...

Mi amigo cierra la puerta, riéndose.

—Esto de echar un polvo a contrarreloj requiere una gran dosis de concentración —alega Max antes de besarme.

No lo pongo en duda.

—Ánimo, que tú puedes... —Y añado con tono picante—: Machote.



Nací en Burgos, donde resido. Me aficioné a la lectura en cuanto acabé el instituto y dejaron de obligarme a leer. Empecé con el género histórico. Uno de esos días tontos, me dejaron una novela romántica y, casi por casualidad, terminé enganchada. ¡Y de qué manera! Vivía en mi mundo particular hasta que internet y diversos foros literarios obraron el milagro de dejarme hablar de lo que me gusta y compartir mis opiniones con los demás.

Mi primera novela, *Divorcio*, vio la luz en junio de 2011 y, desde ese momento, no he dejado de escribir. Mi segunda novela, *No me mires así*, se editó en formato digital en marzo de 2012, año en el que también salieron *A ciegas* y *Treinta noches con Olivia*, mi primera novela en papel. En 2013 publiqué *A contracorriente* (ganadora del VII Premio Terciopelo de Novela), *En tus brazos* y *Dime cuándo, cómo y dónde*. En 2014 reedité *Divorcio*, y publiqué *Tal vez igual que ayer*, *Abrázame* y *Desátame*. En 2015, *A media luz* y *Tal y como soy*.

Encontrarás más información sobre mí y mis proyectos en:

<www.noemidebu.blogspot.com.es>.

Notas

[1] *Il faut savoir*, J. Joes J. Edizioni Musicali, interpretada por Charles Aznavour. (N. de la E.) <<

[2] *Ya no me acuerdo*, Ariola, interpretada por Estopa. (N. de la E.) <<

[3] *Y no te olvido*, 2004 Pep's Records, interpretada por Materia Prima y Café Quijano. (N. de la E.) <<

[4] *Exogenesis: Symphony Part 3 [Redemption]*, A&E Records Ltd., interpretada por Muse. (N. de la E.) <<

[5] *Sólo te puedo decir*, Parlophone Spain, interpretada por Café Quijano. (N. de la E.)

<<

[6] *Ahora, ahora*, Sony Music Media, interpretada por Mónica Naranjo. (N. de la E.)

<<

[7] *Electricistas*, Subterfuge Records, interpretada por Fangoria. (N. de la E.) <<

[8] *Fever*, Sire/Warner Bros., interpretada por Madonna. (N. de la E.) <<

[9] *Dream a Little Dream of Me*, 2010, Reprise Records for the U.S. and WEA International Inc. for the world outside the U.S., interpretada por Michael Bublé. (*N. de la E.*) <<